



0 0 1 4 6-9
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

14
21

ESCUELA NACIONAL DE ESTUDIOS PROFESIONALES
"ACATRAN"

'97 MZO 20 PM 1 32

DEPTO. DE ESTUDIOS
PROFESIONALES
Y CERTIFICACION

UNA RECONSTRUCCION DE LA CULTURA
POLITICA MEXICANA DESDE LA LITERATURA

T E S I S
QUE PARA OBTENER EL TITULO DE
LICENCIADA EN SOCIOLOGIA
P R E S E N T A
ALEJANDRA SAUCEDO PLATA

ASESOR: MTRO. PABLO JAVIER BECERRA CHAVEZ



NAUCALPAN, MEX.

MARZO 1997

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

PAGINACION VARIA

COMPLETA LA INFORMACION

"Somos una errata que ha pasado inadvertida y que hace confuso un texto por lo demás muy claro; el trastocamiento de las líneas de un texto que nos hace cobrar vida de esta manera prodigiosa; o un texto que por estar reflejado en un espejo cobra un sentido totalmente diferente del que en realidad tiene. (...) Somos un signo incomprensible trazado sobre un vidrio empañado en una tarde de lluvia. Somos el recuerdo, casi perdido, de un hecho remoto. Somos seres y cosas invocados mediante una fórmula de nigromancia. Somos algo que ha sido olvidado. Somos una acumulación de palabras; un hecho consignado mediante una escritura ilegible; un testimonio que nadie escucha".

Fara be u f

Salvador Elizondo

*A Enriqueta Plata Vargas e Ismael Saucedo
Ocaña, por todo, por la vida. A mis entrañables
amigos-hermanos: Julissa, Ismael, Enrique y
Xóchitl.*

*A Claudia Flores, Jorge Ávila y Damián Vivar:
díganme ¿cuántos caminos no habremos andado? A
Eloina Cosme, Virna Béjar, Reynaldo Vargas, Alma
R. Badillo, Alejandra Muy-Gun, Pilar Macías, Víctor
H. Millán y Rociel Pérez; a Verónica Sánchez,
Martha Valencia, Gabriela Urrutia, Alejandro
Rodríguez, Pedro Valdivieso, Roberto Hernández,
Martín Aquino, Magdalena Hernández, Ivonne
Verti, Laura Martínez y Maricarmen.*

*Quiero agradecer al Mtro. Pablo Javier Becerra
Chávez por su atenta asesoría y por la inmensa
confianza que depositó en esta investigación.
También, al Mtro. Adrián Gurza Lavalle por
ayudarme a empezar todo esto y a Howard
Quaquerbush por sus interesantes recomendaciones.*

*Finalmente, en profunda deuda agradezco a la
Universidad Nacional Autónoma de México, 'Alma
Mater' de tantos mexicanos.*

Í N D I C E

Introducción	5
Capítulo uno	
LA CULTURA POLÍTICA DESDE LA SOCIOLOGÍA POLÍTICA	13
A) SUPUESTOS TEÓRICOS GENERALES.....	18
I. El concepto de cultura política	19
II. La teoría conductista y la cultura política	23
III. La política comparada y la cultura política	25
B) LA NOCIÓN DE «CULTURA POLÍTICA» EN MÉXICO	30
I. Definiciones de cultura política	32
II. Elementos de análisis	35
III. Supuestos teóricos de la cultura política	37
IV. Factores que inciden en la cultura política mexicana	42
V. Prospectiva de la cultura política mexicana	45
C) IMPLICACIONES DEL CONCEPTO CULTURA	48
I. El problema del concepto cultura	48
II. Desarrollo del concepto cultura política en México	52
III. Importancia de la percepción social y lo subjetivo en la definición de cultura política	54
D) SUPUESTOS TEÓRICO METODOLÓGICOS PARTICULARES ...	56
I. La cultura política como un imaginario colectivo	56
II. La cultura política frente al término <i>ethos</i> cultural	59
III. Hacia una sociología de la cultura política	61
Capítulo dos	
LA LITERATURA MEXICANA Y SUS PROTAGONISTAS	63
A) EL ARTE COMO UN REGISTRO CRÍTICO	66
I. El pensamiento mexicano y la sociología política	66
II. Literatura y vida cotidiana	68
III. Literatura: ¿espejo o resultado de la realidad social?	70
IV. La literatura, un registro crítico	73
V. El arte como alternativa de conocimiento	74
VI. Un recurso experimental: la novela	76
VII. Pormenores de la literatura mexicana	78
B) LA TEORÍA GENERACIONAL	79

I. De la historia de la literatura a la teoría generacional	79
II. Teoría generacional	83
III. Generaciones	87
1.- Minoría rectora en la Reforma	89
2.- Minoría rectora de los albores del Porfiriato	89
3.- Minoría rectora en el cenit y ocaso del Porfiriato	90
4.- Minoría rectora en la Revolución Armada	90
5.- Minoría rectora de la etapa 1920-1934	91
6.- Generación de 1915	92
7.- Generación de 1929	93
8.- Generación de Medio Siglo	94
9.- Generación del 68	97
C) LAS NUEVE NOVELAS	99

Capítulo tres
LITERATURA, VIDA COTIDIANA Y PODER 105

A) CONTEXTUALIZACIÓN DE LAS NUEVE NOVELAS	107
I. El encargo nacionalista	109
II. El sólido muro	111
III. Catástrofe y redención	113
IV. El triunfo de los catrines	117
V. La invención del optimismo	120
VI. La hora de la pesadumbre	124
B) EL IMAGINARIO COLECTIVO MEXICANO	127
I. Los bandidos de Río Frio	130
II. El monedero	146
III. La bola	156
IV. Tomochic	164
V. Los de abajo	172
VI. La negra Angustias	185
VII. Cabello de Elote	198
VIII. Las buenas conciencias	210
IX. Se está haciendo tarde	234

El imaginario y la literatura. Una reflexión final 233

Anexo I 259

Anexo II 270

Bibliografía 273

I N T R O D U C C I Ó N

Si por algo hemos de empezar, es por el título. A esta investigación la hemos llamado "Una reconstrucción de la cultura política mexicana desde la literatura", abreviación inexacta de su nombre de pila: *Una aproximación a la cultura política mexicana como un imaginario colectivo reconstruible a partir del discurso literario mexicano*. ¿Qué significa todo esto? En primera, que vamos a hablar de la cultura política mexicana; pero que, en segundo lugar, reconocemos que no por ello vamos a decir toda la verdad de esta realidad, porque no la conocemos. Esto es, estamos tratando de aprehender nuestra realidad a través de un término teórico que nos permitirá reconocer ciertos aspectos de la forma en que se relacionan las dos esferas que nos interesan: la sociedad y el poder político. Por eso es que ésta es una aproximación a la cultura política mexicana. Ahora bien, el tercer punto indica que esta aproximación mantiene la siguiente orientación: la cultura política como un imaginario colectivo. Es decir, nos centraremos a observar cómo la colectividad imagina al poder político. No veremos al imaginario como imaginación, sino como aquella imagen que en la cotidianidad se reproduce y se expresa. La cuestión es cómo reelaborar en términos sociológicos esa imagen, que es a lo que nos referimos cuando hablamos de reconstruir, esto es, no de construir o hacer otra cultura, sino de expresar eidéticamente una percepción colectiva (cuarto punto). Y aquí es donde uno se pregunta ¿cómo conseguiremos reconstruir ese imaginario colectivo? La metodología cualitativa que proponemos —en quinto lugar— es doblemente hermenéutica: a través de una interpretación de los textos literarios mexicanos, interpretar esa cultura política subyacente. El sexto punto consiste en fundamentar al discurso literario como un objeto de conocimiento: si la realidad se construye socialmente, detrás de todo arte se

manifestará de una u otra forma esa realidad. Aunque bien sabemos que la literatura no se reduce a este ámbito sociológico, omitiremos un análisis formalista de la novela, preocupándonos más su contexto y sus elementos culturalistas.

Nosotros, a su vez, nos imaginamos las grandes preguntas que lo anteriormente dicho ocasiona. Bien, esto es un poco confuso y complicado. Resulta aquí indispensable explicar nuestra intención conceptual y nuestra intención metodológica. La primera es qué entendemos por cultura política, mientras que la segunda se dedicará a exponer cómo y por qué indagaremos en la literatura mexicana a la cultura política de nuestro país. Comencemos por la primera:

La presente preocupación investigativa tiene como origen teórico a la sociología política. Esta rama de la sociología se ocupa básicamente de analizar la interacción entre política y sociedad¹, por lo que recae precisamente en esta disciplina la preocupación por la cultura política. Tal noción viene a ser uno de los conceptos enlace más importante para desentrañar tal relación (sociedad y política), pues la conexión entre cultura y política, o sea, la cultura política misma, trae a colación lo que Berger y Luckmann extraen de Parsons que a su vez extrae de Durkheim: "la fuente primaria del orden social ha de buscarse en la mente de la gente"². Si estamos de acuerdo, pues, en que la cultura política adquiere un carácter más que interesante, es decir, primordial para entender todo este orden y desorden social, quedará claro por qué tomamos con tanta seriedad al imaginario colectivo. Pero vayamos por partes. Primero tenemos que dejar en claro cuáles son las acepciones básicas y generales de algunos conceptos clave. Por cultura entendemos a ese conjunto de símbolos, normas, creencias, ideales, costumbres, mitos y rituales³ que comparte y reproduce una sociedad concreta. Ahora bien, la política es una noción que hace

¹ Dowse, 1990: 23.

² *Idem*, 65.

³ Peschard, 1994, 9.

referencia al poder, o sea, que hay política allí donde existen diferencias de poder o autoridad⁴. Apparently la conjunción de estos dos términos daría un feliz y pronto resultado, pues la cultura política vendría a ser los valores, concepciones y actitudes que se orientan hacia el ámbito político⁵ (o de poder y autoridad). Sin embargo, esto como concepto queda muy bien: el problema es llevar a lo pragmático tal cuestionamiento, pues indagar sobre los valores, concepciones y actitudes resulta conflictivo. Los sociólogos y politólogos se han dedicado con mucha y suficiente atención a las actitudes políticas, pues es el elemento, en todo caso, más fácil de desentrañar. A nosotros nos interesa lo otro: lo que no es actitud, sino lo que puede más bien regirla: la percepción colectiva, la subjetividad. Por ello hemos privilegiado la orientación valorativa⁶ de la cultura política, término que manejamos como *el imaginario colectivo construido en torno al poder político*⁷.

Si ya hicimos explícita la orientación que otorgamos a nuestro concepto básico, falta ahora decir qué es el poder. Para ello nos basamos en R. Dowse y J. Hughes, quienes consideran al poder como "la capacidad de hacerse obedecer"⁸. Por otro lado, como indica J. Peschard, la indagación de

⁴ Dowse, 1990, 23.

⁵ Peschard, 1994, 9.

⁶ Aquí queremos hacer notar que no estamos siguiendo al pie de la letra a los principales teóricos de la cultura política, pues Almond y Verba utilizan como niveles de análisis a la orientación cognitiva, la orientación afectiva y la orientación evaluativa. El problema aquí es el siguiente: si en la orientación afectiva se consideran a los sentimientos sobre el sistema, sus reglas, roles y productos; y la orientación valorativa se refiere a los juicios elaborados sobre objetos políticos (Dowse, 1990, 285), resulta entonces que nuestra visión no encaja con precisión sobre estas dos orientaciones, puesto que lo que analizamos no son los sentimientos colectivos sobre el poder, sino una serie de evaluaciones. Ahora bien, podría decirse entonces que la presente investigación se justifica como una indagación de la orientación evaluativa, mas el problema es que el objeto de análisis que planteamos no es de ninguna manera un juicio, sino una valoración colectiva de lo político. Es decir, nos interesa reconstruir la *doxa*, la opinión valorativa colectiva, y no el juicio, que tiene que ver más con un acto de carácter lógico que permite distinguir entre lo verdadero y lo falso (Abbagnano, 1961 1982, 711-712). Por tanto, nuestra orientación la denominamos valorativa, en base a que la valoración se utiliza para indicar —entre otros aspectos— la dignidad o el mérito de las personas (*idem*, 1173).

⁷ En este punto cabe aclarar que la sociología política se interesa por el poder en general cuando se refiere a la cultura política, mas por cuestiones de interés personal, circunscribimos nuestro tema al tratamiento de la relación poder-sociedad en tanto poder político. Por otra parte, la mayor parte de los textos sociológico-políticos que versan sobre la cultura política hacen un acotamiento implícito al problema del poder político y no al poder en términos amplios.

⁸ Dowse, 1990, 116.

la cultura política tiene una historia reciente si nos centramos exclusivamente en este concepto de la sociología política, pero es amplísima si reconocemos en otros términos la misma preocupación. Personalmente encontramos en Tocqueville a un estudioso de tal cuestión cuando habla del espíritu igualitario norteamericano⁹, aunque también Montesquieu bien pudo referirse a la cultura política, mas si proseguimos con esto pronto caeremos en romanticismos conceptuales para encontrar entre los griegos advertencias sobre el tema (básicamente Platón y Aristóteles). Tocqueville sostenía que era aquel espíritu de igualdad lo que permitía y reproducía la democracia en América (aunque en realidad nunca utilizó precisamente los anteriores términos enunciados). Posteriormente Bryce se refiere a la democracia como un *ethos*, como "un modo de vivir y convivir", como una condición general de la sociedad¹⁰. Tenemos así en ellos a los pensadores inmediatos que anteceden la veta investigativa que un siglo después inaugurarían Gabriel Almond y Sidney Verba —la cultura política—, teniendo como sustento teórico al conductismo y la política comparada.

Si de la cultura política lo que nos interesa es el imaginario colectivo respecto al poder político, resta decir qué es eso del imaginario. Como ya indicamos, nos dedicaremos a reconstruir aquella imagen que guarda la colectividad respecto al ejercicio del poder, entendiendo por imagen a la representación que en la cotidianeidad reproducen los sujetos. En su *Diccionario de Filosofía*, Nicola Abbagnano hace notar que la imagen es la "similitud o signo de las cosas", esto es, que la imagen mantiene una relación con la realidad misma. La imagen, nos dice, tiene dos orientaciones: como producto de la imaginación, o como la sensación o percepción misma. Definitivamente nos inclinamos por la segunda, aunque reconocemos que de la primera también se obtendrían demasiadas y sugerentes interpretaciones. Pero sustentemos a la imagen como una percepción social, esto es, que la imagen se constituye como índice

⁹ Sartori, 1992, 29.

¹⁰ *Idem*, 30.

Diógenes Laercio: "lo impreso, formado y diferenciado del objeto existente conforme a su existencia y que, por lo tanto, no sería si el objeto mismo no existiera"¹¹. Claro está que eso de "social" nosotros se lo adjetivamos, pues para los epicúreos tal consideración no era pensable. Ellos se centran en afirmar la verdad de las imágenes en tanto éstas eran producidas por las cosas, "porque lo que no existe no puede producir nada"¹², cuestión interesante que sin embargo en la actualidad no es sostenible. Aquí nos limitamos a defender que la imagen no es la representación de lo real o verdadero, sino que es simplemente una representación de lo que se cree como real o verdadero. Ahora bien, esta representación o percepción no es puramente sensible, sino que existe en la misma noción de imagen una consideración de la idea misma (Descartes)¹³. Incluso Piaget nos mostraría que la percepción no se limita a una "lectura de los datos sensoriales", sino que es realmente una "organización que prefigura la inteligencia". Así, la percepción se organiza pre-inferencialmente y a la vez bosqueja la noción¹⁴.

Comprobamos, pues, que la imagen es sumamente complicada y que a partir de ella es posible y necesario indagar la percepción que se tenga del poder político. Hasta aquí hemos hecho mención de la imagen colectiva, mas ¿puede alguien afirmar que exista algo así? Es difícil. Para empezar diremos que ésta es una terminología sociológica¹⁵, que en ninguna parte encontraremos algo semejante, que esta noción está vacía y que lo que nos corresponde en todo caso es reconstruirla. Lo colectivo nos viene de una premisa durkheimiana, a saber: la sociología no se interesa por los individuos como particulares, sino como resultado de su sociedad, por lo

¹¹ *Cit. pos.* Abbagnano, 1961-1982: 651.

¹² *Idem.*

¹³ *Idem.*, 652.

¹⁴ Piaget, 1989: 22-26.

¹⁵ Existe un interesante texto compilatorio de Colombo, donde Castoraidis analiza el término *imaginario social*. Si bien su crítica sobre tal concepto y sus fundamentos epistemológicos no sólo es importante sino pertinente en tanto que logra esclarecer de manera novedosa las implicaciones teóricas esta noción, personalmente preferimos utilizar una versión del imaginario social mucho más conservadora, por lo cual nos referimos al *imaginario colectivo*, término con el cual evidentemente nos quedamos un paso atrás de tales consideraciones, pero que sin embargo posibilita mayormente el logro de los objetivos que perseguimos.

cual justificamos un análisis de la colectividad y no de lo que x o y piensan en particular o aisladamente¹⁶. Pero existe algo más: esta imagen colectiva lo es porque se elabora desde la cotidianeidad. Ágnes Heller ha dicho que la vida cotidiana "es el conjunto de actividades que caracterizan la reproducción de los hombres particulares, los cuales, a su vez, crean la posibilidad de la reproducción social"¹⁷. Con ello nos quiere decir que aún en la vida íntima y diaria, se reproduce la sociedad misma. Por ello afirmamos que la imagen es colectiva, es social, pues en esta imagen que se guarde del poder se manifestarán "los conocimientos necesarios para la conducta de la vida cotidiana en una determinada época"¹⁸. Así, el conocimiento del particular prácticamente no es personal "sino que está formado principalmente por la generalidad de las experiencias de vida de las generaciones anteriores"¹⁹.

Agotadas las justificantes teóricas más indispensables, queda ahora explicar nuestra segunda inquietud, la del método. A modo de introducción contextualizaremos nuestra problemática metodológica:

Las necesidades de comprensión de nuestra realidad hoy por hoy, señalan los límites que hemos creado para responder (o mínimamente, formular) preguntas. Interrogantes profundamente humanas y búsquedas fuera de los entornos clásicos es lo que encontramos en el arte: la danza y la música contemporánea, el teatro del absurdo, el grafiti, el silencio de la novela y, con mayor intensidad, en la violencia estética del performance. En igual sentido, desde la sociología contemporánea —muy a pesar de la observación kuhniiana de la inconmensurabilidad paradigmática— Jeffrey Alexander, George Ritzer y Pierre Bourdieu, entre otros, señalan la pertinencia de una *multidimensionalidad*, una *metateorización* y un *racionalismo aplicado*, respectivamente, donde la propuesta es retomar las

¹⁶ Así, el objeto de la sociología vienen a ser, a final de cuentas, las colectividades. Allí se hará mención a los hechos sociales, a las estructuras sociales, a las luchas de clase, etc., teniendo siempre presente a la sociedad, a lo colectivo

¹⁷ Heller, 1991: 19.

¹⁸ *Idem*, 333.

¹⁹ *Idem*.

tradiciones y crear a partir de ellas. Esto es, al hacer referencia a "las tradiciones" y no a "la tradición", se manifiestan en contra del monismo metodológico y alientan el cuestionamiento que guarda aún la esperanza de una respuesta relacional.

Así, reconstruir desde el arte para el conocimiento sociológico se convierte en una expresión más de esta incesante exploración de las no-fronteras, en una insatisfacción con los caminos existentes que nos anima a indagar en la literatura nuestra cultura política. Esta inquietud tiene algo de historia de la mentalidades, algo de sociología del conocimiento y un poco de antropología social, considerando, obviamente, como base a la sociología política. La orientación teórico-metodológica resulta ecléctica, pues a través del arte pensamos reconstruir la relación entre la sociedad y el poder político, y no al contrario. Es decir, utilizamos al arte como un vehículo para conocer nuestra realidad socio-cultural. Octavio Paz, entre otros, ha hablado sobre estas posibilidades en su texto *El arco y la lira*, además de que a través de su creación queda constancia de cómo es provechoso el utilizar a la poesía y demás artes como una fuente de conocimiento. Nosotros por lo pronto ponemos un ejemplo: en la tragedia *Antígona* de Sófocles, existe un maravilloso pasaje donde ante la furia del rey de Tebas (Creonte), un guardián acusado por aquel de traición y corrupción, se atreve a cuestionar al rey, reclamándole que él no es culpable de lo que en todo caso Creonte ha provocado. Así, en este texto griego advertimos cómo gobernante y gobernado pueden mantener un diálogo, un encuentro o hasta una disputa. En la literatura mexicana encontramos en cambio una distancia, un desprecio anticipado que evita el intercambio de palabras: allí media el discurso ininteligible, unívoco, nunca recíproco: el uno habla y el otro hace que escucha.

Ahora bien, cuando consideramos a la novela como una fuente para interpretar nuestra realidad, manifestamos al menos una barrera: lo que la literatura nos permita reconstruir. Sin embargo, invitamos al lector a revisar

la presente investigación que, aspirando a ser descriptiva, algo nos dice sobre la imagen que tienen y han tenido los mexicanos respecto a los usos y costumbres del ejercicio del poder político en nuestro país.

El primer capítulo se dedica a averiguar en los escritos mexicanos sobre cultura política qué es lo que se ha dicho y qué es lo que se ha omitido sobre el tema. A partir de una crítica y un rescate de ciertos presupuestos básicos, fundamentamos la conceptualización de la cultura política como un imaginario colectivo respecto al poder político y abrimos la necesidad de indagar en otros recursos experimentales: la literatura.

El segundo capítulo está orientado en tres direcciones: 1) mostrar al arte como un registro crítico de su realidad, por lo cual es posible reconstruir al imaginario colectivo; 2) emplear a la teoría generacional como elemento metodológico para seleccionar a los nueve novelistas más prominentes de nuestra literatura; y 3) sugerir nueve novelas desutópicas²⁰.

Evidentemente el tercer capítulo es el más interesante y el más divertido. Hemos de advertir que si nos extendimos en la contextualización generacional (capítulo dos) y en la contextualización social, económica, política, ideológica y literaria de las etapas del México moderno (capítulo tres), es porque por más que quisimos poner a funcionar nuestra capacidad de síntesis, ésta se resistió a aparecer. Por eso es que el tercer capítulo inicia con una larga contextualización, mas enseguida se encontrará usted con la intención más ambiciosa de la presente investigación: reconstruir el imaginario colectivo a través de una exégesis novelística.

En la última parte concentramos las conclusiones más importantes que nos sugirieron las lecturas y manifestamos también tres confesiones necesarias.

²⁰ Luis Leal divide a la literatura mexicana en dos grandes versiones: la utópica y la desutópica. En la primera encontraremos a todo aquel novelista que se dedica a ensalzar nuestra realidad, llegando a idealizar la cotidianeidad de los mexicanos. Aquí encontramos a Manuel Altamirano, a Alfonso Reyes, a Salvador Novo, etc. La novela desutópica, indica Luis Leal, insiste en brindar una imagen más realista pero nunca fotográfica de nuestro entorno social. Allí no hay ficción, sino desutopía. Por eso en ésta entran Lizardi, Guillermo Prieto, Martín de Campo, Mariano Azuela, Carlos Fuentes, Fernando del Paso, Elena Poniatowska, etc. (Leal: 1985).

CAPÍTULO UNO

LA CULTURA POLÍTICA
DESDE LA SOCIOLOGÍA
POLÍTICA

La presente investigación tiene como interés realizar una reconstrucción de la cultura política mexicana, tomando como objeto de análisis a la literatura mexicana. Hemos dejado para el segundo apartado la especificación y justificación de la literatura como un elemento que permita reconstruir la cultura política mexicana, por lo que a lo largo de este capítulo se perseguirá explicitar bajo qué términos entendemos a la cultura política y cuáles son los antecedentes teóricos de esta noción de la sociología política¹.

Esto último es imprescindible por dos razones. Primero, por simple cuestión metodológica y rigurosidad teórica resulta necesario realizar una revisión a las acepciones que ha tomado tal término. Segundo, dadas las inquietudes particulares de esta investigación, se volvía indispensable explicar bajo qué condiciones consideramos a la cultura política —partiendo de una crítica a los estudios previos sobre tal noción—. Esto es, para decir qué es lo que vamos a estudiar principiaremos por especificar qué no vamos a analizar. Tal es la intención del capítulo uno.

Para iniciar la crítica diremos que a la cultura política la concebimos como «el imaginario colectivo reconstruido en torno al poder político». Esta conceptualización de la cultura política permite rescatar dos aseveraciones: a) Que la cultura política pertenece al ámbito de los fenómenos de larga duración². Ello trae como consecuencia la necesidad de analizar tal tema

¹ Nos han llegado noticias de los aportes a la discusión de la cultura política mexicana desde la antropología, mas a lo largo de la presente investigación se realizará con exclusividad una continua referencia y análisis a lo que se ha publicado sobre el tema desde la sociología política, quedando por tanto acotada así nuestra crítica.

² F. Braudel encuentra a lo largo de la historia de la humanidad tres distintos fenómenos: los de larga duración, los de media duración y los de corta duración. La cultura conforma una estructura dinámica y de larga duración; la economía (civilización) es un fenómeno de media duración, mientras que los estados

desde una perspectiva que reconozca el factor 'histórico' y subjetivo de la cultura política. b) Que la cultura política no se reduce a la actitud política, sino que abarca también a las percepciones y subjetividades³.

En este sentido, consideramos pertinente elaborar una investigación que no descuide el elemento subjetivo como determinación de conductas políticas concretas, por lo cual proponemos abordar a la cultura política como un imaginario colectivo. Así, al otorgar mayor peso al factor cultural de tal noción propia de la sociología política, nos interesamos directamente por situaciones de la vida cotidiana: la imagen que tiene la colectividad del ejercicio del poder político es algo que se construye, vivencia y reproduce en la casa, en la calle, en el trabajo, en la escuela, en la radio, etc.; esto es, en todas partes y a toda hora.

Ahora bien, en el momento en que reclamamos mayor atención al aspecto *cultural* de la cultura política, mostramos una inmediata inclinación por un análisis comparativo que considere periodos de largo alcance, a fin de permitir un diagnóstico menos parcial que posibilite una evaluación de los cambios y continuidades de la cultura política mexicana. De esta forma, el presente trabajo de investigación se plantea echar una mirada sociológica al México moderno.

Cosío Villegas dictamina que la historia Moderna de México se inicia en 1867 y concluye en 1911⁴, afirmación muy contraria a la de Luis González y González de que "el México moderno" abarca desde la construcción del Estado mexicano hasta la segunda mitad del siglo XX (lo cual tampoco queda muy claro)⁵. Ante estas dos periodizaciones —a partir de la historia política o en base a la Teoría generacional, respectivamente—, nos inclinamos por la de

(política) "no tienen más que una duración ridícula... son susceptibles de tener una vida corta y una muerte súbita" (*cit. pos.* F. Salazar, 1991: 21).

³ Ya en la Introducción revisamos nuestras diferencias con la teoría de Almond y Verba sobre las orientaciones afectivas y evaluativas, lo cual no significa que estemos descartando la posibilidad teórica de estos autores, pero sí que llamemos la atención para una reconsideración y replanteamiento del tema en el ámbito discursivo nacional.

⁴ Cosío, 1983: 117.

⁵ L. González, 1984: 6.

Luis González y González, que a pesar de no ser tan estricta tiene como sustento la delimitación histórica propia de la Teoría generacional. Como en el capítulo segundo y tercero utilizaremos a la Teoría generacional, queda entendido por qué nuestra investigación revisa desde las primeras décadas del siglo XIX hasta las últimas del presente. ¿Y por qué utilizaremos a la Teoría generacional? Este punto lo explicaremos con detalle en los subsecuentes capítulos. Ahora bien, tampoco hay que asustarse de que sea un periodo tan largo, ni se crea que caeremos en superficialidades, pues la Teoría generacional nos posibilita revisar con atención las aportaciones de cada visión generacional. Según esta teoría, entre cada generación existen espacios de aproximadamente 15 años, lo cual reduce los altos que haremos en la historia del México moderno.

El problema hasta aquí sería encontrar fuentes de información que nos remitan a la vida cotidiana de los mexicanos de, por ejemplo, mediados del siglo pasado. Resultaría difícil localizar y luego hacer uso de encuestas suficientemente rigurosas que nos describieran algunos los aspectos del imaginario colectivo frente al poder político, por lo que hemos optado por indagar en otras opciones metodológicas: la literatura. Es decir, al suponer a la literatura como un producto no sólo del autor, sino resultado de su contexto social, la obra literaria nos puede describir (con y a pesar de sus limitaciones) lo que los mexicanos actuaban, pensaban y sentían. Así, planteamos en forma experimental reconstruir desde la literatura el imaginario colectivo frente al poder político.

Las inquietudes de otorgar 1) un carácter histórico y cultural a la noción de cultura política, 2) una valoración objetiva de la subjetividad colectiva, y 3) una apreciación sociológica y respetuosa hacia fuentes literarias, surgieron cuando revisamos algunas advertencias sobre la transformación de la cultura política mexicana que han vertido los estudiosos del tema. A pesar de que bajo un criterio estrictamente teórico resulta inconveniente hablar del 'futuro inmediato' de la cultura política (¿no acaso

pertenece a procesos de larga duración, fenómenos que no pueden cambiar de la noche a la mañana?), dentro de las perspectivas conductistas y de la política comparada al no prestarse suficiente atención a tal carácter, se vuelve común escuchar a los especialistas concluir sus textos con pronósticos de que la cultura cívica está por aparecer.

Ahora bien ¿qué de malo tienen tales afirmaciones?, ¿no son acaso muy alentadoras? El problema aquí no es sobre la eticidad de tales conclusiones: el problema es la deficiencia teórica que les conduce a ello. La cultura puede estar cambiando: es posible, es real. El asunto que me preocupa es cómo demostrar o refutar ello. Es decir, si no tenemos un referente histórico, si no sabemos qué pensaban los mexicanos del siglo pasado, de principios de éste, de mediados de éste, ¿podemos acaso con sólo una encuesta de los años noventa decir qué tan diferentes somos a nuestros bisabuelos? Esta investigación parte de que no: es necesario revisar al México moderno, pues vale más para un estudio de *cultura política* una visión general que una visión exhaustiva pero sincrónica.

A) SUPUESTOS TEÓRICOS GENERALES

Lo anterior no quiere decir que desechemos todo lo que se ha escrito sobre la cultura política: es más lo que rescatamos que lo que rechazamos. Antes bien, lo poco que reconstruimos desde la literatura viene a ser un complemento (en donde se puede) de lo que se ha escrito sobre la cultura política. Pero empecemos con indagar qué se entiende en la sociología política por cultura política.

I. El concepto de cultura política

Según Gabriel Almond, el término *cultura política* fue utilizado por primera vez a finales del siglo XVII por el filósofo alemán H. G. Herder⁶. Pero es hasta las últimas cuatro décadas del presente siglo cuando adquiere mayor relevancia, a pesar de que este pensador renacentista de alguna forma había marcado ya la tendencia general que ahora reclaman sus principales promotores: Sidney Verba y Gabriel A. Almond.

Estos investigadores en los años sesenta escriben y publican la obra clásica sobre cultura política, donde al realizar un estudio comparativo entre cinco naciones, incluyen a México en razón de sus peculiaridades tradicionalistas y sus tendencias democratizadoras. Este hecho potencializa en los años subsecuentes la preocupación de los investigadores mexicanos que tras haber leído a Samuel Ramos, Octavio Paz, Emilio Uranga, Jorge Portilla, etc., encuentran en la metodología norteamericana una forma de justificar la subjetividad de sus afirmaciones respecto a la realidad mexicana.

El concepto de cultura política nace a la luz de las discusiones norteamericanas empírico-conductistas que intentan cerrar la brecha entre el nivel de microanálisis psicologista y el nivel macroanalítico de la sociología política. Esto es, se busca un concepto enlace entre la interpretación psicológica del comportamiento individual y la interpretación sociológica de la colectividad. Su ingreso a la ciencia política tiene lugar después de la Segunda Guerra Mundial, "como un intento por volver a la disciplina política más empírica, inductiva, científica y menos valorativa o axiológica", convirtiéndose en una herramienta heurística de los científicos sociales anglosajones⁷. Así, durante los años cincuenta se buscó inferir las motivaciones psicológicas del individuo frente al poder a partir de la observación directa. De forma un tanto arbitraria se designó a las naciones como las principales comunidades políticas objeto de conocimiento, pero ante

⁶ Cit. pos. Loyo, 1988: 21.

⁷ Lanoyi, 1994: 5.

los cuestionamientos de por qué hablar de cultura política norteamericana, mexicana o italiana y no de otras colectividades, se puede retomar la idea de Béjar Navarro, quien aduce que se alude a aquel carácter nacional que más que ser el carácter social común es precisamente el requerido por la organización social⁸. En igual sentido, al estudiar a la cultura política mexicana como el imaginario colectivo frente al poder, nos referimos a éste no sólo como una constante histórico-social, sino también como a aquel *carácter social* confuncional al sistema político.

Creada como alternativa al concepto de ideología dominante, la cultura política entra en la perspectiva psico-cultural para el estudio de los fenómenos políticos, interesándose particularmente en los procesos de modernización, pues supone que cada nivel de desarrollo industrial implica otro en términos de sistema político. Por ello, los temas de transición de una sociedad tradicional a una moderna, de una cultura no occidental a una cultura democrática, etc., ocupan un importante lugar dentro de los estudios sobre cultura política.

El concepto de cultura política implica —según Soledad Loeza— la aportación de la psicología, psiquiatría y antropología, aunque Gabriel Almond⁹ también reconoce como influencias teóricas:

1. A Durkheim con el concepto de "ciencia colectiva".
2. A Weber, quien consideró a las actitudes, sentimientos y valores como importantes variables explicativas de las acciones sociales.
3. A Pareto, que distingue a las acciones lógicas de las no-lógicas.
4. A la psicología social que creó sofisticados métodos para tratar a las denominadas "unidades analíticas" (hábitos, sentimientos y actitudes).
5. A la psico-antropología.

En términos generales, el conductismo sobre el que se sustenta este concepto, afirma que todas las sociedades tienen un cultura política sobre la que se enraizan las instituciones políticas y es un producto del desarrollo

⁸ Béjar, 1983: 44.

⁹ *Cit. pos.* Loyo, 1988: 21.

histórico transmitido mediante la socialización. Ahora, si bien la noción de cultura política es resultado de las interrogantes del conductismo, el cuerpo teórico que le otorga fundamentación y solidez es la política comparada. Sebastián Lamoyi indica que el "contexto teórico" de este concepto lo constituyen las nociones de sistema político, estructura política, socialización política, participación, desarrollo político, transición, estabilidad democrática, etc.

Los supuestos teóricos generales que aporta el estudio de la política comparada respecto a la cultura política y que de alguna forma compartimos, son:

- La política debe considerarse en un sentido amplio, pues versa sobre la utilización y el desarrollo del poder, y puesto que el poder se genera en casi todo grupo social e institución, el alcance de la política es insospechado¹⁰.
- Ahora bien, si la cultura es el conjunto de símbolos, normas y creencias que se transmiten de generación en generación, otorgando identidad a los miembros de una comunidad, hablar de cultura política implicaría que todas las colectividades tienen una cultura política; esto es, que la cultura política no es privativa de los sistemas políticos democráticos, sino que cualquier grupo social al tener relaciones de poder y poseer un conjunto de símbolos, normas y creencias comunes, presenta también una cultura política. Suponer que sólo algunas comunidades *tienen* cultura política, conduce a elitizar la cultura política y a ignorar aquellas formas de relación pueblo-poder que escapan a los tipos ideales de democracia de los países desarrollados.
- La cultura política está presente en casi todas las relaciones sociales.
- Existe una interrelación entre la cultura política y el sistema político, por lo que hablar de cambio social en uno implica una transformación del otro¹¹.

¹⁰ Dowse, 1990: 20.

¹¹ Particularmente opinamos que no se está pensando necesariamente el problema en términos funcionalistas, sino que partimos del supuesto de que existe una interrelación entre lo estructural y lo ideológico (como

- La cultura política puede ser manejada por la mayoría de la población y no necesariamente por su totalidad. Esto conduce a la conclusión de que la cultura política de una colectividad lo es no por el número de individuos que la practican, sino porque llevan a sus individuos a pensar de la forma en que el medio social existente demanda¹².
- La cultura política se diferencia de la *ideología política*. Mientras esta última hace referencia a la formulación esencialmente doctrinaria e internamente consistente que grupos más o menos pequeños de militantes o seguidores abrazan o adoptan y hasta promueven conscientemente (liberal, fascista, conservadora, etc.), la cultura política tiene una pretensión general o nacional (aunque se reconocen subculturas que conviven dentro de la cultura política general)¹³.
- De igual forma, la cultura política difiere de la *actitud política*, dado que esta última es una variable intermedia entre una opinión (comportamiento verbal) y una conducta (comportamiento activo). Es decir, la actitud política es tanto una respuesta a una situación dada como una disposición mental, una inclinación organizada en función de asuntos políticos particulares que cambian a menudo¹⁴.

Por nuestra parte, diremos que la cultura política pertenece a los fenómenos de larga duración, y si bien algunos autores conductistas consideran a la actitud política y al comportamiento político como expresión de la cultura política, es claro que pueden cambiar las actitudes y comportamientos políticos ante los procesos coyunturales sin que por ello se presenten cambios en la cultura política.

indicara Karl Marx), o entre los tipos de dominación y los tipos de acción social (desde el punto de vista de Max Weber).

¹² De alguna forma, la cultura política se asemeja al *habitus* que P. Bourdieu plantea.

¹³ Peschard, 1994: 11-12.

¹⁴ *Idem*, 12.

II. La teoría conductista y la cultura política

John B. Watson (1878-1958), el representante más notable de la teoría conductista, inconforme con los moldes tradicionales de la psicología clásica expresó: "basta de estudiar lo que piensa y siente la gente, empecemos a estudiar lo que hace"¹⁵. Watson quiso romper con los cánones psicólogos de ese momento al proponer una psicología objetiva y práctica que embonó perfectamente "con la creencia norteamericana en la igualdad de oportunidades, con la fe en el progreso y el predominio de lo práctico del factor no emocional"¹⁶.

La crítica al conductismo no sólo se apoya en la discusión de este contexto ideológico, sino también pone en evidencia el reduccionismo teórico a que conducen las conclusiones de Watson, a saber: a) la actividad humana se constriñe a la pareja estímulo-respuesta por compleja que sea; b) la sensación y la percepción son substituidas por la respuesta inducible por el *comportamiento*¹⁷; c) el psicólogo sólo debe observar las respuestas provocadas por los estímulos para después predecir la conducta —cuando se presente determinado excitante— o predecir el estímulo que la produjo —al darse la conducta—; d) la investigación psicológica consiste en establecer datos y leyes¹⁸.

Esta orientación teórica determinó los principios básicos de los estudios clásicos de la cultura política, e incluso actualmente podemos constatar en los textos publicados sobre cultura política cómo los investigadores mexicanos han abordado a ésta desde las conductas políticas manifestadas en a las elecciones federales, estatales o municipales. En muchos especialistas, predecir o constatar cambios en la cultura política es el objetivo de sus análisis sobre comportamientos electorales, considerando objetivas sus

¹⁵ *Cit. pos.* De la Mora, 1984: 70.

¹⁶ *Idem.*

¹⁷ El término comportamiento en inglés es *comportment*, pero Watson y sus colegas han usado el sustantivo *behavior* (conducta) derivado del verbo *behave* (portarse, comportarse) correspondiente al latín "*se habere*" (De la Mora, 1984: 70).

¹⁸ *Idem.*, 71.

investigaciones en tanto más confiables son los instrumentos con los que recaban y procesan los datos¹⁹, dejando de lado la crítica a los supuestos de tal teoría. Más adelante veremos por qué la presente investigación se interesa en otra orientación metodológica y —si acaso— epistemológica. Por el momento prosigamos el análisis de la teoría conductista.

Watson influyó en la forma de abordar el problema del cambio de conducta, puesto que creía en el poder de la educación: "Dadme una docena de niños sanos y el mundo que necesito para educarlos conforme a él y me comprometo a hacer de ellos médicos, comerciantes, juristas e incluso mendigos y ladrones, independientemente de su talento, inclinaciones, tendencias, aptitudes, así como de la profesión y clase social de sus antepasados"²⁰. Para este autor el proceso de condicionamiento (aprendizaje) consiste en asociar un nuevo estímulo al estímulo natural o incondicionado que provoca la respuesta refleja, repitiendo muchas veces este pareamiento. Al cabo de algún tiempo, al presentarse el estímulo incondicionado, se obtendría la respuesta deseada.

De igual forma se ha pensado la cultura política desde la teoría anglosajona, que adaptada por los académicos mexicanos a nuestro caso particular, sustenta la transformación de la cultura política mexicana desde el aprendizaje de la democracia²¹. La mayoría de los investigadores de la realidad política mexicana exigen la transparencia de los procesos electorales en dos sentidos: primero (y el más válido), como una necesidad social de

¹⁹ Laura Baca e Isidro H. Cisneros, por ejemplo, manifiestan su preocupación sobre la confiabilidad de las conclusiones de las investigaciones en base a la confiabilidad metodológica: "en los estudios que sobre cultura política se han realizado, aparece en primer lugar una ausencia de fundamentación empírica confiable acerca de los juicios sobre cultura política, identidad y socialización... que lleva a la tentación de generalizar una serie de experiencias aisladas de grupos a la sociedad en su conjunto" (Baca, 1988: 109). Ahora bien, las observaciones de estos investigadores son importantes, mas lo que haría falta es extender la crítica hasta los fundamentos epistemológicos de las investigaciones sobre la cultura política.

²⁰ De la Mora, 1984: 73.

²¹ Lamoyi, entre otros, incita a que se genere "una política gubernamental que atienda a los aspectos de la actual cultura política que deben modificarse en beneficio de los propios mexicanos y su democracia. Esta tarea requiere del esfuerzo de todos los que nos hemos abocado al estudio de la cultura política, tanto académicos como políticos, con la finalidad de comprender y transformar la realidad" (Lamoyi, 1988: 17). En este mismo sentido, Roberto Gutiérrez al afirmar que "experimentamos esfuerzos por darle a la opinión pública un papel más crítico y vigilante" (Gutiérrez, 1988: 15), nos hace suponer que la cultura política puede fabricarse desde una élite *concientizadora*.

participación ciudadana; y segundo, como una forma de educar cívicamente a los mexicanos que sobre-viven al patrimonialismo priísta. En este sentido, es coherente demandar un compromiso por parte de los medios de comunicación, sindicatos, intelectuales, partidos, organizaciones no gubernamentales, etc., con la democratización del país. El problema no radica en estos reclamos y evidentemente nuestra realidad necesita de ellos. Sin embargo, habría que poner en entredicho los supuestos teóricos que subyacen tales propuestas, pues ni la cultura política se limita a las conductas políticas (y menos aún a los comportamientos electorales), ni la *cultura política* puede transformarse "desde arriba" (educación cívica) ni a corto plazo.

Pero la crítica que más nos induce a desarrollar la presente investigación se encuentra en el olvido (o mejor dicho, falta de aprecio) por parte de los conductistas de 'lo que piensa y siente la gente', pues considero que es precisamente en estos ámbitos donde subyace la interiorización de la cultura política. Esto podría parecer bastante radical, a menos de que aclaremos de que si bien la cultura política no se reduce a lo que la gente cree, tampoco puede reducirse a lo que la gente hace. En tales términos, rescatar lo que las colectividades imaginan permite una visión que bien puede complementarse con las aportaciones de los investigadores de la cultura política que a su vez parten de la teoría conductista (teoría que desde nuestro punto de vista no sale tan bien librada de las críticas metodológicas).

III. La política comparada y la cultura política

El pensamiento político occidental moderno ha analizado la política desde dos perspectivas fundamentales: la teoría política normativa y de la filosofía política y las teorías descriptivas de las ciencias sociales. En este último gran parámetro se ubican los estudios de política comparada²², los cuales pueden considerarse en cuatro corrientes representativas: 1) las teorías

²² Meyenberg, 1990: 45.

que a partir del estudio de la modernización establecen una tipología comparativa de diferentes realidades políticas; 2) el enfoque sistémico y 3) el estructural funcionalista, donde estos dos últimos enfoques mantienen aspectos en común, como el hecho de basarse en el estudio de las funciones políticas de un sistema y ser considerados los precursores del movimiento conductista; 4) el enfoque pluralista, o teoría empírico-democrática, que al partir de las ideas de la multidimensionalidad del poder, concibe a la política como un interminable proceso de negociación²³.

David Easton y Gabriel A. Almond son los autores más importantes dentro de las teorías de sistemas y estructural funcionalista. Estos autores, preocupados por demostrar la existencia de unidades fundamentales relacionadas con el comportamiento, utilizan la noción de sistema político para el entendimiento de la vida política, enfatizando la importancia del conductismo para explicar el comportamiento político "observado". Para ellos, las características políticas del sistema son: capacidad para llevar a cabo sus funciones principales, efectividad en el proceso de conversión de las demandas, y en la constitución de los subsistemas de mantenimiento y adaptación a los roles sociales (socialización política)²⁴.

G. Almond plantea la necesidad de las técnicas de investigación y el uso de datos empíricos objetivos y medibles para apoyar a los juicios subjetivos sobre los sistemas políticos. Combina la concepción de sistema de Easton con una visión desarrollista basada en el estudio de las estructuras, preocupándose por las relaciones entre normas, formas e instituciones y la manera en que estas relaciones resuelven los problemas funcionales que impiden el mantenimiento del sistema pero difiere de Easton al seguir a Weber, pues considera a la política como el uso legítimo de los medios de coerción²⁵. Los conceptos funcionalistas de su propuesta teórica son: *sistema*,

²³ *Idem.*, 49.

²⁴ *Idem.*, 55.

²⁵ Aquí parecería que se contraponen y confunden dos nociones: *política* y *Estado*, mas lo que sucede es que Almond considera a la política como objetivación del Estado.

estructura y función, mientras que los componentes esenciales de su visión política son: *estructura política, cultura política y actores políticos*.

Almond introduce el concepto de cultura política, que define como "las propensiones fundamentales del sistema". Para convencer al individuo de que las normas, funcionamiento y apoyos simbólicos del sistema son los más convenientes para el desarrollo de la sociedad, existen el proceso de socialización, que enseña los roles sociales a los miembros de la comunidad, y el reclutamiento político, que es el canal por el que se cumplen los roles políticos²⁶. La idea de Almond es que a través de la socialización política cada individuo aprende e incorpora a su propia personalidad el conocimiento y los sentimientos acerca del sistema político (cultura política). El éxito del sistema consiste en inducir a los gobernados a un proceso de ideologización no consciente, por el cual todo actor es condicionado para aceptar sin mayores cuestionamientos la toma de decisiones políticas de los gobernados.

Yolanda Meyenberg, tras exponer estos fundamentos teóricos, señala los graves problemas de la política comparada de la siguiente forma:

- El gran objetivo de la política comparada, el de construir una teoría política general, constituye un fracaso en la medida que no logra formalizar su objeto de estudio.
- Estos estudios sólo han logrado constituirse en modelos *descriptivos*, que en su afán por encontrar generalidades en los sistemas políticos, han construido proposiciones con una mínima capacidad *explicativa*. Así, en su búsqueda de conceptos universales empíricamente válidos, ha producido un "estiramiento de conceptos" que ha ampliado su radio de cobertura a costa de su definición.
- Al querer encontrar leyes y establecer patrones sobre los fenómenos y comportamientos políticos, tienden a concebir en igualdad de circunstancias a los distintos sistemas políticos, sin considerar sus estadios de consolidación y estructuración.

²⁶ *Ibid.*, 60.

- Por ello, construyen un tipo ideal de sistema político a imagen y semejanza de los sistemas políticos occidentales del primer mundo. Esto es, a partir de una problemática regional edifican una teoría general.

Meyenberg no descarta el análisis comparado, sino propone: a) abandonar la idea de establecer una gran teoría; b) delimitar entre la política y otros aspectos de la vida humana; c) atender al proceso histórico constitutivo de los sistemas políticos concretos; d) analizar el papel del poder y la autoridad en cada sistema; y finalmente, e) "encontrar al comparar y no al establecer modelos *a priori*"²⁷. Por su parte, Aurora Loyo critica los estudios de cultura política afirmando que simple y sencillamente la política se puede pensar y de hecho se ha pensado sin necesidad de emplear el concepto de cultura política²⁸.

Considerando lo anteriormente expuesto puede objetarse la imposibilidad epistemológica de descartar al método comparado, lo cual es cierto. Sin embargo, al incluir las críticas teóricas de Meyenberg y Loyo queremos hacer notar más que un diferendo metodológico, un señalamiento a los resultados ideológicos a que conducen tales presupuestos comparativos.

Pero hagamos la crítica desde otro ángulo: la democracia liberal presente en los estudios de política comparada —según C. B. Macpherson— "es un modelo de democracia como equilibrio en el sentido de que presenta el proceso democrático como un sistema que mantiene el equilibrio entre la oferta y la demanda de mercaderías políticas"²⁹. Este modelo, desde la opinión de Carole Pateman, "privilegia una concepción de participación ciudadana muy estrecha", donde se expone a la democracia desde una forma clásica liberal y se coloca el acento en dos variables: "la *estabilidad* y la *efectividad* del gobierno 'democrático', siendo la primera concebida como la simple no-frecuencia (infrequency) de cambios anti-constitucionales de régimen y la segunda, ligada a la 'governabilidad'"³⁰.

²⁷ *Idem.*, 63-64.

²⁸ Loyo, 1988: 19.

²⁹ *Cit. pos.* Baca, 1988: 119.

³⁰ *Cit. pos.* Loyo, 1988: 22.

Soledad Loeza explica que en las teorías de la modernización el estudio de las actitudes pasó a formar parte de un modelo de desarrollo político que parecía como un proceso lineal y cerrado, culminando en una sociedad a imagen y semejanza de las democracias occidentales. En consecuencia estos trabajos muestran una fuerte carga ideológica: la preocupación por el «potencial democrático» de los países en vías de desarrollo se convirtió en punto de partida de numerosos estudios comparativos que medían indistintamente a africanos, asiáticos y latinoamericanos frente a la sociedad norteamericana, "ella misma idealizada"³¹. Ya desde el siglo pasado los intelectuales se toparon con que las formas de *moralidad pública* en México no seguían un modelo homogéneo, y que ninguno de los tipos coincidía con los imperativos de la moral cívica³². Esto es, como la gran mayoría de los estudios sobre la socialización se han hecho en los países anglosajones en particular y en las democracias industriales en general, se ha llegado a minimizar el papel del Estado como agente directo en este proceso³³, punto a considerar indispensablemente para el caso mexicano³⁴.

Además de los problemas a nivel teórico de las investigaciones norteamericanas sobre la cultura política mexicana, Wayne Cornelius señala que en el trabajo de Almond y Verba (*The Civic Culture*) la muestra fue limitada y poco representativa, pues a) se aplicó en áreas urbanas cuando el 63% de la población era rural; b) no incluyó a los sectores populares de la zona metropolitana, restringiéndose a una minoría privilegiada; c) no toma en cuenta las variaciones regionales, y d) la traducción tuvo deficiencias³⁵.

³¹ Loeza, 1989: 92.

³² Escalante, 1989: 53.

³³ Segovia, 1975: 141.

³⁴ Por ejemplo, Soledad Loeza es contundente al afirmar que "los irremediables triunfos del partido oficial socializaban a los mexicanos en la apatía y la desmovilización, porque la hegemonía priista anulaba consistentemente el sentido de utilidad del voto y cancelaba los posibles impulsos participativos" (Loeza, 1989: 278).

³⁵ *Cit. pos.* Gil, 1993: 21.

B) LA NOCIÓN DE «CULTURA POLÍTICA» EN MÉXICO

A pesar de ser resultado directo de los estudios estructural-funcionalistas, el concepto de cultura política ha tenido una peculiar interpretación en los medios académicos mexicanos, pues generalmente estos ensayos se muestran más perceptivos ante los problemas de la *cultura* y el papel del Estado en la reproducción del sistema político prevaleciente. En nuestro país, según González Casanova, al resultar insuficientes las explicaciones teóricas a través de las ideologías, se accede a partir de los años setenta a revisar los aspectos culturales como una preocupación intrínseca a los fenómenos del poder³⁰. Soledad Loaeza apunta que en los estudios sobre cultura política en México se distinguen dos períodos: hasta antes de 1968 y después de esa fecha. En el primer momento se partía de las reflexiones filosóficas a que dio lugar la búsqueda de *lo mexicano*. Bajo esta perspectiva, la estructura psicológica diagnosticada se advierte como propia del mexicano, tomando un tinte que se aproxima al fatalismo y considera a nuestras conductas como naturales o intrínsecas. "La consecuencia lógica de esta premisa era restar al régimen político su importancia y responsabilidad como agente de socialización"³¹.

Dentro de los textos dedicados al tema de la cultura política mexicana, ya sea abordado de manera directa o en forma marginal, se observan básicamente dos posiciones: en primer lugar, cuando el concepto no se considera dentro de teoría alguna, por lo que permanece en estado ambiguo y se presta a infinidad de interpretaciones, la más de las veces en sentido coloquial; y en segundo, cuando la cultura política se asume como un término de la sociología política, explicitándose generalmente bajo qué condiciones se emplea, así como la aportación de este concepto para el análisis de la realidad mexicana.

³⁰ *Cit. pos.* Loyo, 1988: 25-26.

³¹ Loaeza, 1989: 93.

De estos dos tipos de ensayos sólo nos interesa el segundo, pues el primer grupo está formado por analistas que aprovechan lo laxo del término, ya sea por comodidad o por desconocer los antecedentes teóricos del mismo (logrando oscurecer a un término de por sí conflictivo), y por políticos que abordan esta problemática desde el discurso demagógico³⁸.

Los textos académicos que examinan la noción de cultura política en México en realidad no son muchos. Estos a su vez podríamos clasificarlos en tres grupos: a) los que se dedican a revisar las implicaciones teóricas del concepto, presentando el crisol de acepciones que toma en las discusiones académicas, b) los ensayos que a partir de una especificidad teórica describen el contexto mexicano, y c) los que no hacen de manera explícita sus preferencias teóricas pero que de alguna forma se adscriben a la política comparada, en tanto los resultados que proporcionan.

La noción de cultura política contiene constitutivamente una riqueza mayor que la presentada por la política comparada, puesto que retoma como sustento conceptual al término "cultura", el cual le dota de abundantes definiciones e indefiniciones. Algunos textos mexicanos de las ciencias sociales utilizan este término, mientras otros (básicamente filosóficos) por el tratamiento problemático de nuestra realidad dan aportaciones substanciales a tal discusión. Apoyándonos en esto último, en los subsecuentes apartados no sólo se considerará al bloque de textos académicos dedicados al análisis de la cultura política que anteriormente clasificamos, sino también incluimos ensayos (filosóficos y literarios) que sin proponérselo reflexionan sobre el tema en cuestión³⁹.

³⁸ Loyo nos presenta "un ejemplo significativo", pues en un discurso de campaña a la Presidencia de la República, Carlos Salinas de Gortari afirmó que "... el reto es más y mejor democracia, sin confusiones interesadas y con el ánimo (*sic*) de una nueva cultura política" (Loyo, 1988: 18). Manuel Clouthier también utilizó demagógicamente la cuestión de la cultura política, pues en sus propuestas de campaña prometía la "creación" de una "nueva cultura política" (Loeza, 1989: 160).

³⁹ Por cuestiones de espacio y tiempo, dejamos pendiente el análisis de textos de antropología social que contienen también importantes iluminaciones al problema de la cultura política.

I. Definiciones de cultura política

En los principales textos consultados se encontraron al menos cinco recurrencias en las conceptualizaciones: matiz conductista, referencia sistémica o a las instituciones, conceptualización culturalista, fundamento histórico y definición que alude al elemento subjetivo.

Primeramente, los académicos mexicanos definen este término tal como lo realizaron Gabriel Almond y Sidney Verba en su texto *The Civic Culture*: la cultura política se refiere, en primer término, "a las orientaciones-actitudes específicamente políticas hacia el sistema político y sus diversos componentes y a las actitudes hacia el rol del sistema"; y en segundo, "al sistema político tal como es interiorizado en elementos cognoscitivos, en sentimientos y evaluaciones por su población"⁴⁰. En vista de que la orientación teórica y empírica del concepto se inclina hacia la primer definición, hemos llamado a esta vertiente «conductista».

Aurora Loyo traduce la definición de Almond y Verba en el sentido de que cultura política son los "elementos cognoscitivos, afectivos o evaluativos que suponemos se encuentran en la base de ciertas actitudes políticas y que observamos a través de comportamientos políticos concretos"⁴¹. En general, los investigadores mexicanos desde la sociología política, siguen la línea de interpretación de *The Civic Culture*, evadiendo las críticas realizadas tanto por los académicos que rechazan la orientación conductista de estos estudios, como por los propios ensayistas anglosajones, que en el célebre libro *The Civic Culture Revisited* critican algunos principios generales de aquella propuesta teórica.

Laura Baca e Isidro H. Cisneros indican que la cultura política se usa para designar de una manera "convencional" al conjunto de actitudes, normas y creencias que son compartidas más o menos ampliamente por los miembros de una determinada unidad social. lo que se traduce en "significados

⁴⁰ Almond y Verba, 1963: 13-14.

⁴¹ Loyo, 1988: 18 (subrayado nuestro).

particulares respecto de la vida política"⁴². La cultura política, bajo esta orientación conductista, "se refleja y expresa en parte a través de la *participación política* de una sociedad determinada"⁴³. La participación política se entiende como aquellas formas de gobernar, de participar, de acatar y desacatar a la autoridad, de confiar y de mantener distancias con el poder, y de exigir⁴⁴; definición sumamente amplia y, por tanto, ambigua.

Monsiváis, por su parte, indicaría que la cultura política es la comprensión generalizada de la política en una sociedad, el proceso formativo de las nociones elementales de gobierno, de obtención del poder y de participación ciudadana en la vida pública⁴⁵. Ahora bien, estos conocimientos, valores y actitudes referidos al sistema político que, según Arnaldo Córdova, se convierten en el modo de ser de los hombres, esto es, en el hacer o no hacer, en el decidir o consentir que otros hagan⁴⁶, son también —y al mismo tiempo— elementos constitutivos del sistema político⁴⁷, debido a que la cultura política es la que confiere significado, predecibilidad y forma al proceso político⁴⁸.

Así, la definición clásica adoptada en nuestro país presenta un «carácter sistémico»: la cultura política "influye tanto en la construcción de las instituciones y organizaciones políticas de una sociedad como en el mantenimiento de las mismas y los procesos de cambio"⁴⁹. Roberto Gutiérrez indicaría que estos valores, principios y hábitos hacia la política marcan el funcionamiento del sistema político debido al vínculo estrecho que tiene con el conjunto social⁵⁰, por lo que la cultura política llega a considerarse como "la manifestación en forma conjunta de las dimensiones *institucionales*

⁴² Baca, 1988: 109.

⁴³ Crespo, 1959: 29 (subrayado nuestro).

⁴⁴ Aurora Loyo, 1988: 25.

⁴⁵ Monsiváis, 1988: 38.

⁴⁶ *Cit. pos.* Lamoyi, 1994: 14-15.

⁴⁷ Esta aseveración responde a la lógica de la corriente estructural funcionalista que sustenta a la política comparada. Si bien personalmente la aceptamos, será dentro de otros términos teóricos que posteriormente aclararemos.

⁴⁸ Pse, 1965: 9.

⁴⁹ Peschard, 1994: 10.

⁵⁰ Gutiérrez, 1988: 41.

psicológicas y subjetivas de la política"⁵¹. En forma contundente, René Millán estima a la cultura política como forma de integración sociopolítica.

Basta revisar detenidamente las conceptualizaciones que se tienen de la cultura política para advertir lo que Aurora Loyo ha manifestado: en México, los investigadores prestan (o mejor dicho, están obligados a prestar) mayor atención al aspecto *cultural* que los anglosajones, para quienes entra únicamente en la definición y generalmente olvidan a lo largo de sus investigaciones⁵². Arnaldo Córdoba habla, por ejemplo, de que la cultura política es una sedimentación histórica de la conciencia colectiva de percepciones, nocimientos, prácticas, así como la codificación arbitraria de ideales y experiencias respecto a "la cosa pública". En este punto encontramos que Córdoba incluye *percepciones e ideales*, mientras que Jaqueline Peschard, Laura Baca e Isidro H Cisneros hablan de *creencias*. Si bien Dumazier y Ripert señalan como importantes elementos de la cultura política a los *símbolos*, Soledad Loaeza, Roberto Gutiérrez y J. Peschard amplían el marco referencial de la cultura política a los *valores e imágenes* colectivos.

Como ya habíamos visto con A. Córdoba, Francisco Gil Villegas también piensa a la cultura política como un producto de la historia colectiva de un sistema político, afirmando que incluso influye en forma decisiva la biografía de los miembros de dicho sistema⁵³. Los académicos mexicanos además de introducir el factor histórico y la vida cotidiana en la conformación y reproducción de la cultura política, evalúan con peculiar atención el peso de la subjetividad colectiva en tanto elemento constitutivo de la misma.

En este sentido, J. Peschard sugiere para el estudio de la cultura política un análisis de los elementos que configuran las percepciones

⁵¹ Gil, 1993: 18 (subrayado nuestro).

⁵² Gabriel Almond y Sidney Verba no definen en ningún apartado de su libro *The Civic Culture* al concepto "cultural", limitándose a informar que lo retoman de la "culture-personality" o "psychocultural approach", cuyos fundamentos se encuentran, entre otros, en *Politics, Personality, and Nation Building* de Lucien W. Pye. En todo caso, la falta de definición no es tan trascendente, sino que al evaluar actitudes y conductas olvidan los mitos, las creencias, los símbolos, los ideales y los rituales.

⁵³ Gil, 1993: 18.

subjetivas que tiene una población respecto al poder⁵⁴. Esto es, "la pregunta sobre la cultura política pretende indagar cómo percibe una población el universo de relaciones que tienen que ver con el ejercicio del mandato y la obediencia"⁵⁵. Por su parte, José Joaquín Blanco al reflexionar la complejidad de la realidad política mexicana, contraponiendo el ejercicio autoritario del poder frente a la población que sobrevive a la opresión, concluye que la cultura política no es más que un "sistema de defensa, de protegerse de los intentos de las élites para modernizar al país"⁵⁶.

Los últimos puntos de vista vertidos animan a reconstruir el imaginario colectivo frente al poder, pues los usos y costumbres del poder los viven y sobreviven diariamente y de distintas maneras los mexicanos. Matizar los cambios y continuidades de la cultura política a partir de las percepciones que los mexicanos han tenido a lo largo de la historia mexicana moderna, se convierte en un interesante ejercicio que, si bien no se logra a cabalidad durante la presente investigación, constituye una invitación a desarrollarse en la posteridad.

II. Elementos de análisis

Desde la perspectiva de G. Almond y S. Verba, los elementos que deben analizarse a fin de conocer las actitudes, comportamientos y orientaciones de la cultura política de una nación son: orgullo nacional, opinión pública, campañas políticas, conocimiento de los líderes, educación política, información política, etc. Pero veamos cómo se han llevado a cabo tales presupuestos en el ámbito académico de nuestro país.

Los mexicanos Laura Baca e Isidro H. Cisneros proponen estudiar los juicios, la identidad, la socialización, los principios, creencias, normas, comportamientos, actitudes y significados políticos. Ante esta variedad de

⁵⁴ Peschard, 1994: 9.

⁵⁵ *Idem.*, 10.

⁵⁶ *Cit. pos.* Baca, 1988: 110.

elementos, se complica llegar a afirmaciones sostenibles respecto a la cultura política, e incluso estos mismos autores no abarcan tantos factores al momento de investigar la cultura política nortea.

Leyendo entre líneas la conceptualización de Arnaldo Córdova, encontramos a la «conciencia colectiva», las «percepciones», los «conocimientos», las «prácticas», el «modo de ser colectivo», los «ideales» y las «experiencias» como los aspectos constitutivos de la cultura política. Gil Villegas opina, por su parte, que la cultura política permite el análisis empírico de la «ideología política», el «nacionalismo», la «soberanía», la «función modernizadora» y el «desarrollo político». Quizás el autor que menos se aleja de la definición que él mismo elabora es José Antonio Crespo, pues en un acto reduccionista opina que lo que debe analizarse es la «participación política». Esta postura es mucho más consecuente con la lógica conductista del concepto en cuestión, pero obviamente deja de lado aspectos que la misma definición (e indefinición) de la *cultura política* reclama.

En este sentido, Roberto Gutiérrez plantea incorporar a la discusión de cultura política a los «mitos», «costumbres», «creencias», «utopías» y «deseos», así como «las nociones de poder y autoridad, de organización, participación, solidaridad y disidencia, representatividad, nacionalismo y liderazgo, legalidad e ilegalidad, corrupción y moralidad»³⁷. Sin embargo, a través del desarrollo de sus investigaciones parece dedicarse exclusivamente al problema del consenso: el consenso activo o pasivo indica qué tipo de cultura política tienen las colectividades.

Para René Millán, la cultura política implica revisar elementos como «orden», «integración» y «nacionalidad». F. J. Paoli Bolio sigue un tanto la línea de los resultados de R. Gutiérrez, pues propone que se diagnostique la «legitimidad» de los gobernantes, el tipo de «consenso implícito» y las «formas rituales» (que en alguna medida identifica con el *caudillismo* y el

³⁷ Gutiérrez, 1988: 42.

caciquismo político). En general, los subsecuentes autores consultados coinciden en señalar los elementos que ya hemos indicado en este inciso.

Una vez revisados los resultados de las investigaciones de los anteriores autores citados, comprobamos una primera sospecha: teóricamente los estudiosos de la cultura política proponen abarcar un sinfín de elementos que, supuestamente, llevarían a una comprensión suficiente de tal noción. Sin embargo, una cosa es lo que proponen analizar, y otras son sus aportaciones. Lo problemático del asunto es querer abarcar tantos aspectos, pues finalmente con sólo dos o tres elementos de análisis han logrado exponer el punto de vista que tienen respecto a la cultura política mexicana. Esto nos conduce a elegir sólo un aspecto: la imagen que tiene el colectivo sobre el ejercicio del poder político. Puede esto señalarse como parcial, y lo es, pero precisamente esta parcialidad nos permitirá abordar a la cultura política desde un marco metodológico un tanto más concreto y delimitado. Así, al reducir nuestra visión de la cultura política nos encontramos con posibilidades de evaluar los resultados que en el tercer capítulo presentaremos.

III. Supuestos teóricos de la cultura política

La cultura política, según Walter Rosenbom, presenta dos niveles de análisis: al concentrarse en el *individuo*, la cultura política tiene un enfoque básicamente psicológico, interesado en lo que siente, piensa y sabe el sujeto acerca de los símbolos, las instituciones y las reglas que constituyen el orden político fundamental de su sociedad y cómo responde a ellos. Por otro lado, al referirse a la *colectividad*, el nivel de análisis se inclina por los elementos básicos del sistema político, preocupándose por la forma en que las masas de ciudadanos evalúan a sus instituciones políticas y funcionarios⁵⁸. En este sentido, J. Peschard reafirma a la *cultura política* como un concepto enlace que media entre la interpretación psicológica del comportamiento individual y

⁵⁸ *Cit. pos.* Lamoyi, 1994: 8.

la interpretación macrosociológica de la comunidad política en cuanto entidad colectiva, poniendo en relación las orientaciones psicológicas de los individuos con el funcionamiento de las instituciones políticas⁵⁹.

Por otro lado, al analizar la relación que existe entre la cultura política y el sistema político, encontramos que, primeramente. Almond y Verba presuponen que partiendo de una cultura política y de un proceso de socialización, se desembocaría en un sistema político que puede ser resultado u origen de esta cultura y de las actitudes, creencias, símbolos y mitos necesarios para el mantenimiento de la cultura y del sistema político. Se estaría en una causación circular entre proceso de socialización, cultura política y sistema político. Esta causación puede, en todo caso, ser interrumpida por un proceso revolucionario capaz de introducir un nuevo proceso de socialización, una nueva cultura y un nuevo sistema.

Para J. A. Crespo la cultura política guarda un cierto grado de congruencia con el sistema político, dado que éste condiciona el tipo de participación ciudadana que le es funcional para su consolidación y continuidad. Por ejemplo, la desconfianza generada por los regímenes autoritarios limita la participación, y la falta de participación produce a su vez un sentimiento de ineficacia política⁶⁰. Esto es, el carácter autoritario del régimen determina que la única forma aceptada de participación sea aquella que es en sí misma un acto de adhesión al régimen⁶¹.

La función sistémica de la cultura política se fundamenta en que, como los ciudadanos se forman —ni nacen hechos ni se forman solos, según Rafael Segovia—, todo el proceso cultural (o educativo, según el punto de vista del autor) se orienta para insertar al individuo en su sociedad⁶². Consecuentemente, la cultura política reproduce la estructura de poder específico: el moralismo abstracto —según Luis Salazar— es perfectamente

⁵⁹ Peschard, 1994: 14.

⁶⁰ Segovia, 1975: 126-127

⁶¹ Loeza, 1989: 98.

⁶² *Idem.*, 141.

compatible con y funcional para el autoritarismo que caracteriza al sistema político en México.

Para los fines de la presente investigación se deja de lado un interés primordialmente causal o condicional, preocupándonos más una descripción que, en todo caso, muestre la forma en que se relacionan los distintos factores sociales: sistema político—cultura política. Es decir, dejamos para los especialistas la sustentación teórica que establezca al 'último determinante'.

La *utilidad* de los estudios sobre la cultura política sería, según S. Loeza, responder a la pregunta de cómo se crea la legitimidad de un régimen; para R. Gutiérrez, predecir cambios en la pasividad política del mexicano. En sentido irónico, Aurora Loyo indica que el término cultura política también sirve para hacer demagogia o facilitar la enunciación de infinitas explicaciones doctas o espontáneas del acontecer político.

En otro orden de ideas, el problema de la delimitación de una cultura política dominante, Laura Baca e Isidro H. Cisneros comentan que no existe solamente una «gran» cultura política, sino una amplia gama de culturas políticas, complementarias entre sí y antitéticas otras. Por su parte, Lucien Pye explica que la cultura política no implica una homogeneidad dentro de una sociedad, pues las subculturas son con frecuencia fácilmente observables: existen dos subculturas, la cultura de las masas y la cultura de las élites. Esperanza Palma afirma incluso que existe en México una cultura política norteña. Al investigar el imaginario colectivo, manifestamos una inclinación por la posición de Octavio Paz, quien al referirse a las reacciones habituales del mexicano, indica que no son privativas de una clase, raza o grupo aislado, en situación de inferioridad, puesto que las clases ricas —en sentido metafórico— también se cierran al mundo exterior y también se desgarran cada vez que intentan abrirse⁶³.

⁶³ Paz, 1950-1982: 65

La construcción teórica más importante de los estudios clásicos de cultura política es la noción de cultura política democrática. Almond y Verba se inscriben dentro de la tradición liberal que otorga un peso determinante a los elementos formales de la democracia. Afirman que en la cultura cívica todos los ciudadanos deben sentirse involucrados e intervenir consecuentemente en la política, en base a una participación informada, analítica y racional. Estas aseveraciones se enmarcan en la tradición democrática occidental donde la participación política es la base de la legitimidad del poder⁶⁴.

Para intervenir en la vida política se requiere en primer lugar, según R. Segovia, de un sentimiento subjetivo de competencia, esto es, de la idea de que se tiene derecho para influir sobre el poder a través de alguna de las posibles formas de participación, y de la convicción de que ésta tendrá los efectos deseados en alguna medida⁶⁵. José Woldenberg, por su parte, haría notar que también es necesario el diálogo, concertación y negociación en un ambiente que reconozca que la sociedad es plural.

En la cultura política democrática —opuesta a la cultura política pasiva por definición— se tiende a concebir a los gobernantes como mandatarios, como servidores públicos que son llevados a posiciones de poder a través de procesos electorales y fórmulas de representación y que pueden ser removidos o no, esto es, obtienen y mantienen sus cargos por y a través del voto popular⁶⁶. González Casanova hace extensiva la participación a ámbitos que la cultura política democrática no contempla, pues la participación efectiva implica personas en uso efectivo de: a) los *derechos cívicos* de: libertad (de la persona, de expresión, de pensamiento, de creencia, de propiedad y de contratar) y de justicia; b) los *derechos políticos* de: derecho a votar, a ser elegido, a organizarse en partidos y otras asociaciones políticas; c) los *derechos políticos sociales*: derecho a organizarse en sindicatos y derecho de

⁶⁴ Loaeza, 1989: 91.

⁶⁵ Crespo, 1989: 29.

⁶⁶ Paoli, 1988: 31.

huelga; y d) los *derechos al bienestar económico mínimo*: derecho a un ingreso o salario mínimo real, a la educación elemental, a la salud y a las prestaciones sociales⁸⁷.

Como puede observarse, en el contexto mexicano el término 'democracia' adquiere un sinnúmero de calificaciones que superan en demandas y situaciones estructurales a los supuestos primermundistas de la cultura política democrática.

El papel de las instituciones en el proceso de socialización encara mayor peso para los especialistas latinoamericanos e hispanos que para los anglosajones. Por ejemplo, Rafael Segovia señala que los resultados de la socialización corresponde a la interacción entre el Estado, las escuelas y los grupos sociales. Por ejemplo, la escuela cumple además de la enseñanza escolarizada otras funciones: se convierte en un proceso de selección y de formación de élites políticamente activas. René Millán, por su parte, expone que la centralidad estatal y la inclusión política marcan la cultura política en México. Sin embargo, Roberto Gutiérrez critica esta "concepción moralista" donde los grupos populares "aparecen como engañados, pervertidos y alineados"⁸⁸.

En cuanto a los supuestos teóricos respecto al sistema político mexicano, Almond y Verba lo conciben como un sistema democrático en transición. Luis Salazar considera que nuestro sistema político no es competitivo, "donde la lealtad y la disciplina se confunden constantemente con la abyección y el oportunismo y donde la ausencia de controles ciudadanos conlleva un amplio espacio para la irresponsabilidad y la paranoia burocráticas"⁸⁹. Las fases del sistema político según González Casanova son: el Estado se ha transformado desde un «Estado fuerte oligárquico» (Porfiriato) pasando a uno «popular-nacional» (con su clímax en el Cardenismo), readecuándose a continuación a un «Estado populista-

⁸⁷ Casanova, 533-535.

⁸⁸ Gutiérrez, 1988: 11.

⁸⁹ L. Salazar, 1988: 175-176.

desarrollista» (desde Alemán hasta Echeverría), para rematar en un «Estado globalizador autoritario». En este sentido, el autoritarismo en lugar de disminuir su presencia, parece ratificarse. Carlos Fuentes opina que el régimen clásico mexicano ha creado un sistema paternalista y esquizoide, caracterizándose, con palabras de Octavio Paz, por su *autoritarismo piramidal*: el presidente tiene —en voz de González Casanova— una «extraordinaria» concentración de poder. Luis Salazar, por su parte, considera difícil anular el autoritarismo, pues en México toda disminución del poder político estatal es y no puede ser otra cosa que un incremento de los poderes *invisibles*, privados o externos: apostar por el debilitamiento o incluso la desestabilización del Estado mexicano es, y la paradoja sólo es aparente, apostar por el autoritarismo incondicionado⁷⁰.

IV. Factores que inciden en la cultura política mexicana

La historia es uno de los elementos más recurrentes para la mayoría de los especialistas sobre los rasgos del mexicano: la cultura política mexicana se compone, según Paoli Bolio, de una serie de caracteres que se arraigaron en nuestra población durante largos periodos. Para Samuel Ramos, "la organización colonial tiende a deprimir el espíritu de la nueva raza. Debido a que la riqueza no se obtiene a través del trabajo sino mediante privilegios injustos, la masa de la población se ve reducida a la inactividad y se resigna a la pobreza"⁷¹. La tesis principal de este autor es que "la psicología del mexicano es resultante de las reacciones para ocultar un sentimiento de inferioridad. La autodenigración es una actitud mental que se originó hace más de un siglo y que ha caracterizado el ser del mexicano a lo largo de su historia"⁷².

⁷⁰ *Ídem*, 178.

⁷¹ *Cit. pos.*: Zabludovski, 1991: 180-181.

⁷² *Ídem*.

Otro factor determinante es la religión: "toda cultura tiene en su origen más o menos remoto, una relación directa con la concepción religiosa del grupo"⁷³. Así, las ideas de origen religioso, mezcladas con la experimentación sistemática de actos despóticos, autoritarios y paternalistas de los gobernantes, hicieron que se gestara lo que Paoli Bolio denomina el *providencialismo*. Octavio Paz afirma que el carácter de los mexicanos es un producto de las circunstancias sociales de nuestro país: el empleo de la violencia como recurso dialéctico, los abusos de autoridad de los poderosos y finalmente el escepticismo y la resignación del pueblo, hoy más visibles que nunca debido a las sucesivas desilusiones posrevolucionarias⁷⁴.

Este nacionalismo revolucionario conformó ciertas actitudes de la sociedad mexicana ante el sistema de relaciones políticas establecido, reproduciendo una estructura de poder específica: la comprobación reiterada de la arbitrariedad en el manejo de las normas jurídicas, ha significado la desvalorización del derecho —sea penal, civil o laboral— como elemento mediador en las relaciones sociales y políticas⁷⁵. Esta acción deliberada de los aparatos estatales —conscientes de la precariedad del orden— busca el desmantelamiento de las identidades colectivas inconvenientes⁷⁶, pues, según Robert E. Scott, la desconfianza conduce a la no participación y a la necesidad de una dependencia personal y directa: ambas son resultado de un medio ambiente (*environment*) autoritario⁷⁷.

Corrupción e ilegalidad —según R. Gutiérrez— refuerzan las tendencias al inmovilismo y a la indiferencia, recayendo así la responsabilidad en el sistema político mexicano, quien genera la incompetencia con sus misterios — el tapadismo—, la ausencia de la crítica y la brusquedad e inexplicabilidad de las decisiones, acarreando un sentimiento de ineficacia y de incompetencia⁷⁸. Ahora bien, este autoritarismo se acompaña de un paternalismo sustentado en

⁷³ Paoli, 1988: 32.

⁷⁴ Paz, 1950 1982: 64-65.

⁷⁵ Gutiérrez, 1988: 41.

⁷⁶ Zermeño, 1993: 274.

⁷⁷ *Civ. por Segovia*, 1975: 123-124.

⁷⁸ Segovia, 1975: 129.

las atribuciones de intervención social que otorga la Constitución al Estado mexicano, prestándose esto al desarrollo de un clientelismo de Estado⁷⁹. José Joaquín Blanco expresa, al igual que Paz con la idea del 'ogro filantrópico', que presenciamos un Estado autoritario y paternalista con un mandato muy vasto, originado en las luchas y el apoyo populares. El paternalismo se ejerce sobre lo que González Casanova ha denominado como 'marginalismo social y cultural', y que tiene relaciones obvias con el marginalismo político⁸⁰.

Algunos autores consideran que al margen de la historicidad, religión, autoritarismo y paternalismo, la causa de la erosión deliberada de lo público consiste en la coexistencia de regímenes democrático liberales y sociedades con desigualdades crecientes⁸¹, esto es, la modernidad en países como el nuestro⁸², caracterizado por pobreza creciente + cambio acelerado + desorden social y atomización + segmentación del mercado político + tendencia en el medio popular hacia la individualización defensiva y anómica + tendencia en el medio integrado hacia el consumismo individualista posesivo que transfiere la culpa de las desigualdades al fracaso del Estado de bienestar + propensión natural de la matriz sociopolítica mexicana a que los liderazgos asciendan hacia el vértice de la pirámide (hacia el lugar del Estado), descuidando, e incluso actuando en detrimento de las identidades sociales⁸³. De la misma opinión es Víctor M. Muñoz, quien concluye que es precisamente la disociación entre los valores formales y la realidad lo que tiende a fortalecer el cinismo en la sociedad mexicana⁸⁴.

Roberto Gutiérrez por su parte apunta que la modernidad, a través de la industria cultural, tiende a desagregar las iniciativas grupales, a vaciar de sentido a los programas de reivindicación nacional y popular y a acentuar el

⁷⁹ Loeza, 1989: 277.

⁸⁰ P. González, 1966.

⁸¹ Zermeno, 1993: 285.

⁸² Según Scott una de las tensiones originadas por la modernización es la superposición de valores culturales disímiles — tradición vs. modernidad — (*cit. pos.* Loeza, 1989: 97).

⁸³ Zermeno, 1993: 285-286.

⁸⁴ Muñoz, 1989: 188.

individualismo y el pragmatismo, condicionando así la forma en que la rebeldía se expresa⁸⁵.

En los casos particulares de los centros universitarios y organismos de cultura, Zermeño explica que cuando no son desmantelados deliberadamente por la vía presupuestal y convertidos en élite en consecuencia, terminan, como en un círculo vicioso, apartados de sus referentes sociales y de sus identidades de base debido a la «apatía», la «reclusión en lo privado» y la «crisis de participación ciudadana» en general⁸⁶.

V. Prospectiva de la cultura política mexicana

Cuando Almond y Verba en base a su investigación indirecta o inconscientemente pero de alguna forma justificatoria de la superioridad cultural norteamericana, afirmaron que la cultura política mexicana se encuentra en un proceso de democratización, inauguraron el debate respecto si cada vez somos mejores (es decir, si nuestra cultura se acerca más a la suya) o si seguimos siendo igual de incivilizados (diferentes a ellos). Este juego de reconocernos a través de sus parámetros —ellos mismos idealizados, dirían Loaeza y Meyenberg— conduce a una serie de conjeturas que a continuación presentamos.

Esperanza Palma en su estudio sobre la cultura política norteaña estima que esta *nueva* moral social es "mucho más sensible ante los fenómenos de corrupción, autoritarismo e ineficiencia gubernamentales y en este sentido, mucho más receptiva de las críticas antigubernistas"⁸⁷, caracterizándose la participación norteaña por sus valores anti-priistas, por rechazar el fraude electoral y por defender de los derechos cívicos. "El nuevo panismo echó a andar una campaña de desobediencia civil, que consistió básicamente en huelgas de hambre, cierre de calles y carreteras, billetes sellados, mítines y

⁸⁵ Gutiérrez, 1988: 51.

⁸⁶ Zermeño, 1993: 289.

⁸⁷ Palma, 1988: 100.

marchas, que tenía por objetivo presionar al gobierno para que reconociera los triunfos del partido blanquiazul"⁸⁸. Estas actitudes cívicas tienen como origen o motivación, según E. Palma, a la ética protestante, los ideales de eficiencia, honestidad y disciplina y sin duda, el individualismo norteamericano⁸⁹.

Para Francisco José Paoli Bolio, la cultura política providencialista está declinando y la participación ciudadana está creciendo. Roberto Gutiérrez explica que en sindicatos, partidos y otro tipo de organizaciones se busca abrir paso a una visión de la democracia sustentada en el pluralismo, la socialización de la información, la limpieza de procedimientos y la discusión "no sólo de los asuntos estrictamente gremiales, sino de aquellos relacionados con la función del centro de actividad en el ámbito nacional"⁹⁰.

Puntualizando con momentos clave o 'reveladores', Francisco Gil Villegas asegura que con la investigación empírica de Rafael Segovia observamos nuevas tendencias de aspiración hacia la democracia, la participación ciudadana y la tolerancia, y que incluso la imagen de la figura del Presidente ha sufrido modificaciones. Para Gil Villegas en las zonas urbanas hay conciencia de cómo la organización y participación colectiva influyen en la toma de decisiones gubernamentales, y que el sismo de 1985, las elecciones de 1988, la fuerza adquirida por el movimiento de los vendedores ambulantes en la Cd. de México y las manifestaciones de maestros son ejemplos de una nueva cultura política.

Luis Javier Garrido, al igual que Esperanza Palma pero sin referirse a los regionalismos, advierte que la crítica al PRI es la manifestación de una nueva cultura política. Debido a que la sociedad se encuentra en transición — indica René Millán— el poder está obligado a buscar otras maneras de integrar a la sociedad. A fin de promover una modificación en la cultura política, debe acentuarse —según González Casanova— la unidad de nuestra cultura política secular. Por su parte, Paoli Bolio considera pertinente dar

⁸⁸ *Ídem*, 101.

⁸⁹ *Ídem*, 100.

⁹⁰ Gutiérrez, 1988: 47.

elecciones libres. Ahora bien, para Luis Salazar no sólo es posible sino necesaria una nueva cultura política, "capaz de recuperar el contenido ético de la política y por ende de otorgarle a esta práctica la dignidad de una acción socialmente productiva"⁹¹.

Por su parte Sergio Zermeño pone en evidencia —siguiendo un tanto la posición de González Casanova en torno al *marginalismo*— las afirmaciones sobre el "enraizamiento en lo social de una cultura democrática"⁹², toda vez que presenciamos una "segmentación de los espacios de lo público, la reclusión de los sectores integrados en lo privado, así como el desorden y la dispersión en que viven dos de cada tres mexicanos"⁹³, de tal forma que, según Zermeño, nos tocará ver, en todo caso, la transición a algún tipo de autoritarismo con actores sociales debilitados, la derrota de la sociedad ante el Estado, así como la técnica y los intereses económicos de un puñado de compañías aferradas a la mundialización de las economías⁹⁴.

Los puntos de vista anteriormente enumerados dan cuenta de una perspectiva que supone que a lo largo de la historia mexicana no han existido sino hasta en los últimos años 'rupturas' o actitudes políticas distintas a las patrimoniales. Esto es, cuando señalan, por ejemplo, las elecciones de 1988 como muestra de una nueva cultura política, pasan por alto que a través del presente siglo ya se habían manifestado dos procesos electorales federales con fuerte presencia opositora y resistencia civil, lo que sin embargo no se tradujo en una modificación total de la cultura política mexicana. Estas conclusiones que frecuentemente encontramos son resultado de comparar nuestra 'actual' cultura política consigo misma. Es decir, devienen de una falta de análisis sociológico e histórico que permita establecer parámetros comparativos entre lo que 'vivimos' y lo que 'han vivido' como cultura política los mexicanos.

⁹¹ L. Salazar, 1988: 178.

⁹² Hablar de una cultura democrática significaría "la generalización de una pauta de valores compartidos entre los diferentes segmentos en que se divide la población, consolidando un complejo de instituciones procedimientos y orientaciones culturales con cierta estabilidad" (Zermeño, 1993: 278).

⁹³ *Idem.*

⁹⁴ *Idem.*, 289.

Bajo estas observaciones adquiere particular importancia analizar a la cultura política de una forma consecuente con lo que la 'cultura' demanda: como un fenómeno orgánico, estructural y de larga duración. Sólo revisando la cultura política a través de la historia del México moderno podremos sustentar y matizar los cambios y continuidades en el imaginario colectivo frente al poder. Por otra parte, a partir de que algunas investigaciones realizadas por sociólogos y politólogos ya han hablado sobre las variantes y constantes de las actitudes políticas, resulta interesante discurrir ahora sobre *el imaginario*.

C) IMPLICACIONES DEL CONCEPTO CULTURA

I. El problema del concepto cultura

Como ya habíamos mencionado anteriormente, las críticas a la conceptualización clásica de la cultura política se dirigen a:

- a) Acusar los principios conductistas.
- b) Censurar el tipo ideal de democracia que bajo el término *cultura cívica* autoriza sólo un modelo de participación "él mismo idealizado".
- c) Destacar el papel y responsabilidad del Estado mexicano, modernidad, religión, etc., en la conformación de la cultura política *pasiva* —según Paoli—.
- d) Manifestar el carácter ideológico de los resultados que contrariamente perseguían la máxima objetividad.

Más allá de estas consideraciones, Aurora Loyo y otros especialistas analizan el problema teórico implicado dentro del concepto "cultura política", así como las consecuencias que representa hablar de *cultura política* en un país multicultural como el nuestro y siempre preocupado por su identidad. Loyo indica que la cultura política por su propia filiación, derivada del

marco-concepto «cultural», "posee un grado de abstracción tal que no permite describirle contenidos empíricos simples ni inmediatos"⁹⁵. La cultura, nos dice Carlos Fuentes, "es un concepto global que subsume, que incluye y define el tipo de relaciones económicas, políticas, personales y espirituales de una sociedad"⁹⁶. Ernest Casirer especifica que cultura es "el proceso de la progresiva autoliberación del hombre. Lenguaje, arte, religión, ciencia son fases diversas de este proceso. En cada una de ellas, el hombre descubre y comprueba un nuevo poder: el poder de construir un mundo propio"⁹⁷. La continuidad cultural, por definición, subyace a pesar de que se produzcan cambios de equipos gobernantes, de formas institucionales y aún de formas estatales⁹⁸. Claro está que el sentido histórico de la cultura se manifiesta en su reproducción en la vida cotidiana de las personas: la cultura política es el resultado de una serie de experiencias históricas, así como del modelo en que «se viven» esas experiencias y ese funcionamiento⁹⁹. Esto es, 1) a "la estructuración de esa cultura no le puede ser asignada una fecha de inicio ni se presta tampoco a ser abordada desde una historicidad simple", sino que se nutre de distintos factores¹⁰⁰; y 2) la cultura de la gente se constituye como producto histórico¹⁰¹.

Por otra parte, "decir cultura es por una parte hablar de lo profundo y lo secular, también de lo oculto y lo misterioso (tradiciones, mitos creencias y sentimientos que perduran, que resisten al cambio, que se encuentran enraizadas)". Loyo explica que "es también lo distintivo y se asocia naturalmente a «lo auténtico», lo propio de la comunidad, de la región o de la nación"¹⁰².

⁹⁵ Loyo, 1988: 18. Esta afirmación rompe con la orientación no sólo de la mayoría de quienes utilizan el término, sino pone también en duda los resultados de la investigación de *The Civic Culture*.

⁹⁶ Fuentes, 1971/1980: 35

⁹⁷ *Cit. pos.* Fuentes, 1971/1980: 36.

⁹⁸ Paoli, 1988: 34.

⁹⁹ L. Salazar, 1988: 173.

¹⁰⁰ Gutiérrez, 1988: 10

¹⁰¹ *Ídem*, 50.

¹⁰² Loyo, 1988: 26.

Ahora bien, el estudio sobre la cultura política que se comprometa con la "tradición obsesivamente centrada en lo nacional, tomará de ella su vigor y un suelo fértil para la expansión de sus reflexiones, pero también padecerá sus debilidades"¹⁰³, de tal forma que "las exigencias desmesuradas sobre este «homo politicus», los beneficios (no exentos de virtudes mágicas) que se atribuyen a la democracia y sobre todo la persistencia de una idea de democracia que recibe el aliento del ideal, de la utopía, de la secular aspiración, hace que nuestra concepción de cultura política sea a la vez más vasta, más indeterminada y compleja, pero también menos rigurosa que la «civic culture»"¹⁰⁴.

En México, las nociones de *cultura y nación* se asocian a la identidad americana, y *cultura y pueblo* a la idea del pueblo como actor protagónico de la historia. Ante tal relación teoría-realidad, no se puede ignorar el peso del concepto cultura, nación y pueblo¹⁰⁵ al investigarse la cultura política mexicana. Aurora Loyo nos ha advertido que esta riqueza conceptual también acarrea indefiniciones y problemáticas teóricas, en el sentido de que "los estereotipos fáciles, el idealismo disfrazado, la carencia de definiciones mínimas, pero también el voluntarismo, la auto-denigración, el optimismo o el pesimismo irreflexivos son peligros que acechan al que escribe sobre la cultura política aquí y ahora"¹⁰⁶.

Por otro lado, no debe olvidarse que la cultura política es conocimiento y modo de ser, mientras que la ideología sería valoración para la acción: la primera está ligada al *ser*, la segunda al *deber ser*¹⁰⁷. Ahora bien, cuando la presente investigación se inclina por lo que la colectividad reconstruye como 'el poder', esto es, cuando se indaga sobre lo que se *cree que se es*, se sitúa uno en un nuevo espacio intermedio entre el *ser* y el *deber ser*, o sea, la *doxa*

¹⁰³ *Ibid.*, 27.

¹⁰⁴ *Ibid.*, 28.

¹⁰⁵ Para José Joaquín Blanco, cuando la concepción oficial se refiere a alguna "identidad nacional", no hace más que igualar por decreto a los desiguales: la cultura puede ser también —o es sobre todo— instrumento de desigualdad.

¹⁰⁶ Loyo, 1988: 28.

¹⁰⁷ Córdova, 1988: 23.

en su nivel elemental o contrario al conocimiento. En este sentido justificamos al imaginario colectivo en tanto una creencia de lo que se es, en términos de que la creencia es una determinación de lo social, y por ello se acerca a lo cultural: si lo objetivado (la actitud) tiene como origen una internalización cultural (la creencia), indagar lo subjetivo reconstruido socialmente (el imaginario), nos remite precisamente a aquello que pertenece al inconsciente colectivo que al verbalizarse muestra, de una u otra forma, el íntimo determinante de la acción.

Respecto a los problemas metodológicos de nuestro tema, Arnaldo Córdoba señala que ni la ideología ni la cultura política pueden definirse a partir del criterio de verdad: no son verdaderas ni falsas, sino son y forman parte de la realidad colectiva¹⁰⁸. Esta afirmación nos permite señalar dos cosas. En primer lugar, que la realidad se construye socialmente. Así, aquello que en un momento dado es cierto y real para una sociedad —tradicional o democrática—, no lo es necesariamente para la otra. Esto no otorga validez o invalida todo tipo de juicio, sino que permite establecer un nivel de análisis más comprometido con la construcción social de la realidad. Claro está que no por ello avalamos un análisis perspectivista que devenga en particularismo, sino que señalamos el problema que José Gaos ha advertido: el imperialismo de las categorías. Esto consiste en que "ciertos conceptos categoriales oriundos del pensamiento europeo pueden no ser suficientemente explicativos del pensamiento americano: su aplicación indebida puede ser incluso un acto de fuerza, de imposición, de imperialismo cultural", por lo que recomienda "formular nuestras propias categorías abstrayéndolas de nuestro propio proceso histórico"¹⁰⁹.

En segundo lugar, y teniendo como antesala lo ya señalado, es preciso recalcar que la sociología —como indica Bourdieu— no se disputa por la verdad, sino por lo que los actores sociales creen como verdadero y, por tanto, por las *inversiones* que se ponen en juego detrás de la disputa por la verdad.

¹⁰⁸ *Idem.*

¹⁰⁹ *Cit. pos.* Villegas, 1993: 152.

Finalmente, vale la pena examinar el término cultura política a la luz de los resultados que arrojan las investigaciones que se han realizado sobre el tema para reconocer que a) es más una categoría descriptiva que una categoría explicativa; y b) "en ciencia política como en cualquier otra cosa, cuando una palabra quiere decir todo termina perdiendo significado"¹¹⁰.

II. Desarrollo del concepto "cultura política" en México

Como ya se había mencionado, González Casanova ubica en la década de los setenta el resurgimiento del estudio de los temas culturales a raíz de una insuficiencia explicativa en la teoría de las ideologías. El problema de ello es, según Roberto Gutiérrez, que al revisar *la cultura* los investigadores caen en un idealismo en el sentido de buscar una "esencia mexicana".

Respecto a los estudios sobre las actitudes y la experiencia política de los mexicanos, Soledad Loeza indica que se han realizado a través de dos vertientes:

1. Los análisis de los agentes de socialización (escuela, partidos y sindicatos) y las prácticas políticas formales (comportamiento electoral).
2. Los análisis de movimientos sociales.

Ahora bien, se distinguen dos momentos, el primero antes de 1968 y el segundo después de esa fecha. En el primer momento, las reflexiones filosóficas giraban en torno a *lo mexicano*, llegando a concebir la estructura psicológica como *peculiar* al mexicano. El problema radica en que por consecuencia lógica se restó al régimen político su responsabilidad como agente socializador. Por ello, los politólogos debatían entre el reconocimiento explícito o implícito de la incapacidad democrática del mexicano y la confianza en la bondad transformadora de la educación, las formas institucionales y el desarrollo económico. Casi todos ellos reconocían la

¹¹⁰ Loeza, 1989: 100

existencia de prácticas antidemocráticas, pero las veían como una etapa transitoria aunque necesaria¹¹¹.

Hoy en día podemos retomar a Samuel Ramos para evaluar el impacto que existe en la intelectualidad mexicana al momento de tomar como parámetro universal a los modelos cívicos de los países desarrollados: "siendo todavía un país joven quiso de un salto ponerse a la altura de la vieja civilización europea, y entonces estalló el conflicto entre lo que se quiere y lo que se puede. La solución consistió en imitar a Europa, sus ideas, sus instituciones..."¹¹². Por ello, Roberto Gutiérrez propone recuperar la historia como proceso configurativo de la cultura nacional, "introduciendo la dimensión del cambio y criticando la pretendida 'naturalidad' de la *conciencia mexicana*"¹¹³. En este punto cabe aclarar que no desdenamos los intentos comparativos entre, por ejemplo, los distintos sistemas políticos. A lo que nos referimos es al impacto psicológico —entre otros— que produce dentro de nuestra sociedad el imponer modelos sociales, políticos y económicos que no corresponden a nuestra realidad particular.

Es bajo estas observaciones donde se sitúa parte del interés de la presente investigación: realizar un análisis de nuestra cultura política a través de la historia mexicana bajo un marco metodológico primordialmente cualitativo. Ahora bien, cuando renunciamos a estudiarla por medio de la política comparada, intentamos *mirarnos* en nuestro propio espejo y recuperar lo que nuestros propios ojos perciben, o mejor dicho, imaginan.

Aurora Loyo caracteriza a las actuales investigaciones sobre cultura política mexicana como marcadas por el problema de la democratización, asociada libremente "a cambios que se nos antojan necesarios en el ámbito gubernamental, pero también en el trabajo, en las escuelas, en los sindicatos y en las ligas agrarias. Si la realización del ideal democrático no se limita a las esferas gubernamentales, a las elecciones libres, al adecuado equilibrio entre

¹¹¹ *Idem*, 93

¹¹² *Cit. por* Zahladovsky, 1991: 181. Esto mismo observó Fernando Escalante Gonzalbo en los intelectuales y políticos —liberales y conservadores— del siglo pasado.

¹¹³ Gutiérrez, 1988: 11.

los tres poderes —como actualmente sucede— sino que se extiende hacia elementos más cotidianos de la vida social, también el «ideal de participación» no se limitará a la participación ciudadana; el sujeto no será el «homo civicus» de Dahl¹¹⁴.

III. Importancia de la percepción social y lo subjetivo en la definición de la cultura política

Después de evaluar las propuestas teóricas de la política comparada, así como la necesidad de rescatar el valor intrínseco de la categoría cultura política —derivado de su filiación cultural—, reconocemos conjuntamente con Luis Salazar la necesidad de reconsiderar la materialidad de lo cultural, de lo simbólico y lo imaginario, así como su eficacia específica en los procesos sociales y políticos¹¹⁵.

Hablar de "cultura política" es cuestionar desde las profundidades de la estructura comunitaria actitudes que a simple vista parecen de *indiferencia*, pero que, a mi parecer, tocan problemáticas de desigualdad y paternalismos que hacen referencia a "otras" formas de relación clientelar de poder. Esto es, tomar al pie de la letra las propuestas de Almond y Verba respecto a la definición y caracterización de este término, constituye más una barrera que no esclarece la percepción que tenemos de nosotros mismos. Ya Fernando Escalante ha pormenorizado desde otro enfoque los falsos ideales democráticos, tan insistente e infructuosamente inculcados, que han chocado de frente a la realidad mexicana. Por ello, resulta angustiante y desolador realizar trabajos comparativos entre culturas políticas democráticas y culturas políticas de súbdito, donde usualmente se ubica a nuestro país en una desventaja estructural.

Otro problema que se manifiesta en las discusiones académicas de la cultura política y desde la sociología política, consiste en reducir este tema a

¹¹⁴ Loyo, 1988: 28.

¹¹⁵ L. Salazar, 1988: 173.

los procesos electorales, de tal forma que no sólo se demerita al concepto, sino que se confunden las actitudes con los valores, creencias y concepciones subjetivos respecto al poder, elementos intrínsecos al fenómeno de cultura política. De esta forma, al referirnos a la construcción social de nuestra realidad mexicana no hacemos otra cosa más que rescatar el valor de la subjetividad social en torno a las relaciones del poder político, que si bien tal tema ha sido planteado de alguna forma por Almond y Verba, ha dejado de constituir en la sociología política mexicana un foco de atención.

Si los conductistas pugnaron por estudiar lo que hace y no lo que piensa y siente la gente, nuestro interés recae precisamente en lo contrario: investiguemos a través de la literatura cómo la gente piensa y experimenta desde su subjetividad a la política. Evidentemente no podemos dejar de lado las importantes aportaciones tanto del conductismo como de la política comparada: lo que hacemos es, tal y como proclama Bourdieu, contraponer una teoría a sí misma: el conductismo al conductismo, y la política comparada a la política comparada. Esto es, utilizamos conceptos claves de ambas teorías (cultura política, sistema político, rasgos, etc.), mas sin embargo al criticarlos les otorgamos distinta orientación. ¿Por qué? Ya un gran historiador mencionó que resulta más fácil cambiar el *sentido de que las palabras*.

Reconocemos conjuntamente con la teoría de sistemas que existe una retroalimentación entre la cultura política y el sistema político, pero también recalcamos el papel autoritario y cuasi-totalizador del Estado mexicano en la socialización. Las actitudes y comportamientos políticos reflejan la cultura política, pero como ante fenómenos políticos coyunturales pueden observarse modificaciones en aquellas, complicándonos la comprensión del fenómeno, al estudiar la cultura política nos interesamos precisamente en los aspectos que como resultado de la sedimentación histórica subsisten a pesar de los vaivenes temporales. Es decir, basar las investigaciones de cultura política en las conductas políticas no hace otra cosa que oscurecer y desviar la atención original. En fin, consideramos que no es necesario redundar en la importancia

de la percepción social y lo subjetivo, puesto que ya con anterioridad expusimos la enorme carga de estos ámbitos en una definición cabal de cultura política. Nos queda más bien explicar qué entendemos por percepción social o subjetividad colectiva.

D.) SUPUESTOS TEÓRICO-METODOLÓGICOS PARTICULARES

I. La cultura política como un imaginario colectivo

Ahora bien, la conceptualización de cultura política que permitirá referirnos a lo subjetivo sin por ello renunciar al relacionismo, resulta de observaciones marginales al concepto clásico realizadas por Jaqueline Peschard, básicamente, y Soledad Loaeza. Estas autoras nos proporcionan las bases teóricas que posibilitan el examen de nuevas vetas para el estudio de la cultura política.

Jaqueline Peschard al intentar explicar el concepto de cultura política establece que "es el imaginario colectivo construido en torno al poder, la influencia, la autoridad, y su contraparte, la sujeción, el sometimiento, la obediencia y, por supuesto, la resistencia y la rebelión"¹¹⁶. En lo particular, extraemos soló de esta definición de cultura política *el imaginario colectivo en torno al poder*, puesto que la influencia y autoridad son elementos constitutivos del poder. La sujeción, el sometimiento, la obediencia, la resistencia y la rebelión no pertenecen al imaginario colectivo, sino son las actitudes y comportamientos políticos derivados de esa internalización del poder.

Otra observación de esta autora consiste en que el estudio sobre "ese código subjetivo que conforma la cultura política pretende indagar cómo percibe una población el universo de relaciones que tienen que ver con el

¹¹⁶ Peschard, 1994: 10.

ejercicio del mandato y la obediencia..."¹¹⁷, para lo cual metodológicamente Soledad Loeza tiene a bien recomendar indagar en estudios históricos, rigurosas encuestas sociológicas, novelas, memorias, ensayos políticos sobre poetas y poesía, que "aportan sin lugar a dudas elementos que permiten reconstruir, aunque sea parcialmente, el contenido de una cultura política determinada"¹¹⁸. Esta consideración es quizá la motivación más importante para la realización de lo que en lo subsecuente intentaremos a partir de la literatura mexicana, pues tales parcialidades nos resultan complementarias.

Por otra parte, la pregunta sobre la cultura política mexicana no es nueva, pues desde el siglo XIX en forma sistemática algunos intelectuales se preocuparon por la manera en que la población respondía a los fenómenos del poder. En el libro *Ciudadanos Imaginarios*, Fernando Escalante organiza los cuestionamientos de liberales y conservadores en torno al término «moralidad pública», que bien puede corresponder como antecedente teórico para la noción de «cultura política».

No está por demás aclarar que cuando hablamos del «imaginario colectivo en torno al poder» nos referimos con *imaginario* no a la imaginación, sino a la *imagen* que desde la vida cotidiana reelaboran subjetivamente las colectividades en torno a los usos y costumbres del poder. Por ello, el elemento de análisis básico será el *imaginario colectivo*, manteniendo en forma marginal la influencia y autoridad, así como la sujeción, el sometimiento, la obediencia, la resistencia y la rebelión.

En otro orden de ideas, Gilberto Giménez al revisar los paradigmas teórico metodológicos en sociología de la cultura, presenta la postura crítica de John Thompson que encaja con las necesidades de esta investigación:

"Existe, por supuesto, la tentación constante de tratar los fenómenos sociales, en general, y las formas simbólicas, en particular, como si fueran objetos naturales susceptibles de ser sometidos a diferentes tipos de análisis: formal estadístico u objetivo. Mi posición aquí no es la de considerar que tal tentación es totalmente desorientadora, que, por lo tanto, debe ser resistida a toda costa; ni la de considerar que el legado del positivismo debe ser erradicado de una vez por todas. Ese punto de vista puede ser el de algunos proponentes radicales de lo que suele llamarse «enfoco interpretativo»

¹¹⁷ *Idem.*

¹¹⁸ Loeza, 1989: 92

en el análisis social, pero no es el mío. Mi razonamiento se encamina más bien a afirmar que los diferentes tipos de análisis formal, estadístico y objetivo son perfectamente apropiados y hasta de vital importancia en el análisis social, en general, y en el análisis de las formas simbólicas, en particular, pero que, sin embargo, estos tipos de análisis deben ser considerados, a lo más, como enfoques parciales en el estudio de los fenómenos sociales y de las formas simbólicas. Son parciales porque, como nos lo recuerda la tradición hermenéutica, muchos fenómenos sociales son formas simbólicas y todas las formas simbólicas son constructos dotados de sentido que, por más exhaustivamente que se los someta al análisis formal objetivo, suscitan inevitablemente problemas de comprensión e interpretación. Por consiguiente, los procesos de comprensión y de interpretación tienen que ser considerados no como una dimensión metodológica que excluya radicalmente el análisis formal y objetivo, sino más bien como una dimensión a la vez complementaria e indispensable respecto de la primera¹¹⁹.

En este sentido, al reconstruir desde la literatura el imaginario colectivo en torno al poder, proporcionamos una visión complementaria a los estudios estadísticos e inferenciales sobre la cultura política. Por otra parte, cuando hablemos de cultura política mexicana evitaremos referirnos a ello como algo natural o intrínseco del mexicano en el sentido de justificar providencialmente ciertos rasgos característicos. Ahora bien, la mexicanidad la abordamos a partir de la geografía nacional, la historia y el idioma compartidos, pues al contrario de algunos autores, pasaremos por alto dos cuestiones que resultan importantes pero llegarían a imposibilitar la presente investigación: a) las diferencias regionales¹²⁰ y b) el papel ideológico que conlleva el hablar de cuestiones nacionales. Sobre este punto Immanuel Wallerstein ha recalado que mientras se abogue por los nacionalismos se seguirá manteniendo el sistema mundial que predomina, puesto que tales discusiones no hacen más que oscurecer problemas de fondo¹²¹.

Al finalizar este capítulo concluimos que la noción de cultura política plantea prácticamente dos enfoques básicos: el que se interesa en las actitudes y el que se preocupa por la percepción de los actores respecto a su realidad. El primer punto y parte del segundo han sido analizados por la escuela inaugurada por Gabriel Almond y Sidney Verba, mientras que el segundo ha

¹¹⁹ J. Thompson, *Ideology and Modern Culture*. Cit. por Giménez, 1994: 68.

¹²⁰ Esperanza Palma habla de cultura política norteña; Laura Baca e Isidro H. Cisneros, de la cultura política de la derecha social mexicana; Gustavo Hilares, por su parte, se refiere a la cultura política de la izquierda; mientras que Marcela Lagarde se refiere a la cultura política feminista. Considero que en estos ensayos se analiza más bien la ideología política y no la cultura política.

¹²¹ Wallerstein, 1995.

sido poco analizado por la sociología política mexicana. Yolanda Meyenberg ha señalado los limitantes que resultan de la política comparada, y Jaqueline Peschard. Aurora Loyo y Soledad Loaeza se han preocupado por proponer nuevos ámbitos que se acerquen más a una teoría consecuente con el factor cultural de la cultura política. Mientras de J. Peschard rescatamos la interesante propuesta —no muy consciente de su parte que digamos— de ver a la cultura política como un imaginario, es de Soledad Loaeza la idea de recurrir a nuevas fuentes que nos remitan a fenómeno cultural político mexicano. Por ello, en un afán delimitativo (mas no excluyente) de la cultura política, resolvimos reducir a tal noción como 'el imaginario colectivo frente al poder'. que en un sentido más explícito viene a ser *la imagen que desde la vida cotidiana reelaboran subjetivamente las colectividades en torno a los usos y costumbres del poder.*

II. La cultura política frente al término *ethos* cultural

Mas si tal definición no resulta muy clara, prosigamos a entenderla a partir de la comparación con otro término. Dentro de los estudios sociológicos se han construido ciertos conceptos que bien podemos confrontar con el de cultura política, como es el caso de la noción *ethos* cultural, utilizado por Luis Leñero Otero en el sentido de referirse "a un complejo de valoraciones y de normas de conducta moral que dan sentido a la acción colectiva e interindividualidad de un pueblo o de un sector definido de su población"¹²². Bajo esto, el *ethos* cultural mantiene un parecido con la conceptualización clásica de la cultura política. Ahora bien, el núcleo cultural interno-externalizado (*ethos*), según Leñero, "puede captarse a través de manifestaciones objetivas presentes en las diversas interrelaciones humanas", el *ethos* cultural sirve para que a través de él las 'sinrazones' aparentes de la conducta de nuestra gente encuentren "una explicación perfectamente lógica,

¹²² Leñero, 1991: 109.

más que en la racionalidad de los analistas, en el sentido de la vida cotidiana¹²³, observación que se parece a las elaboradas por Alfonso Caso y José Vasconcelos.

Leñero considera que el *ethos* católico secular, "ahora pretendidamente actualizado y desacralizado", se encuentra "siempre presente en el sentido común propio de nuestra cultura popular y de la elitista"¹²⁴. Al igual que la cultura política, hace referencia a la vida cotidiana, pero se manifiesta indirectamente relacionado con la lucha de clases. Leñero observa que los complejos culturales de un país, comunidad o sector "han quedado internalizados mediante los procesos de socialización que plasman valoraciones, creencias, pautas de conducta y productos de la actividad colectiva, y siguen operando al nivel de las relaciones humanas, no tanto como factores causales en lo formal, sino como trasfondo intrínseco del sentido de la misma acción social"¹²⁵, lo cual también se parece a la noción de cultura política. El *ethos* cultural se identifica con la cultura política en el sentido de que otorga un sentido del actuar humano, "desde las acciones mismas de sobrevivencia material, hasta las más complejas actividades de la organización política y espiritual".

Sin embargo, el *ethos* cultural mantiene una distancia con el término cultura política debido a que el primero se manifiesta, según Leñero Otero, en situaciones inesperadas, en las acciones frente a la verdad, en el sentido de la cooperación, en el placer y el dolor, en el arte, en la actividad productiva, en la identidad, y en la actitud y conducta frente a la vida y la muerte. Esto es, el *ethos* cultural llega a identificarse prácticamente con todas las situaciones de la vida cotidiana. A pesar de esto, la cultura política no entra en el *ethos* cultural puesto que, además de no encontrarse claramente en la delimitación que elaboró Leñero, esto es, no existe un ámbito de ejercicio de poder en el *ethos* (a menos de que se le ubique dentro del primer apartado)¹²⁶, pertenecen

¹²³ *Idem*, 110.

¹²⁴ *Idem*.

¹²⁵ *Idem*, 112.

¹²⁶ Leñero (1991: 113-114) establece que hay un *ethos* presente:

a dos visiones paradigmáticas muy distintas, y más aún cuando partimos de la conceptualización no clásica de la cultura política, la cual ya hemos expuesto con anterioridad.

III. Hacia una sociología de la cultura política

El presente capítulo podemos resumirlo así: dado que las preguntas que hemos planteado (¿cómo reconstruye al poder el imaginario colectivo?, ¿cuáles son los cambios y las constantes en este imaginario colectivo?), parecen no encontrar en los estudios realizados sobre la cultura política mexicana una respuesta metodológicamente consecuente, en tanto que rescatamos a la cultura política en su dimensión cultural e histórica, llegamos a la conclusión de que la presente investigación deberá tener como interés inmediato otorgar a la noción de cultura política un enfoque sociológico que complemente la visión de la ciencia política para este tema. Es decir, una vez revisadas las aportaciones de los principales textos de sociología política sobre cultura política, hemos caído en cuenta de que estos estudios se han elaborado desde una perspectiva de la ciencia política, o por lo menos carecen de una formulación rigurosamente sociológica, de tal forma que por los objetivos que hemos sugerido, esta investigación consiste en *una sociología de la cultura política*.

-
- a) En todas las acciones del llamado "sentido común" ante situaciones que no se puede prever o una actitud providencialista, o una de tipo autoritario, o una que se arriesga al azar, o la que busca basarse en las profecías, en la esperanza, en la sumisión, en la humildad, en la aventura, etc.
 - b) En las acciones frente a la verdad: la creencia dogmática, el recurso a la ideología, la credulidad o el escepticismo, el reconocimiento y divulgación de la verdad creída, el anatema, el pluralismo, la autenticidad, el mito.
 - c) En el sentido de la cooperación o la lucha: la lealtad, el proselitismo, el recelo, la reivindicación, la solidaridad, la defensa de lo propio, la etnicidad, el racismo, el revanchismo, el desprecio.
 - d) Ante el placer y el dolor, el erotismo, el hedonismo, las ascesis, el puritanismo, el sacrificio, la sublimación de ofrenda, el mesianismo, el masoquismo, etc.
 - e) En la sensibilidad y creatividad artística de un pueblo: la concepción armónica, la búsqueda de originalidad, el sentido del gusto estético, de lo que se concibe como bello y como feo, como expresión simbólica o como ficción.
 - f) En toda actividad productiva: sentido de la utilidad y el servicio, del esfuerzo humano como inmolación o placer, como deber del trabajo, o como valoración del ocio y el descanso.
 - g) En la misma sociabilidad del «mío» y ante «los otros»: en el altruismo, en el sentido egocéntrico, en la responsabilidad con los propios y ante los demás, en la actitud defensiva o acogedora frente al extraño.
 - h) En la misma actitud y conducta frente a la vida y la muerte: vitalismo, voluntarismo, fatalismo, misticismo, transcendentalismo de las acciones vitales.

Ahora bien, cuando intentamos aproximarnos vía la literatura al imaginario colectivo, no resolvemos con ello el imaginario, y menos la cultura política en sí, porque no estamos hablando de lo que es, sino de lo que se cree que es. No obstante —parafraseando a Gurza Lavalle—, la creencia es determinación de lo social y por supuesto, algo transmite para repensar nuestra cultura política no reducible a creencia, pero tampoco a conducta.

CAPÍTULO DOS

LA LITERATURA MEXICANA
Y SUS PROTAGONISTAS

Los avances dentro de la investigación académica sobre cultura política con mucho no han rebasado lo que la filosofía y las artes han señalado desde el siglo pasado. Si bien a lo largo del apartado anterior se puso en claro las limitaciones teóricas que el propio marco conceptual conductista ha motivado, y que dadas las pretensiones metodológicas de este estudio son precisamente las que hemos de desechar o, en todo caso, rebasar, es importante hacer notar una vez más la necesidad de rastrear la cultura política mexicana a través de otros recursos experimentales.

Recordemos que nuestra inquietud es reconstruir *la imagen que desde la vida cotidiana reelaboran subjetivamente las colectividades en torno a los usos y costumbres del poder*. El problema que enfrentamos y que en el presente capítulo se discutirá es de qué manera podemos metodológicamente solucionar tal reconstrucción. Nuestra propuesta particular es considerar a la literatura como un registro crítico de la realidad social, en el sentido de que el arte puede ser una fuente de conocimiento para la sociología.

Tras argumentar la potencialidad de la literatura como recurso experimental, expondremos cómo la teoría generacional nos permite seleccionar a los literatos más relevantes de nueve periodos generacionales, abarcando así importantes momentos del México moderno. Más aún, con esta teoría conseguimos una novela-autor-generación que vincula la visión del escritor con la visión colectiva. Esto es, en boca de los novelistas más relevantes de cada una de las nueve generaciones analizadas podremos reconstruir la percepción social mexicana respecto al poder.

A) EL ARTE COMO UN REGISTRO CRÍTICO

I. El pensamiento mexicano y la sociología política*

Es de por sí conocido el interés mostrado por intelectuales liberales y conservadores durante el periodo de la Reforma respecto a la *moral pública* de los mexicanos —tema que posteriormente es retomado con seriedad académica por el Ateneo de la Juventud—, cuya afición marcará intensamente las perspectivas de los pensadores del posterior siglo. Trazando una línea imaginaria desde José María Luis Mora hasta Gabriel Zaid, pasando por Lucas Alamán, Carlos Ma. de Bustamante, Andrés Molina Enriquez, Alfonso Caso, José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Samuel Ramos, Rodolfo Usigli, Leopoldo Zea, Octavio Paz, Edmundo O'Gorman, Emilio Uranga, José Gaos, Carlos Fuentes, Miguel León Portilla e incluso Carlos Monsiváis, encontramos personalidades del ámbito filosófico, histórico y literario que preocupados por el *ser mexicano* y sus implicaciones, han elaborado atinadas conclusiones respecto a la problemática cultural de nuestro país.

Propiciadas éstas por particulares contextos, es precisamente el cambio de coyunturas lo que impide, desafortunadamente, reinteresar por discusiones ricas en matices y orientaciones. Ubicados estos pensadores de la mexicanidad en momentos históricos caracterizados por "intentos de reconstrucción nacional", parecerían estar lógica y teóricamente superadas estas preocupaciones mexicanistas dadas las circunstancias globalizantes tanto en términos económicos como culturales, haciéndose no más que injusticia a las aportaciones de estos intelectuales.

Sin bien existe de por sí un acusado desinterés y olvido ante pensadores de la talla de Caso, Reyes, Vasconcelos, Ramos, etc., el problema se amplía en términos de que la sociología contemporánea no ha podido sustituir los vacíos de explicación de la cultura mexicana, aún a pesar de —o mejor dicho,

* Así como se ha hablado del *pensamiento latinoamericano*, referido a la filosofía elaborada en América Latina, existe también la noción de *pensamiento mexicano*.

debido a— los intentos por otorgar sistematicidad y rigurosidad a la creación intelectual.

Con esto queremos decir que no encontramos entre nuestros contemporáneos a académicos que continúen la discusión de estos temas, por lo que parecería truncada una gran veta de reflexión en torno a nuestra cultura, cuyos niveles serían, claro está, de macroanálisis¹. Así, desde la filosofía se ha renunciado a pensar problemas que resultan "infinitos" y "cíclicos", mientras que la sociología se ha desdicho de abordar la cultura desde la sensibilidad mostrada por los pensadores mexicanos anteriormente enumerados.

Ya en consideraciones más particulares, podemos decir que actualmente la cultura política ha sido abordada pocas veces fuera de los procesos electorales y sus secuelas. Por otra parte, al realizar una revisión de los principales textos que de alguna forma examinan el tema, encontramos que de 28 autores consultados, tanto mexicanos como extranjeros, 11 parten de una conceptualización teórica de la cultura política, mientras que 12 responden a la cuestión sin haberse planteado en términos teóricos tal problematización².

Gil Villegas, Roberto Gutiérrez, Soledad Loaeza, Carlos Monsiváis, Jaqueline Peschard, Luis Salazar y Rafael Segovia establecen de manera explícita el concepto sobre el cual trabajan sus aportaciones de la cultura política mexicana, mientras que Baca y Cisneros, Víctor M. Muñoz, Esperanza Palma y Paoli Bolio no especifican el marco conceptual utilizado pero implícitamente parten de tal problematización.

Por otra parte, encontramos que en textos y ensayos de José Luis Mora, Carlos María de Bustamante, Samuel Ramos, Octavio Paz, Carlos Fuentes, Pablo González Casanova, Sergio Zermeño, Luis Javier Garrido, Fernando

¹ Con *macroanálisis* nos referimos a las discusiones en términos de geografía nacional compartida, lo que se dirige a entidades o colectividades que implicaría hablar de *nacionalidad*.

Por otra parte, podría objetarse que Bonfil Batalla sí ha pensado durante las dos últimas décadas el problema de la cultura mexicana, lo cual es correcto; sin embargo, su interés principal recae en la crítica social, política y cultural desde el indigenismo, por lo que de alguna forma sale de la línea imaginaria que anteriormente establecimos.

² El resto (5) son investigadores extranjeros.

Escalante, Enrique Calderón, José Blanco y José Joaquín Blanco, entre muchos otros, se analizan y arrojan luces sobre la discusión de lo que ahora denominamos como "cultura política mexicana".

Cabe hacer mención que al sopesar las aportaciones de lo dos tipos de investigaciones anteriormente señalados, ganan en volumen, profundidad y novedad los supuestos de aquellos que piensan a la realidad mexicana al margen de los lineamientos teóricos de la cultura política. Ahora bien, no con ello queremos decir que renunciamos a la posibilidad de reconstruir nuestra realidad desde la sociología, pues como ya se ha visto hemos establecido un presupuesto teórico que guiará nuestro análisis sobre la cultura política, sino que al mostrar lo pequeños avances desde la academia sociológica y politológica reclamamos explorar en nuevos espacios tal problematización.

Por ejemplo, de los investigadores mexicanos que realizan sus análisis desde la cultura política, aportan a la discusión de manera sustanciosa sólo Luis Salazar, Jaqueline Peschard, Rafael Segovia y Francisco José Paoli Bolio, y medianamente Soledad Loaeza y Roberto Gutiérrez. Sin embargo, en un par de cuartillas se podría resumir las propuestas de estos seis académicos, mientras que la obra de los pensadores preocupados por la filosofía de lo mexicano y la cultura mexicana supera en amplitud y heterogeneidad a tales conclusiones³.

II. Literatura y vida cotidiana

Se objetaría que, en todo caso, sería más provechoso recurrir a los filósofos o mexicanistas que a la literatura, que es en todo caso el interés principal de esta investigación. Sin embargo, existen dos obstáculos: el primero, y que ya señalamos de alguna forma, es que los filósofos que nos son contemporáneos están más preocupados por la escolástica que por la creación intelectual respecto al *ser mexicano*, ya sea por desinterés, por considerar

³ Un análisis comparativo entre las aportaciones de la sociología política, la filosofía y las propias de esta investigación se realizará en el capítulo IV.

rebasados estos análisis o por tener interrogantes tal vez más trascendentales. Por ello, dedicarnos con exclusividad a los pensadores de *lo mexicano* implicaría limitar nuestro estudio a textos que no sobrepasarían los años cincuenta.

En segundo lugar, y este es el punto en realidad más importante, la problematización que planteamos persigue reconstruir a la cultura política mexicana desde la vida cotidiana de los mexicanos y no desde el poder o los intelectuales. Esto evidentemente resulta complicado, pues si recurrimos al arte estaremos utilizando fuentes no directas de la vida cotidiana; es decir, desde los artistas, que vendrían a ser de alguna forma *intelectuales*. A pesar de esto, es posible justificar a la literatura como fuertemente vinculada a la vida cotidiana que perseguimos analizar.

Respecto a la cuestión del análisis de la vida cotidiana, examinaremos algunos presupuestos de José Gaos, quien al interesarse por el desarrollo del pensamiento latinoamericano hace alusión a ciertos sustentos teóricos que bien pueden servirnos. Durante su exilio en México conjunta el perspectivismo de Ortega con la fenomenología, construyendo de esta forma una teoría complementaria que retoma de la segunda el hecho de investigar las esencias "a partir de una descripción minuciosa de sus ejemplares particulares"⁴. Así, reconsidera la idea de Heidegger de realizar una ontología, una teoría acerca del ser en general pero desde el horizonte del ser que elabora la pregunta ontológica, esto es, "desde el horizonte del ser del hombre". La cuestión nodal radicaba en que ambas analíticas, la del ser en general y la del ser del hombre en particular, "tenían que comenzar, según los principios de la fenomenología, por una descripción de la vida cotidiana, del conjunto de fenómenos inmediatos familiares, concretos, en los cuales el ser se hace patente y se encubre al mismo tiempo. Por eso, entre otras cosas, *Ser y tiempo* es una descripción de la vida cotidiana"⁵.

⁴ En lo particular, la presente investigación al considerar el estudio generacional utiliza este presupuesto, supuesto teórico que más adelante se especificará y acreditará.

⁵ Villegas, 1993: 149.

Otro fundamento teórico-filosófico respecto a esta discusión —pero desde distinto ángulo— lo encontramos en la obra de Samuel Ramos. Este filósofo nos permite observar que al suponer a la cultura como el cúmulo de las obras del hombre, las obras mexicanas no vestirían gran originalidad. “Pero la cultura, de un modo más radical, puede ser entendida como *formas de vida*, y en este sentido es perfectamente factible hablar de una cultura mexicana, una cultura mexicana como formas de vida”⁶. Así, nuestro interés recae en averiguar en estas formas de vida y/o en la vida cotidiana, considerándoles como elementos objetivos por los cuales es posible reconstruir la cultura política.

III. La literatura: ¿espejo o resultado de la realidad social?

Como hemos visto, existe un sustento teórico que posibilita y exige un análisis de la vida cotidiana. El problema consiste en demostrar que ésta y la literatura se encuentran fuertemente entrelazadas. Partiendo de ello, tal cuestión la resolvemos en el momento en que suponemos a la literatura como una creación individual —por obra y gracia de su autor— y como una creación social: si la realidad es una construcción social, la realidad que refleje el arte corresponderá a una realidad socialmente construida.

En su texto *La construcción social de la realidad* (1967), Peter Berger y Thomas Luckmann establecen que “la sociedad es un producto humano. La sociedad es una realidad objetiva. El hombre es un producto social”⁷. Ahora bien, si aceptamos al menos la última afirmación, cada literato será una ‘consecuencia’ de su contexto social, pues como afirma Sefchovich “nadie se sustrae a la historia; sólo a sus expensas se cumple toda literatura, todo arte”⁸. Por supuesto que esto no elimina el ‘libre albedrío’ del artista. Con esto queremos decir que partimos del supuesto que Scheler sostiene: “la sociedad

⁶ *Idem*, 102.

⁷ *Cit. pos* Ritzer, 1993: 282.

⁸ *Idem*, 5.

determina la presencia (*Dasein*), pero no la naturaleza (*Sein*) de las ideas⁹. Así, estimamos que los temas abordados por los literatos devienen de los problemas de la vida cotidiana que "les tocó vivir"¹⁰, inclusive cuando los niveles de abstracción parezcan no tener relación inmediata con el entorno concreto del artista. La pintura surrealista o la literatura simbolista, por ejemplo, surgen precisamente en un momento en que es importante —o inclusive necesario— ver al mundo desde una muy particular crítica a la interioridad humana.

Pero con ello no sólo queremos señalar que los temas que abordará el autor tienen una fuerte presencia de la problemática que experimenta su sociedad, sino que incluso la visión que tenga de su sociedad será un producto social. Veamos cómo explican esto Berger y Luckmann.

Al observar la tendencia fenomenológica de las personas a considerar los procesos subjetivos como realidades objetivas, Berger y Luckmann concluyen que "el actor percibe la realidad social como independientemente de su propia aprehensión", es decir, "aparece ya objetivada y como algo que se le impone"¹¹. La trascendencia de estas afirmaciones estriba en la perspectiva de estos autores de concebir al mundo social como producto cultural de los procesos conscientes.

Para ellos, el lenguaje, sistema de símbolos vocales, es el sistema de símbolos más importante dentro de la sociedad, debido a que "puede desvincularse del aquí y ahora, de la interacción cara a cara" —como sucede, por ejemplo, en la literatura—, siendo capaz de comunicar significados sin ser necesariamente expresiones inmediatas de subjetividad. Berger y Luckmann expresan que "el lenguaje se me presenta como una facticidad externa a mí mismo y su efecto sobre mí es coercitivo"¹².

⁹ Cit. por Luckmann, 1979: 22.

¹⁰ Si "las objetivaciones comunes de la vida cotidiana se sustentan primariamente por la significación lingüística" (Luckmann, 1979: 55) y el lenguaje tipifica experiencias, volviéndolas anónimas, por ende en el trabajo del artista literario expresará a través del lenguaje el mundo intersubjetivo que comparte colectivamente ese creador.

¹¹ Ritzer, 1993: 283.

¹² *Idem*, 284.

Si percibimos a las instituciones "unidas", esto es, si las experimentamos "como si poseyeran una realidad propia, que se presenta al individuo como un hecho externo y coercitivo"¹³, no es por sus cualidades objetivas sino por la tendencia de las personas a percibir las tal cual. Ante ello, Berger y Luckmann consideran necesario que la sociología se centre "en el modo en que las personas reconstruyen su conocimiento de la realidad social". No basta, pues, "centrarse en la producción histórica del mundo, sino también en la creación continua de ese mundo sobre la base de la cotidianidad"¹⁴. Esto es indudablemente importante, pues otorga sustento desde la sociología del conocimiento a la presente investigación.

Ahora bien, utilizan al término *rol* —tipificación de lo que se espera de los actores en determinadas situaciones sociales— como mediación o vínculo entre cultura (mundo macro) y conciencia (mundo micro). Otro concepto clave de sus investigaciones sobre la sociología del conocimiento es la reificación, que "es la tendencia a percibir los productos humanos como si fueran algo distinto, como hechos de la naturaleza, como resultado de leyes cósmicas o manifestaciones de la voluntad divina"¹⁵. Esto es, las personas dejan de lado la relación dialéctica entre ella y sus productos. En este sentido, consideramos que cobra particular relevancia interesarse por el imaginario colectivo construido frente al poder, con lo que queremos demostrar la importancia ya no sólo de la relación vida cotidiana — poder, sino de cómo a través de la cotidianidad se elabora y reproduce una imagen de los usos y costumbres del poder, llegando a percibir a la institución estatista en un sentido reificado: el poder estatal como un algo externo, coercitivo y lo que es peor, inamovible.

¹³ *Idem*, 285.

¹⁴ *Idem*.

¹⁵ *Cit. pos* Ritzer, 1993: 286

IV. La literatura, un registro crítico

No sólo podemos afirmar que la obra literaria es una creación individual y colectiva, sino que el arte es en sí mismo una crítica social en el momento mismo en que señala la problemática social. Evodio Escalante afirmó que "todo texto narrativo es la cristalización de un proyecto ideológico por medio del cual el autor va a tratar de precisar su posición frente a la sociedad y los acontecimientos históricos..."¹⁶

La literatura otorga "un registro crítico" de la historia (y por tanto de lo social), llegando a esclarecerse y esclarecernos —según Evodio Escalante— qué es lo que ha pasado en un momento o una época determinada¹⁷. Si bien no nos interesa en particular desentrañar el curso de la historia, es posible a través del arte vislumbrar qué imaginario colectivo han tenido y tienen los mexicanos ante el poder.

En este sentido, el arte aporta mucho más respuestas que una excelente encuesta nacional: Así, si nosotros aplicáramos una serie de cuestionarios, de alguna forma estaríamos determinando qué se contesta y qué no se contesta, qué se debe pensar y qué no se debe pensar sobre un tema. Al recurrir a la literatura lo que hacemos es plantear una pregunta sobre un texto que está de antemano pensando y analizando *ese tema* (la realidad mexicana). Este hecho es de por sí creativo.

La ventaja de esto consiste en que podemos interrogar a distintos sujetos de distintas latitudes y diversos contextos históricos, lo que consecuentemente permite ampliar el margen de respuestas posibles y, por ello mismo, potencializar los elementos de análisis: a partir de la literatura conoceremos de alguna forma lo que pensaban, sentían y vivían los mexicanos. Tales informes, bajo un marco conceptual particular —el imaginario colectivo frente al poder—, arrojarán luces sobre lo que percibían, por ejemplo, nuestros tatarabuelos. Esta inquietud no sólo es por curiosidad,

¹⁶ *Cit. pos* Sefchovich, 1987: 4.

¹⁷ *Idem.*

sino que surge por una necesidad metodológica de establecer parámetros comparativos a lo largo de la historia del México moderno.

Ahora bien, el hecho de recorrer "la historia" es justificable y aún más necesario en el sentido de que estamos hablando de *cultura política*, lo que nos remite a una posición teórica referida a los procesos de larga duración.

En este sentido, podemos asegurar que cuando nos valemos de esta consideración de la cultura política como expresión y ejemplificación de los fenómenos orgánicos, de algún modo seguimos las reflexiones de Gramsci en torno a los cambios que tienen que ver con los "límites posibles fijados" y que por ende no se determinan por desarrollos temporales a corto plazo o coyunturales. Esta posición —donde la cultura política se asemeja más a aquello que permanece a pesar de los vaivenes políticos— nos enfrenta directamente con muchas de las hipótesis teóricas de la élite intelectual, que frente al reclamo democrático de las últimas décadas se ha preocupado por demostrar, perseguir e indagar un cambio en la cultura política mexicana. Ahora bien, no se entienda que nos ocupa comprobar exactamente lo contrario (el no cambio en la cultura política): nuestra pregunta simplemente se plantea desde una metodología distinta. Así, la diferencia de matices en la respuesta tiene como causa una distinta problematización.

V. El arte como alternativa de conocimiento

De regreso a la cuestión de la pertinencia de la literatura para este tipo de investigación, diremos conjuntamente con Luis Leal que la literatura es el producto de la visión del autor y del personaje¹⁸. Ello significa que en la obra literaria no sólo se plasma el punto de vista del escritor, sino también el del personaje, cuyo punto de vista puede ir incluso en contra de la del creador. Es por ello que el personaje rebasa al literato, es por ello que la literatura universaliza al hombre.

¹⁸ Luis Leal, "Conferencia Magistral" en el *I Congreso de Mexicanistas*, México, octubre de 1995.

Por otra parte, se vuelve indispensable señalar que al utilizar a la literatura para reconstruir segmentos de la realidad social no se persigue desmitificar a la creación artística, sino más bien exaltar la crítica que realiza la obra literaria. En este sentido, es legítima la observación de algunos poetas trasnochados de que la mejor sociología latinoamericana se encuentra en nuestra literatura.

Alfonso Reyes afirma que la literatura es la manifestación del lenguaje en su máximo esplendor, pues al tener como asunto 'la general experiencia humana' —en tanto que los otros menesteres de letras no literarios reflejan la experiencia del hombre en fases especializadas como teólogo, filósofo, cientista, historiador, estadista, político, técnico—, la literatura "contiene noticias sobre los conocimientos, las naciones, los datos históricos de cada época, así como contiene los indicios más preciosos sobre nuestras 'moradas interiores', puesto que representa la manifestación más cabal de los fenómenos de la conciencia profunda"¹⁹.

El autor literario no es sociólogo ni historiador ("nadie se sustrae a la historia, ni siquiera los poetas"²⁰), pero ahí está su concepción del mundo, los problemas que le preocupan, su modo de usar el lenguaje, que es nuestra primera máscara según Carlos Fuentes²¹. No es que la novela revele dócilmente sus alrededores, nos dice Sara Sefchovich, y que de igual forma la pintura, música, danza, o cine tampoco lo hacen. Los creadores transmutan la historia —afirma Octavio Paz—, transforman la realidad en arte, no son inventores sino alquimistas, viajeros mentales, como decía Isak Dinesen, que pueden vivir en Veracruz y pensar y escribir como en París²².

Caso y Vasconcelos representan un importante antecedente dentro de aquellos que valoran al arte como fuente de conocimiento, considerando al conocimiento artístico no sólo distinto del científico, sino superior, pues al estar despojado del interés de supervivencia —que sería en este caso el interés

¹⁹ Alfonso Reyes, *cit. por* Villegas, 1993: 50.

²⁰ Sefchovich, 1987: 5.

²¹ *Cit. por* Sefchovich, 1987: 5.

²² *Idem*, 6.

de la ciencia—, esto es, al estar regido por el desinterés, “contempla los objetos como son y no en función de su finalidad ulterior”²³. De hecho estos dos filósofos reconocen tres tipos de verdades: a) la científica, que ambos caracterizan de abstracta y utilitaria; b) la artística, a la que Caso considera *ontológica* “en tanto que entrega el ser de las cosas”, y Vasconcelos *poética*, en el sentido de que “crea una cosa nueva con elementos de la realidad antecedente”; y c) la religiosa, que es de igual forma específicamente humana²⁴. Con tales indicaciones podemos sustentar la utilización del arte como un discurso válido, cuya validez radica en una correspondencia entre conocimiento y realidad²⁵.

Villegas muestra cómo Vasconcelos considera que existe una contraposición “entre el modo particular como nos entregan los sentidos la realidad y el modo abstracto como la razón elabora los datos de los sentidos”. En un sentido hegeliano Vasconcelos sostiene que “la síntesis es el arte que nos entrega un universal concreto”. Esto es, “el hombre elabora los datos que le entregan los sentidos y la razón por medio de *a priori* estéticos (el ritmo, la armonía, el contrapunto) y produce la obra de arte que es al mismo tiempo única, sensible y con significados universales”²⁶.

Por otra parte, Caso exalta la importancia de la inspiración, cualidad del artista, al afirmar que “el bien no es un imperativo, una ley de la razón como lo pensó Kant, sino un *entusiasmo*; no manda, nunca manda, *inspira*”²⁷.

VI. Un recurso experimental: la novela

La heurística es una palabra moderna que al derivar del griego εὕρισκω = encuentro, se convierte en la búsqueda o arte de la búsqueda²⁸. Puede decirse que la metodología general de esta investigación es, pues, la

²³ Villegas, 1993: 46.

²⁴ *Idem*, 47.

²⁵ *Vid.* “verdad” en Abbagnano, 1961/1982: 1180-1182.

²⁶ *Idem*, 46-47.

²⁷ *Cit. por* Villegas, 1993: 47.

²⁸ Abbagnano, 1961: 605.

heurística, que contraria a la crística, persigue encontrar un encuentro entre la cultura política mexicana y la literatura.

Esto no significa que se va a buscar "el imaginario colectivo frente al poder" a través de toda la literatura. Partiendo de la observación de Villegas de que en la poesía "la idea se identifica con la palabra", puesto que el contenido eidético de un poema "sólo se puede decir con las palabras mismas del poema", preferimos para nuestra investigación a la prosa, "pues una idea vertida en una prosa se puede decir a través de otra prosa"²⁹.

Ahora bien, tampoco vamos a revisar a la prosa en todas sus modalidades. La literatura, según Carlos González Peña en su *Historia de la Literatura Mexicana*, presenta cinco grandes vertientes: la novela, el cuento, la poesía, el teatro y el ensayo. A excepción de la poesía, cuatro de ellas adquieren en la prosa facticidad, por lo que es necesario nuevamente delimitar qué vertiente es la más pertinente según nuestras necesidades metodológicas.

Para los fines de esta investigación, es decir, para reconstruir al imaginario colectivo, decidimos considerar a la novela en tanto que las demás modalidades no han sido desarrolladas a lo largo de la historia del México moderno al igual que la novela. Por ejemplo, Fernando Burgos ha señalado que es hasta el presente siglo, con el modernismo y la modernidad, cuando el cuento hispanoamericano se ha constituido como un estilo propio³⁰. Por otra parte, además de resultar más complicadas para su análisis, las piezas teatrales son en realidad muy pocas, pues a pesar del auge que tiene esta vertiente desde la publicación en 1947 de *El gesticulador*, en realidad existe un claro contraste con la producción novelística que desde el siglo pasado — iniciándose con *El Periquillo Sarniento*— se ha presentado.

Restaría en todo caso el ensayo, mas si recordamos que la pretensión de esta investigación radica en vincularse profundamente con la vida cotidiana de

²⁹ Villegas, 1993: 88.

³⁰ "En su vertiente de novela y cuento se gestaría en el siglo diecinueve y su desarrollo más cabal se correspondería con el curso de una ideología liberal y de una economía incipientemente capitalista, es decir, en el afianzamiento y avance de una modernización social ocurrida en Hispanoamérica, cuya expresión cultural más relevante sería la de la modernidad" (Burgos, 1991: XVII).

los mexicanos, la novela se convierte en un medio mucho más propicio. En el ensayo encontramos con mayor impetu los juicios y valoraciones particulares del literato, mientras que en la novela, como ya habíamos indicado, el autor puede poner en boca de los personajes una multiplicidad de opiniones que incluso se contraponen a la suya. Esta variedad nos resulta interesante, pues más que valoraciones contundentes o justificadas, buscamos percepciones colectivas.

VII. Pormenores de la novela mexicana

Obviamente, las críticas y ovaciones a la novela mexicana no se han hecho esperar. Sara Sefchovich, entre otros, señala que su función consiste en ser una conciencia crítica que enseña y moraliza. "Tiene una gran seguridad en sí misma y cree profundamente en su propia grandeza. A lo largo de su historia, la novela mexicana ha optado mayoritariamente por el realismo porque éste ha sido la mejor forma de dar cuenta de esos afanes que la constituyen"³¹.

México es un país que se ha pasado la historia (su historia) "descubriéndose, conociéndose, construyéndose, explicándose". El problema es que "se nos ha pasado el tiempo, la literatura y la filosofía buscando nuestra identidad, tratando de construir una nación, de mantener cohesionada, unida, integrada a la sociedad, de darle (o encontrarle) sentido a la historia y conciencia a la actualidad, en cualquier momento de que se trate"³².

Según Carlos Monsiváis, "el gran tema, la continua obsesión de estas tierras es la necesidad de comprobar hasta qué punto somos autónomos y en qué medida somos derivados, invenciones trunca"³³. Por ello Sefchovich clama "basta de querer ser como otros, de convertir lo nuestro en puro folklore y turismo, de vivir imposibles y ajenas utopías"³⁴. Sin embargo, ya

³¹ Sefchovich, 1987: 239.

³² *Idem*, 241.

³³ *Cu. pos* Sefchovich, 1987: 242.

³⁴ *Idem*, 267.

Carlos Fuentes ha señalado que "cuando todo parece perdido, la realidad cultura nos ofrece el asidero más seguro de nuestra identidad. Unas memorias, unas palabras, unas formas que somos nosotros cuando todo nos niega"³⁵.

Frente al reconocimiento de la novela mexicana —tachándola de sumamente enclaustrada en preocupaciones sociales coyunturales—, existen algunos intelectuales que vislumbran y abogan por una literatura universal. Es decir, frente a la exigencia de la mayoría de los literatos de dejar de ser tan mexicanos en nuestra literatura, Agustín Basave ha indicado que "no existe una literatura característicamente mexicana", esto es, "tener literatos no implica necesariamente tener una literatura distintivamente mexicana", lo cual resulta una denuncia sumamente grave y, lo que es peor, presumiblemente cierta. Sin embargo, Basave continúa esta discusión explicando que "por toda la mundial tendencia hacia la uniformidad, las literaturas nacionales irán desapareciendo y fundiéndose en una literatura mundial", perdurando las diferencias individuales y desapareciendo los exotismos colectivos³⁶.

B) LA TEORÍA GENERACIONAL

I. De la Historia de la literatura a la Teoría generacional

Una vez que ha quedado un tanto especificado por qué, a pesar de todo, vamos a utilizar a la novela para reconstruir al imaginario colectivo mexicano, prosigamos a explicar cómo es que nos decidimos por la Teoría generacional y no por una Historia de la literatura.

Cuando se nos presentó el momento de seleccionar a las novelas que se convertirían en objeto de análisis, nos encontramos ante una problemática: ¿de qué manera podríamos tener un criterio de selección lo suficientemente objetivo?

³⁵ *Cit. pos* Sefehovich, 1987: 272.

³⁶ Agustín Basave, *cit. pos* Shneider, 1975: 179.

A la primera conclusión que llegamos es que cuando se habla de arte no podemos tener un criterio ampliamente objetivo. En cuestión de gusto estético y preferencias intelectuales, la literatura se nos presenta en toda una serie de posibilidades tan amplia como las exigencias del lector. Siempre existe un autor reconocido frente a otro tan relevante pero en cambio desconocido. Por tanto, decidimos que no recaería directamente en nosotros la selección de los literatos mexicanos.

Con ello buscamos aprovechar la experiencia de los especialistas para determinar a las novelas más importantes que se han escrito en nuestro país. Sin embargo, existe también un crisol de "historias de la literatura mexicana" que, finalmente, vuelven a complicarnos la cuestión. Por ejemplo, José Luis Martínez, en su libro *Literatura Mexicana Siglo XX*, abarca de 1910 a 1949, dedicándose al estudio del modernismo, el Ateneo de la Juventud, los novelistas de la revolución, el grupo de "Cultvra", la generación de 1915, prolongadores del modernismo, el hispanoamericanismo, los vanguardistas, los indigenistas, los folkloristas, los de inspiración provinciana, escritores independientes, españoles en el destierro, las generaciones de *Taller y Tierra Nueva*, las revistas literarias, etc. Por su parte, Carlos Monsiváis en sus "Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX" nos habla del período porfirista, del Ateneo de la Juventud, la Generación de 1915, los vasconcelistas-nacionalistas, López Velarde, los contemporáneos, los vanguardistas, la novela de la revolución, el realismo social, la revista *Taller*, la generación del 50, etc., para después pasarse a "la cultura de los años recientes".

El trabajo de estos dos críticos literarios ejemplifica cómo el estudio de la literatura mexicana se ha dedicado minuciosamente al tema prácticamente con exclusividad para el período que va de principios a mediados del presente siglo. No encontramos, en cambio, igual aplicación tanto para el siglo pasado como para las últimas cuatro décadas: a lo mucho se hablará —respecto a los últimos decenios— de personalidades relevantes, más que de corrientes

literarias. Hernán Lara Zavala y Christopher Domínguez M. dominan la crítica de los escritores contemporáneos, pero siguen realizándolo a nivel individual³⁷.

Es decir, si por un lado encontramos una multiplicidad de propuestas, por el otro resultan comparativamente mínimos para otros momentos de la historia del México moderno. Sin embargo, este no es el principal impedimento como para considerar a las historias de la literatura mexicana. Metodológicamente encontramos dos obstáculos:

Primero: tales estudios se preocupan por el carácter estético de la novela (determinan primero cuáles son los literatos relevantes y luego exponen los contextos históricos, ideológicos, políticos, económicos, etc., de tales escritores), lo cual no es nuestra premisa, pues nos importa la novela por lo que nos transmita, mas no por su innovación artística. Por ejemplo, omitir las novelas *Farabeuf*, de Salvador Elizondo, o *Los recuerdos del porvenir*, de Elena Garro, resultaría una grave falta de respeto a creaciones literarias mexicanas profundamente transformadoras no sólo de la literatura mexicana, sino incluso universal. El problema estribaría en que si las incluimos en nuestro análisis de la cultura política de muy poco nos serviría una novela formalista o una novela del realismo mágico.

Segundo: las demarcaciones de corrientes literarias importantes permiten que se haga referencia a varias de ellas en sólo un periodo histórico. Esto, claro, no es culpa del crítico literario, ni de la literatura —afortunadamente puede ser tan rica en posibilidades estéticas—. Simplemente, ello dificulta nuestro análisis, pues encontrar un conjunto de estilos novelísticos en tan sólo unos cuantos años complica la selección. De igual forma se convierte en otro inconveniente el hecho de que existan 'lagunas' en la historia de la literatura mexicana. Así, remitimos a las creaciones literarias

³⁷ En el caso de Domínguez Michel se ha criticado tan fuertemente los parámetros tan personalistas que ha empleado este autor para determinar la relevancia o no de los literatos mexicanos, que Domínguez optó por aceptar públicamente su parcialidad y especificar que toda delimitación es subjetiva.

relevantes nos conduce a observar muchas en ciertos periodos y muy pocas en otros.

Así, otorgar mayor interés al elemento estético de la novela nos crea más problemas que soluciones. Por ello, intentamos explorar otras metodologías que fuera de los análisis literarios nos permitieran acercarnos al imaginario colectivo mexicano. Recurrimos entonces a la hermosa disciplina *Historia*, pues consideramos que de esta forma conjuntaríamos un análisis histórico y un análisis socio-ideológico de los literatos.

Fue allí donde descubrimos a la teoría generacional, que al preocuparse por determinar las visiones generacionales de las figuras relevantes mexicanas, nos proporcionó un sustento teórico mucho más sólido para seleccionar a los literatos de cada generación. Como el periodo que separa a cada generación es de aproximadamente 15 años, solucionamos el problema de las lagunas históricas.

Al contar con una uniformidad histórica ya no teníamos que definir entre varias tendencias estéticas compitiendo en un mismo periodo. Lo que restaba más bien era seleccionar al literato más relevante de la generación y a su obra más importante, según el interés de esta investigación. Esto resultó menos arbitrario en tanto que sólo utilizamos los listados de figuras generacionales de Luis González y González y Enrique Krauze —que son por cierto los estudiosos más prominentes de la teoría generacional—. Como las posibilidades manifiestas de estos listados son menores, la selección se realizó entre cinco o seis literatos, y si considerábamos la opinión de Sara Sefchovich vertida en su texto *México, país de ideas, país de novelas*, fácilmente identificábamos a las novelas con mayor registro crítico de la realidad social mexicana.

Pero no nos adelantemos. Expliquemos con mayor amplitud las ventajas de la teoría generacional.

II. Teoría generacional

"La historia de una literatura es la historia de unas obras y de los autores de esas obras. Pero entre las obras y los autores hay un tercer término, un puente que comunica a los autores con su medio social y a las obras con sus primeros lectores: las generaciones literarias"³⁸. El estudio generacional permite vincular la creación artística con el contexto social, y si bien no es la única metodología que lo permite, hemos elegido a esta forma de indagar el proceso creativo bajo los términos que en lo subsecuente expondremos.

Alfonso Villegas al constatar que figuras tan disímbolas como Emiliano Zapata, López Velarde y Alfonso Reyes nacieron relativamente en la misma década, afirma que más que ser partícipes de un periodo histórico estricto, "lo que más caracteriza a una generación es el compartir ciertos principios de pensamiento o acción, independientemente de cualquier otra cosa"³⁹. Afirma también que en los grupos de intelectuales que integran una generación puede diferenciarse "una especie de círculo interno que cohesiona a la generación por sus estrechas afinidades de un mucho más amplio círculo externo que participa de sus actividades públicas", en conferencias o conciertos o publicaciones. Por ello, nos dice Enrique Krauze, hablar de «generación» es para unos sinónimo de coetaneidad y recuerdos escolares; para otros llega a ser una visión del mundo compartida.

Si como indica Krauze el aparato cultural se desarrolló "en unos cuantos edificios del centro de la ciudad", y por lo tanto todos los rostros eran familiares, "estas circunstancias favorecieron la formación y sucesión de generaciones en cada disciplina, en cada territorio cultural"⁴⁰.

"En todo contexto histórico, consideraciones de clase, poder, mentalidad, demografía, parecen mucho más significativas que los ciclos biológicos de las generaciones". No obstante, sugiere Krauze, existen ámbitos

³⁸ Octavio Paz, *cit. por* Krauze, 1994: 261

³⁹ Villegas, 1993: 87.

⁴⁰ Krauze, 1994: 260.

específicamente culturales en los que la teoría generacional funciona dentro de sus limitaciones propias: "Ortega la empleó para estudiar el Renacimiento o el arranque del Racionalismo, no para interpretar a la Revolución Industrial. Cuando un mundo cultural se cierra en sí mismo, las relaciones entre hijos y padres intelectuales se vuelven significativas. No es casual que así se haya estudiado, por ejemplo, la literatura francesa del siglo XIX"⁴¹. Por ello, el Método de las Generaciones tiene una utilidad *hermenéutica*⁴².

Leñero Otero amplía estas observaciones al afirmar que "el enfoque generacional, más que un planteamiento de precisión positiva, es un acercamiento que permite captar las modulaciones de los procesos de cambio cultural humano"⁴³. Ahora bien, cabe dejar claro que nuestro interés particular no se encuentra en captar lo que Leñero señala, pues a él le preocupa demostrar el cambio cultural, pero constituye una excelente herramienta para advertir la integración que se produce con el entrecruzamiento de análisis sincrónicos con análisis diacrónicos al aplicar la pregunta ¿cuál es la cultura política mexicana? a distintos textos literarios representativos de las distintas generaciones intelectuales mexicanas.

Ahora bien, Huizinga refutó el concepto de *generación* por el lado aritmético, además de criticar la orientación de «antropomorfismo», esto es, reducir la historia a biografía colectiva. Sin embargo, como demuestra Leñero, "aun cuando el enfoque se puede prestar a simplificaciones genéricas y a estereotipificaciones abusivas, nulificando la variedad de los actores y la imprecisión de sus componentes, existe la posibilidad de asomarse a una óptica humana y personificante del actor social, y sobre todo, del ciclo vital de las sociedades y de las culturas renovadas en sus diferentes camadas humanas, en el tiempo y en el espacio"⁴⁴.

Es decir, "se trata más bien de identificar con un tipo ideal —al modo weberiano—, al carácter que da el sentido predominante de la actuación

⁴¹ *Idem.*

⁴² *Idem.*, 242.

⁴³ Leñero, 1991: 121.

⁴⁴ *Idem.*

histórica de una generación, tomando en cuenta sus condicionamientos temporales y los eventos y circunstancias que sus protagonistas han compartido en su proceso de desarrollo vital⁴⁵. Las tipificaciones ideales, aunque plurales, pretenden diferenciarse de las otras generaciones.

La referencia —que no deja de ser convencional, nos dice Leñero— “puede servir para descubrir acciones y reacciones, estilos y sensibilidades de esas generaciones juveniles en cada etapa histórica”⁴⁶. Cada generación presenta, según Mentré, características peculiares, con un *matiz de sensibilidad o tonalidad del querer*⁴⁷. Por ello “se pertenece a una generación si se convive en ella”⁴⁸.

Las élites mexicanas se componen, en palabras de Luis González, de personajes de reputación que suelen distinguirse de las demás por los honrosos cargos públicos que ocupan, los libros de fuste que escriben, la fama de que gozan y las notables empresas económicas que dirigen. Estas minorías dirigentes modernas se constituyen de magnates de la agricultura, industria y comercios, con altos funcionarios públicos, con intelectuales de renombre, con altos militares y grandes personalidades de la Iglesia. Pero lo que más une a una generación es algún acontecimiento histórico importante que “ha dejado una huella, un campo magnético en cuyo centro existe una experiencia decisiva”⁴⁹.

Según Ortega y Gasset, las minorías rectoras están sujetas a un ritmo estacional o generacional: no suelen mantener su hegemonía plena por un período mayor de 15 años. La realidad biológica de cada generación recorre seis etapas: infancia (hasta los 15 años), juventud (15 a 30 años), madurez incipiente (30 a 45 años), segunda madurez (45 a 60 años), y vejez. Claro está que se hace mención a las generaciones ‘socialmente’ sucesivas, separadas por

⁴⁵ *Idem*, 124.

⁴⁶ *Idem*.

⁴⁷ *Cit. pos* L. González, 1984: 6.

⁴⁸ Krauze, 1994: 261.

⁴⁹ *Idem*.

15 y 20 años, que entre los 18 y 25 años de edad manifiestan en forma habitual el carácter que identifica más a una generación.

Ortega y Gasset pensaba que las generaciones tienen cuatro momentos: creación, conservación, crítica y destrucción. "A partir de la zona de fechas de su nacimiento, con un ritmo de 15 años (intervalo natural de la relación maestro-alumno) irían sucediéndose, en convivencia siempre difícil, las generaciones"⁵⁰, surgiendo cada vez otra minoría dirigente, con otro modo de ver las cosas, con una sensibilidad distinta, con la inquietud de crear un orden diferente, con metas y métodos que no coinciden con los de sus predecesores. Así, se experimenta la convivencia de tres generaciones, una que dice "nosotros hemos sido", otra que afirma "nosotros somos", y la que sentencia "nosotros seremos".

La historia mexicana moderna y reciente, según Luis González, va del nacimiento de la nación-estado a la segunda mitad del presente siglo. A través de las cuatro últimas generaciones se observa, como dice Krauze, "una pacífica familia cultural: padres fundadores e inquisitivos; hijos revolucionario-institucionales; nietos críticos y cosmopolitas; bisnietos iconoclastas"⁵¹.

Zea critica, sin embargo, el afán de negar el pasado, considerándolo como un proceso erróneo: "el presente es un punto de partida sin principio y sin meta. Porque el principio, la realidad de la cual se parte, es lo que no se quisiera ser, una nada por voluntad, y el futuro es lo que aun no se es, una nada de hecho. El pasado representa lo que no se quiere y el futuro lo que no se puede por obra de eso que no se quiere"⁵².

⁵⁰ *Ídem.*

⁵¹ *Ídem.*

⁵² *Cit. por* Villegas, 1993: 154.

III. Generaciones

Cuando Wigberto Jiménez Moreno afirma que al "proceso de cambio sociocultural lo entendemos mejor si fijamos la vista en los hombres responsables de las mudanzas históricas"⁵³, trata de remarcar la importancia de la teoría generacional. Si bien nuestra preocupación no radica en los procesos de cambio ni en sus artifices, tal teoría parece demostrar su pertinencia en los estudios que vinculan la visión colectiva (o generacional) con los procesos históricos particulares. En lo que resta del presente apartado expondremos las características particulares de cada generación y señalaremos la forma en que hemos elegido a cada representante literario de las nueve generaciones analizadas, así como la novela que será objeto de revisión. El capítulo tercero —donde realizaremos la reconstrucción de la cultura política mexicana a partir de la literatura— principia con una breve contextualización histórico-literaria de las distintas etapas del México moderno.

Tras una revisión de las consideraciones más relevantes sobre la teoría generacional, conjuntamos los juicios o aportaciones que elaboraron sobre cada generación tanto Luis González y González (quien retoma básicamente a Wigberto Jiménez), Enrique Krauze y Luis Leñero Otero. Cabe mencionar que no siempre coincidieron tanto en la delimitación temporal de cada generación como en las observaciones elaboradas respecto de cada una, para lo cual tomamos las siguientes disposiciones:

Compaginando las propuestas generacionales, resolvimos analizar las seis propuestas de Luis González, las cuatro de Enrique Krauze y eliminar la última propuesta de Leñero (la 'Generación del 85'), considerando que la cercanía con esta generación limita tanto la elección de autores y textos relevantes, como un análisis pretendidamente objetivo. Respecto a este punto Hans Georg Gadamer, a través de la revisión a la obra de Heidegger, ha considerado "el significado hermenéutico de la distancia en el tiempo", esto

⁵³ *Cit. pos* L. González, 1984: 5.

es, el problema interpretativo bajo las condiciones de extrañeza y familiaridad; las posibilidades de comprensión están determinadas por la distancia temporal entre el autor y el lector, por lo que cuando estamos ante un estado de extrañamiento comprendemos de diferente forma que cuando estamos en condición de familiaridad. Es decir, más allá de consideraciones metodológicas, existe el problema ontológico de la comprensión, lo que conlleva a que la lejanía y la cercanía temporacional ante un texto posibilitan y simultáneamente limitan el proceso interpretativo⁵⁴. Resultaría muy interesante "descifrar" a esta 'Generación del 85' o 'Generación X' —término utilizado por primera vez por Douglas Coupland, y ampliamente señalado por Breat Easton Ellis, Amelia Castilla, Enrique Gil Calvo y otros—⁵⁵, pero sinceramente cometeríamos mucho más juicios de valor que para cualquier otra generación.

En conjunto, analizaremos nueve generaciones, pues la última generación de Luis González viene a ser la primera analizada por Krauze. Es decir, coinciden en una (la 'Generación del 15'). Leñero, por su parte, examina las mismas cuatro que Krauze —salvo la que omitimos—. Las generaciones en cuestión son las siguientes:

1. Minoría rectora en la Reforma (1857-1875)⁵⁶.
2. Minoría rectora de los albores del Porfiriato (1876-1892).
3. Minoría rectora en el cenit y ocaso del Porfiriato (1893-1910).
4. Minoría rectora de la Revolución Armada (1910-1920).
5. Minoría rectora de la etapa 1920-1934.
6. Generación del 15 (1935-1950).
7. Generación del 29 (1950-1963).
8. Generación de Medio Siglo (1964-1979).
9. Generación del 68 (1980-90's).

⁵⁴ Gadamer, 1977: 360-370

⁵⁵ Existe un interesante artículo de Arturo Sánchez, "La generación X", donde expone las peculiaridades de esta generación que, más allá de los confines mexicanos, se ha manifestado en la sociedad moderna entera, transformándose en un controvertido fenómeno social propio de la globalización. (Sánchez, 1994: 25-28).

⁵⁶ Los años indican el periodo de dominación de tal generación.

Como existen diferencias entre estos autores en la determinación de los límites temporales de las generaciones, decidimos respetar los cinco periodos de Luis González y González (frente a las delimitaciones de Wiberto Jiménez y otros), y los cuatro de Krauze (quien mantiene una discrepancia con Luis González respecto a la Generación del 15), realizando mínimas correcciones.

Si existen divergencias en los periodos, imagínese usted cómo son de distintas, por no decir contrarias, las observaciones que realizan sobre los caracteres propios de cada generación. Lo que a continuación presentamos es un intento por consensuar tales disparidades.

1.- Minoría rectora en la Reforma

La minoría rectora en la Reforma abarca un periodo de dominación de 1857 a 1875. Luis González y González la denomina también como "la pléyade de la Reforma". El periodo de nacimiento de sus miembros comprende los siguientes años: de 1806 a 1824. Son protagonistas de esta generación, entre otros, los políticos Benito Juárez, Ignacio Comonfort, Lerdo de Tejada, Melchor Ocampo, Manuel Doblado, José María Iglesias, etc.; intelectuales como Manuel Payno, Luis G. Inclán, Orozco y Berra, Gabino Barreda, Ignacio Ramírez, etc.; sacerdotes como Clemente de J. M. Múgica; militares como Santos Degollado, Félix María Zuloaga, Jesús González Ortega, etc.; y empresarios como Manuel Escandón, Francisco de Garay, etc.

2.- Minoría rectora de los albores del Porfiriato

La minoría rectora de los albores del Porfiriato (o 'Generación tuxtepecadora') abarca un periodo de predominio que va de 1876 a 1892. Se conformó por 'un conjunto de próceres mexicanos', un centenar de 'notables' con que se cobijó la presidencia imperial de Porfirio Díaz; 100 astros nacidos en la zona temporal de 1825-1840³⁷. Los políticos más prominentes de esta

³⁷ L. González, 1984: 23.

generación son: Porfirio Díaz, Manuel González, Matías Romero, Manuel M. de Zamacona, etc.; los intelectuales: José María Roa Bárcena, José María Vigil, Vicente Riva Palacio, Ignacio M. Altamirano, Eligio Ancona, Manuel Sánchez Mármol, etc.; sacerdotes como Ignacio Montes de Oca, Eulogio G. Gillow, etc.; militares: Mariano Escobedo, Pantaleón Tovar, Ignacio Zaragoza, Felipe Berriozábal, Miguel Miramón, Luis Mier y Terán, Irineo Paz, etc.; y empresarios como Ignacio Torres Adalid y Gabriel Mancera.

3.- Minoría rectora en el cenit y ocaso del Porfiriato

La minoría rectora en el cenit y ocaso del Porfiriato, o 'Generación de los científicos', es llamada por Germán Posada como 'Generación ilustrada de 1875', habiendo nacido sus miembros entre 1840 y 1855 (Jiménez Moreno establece que nacieron entre 1850 y 1860). El período en que manifiestan su pleno dominio va de 1897 a 1910. Los políticos más ilustres son: José Ivés Limantour, Justo Sierra Méndez, Ramón Corral, Emilio Rabasa, etc.; intelectuales: José María Velasco, Francisco Bulnes, Manuel Acuña, José López Portillo y R., Juan de Dios Peza, José Guadalupe Posada, Rafael Delgado, Salvador Díaz Mirón, etc.; sacerdotes como Ramón Ibarra González; militares: Victoriano Huerta, Bernardo Reyes, Manuel Mondragón, etc.; empresarios como; Francisco G. Sada, Tomás Braniff, etc.

4.- Minoría rectora en la Revolución Armada

La minoría rectora en la revolución violenta es también llamada "la Centuria azul", abarcando su período de predominio de 1910 a 1920. Se le denomina "Azul" por la *Revista Azul*, publicación a partir de la cual se les identificó como modernistas. Según Anderson y Posada, nacieron entre 1855 y 1870, mientras que Wigberto Jiménez establece que incluso después. Luis González indica que no nacieron antes de 1857 ni después de 1872.

Venustiano Carranza, Francisco I. Madero, Belisario Domínguez, Francisco León de la Barra, Andrés Molina Enríquez, J. M. Pino Suárez, etc.,

son los políticos más relevantes de esta generación. Manuel Gutiérrez Nájera, Trinidad Sánchez Santos, Felipe Villanueva, José Terrés, Luis G. Urbina, Juventino Rosas, Ángel de Campo, J. González Ureña, Amado Nervo, Carlos Pereyra, José Juan Tablada, E. González Martínez, Salvador Toscano, etc., son algunos de los intelectuales relevantes. De entre los sacerdotes figuran Félix de J. Rougier, Juan Herrera y Piña, etc. Abraham González, Félix Díaz, etc., son importantes militares, mientras Edward L. Lohrny, Rogelio Suárez, etc., son empresarios prominentes.

5.- Minoría rectora de la etapa 1920-1934

La minoría rectora de la etapa 1920-1934 es llamada por Luis González como "Revolucionarios de entonces", nacidos entre 1873 y 1888. Los políticos más importantes de esta generación son: Luis Cabrera, Plutarco Elías Calles, Álvaro Obregón, Pascual Ortiz Rubio, Alberto J. Pani, A. Díaz Soto y Gama, Eulalio Gutiérrez, Máximo Ávila Camacho, Adolfo de la Huerta, etc.

Algunos de los intelectuales de esta generación pertenecieron al célebre *Ateneo de la Juventud*, otorgando un nuevo carácter a la creación artística y académica mexicana. De esta generación son Alfonso Reyes, Antonio Caso, José Vasconcelos, José Clemente Orozco, Diego Rivera, Mariano Azuela, el Doctor Atl, Ramón López Velarde, Artemio de Valle-Arizpe, Julián Carrillo, Roberto Esteva Ruiz, Efrén Rebolledo, Enrique Diez Canedo, Manuel M. Ponce, Manuel Gamio, Agustín Basave, Saturnino Herrán, etc.

De entre los sacerdotes figuran: Pedro Vera y Zurúa, Joaquín Cordero, Guillermo Piani, José Othón Nuñez, etc. Por su parte, Francisco Villa, Emiliano Zapata, Manuel M. Diéguez, Pablo González, Pascual Orozco, Pánfilo Natera, Gertrudis Sánchez, Francisco J. Múgica, etc., son algunos de los militares importantes de esta generación. Finalmente, de entre los empresarios sobresalen Arturo Mundet, Salvador Ugarte, Federico Veerkamp, Agustín Legorreta, Luis G. Sada, Pablo Diez, etc.

6.- Generación de 1915

A la minoría rectora de la etapa 1935-1958 la denomina Luis Cabrera (y Luis González consecuentemente) como los "Revolucionarios de ahora". Bautizada por Manuel Gómez Morín como 'Generación de 1915', por Wigberto Jiménez como 'Generación epirrevolucionaria', y por la voz popular como la 'Generación de Cárdenas', nace entre 1889 y 1905, según Luis González, y entre 1891 y 1905, según Krauze.

Este último la nombra como "fundación y autoconocimiento". Por su parte, Gómez Morín la llamó 'Generación de 1915' porque creyó ver en ese año la revelación vocacional del grupo: un descubrimiento de México⁵⁸. La marca de esta generación fue heredar a la Revolución "como *único* horizonte de interés y responsabilidad". Sin haber participado en ella, les toca ser protagonistas de una nueva expectativa vital.

Su niñez transcurrió en una sociedad autoritaria con dos versiones contradictorias: la liberal —con su llamado 'progreso y paz'— y la tradicional, ligada a una Iglesia acusada de traición a la patria⁵⁹. Educados, en el caso de los sectores medios y superiores, con una ideología positivista, enfrentan una realidad casi totalmente rural. Pero también han sido formados, nos dice Leñero, dentro de una cultura hacendaria "que les niega su identidad cultural ancestral indígena e indomestiza"⁶⁰.

Krauze señala que su afán es "hacer algo por México", buscando un saber aplicable (por eso llevan a las palabras *técnica* y *fundación* como emblema), reprochándole a la generación anterior su improvisación, desorden, populismo sentimental y romanticismo. De ellos heredan el nacionalismo cultural como objeto de conocimiento, por lo que el término Autognosis los representa⁶¹.

A esta generación pertenecieron: Alfonso Caso, Daniel Cosío Villegas, Angel María Garibay, José Mancisidor, Samuel Ramos, Jesús Silva Herzog,

⁵⁸ Los Contemporáneos son la segunda promoción de 1915, "una promoción esencialmente literaria y crítica que extrema el temple racional" heredado. Otros dos grupos nacidos en la misma época y que tuvieron un papel intelectual importante son los estridentistas, por un lado, y los trasterados españoles por el otro.

⁵⁹ Leñero, 1991: 126.

⁶⁰ *Ibid.*

⁶¹ Krauze, 1994: 264.

Wilfredo Massieu, Manuel Toussaint, Francisco Rojas González, Artemio Valle Arizpe, Luis Enríquez Erro, Manuel Gómez Morín, Octavio Barreda, etc.

7.- Generación de 1929

En la 'Generación de 1929' la fecha recuerda el movimiento vasconcelista y la autonomía universitaria⁶². Esta generación nació entre 1906 y 1920, en la Revolución que, sin embargo, no contemplaron.

En su juventud enfrentan al poder⁶³. Leñero indica que tienen toda una visión reestructuradora de la sociedad, acusando a la anterior generación no haber aportado una nueva cultura. Provenientes de los sectores medios e incluso campesino, manifiestan un punto de vista más racional y organizado⁶⁴. Critican a los Siete Sabios por su arrebato, heroísmo, misticismo e indeterminado espíritu de sacrificio, pero sus reparos "se dirigen a los jerarcas, no a la Revolución"⁶⁵.

En su proyecto nacional abandonan las raíces agrarias revolucionarias, inclinándose más por las ideas de la Generación del 15: más que una visión romántica e idealista, el realismo de la modernización e industrialización. Pero su impulso fundamental nunca sale de las coordenadas heredadas: el tono crítico "es de ornato", aunque debe reconocerse que "su mexicanismo refleja también, por momentos, resortes auténticos de la vida del país"⁶⁶, haciendo patente tanto una nueva actividad económica como un nuevo impulso nacionalista-popular. Su *ethos* es de "aspiración a una reconciliación básica nacional y a una reconstrucción de las bases corporativizadas, en sustitución de la lucha armada"⁶⁷. Pero en estas organizaciones de masas se vuelven a plantear

⁶² La segunda promoción literata y crítica de esta generación la encabezan José Revueltas, Efraín Huerta, Octavio Paz, José Alvarado, Octavio Novaro, Enrique y Ramírez, etc. (Krauze, 1994: 267)

⁶³ "Cuando en 1923 Lombardo Toledano parece representar la lucha social y Vasconcelos la autoridad, están con Lombardo. Cuando en 1929 Lombardo es el establishment laboral callista y Vasconcelos la oposición, están con Vasconcelos". (Krauze, 1994: 265).

⁶⁴ Leñero, 1991: 128.

⁶⁵ Krauze, 1994: 266.

⁶⁶ *Ídem*.

⁶⁷ Leñero, 1991: 128.

"valores de lealtad al líder y confianza en su función protectora y paternalizadora, en recuperación de la antigua pauta caciquil"⁶⁴.

En su *ethos* renovado se sacraliza a la cultura católica, lo que refrenda la dualidad de normatividad: oficial y extraoficial (el 'acátese pero no se cumpla' de la época colonial)⁶⁵.

Krauze indica que su obra encuentra y recobra "el rostro mexicano del dolor y la muerte". A pesar de todo, su pecado fue el optimismo, resultado de ignorar la vertiente agraria y social del pasado inmediato. No serían sino los jóvenes escépticos de la Generación de Medio Siglo quienes cobrarían con creces esta crítica⁷⁰.

Raúl Anguiano, José Chávez Morado, Jesús Camarena, Juan O'Gorman, Blas Galindo, José Pablo Moncayo, Octavio Paz, Mauricio Magdaleno, etc., son algunos de los artistas de esta generación; mientras Carlos Lazo, Mario Pani, Luis Barragán y otros son importantes arquitectos del 29. Del área académica destacaron José Adem, Javier Barros Sierra, Alberto Barajas, Enrique Beltrán, Nabor Carrillo Flores (científicos); Alfonso Noriega Cantú, Antonio Carrillo Flores, Andrés Serra Rojas, Antonio Gómez Robledo, Francisco González de la Vega, Manuel Borja Soriano, Manuel Herrera y Lasso, Mario De la Cueva, Eduardo García Máynez, etc. (Juristas); Gonzalo Aguirre Beltrán, Fernando Benítez, Ignacio Bernal, Gastón García Cantú, María del Carmen Millán, Edmundo O'Gorman, Héctor Pérez Martínez, Salvador Tosecano, Leopoldo Zea, etc. (historiadores, filósofos)*.

8.- Generación de Medio Siglo

Es bautizada como 'Generación de Medio Siglo' por Wigberto Jiménez Moreno en recuerdo a una efímera revista literaria editada por una de sus promociones.

⁶⁴ *Ibidem*. En esta cita observamos que el autor utiliza la palabra *paternalizadora*, cuando la acepción correcta es *paternalista*.

⁶⁵ *Ibidem*.

⁷⁰ Krauze, 1994: 270.

* Enrique Krauze delimita los personajes relevantes de cada generación por su trascendencia en la vida nacional, independientemente de su nacionalidad.

Emulan los modelos juveniles de los países occidentales (Francia y Estados Unidos); viven el 'milagro mexicano' (fuertes contingentes de esta generación emigraron del campo a las ciudades o a Estados Unidos); y son sorprendidos por la S.G.M. y la bomba atómica, que enfrían los entusiasmos y acarrearán "incertidumbre, escepticismo, un sentido de fatalidad y un temple crítico permanente". Con ellos se hace manifiesta la duda: ¿ha muerto la Revolución Mexicana?"⁷¹.

Introdujeron esquemas intelectuales más cosmopolitas, pues son una juventud cada vez más escolarizada y educada en la posrevolución y el México moderno. Las instituciones culturales les financiaron "largas y hermosas temporadas en París". Sin embargo, "este aireo los separa de las generaciones anteriores"⁷².

Con Sartre transitan del existencialismo al marxismo⁷³, experimentando también una aspiración de construcción y progreso material. El *ethos* subyacente es una búsqueda de bienestar material, al mismo tiempo que afirman celosamente los valores institucionales y familiares.

Pero si la primer camada de la generación conservaba cierta devoción institucionalizada, la siguiente la perdió. Su temple es "burlesco, ácido, irreverente, insatisfecho," pues nada parece engañarlos. Les toca vivir la burocratización académica. Les toca discutir viejos temas desde perspectivas nuevas: la condición femenina, la muerte, la soledad, el amor, la fe. Critican políticamente el hieratismo de los Cachorros de la Revolución. Krauze indica que "no analizan; denuncian. Exhiben la ostentación de la burguesía, la corrupción administrativa, la enajenación de los medios de comunicación, la mentira de la prensa, el charrismo, la farsa del discurso oficial, el saqueo alemanista, el desarrollismo sin justicia social". Por ello, "conciben su papel ligado orgánicamente a los movimientos populares. Interpretan que su deber es

⁷¹ Juan F. Noyola y Jesús Reyes Heróles ilustran "este momento de transición de una mentalidad institucional a una crítica". (Krauze, 1994: 271).

⁷² *Ibid.*

⁷³ "La propuesta de una libertad filosófica y literaria radical... los convence menos que una crítica social y un compromiso político con las luchas populares y anticoloniales". (Krauze, 1994: 272).

expresar con claridad y pasión las necesidades del pueblo"⁷⁴. Sin embargo, el movimiento del 68 los tomó por sorpresa.

Como generación decidieron integrarse al poder no por oportunismo, sino por convencimiento, pues pensaban que "una generación crítica decide poner sus mejores armas al servicio del Estado en lugar de conservar y promover el espacio crítico". Pero también fueron testigos del ejercicio autoritario del poder: la expropiación de la crítica (el golpe a *Excélsior*). Esta dolorosa incorporación al régimen provocó desorientación, querellas internas, silencio. "Algunos recobran lentamente su distancia crítica y su voz. La mayoría permanece a la expectativa..."⁷⁵. Una clave del agotamiento de acción, crítica y pensamiento de esta generación está "en la distancia histórica de la generación con respecto a la Revolución Mexicana". En general son urbanos, clasemedieros, experimentan la modernización e institucionalización hasta en la cultura, por lo que en su movimiento de apertura "muchos miembros de la generación se alejaron aún más de la realidad social mexicana". Y a esta distancia habría que agregar otra: la profesional⁷⁶.

Pertenece a esta importante generación los novelistas y ensayistas: Inés Arredondo, Emmanuel Carballo, José de la Colina, Salvador Elizondo, Carlos Fuentes, Ricardo Garibay, Margo Glantz, Jorge Ibargüengoitia, Juan Vicente Melo, Sergio Pitol, Luis Spota, Edmundo Valadés, etc.; los historiadores: Eduardo Blanquel, Pedro Carrasco, Luis González, Miguel León Portilla, Jorge Alberto Manrique, Román Piña Chan, Berta Ulloa, etc.; lingüistas y demógrafos: Antonio Alatorre, José Pascual Buxó, Raúl Benítez, Gustavo Cabrera, Luis Níkel; pintores y arquitectos: Lilia Carrillo, Pedro y Rafael Coronel, José Luis Cuevas, Vicente Rojo, Abraham Zabludovsky; dramaturgos: Emilio Carballido, Juan José Gurrola, Vicente Leñero; poetas: Jaime García Terrés, Eduardo Lizalde, Rubén Bonifaz, Rosario Castellanos, Álvaro Mutis,

⁷⁴ *Idem*.

⁷⁵ "La única crítica posible fue una crítica externa. Nunca un desinterés, sino el hábito de juzgar las cosas de México desde fuera, desde otras realidades, otros esquemas teóricos, otras utopías. Ciertamente, la objetividad sin distancia es imposible. Pero el riesgo de la distancia es el extrañamiento". (Krauze, 1994: 273).

⁷⁶ *Idem*, 273.

Jaime Sabines, Tomás Segovia, Gabriel Zaid; sociólogos y antropólogos: Guillermo Bonfil, Víctor Flores Olea, Pablo González Casanova, Enrique González Pedrero, Jaime Litvak, Ricardo Pozas, Arturo Warman; economistas: Ifigenia Martínez, Leopoldo Solís; politólogos: Mario Ojeda, Rafael Segovia, etc.⁷⁶

9.- Generación del 68

Esta generación nace, para Leñero Otero, en la posguerra (del año de 1945 en adelante). Krauze difiere, manifestando que es entre 1936 y 1950 cuando se gesta la Generación del 68, que toma su nombre del movimiento social que son artífices o espectadores.

"Hay décadas platónicas y décadas aristotélicas —indica Krauze—. Los sesenta, como los treinta, son platónicos. Buscan la unidad, la totalidad, lo homogéneo, la revolución, la utopía". Leñero los caracteriza como "nuevamente idealistas e ideológicos". Son estudiantes universitarios y politécnicos que critican al 'milagro mexicano' para constatar, finalmente, que no es tal⁷⁷. Viven y pugnan por la liberación sexual, nacional, política; confluendo en la militancia estudiantil, las drogas, el hippismo, la contracultura. Con ellos renació "una cultura de protesta contra la Sociedad Industrial", pues han nacido en un momento defensivo, de cerrazón y clausura⁷⁸.

Aspiran a un mejor lugar, pero no pueden colocarse o ascender fácilmente, resultando ser una generación con gran frustración. Se identifican con los movimientos mundiales juveniles (estudiantil, el hippismo y el rockero inicial), pero experimentan con mayor intensidad la represión institucionalizada. Las críticas al sistema se acompañan de una particular radicalización liberal y de izquierda⁷⁹. Es más, sobre la Revolución Mexicana

⁷⁶ Recuérdese que tal inclusión-exclusión generacional pertenece a Enrique Krauze.

⁷⁷ Leñero, 1991: 130.

⁷⁸ Krauze, 1994: 275.

⁷⁹ Leñero, 1991: 130.

no les interesa indagar si, a pesar de todo, 'se mueve'. Saben que no: el autoritarismo lo demuestra⁸⁰.

En esta generación el marxismo se vuelve un repertorio dogmático. Krauze los señala como individuos "apasionados, sobreemotivos, románticos, honorables, trasgresivos, insobornables, iconoclastas, perseverantes, que transitan del nihilismo al dogma". Carlos Monsiváis se convierte en el intelectual representativo de "esta mezcla de contracultura, continuidad elitista (la Mafia), nostalgia nacionalista y militancia de izquierda"⁸¹.

A lado de su mirada, la crítica de los cincuenta "parecía piadosa" (por ejemplo, con la literatura de 'la onda' asumen la vida citadina con mayor sordidez). Respecto a su producción cultural, Krauze los critica implacablemente, asegurando que salvo brillantes excepciones "este grupo ha descuidado la poesía, la narrativa y las artes visuales... en favor de géneros más propicios a la politización: el reportaje, la crónica, el ensayo teórico, la caricatura y, en general, el periodismo..."⁸². Señala también que "son críticos en el tono, no en la sustancia. Más que críticos son inquisidores".

Aunque el Estado promovió su burocratización académica y cultural, "vive en zonas relativamente independientes: las universidades, el periodismo, los partidos de oposición". De esta generación, Leñero acusa que a pesar de estar altamente ideologizada y radicalizada, "acaba por integrarse en el sistema, de acuerdo con la propia pujanza y capacidad de algunos de sus representantes, favorecidos por el mayor nivel de educación"⁸³. Sin embargo la Generación del 68, a pesar de las anteriores críticas, se ha preocupado notablemente por un cambio democrático real y un acotamiento del poder estatal, de tal forma que su 'radicalismo' resultó mucho más fructífero que las buenas intenciones de las generaciones anteriores.

⁸⁰ "Se autodesignan de izquierda (muchos militan en ella). No distinguen la mentalidad conservadora de la liberal. No matizan ideologías políticas. Identifican, o por lo menos supeditan, la libertad política a la igualdad económica. Son sinceramente sensibles a las extremas desigualdades económicas y sociales... Se identifican moralmente con el campesino, pero tienden a «burocratizarlo». (Krauze, 1994: 276).

⁸¹ *Idem*, 275.

⁸² *Idem*, 276.

⁸³ Leñero, 1991: 130.

De esta generación tenemos a los novelistas: José Agustín, René Avilés Fabila, Arturo Azuela, Alberto Dallal, Parménides García Saldaña, Hernán Lara Zavala, Héctor Manjarrez, Gustavo Sainz, Eraclio Zepeda, etc.; poetas: Juan Bañuelos, Marco Antonio Campos, Elsa Corss, David Huerta, Jaime Labastida, Javier Molina, José Emilio Pacheco, Jaime Reyes, Ricardo Yáñez, etc.; ensayistas: Héctor Aguilar Camín, Manuel Aguilar Mora, Roger Bartra, José Joaquín Blanco, Arnaldo Córdova, Lorenzo Meyer, Carlos Monsiváis, Carlos Pereyra, Guillermo Sheridan, etc.

C) LAS NUEVE NOVELAS

Sinceramente preferiríamos comenzar el siguiente capítulo sin tener que dar tantas pormenorizaciones sobre la elección para cada una de las nueve generaciones del literato y su novela. Para no seguir cansando al lector, procuraremos resumir los pasos que seguimos.

Primero, nos guiamos por los novelistas que Luis González y González y Krauze señalan como más representativos de entre los literatos pertenecientes a cada generación. Pero no sólo nos interesó esto: pusimos atención en las observaciones que Luis González y González realizó sobre las novelas editadas por esos literatos. Así, conformamos un listado con aquellas novelas que parecían ser un registro crítico de la sociedad mexicana.

A fin de no quedarnos con tan sólo una opinión, consultamos el libro *México: país de ideas, país de novelas*, donde Sefchovich realiza un análisis sociológico de la creación literaria mexicana. Esta autora prácticamente fue la base sobre la que seleccionamos a los autores y sus novelas, pues a lo largo de su texto encontramos suficientes referencias a los autores, títulos, años de publicación, características de las novelas y principales corrientes literarias. Con la información de Sefchovich elaboramos nuevamente un cuadro, donde señalamos a su vez a qué generación pertenecía cada novelista y entrecruzamos las observaciones de Luis González. Cada celda fue

adquiriendo un valor que iba de 0 a 2, obteniendo mayor puntuación aquella novela que era 1) de un autor relevante, 2) cuya publicación correspondía preferentemente al periodo combativo de la generación, lo que nos valía mayor probabilidad de encontrar una novela con carácter de registro crítico⁸⁴, y 3) por su carácter posibilitaba una reconstrucción del imaginario colectivo⁸⁵.

Respecto al último punto, Sefchovich fue especificando ciertas peculiaridades de las novelas más importantes escritas en nuestro país, por lo que nos ayudó a elegir, por ejemplo, entre dos novelas igualmente relevantes: de entre Ignacio Manuel Altamirano, con su novela 'romántica' *El Zarco*, y Nicolás Pizarro, con *El monedero*, novela 'de crítica social'. Como Sefchovich señala a la segunda de esa forma, la preferimos por sobre *El Zarco*, a pesar de que Altamirano es mucho más reconocido dentro de la literatura nacional.

Las categorías que Sefchovich utiliza para calificar a la producción literaria mexicana son, entre otras: picaresca, romántica, costumbrista, sentimental, realista, de crítica social, moralista, naturalista, histórica, de crítica política, de los Contemporáneos, de la Revolución Mexicana, indigenista, ocupada por la interioridad humana, intimista, provincial, de crónica, testimonial-intimista, de la onda, intimista-familiar, del formalismo, del 68, de vida cotidiana, de entretenimiento, etc. Para no entrar en dificultades, decidimos no poner en evidencia estas categorizaciones, pues no contamos con los elementos suficientes como para debatirlas. Simplemente, nos guiamos con ellas y elegimos a tres novelas por generación, conformando un segundo cuadro⁸⁶.

De estas tres novelas, asignamos —según los parámetros anteriormente señalados— un orden del 1 al 3, para que si las novelas que elegíamos en primer lugar no satisfacían nuestras necesidades pudiéramos contar con una

⁸⁴ Buscábamos, pues, una novela escrita por una generación que no se encontraba aún en su periodo hegemónico. Esto porque cuando uno está del lado del poder, el imaginario que tengamos será, a final de cuentas, de nosotros mismos. Lo que pretendemos es reconstruir la imagen que se tiene del poder desde los que no participan en él, sino lo enfrentan.

⁸⁵ Ver anexo I.

⁸⁶ Ver anexo II.

segunda y hasta con una tercera opción. Esto no fue necesario, pues todas las novelas elegidas en primera opción resultaron idóneas para nuestro estudio. En el anexo I se encontrará el cuadro general, mientras que en el anexo II están las tres opciones finales.

Las novelas elegidas por cada generación son las siguientes:

1. *Los bandidos de Río Frio* de Manuel Payno (Minoría rectora en la Reforma).
2. *El monedero* de Nicolás Pizarro Suárez (Minoría rectora de los albores del Porfiriato).
3. *La bola de Emilio Rabasa* (Minoría rectora en el cenit y ocaso del Porfiriato).
4. *Tomochic* de Heriberto Frías (Minoría rectora de la Revolución Armada).
5. *Los de abajo* de Mariano Azuela (Minoría rectora de la etapa 1920-1934).
6. *La negra Angustias* de Francisco Rojas González (Generación del 15).
7. *Cabello de elote* de Mauricio Magdaleno (Generación del 29).
8. *Las buenas conciencias* de Carlos Fuentes (Generación de Medio Siglo).
9. *Se está haciendo tarde (final en laguna)* de José Agustín Ramírez (Generación del 68).

En cada elección existe una justificación. Quizá algunos casos llamen la atención, como por ejemplo que Manuel Payno haya escrito y publicado *Los bandidos de Río Frio* no cuando la generación que le antecedia estaba en el poder, sino cuando estaba la 'Minoría rector en los albores del Porfiriato', generación que precedió a la suya. Sin embargo, podemos explicar esta elección. La obra de Payno es considerada como la novela más importante no sólo de su generación, sino del siglo pasado en general. Aunque se publicó hasta 1889, esta novela tiene como trasfondo el ambiente social de las primeras décadas del siglo XIX, periodo que coincide con la etapa de combativa de la generación a la que pertenece Manuel Payno.

Otra excepción respecto a los periodo es *La negra Angustias*, de Francisco Rojas González. Si bien Manuel Payno es el autor indiscutiblemente más importante de su generación, Rojas González se hace acompañar por otra gran figura, Agustín Yáñez. El problema para elegir entre uno y otro no es tan grave, pues aunque Agustín Yáñez es mucho más reconocido, existen algunos puntos en su contra. En primer lugar, la novela de Yáñez con mayor crítica socio-política es muy posterior al período combativo de su generación, lo que daba por resultado que de la novela de Mariano Azuela (*Los de abajo*, de 1916) tendríamos que pasar a las novelas *La tierra pródiga* o *Las tierras flacas* de Yáñez publicadas en 1960 y 1962, respectivamente. Crearíamos de esta forma una laguna en la historia del México moderno, lo cual queremos evitar. Por ello, optamos por la novela de la Generación del 15 con mayores puntos a su favor (autor relevante, novela con registro crítico y año de primera edición), que, sin embargo, se publicó no en la etapa combativa de esa generación, sino durante su período hegemónico. Sin embargo, al revisarla caímos en cuenta que Rojas González mantiene una distancia con el poder, además de que logra manifestar el ánimo inmediatamente posrevolucionario.

Una pregunta más que se nos podría realizar es por qué optamos por Mauricio Magdaleno para la Generación del 29 y no por José Revueltas o Juan Rulfo. Respecto al primero, en su novela *Los muros de agua* recrea muy bien algunos aspectos del imaginario de los presos políticos respecto al poder, lo que, sin embargo, acota nuestra intención de una reconstrucción desde distintos actores para conformar una percepción colectiva. Respecto a la obra de Juan Rulfo, quedaban metodológicamente descartados sus cuentos, mientras que su impresionante novela *Pedro Páramo* se desenvuelve en un ambiente ambiguo que nos resultaría difícil de desentrañar como para presentarlo como un imaginario colectivo frente al poder. Puede que no se esté de acuerdo con lo anteriormente explicado, mas los buenos resultados que obtuvimos con la novela *Cabello de Elote* justifican tal elección.

Esperamos que con una revisión a los cuadros anexados se entienda cómo y por qué elegimos a estas nueve obras literarias.

CAPÍTULO TRES

LITERATURA, VIDA
COTIDIANA Y PODER

Hacer de la literatura un material sociológico que nos remita a la vida cotidiana de los mexicanos es una tarea harto difícil. En primer lugar, porque tomar con seriedad a las letras implica rebasar la imagen que muchos de nosotros tenemos del arte, así, llanamente, tomándolo como un vehículo de expresión individual y no como un reflejo de una época, de una colectividad. Yo misma he tenido que convencerme de la importancia de estas fuentes de información que a pesar de carecer de elementos objetivos —tales como porcentajes, rigurosidad explicativa, cuestionamientos teóricos, etc.— exponen —no mejor o peor sino de distinta forma— los sentires, opiniones, ideales y sufrimientos de los mexicanos. Tal vez por ello es complicado, porque este intento por otorgar validez al discurso literario conlleva la autopersuasión, sin encontrar muchas veces la mejor manera para conferir certeza a esta intuición.

A) CONTEXTUALIZACIÓN DE LAS NUEVE NOVELAS

A pesar de las innumerables limitaciones personales y metodológicas —segunda dificultad—, encontramos una relación directa e interesante entre la creación literaria generacional, los contextos históricos subyacentes y el imaginario colectivo reflejado. Es decir, confrontando una periodización histórica nacional con la periodización generacional, podemos captar al imaginario colectivo a lo largo de la vida mexicana moderna, reconstruido a través de la literatura.

Explicuemos esto con mayor detenimiento: Sara Sefchovich divide la historia mexicana moderna en seis etapas básicas: *El encargo nacionalista, El sólido muro, Catástrofe y redención, El triunfo de los catrines, La invención del optimismo y La hora de la pesadumbre*. En cada una de ellas existe una condición social, económica, política, ideológica y literaria particular, donde confluyen, interaccionan y se determinan estos elementos.

Con este texto descubrimos que no sólo los novelistas escriben en relación a una generación, esto es, en relación a una determinada etapa de su creación individual y colectiva —el periodo combativo de cada generación—, sino que también tiene su obra un vínculo con los procesos históricos de la nación (que es en realidad lo que más perseguimos). Nicolás Pizarro publica precisamente durante la fase denominada 'El encargo nacionalista' (que en la historia tradicional conocemos como La Reforma y la Invasión norteamericana). Ya para el periodo designado como 'El sólido muro' (alusivo a lo que conocemos como el Porfiriato) se editan los textos de Manuel Payno, Emilio Rabasa y Heriberto Frias —siendo muy significativa la publicación literaria de estos dos últimos—. Mariano Azuela se ubica como el máximo exponente del periodo 'Catástrofe y redención' (o Revolución Mexicana), mientras que a Francisco Rojas y Mauricio Magdaleno les corresponde criticar la fase que Sefchovich ha llamado 'El triunfo de los catrines' (o el multimitificado Milagro mexicano). Para la etapa 'La invención del optimismo' (o el Desarrollo estabilizador) tenemos la novela de Carlos Fuentes, y para el periodo 'La hora de la pesadumbre' (los años setenta y ochenta) publica el para ese entonces joven José Agustín.

A fin de precisar el contexto económico, ideológico y literario de cada etapa, recurrimos al texto sociológico *México: país de ideas, país de novelas* de Sara Sefchovich, el cual presenta de manera esquemática pero muy sugestiva una interrelación entre estos "tres caminos simultáneos". Como ya habíamos mencionado, Sefchovich distingue seis momentos históricos, los cuales abarcan aproximadamente los siguientes intervalos temporales:

1. El encargo nacionalista (1810-1880).
2. El sólido muro (1880-1907).
3. La catástrofe y la redención (1907-1940).
4. El triunfo de los catrines (1940-1950).
5. La invención del optimismo (1950-1970).
6. La hora de la pesadumbre (1970-1986).

Antes de iniciar el análisis de cada novela seleccionada, resumamos el contexto económico, político, ideológico y literario donde tienen lugar.

I. El encargo nacionalista (1810-1880)

En el periodo postindependiente se manifiesta con inusitado ímpetu el interés por vincular a la economía mexicana al mundo capitalista. Alberto de la Garza señala que, sin embargo, la inestabilidad política no logró detener la inserción de nuevos grupos extranjeros que cubrieron el vacío dejado por los españoles en la actividad comercial. El área fundamental del mercado alcanzaba sólo una extensión regional o local, tratándose más bien de una economía de autoconsumo que no permitía la creación de un mercado nacional. Ante niveles "muy primitivos de acumulación" —señala Margarita Urías—, los liberales prefirieron aceptar la división internacional del trabajo que las potencias imponían¹.

En general, durante toda la primera mitad del siglo XIX se presentaron dos grandes obstáculos para la consolidación del Estado mexicano: a) el desmesurado poder tanto económico como político de la Iglesia, y b) la falta de recursos para la reproducción del Estado, ocasionada por el precario desarrollo económico².

Para que se consolidara realmente el Estado era necesario encontrar nuevas fuentes de ingresos y controlar a los jefes políticos locales a través de la centralización del gobierno³. Pero una vez concluido el periodo de la

¹ De la Garza, 1986: 32-34.

² Márquez, 1986: 55.

³ A mediados de siglo el panorama seguía siendo desolador: algunas regiones estaban casi totalmente deshabitadas, las vías de comunicación en todo el país eran deficientes, las haciendas sólo habían cambiado el

Reforma, los liberales no lograron su ideal de crear una base amplia de pequeños propietarios ni de acabar con los poderes locales⁴. Leonor Ludlow resume a la Reforma como "el punto de partida del resquebrajamiento de un prolongado período colonial que no fue cancelado por el movimiento de Independencia"⁵.

Ideológicamente la Reforma significó el "choque entre los grupos que buscaban instaurar los principios de orden u homogeneidad sobre los elementos de conflicto y dispersión propios de una realidad heterogénea y contradictoria..."⁶

Esta problemática nacional se manifestó claramente en la literatura. Así como Juárez se viste de negro y de levita, nos dice Sefchovich, la novela de la Reforma se torna seria y con un compromiso más que estético, social. Ignacio Manuel Altamirano, fiel representante de tal ideología, propone ocuparse de México en la literatura a fin de "levantar una nación". Por ello, "lo mejor de las letras se hace un encargo nacionalista y romántico, educativo e histórico: aprender la libertad, construir a la nación, conseguir la expresión nacional"⁷.

La primer novela de América, *El Periquillo Sarniento*, era de un autor liberal interesado en lo popular y, consecuentemente, a disgusto con la lengua "fina": Fernández de Lizardi⁸. Pero la obra que mejor expresa a este período es sin duda la novela de Manuel Payno, *Los bandidos de Río Frio*. Payno pertenece a la generación protagonista de este "Encargo nacionalista", a la "Minoría rectora en la Reforma".

autoconsumo por la producción para un mercado local (algunas preferían el mercado internacional); la tierra estaba concentrada en manos de pocos hacendados, quienes rentaban a rancheros. (Márquez, 1986: 68-69).

⁴ Las tierras fueron compradas por los grandes comerciantes. El sueño de solucionar el problema deficitario con la venta de propiedades eclesiásticas se desvaneció (con las guerras el precio de las tierras se había devaluado, además de que no había capital líquido para comprarlas).

⁵ Ludlow, 1986: 85.

⁶ *Idem*, 87.

⁷ Sefchovich, 1987: 2.

⁸ Gutiérrez Nájera explica que si "al poeta iturbidista le parecía un pecado, y pecado mortal, tener inspiración", el poeta juarista, por su parte, consideraba "como una defecación suya, como una traición a su partido, escribir con arreglo a la gramática" (*Cit.pox.* Martínez, 1981: 287).

II. El sólido muro

Durante esta etapa del México moderno son actores principales la 'Minoría rectora en los albores del Porfiriato' y la 'Minoría rectora en el cenit y ocaso del Porfiriato'. A la primera pertenece Nicolás Pizarro (autor de *El monedero*), y a la segunda Emilio Rabasa, quien escribió la novela *La bola*.

Según Carmen Sáez "la importancia histórica del Porfiriato reside en que logró la unidad nacional"⁹. Porfirio Díaz se ocupó de llevar a cabo la política de conciliación que intentara Benito Juárez, sólo que "en lugar de establecerla dentro de un marco legal la estableció directamente él". Pero este propósito conciliatorio promovió la dictadura, "pues sólo la permanencia de Díaz en el poder podría garantizar su continuidad"¹⁰. Si bien esto es entendible, la figura de Díaz se convirtió injustificadamente en un mito: incuestionable y glorificada¹¹.

Durante el Porfiriato —relata Paz Consuelo Márquez— se crearon incentivos para auspiciar la inversión (se disminuyeron los impuestos a las exportaciones, se fijaron subsidios y se abolieron las leyes que limitaban la inversión extranjera). "Por primera vez la economía mexicana tuvo dinamismo a nivel nacional", nos dice. Al incrementarse la línea férrea el precio de la transportación se vio reducido. Se reorganizaron las tarifas de comercio y se otorgaron exenciones de impuestos a ciertos productos. En el sector minero se emitieron nuevas leyes y se otorgaron concesiones sobre los depósitos del subsuelo. Para reducir el contrabando se impusieron penas y se fundaron consulados con una burocracia fiscal capaz de controlar las fronteras. Pero fue la abolición de la alcabala lo que más ayudó a la formación del mercado

⁹ Sáez, 1986: 168.

¹⁰ *Ídem*, 141.

¹¹ "Como parte del ritual político se estableció la idea fundamental, respetada por los mismos diarios de oposición, de que el presidente nunca se equivocaba, las injusticias se debían a que el resto de la clase política le ocultaba información. Esta perfección de la que gozaba el Ejecutivo era el reflejo natural de la enorme concentración de poder que logró". (Sáez, 1986: 153-154).

nacional. Sin embargo, al aplicar las leyes de Reforma se dio una mayor concentración de la tierra y un aumento cuantitativo de la fuerza de trabajo¹².

Por primera vez se pudieron gravar impuestos sin provocar levantamientos de la población: incluso en 1896 se tenía un superávit de 6 millones de pesos. A pesar de todo, en 1908 se inicia "la procesión de los *peros*". La dictadura empezó a pesar negativamente, la economía sufrió una profunda crisis y las clases pobres y medias manifestaron su descontento a pesar de la intensa represión porfirista.

Ideológicamente, durante el Porfiriato la desigualdad social y económica encontró en algunos intelectuales su justificación: "la sociedad se divide en superiores e inferiores —escribió Macedo¹³. Para Porfirio Parra "Los hombres son semejantes, no iguales"¹⁴. Se pensaba, al igual que nuestros actuales tecnócratas, que los beneficios del progreso terminarían derramándose también sobre los pobres si éstos cooperaban y se mantenían en paz.

A diferencia de la poesía —que es afrancesada y preocupada en sí misma, indica Sefchovich— la novela "se mantiene como conciencia crítica, si bien paternalista, que acusa de todos los males al carácter del pobre más que al carácter del sistema". Ahora bien, los dos procesos de acumulación simultáneos (la acumulación originaria y la reproducción ampliada) dieron como resultado, según Sefchovich, una sociedad donde cabían autores como López Portillo y Emilio Rabasa, así como los modernistas: cabían los oligarcas y los burgueses, las ideas liberales y los afanes vanguardistas¹⁵. Los dos caminos que tomó la literatura expresaron la nueva sensibilidad y las nuevas ideas: el modernismo (sobre todo en poesía) y el realismo (en la novela). "Nunca fue tan apegada una cultura a su base económica y política,

¹² Mientras el 1% de las familias rurales poseía el 85% de la tierra, el 90% de las comunidades indígenas carecía de propiedad comunal (Márquez, 1936: 882).

¹³ Macedo, *cit. pro.* Sefchovich, 1987: 50.

¹⁴ Porfirio Parra, *cit. pro.* Sefchovich, 1987: 50.

¹⁵ Sefchovich, 1987: 66-67.

tan acrítica a un modo de vida, tan crítica sólo a lo más superficial como en la etapa de Díaz"¹⁶.

III. La catástrofe y la redención.

Durante el periodo denominado 'La catástrofe y la redención', figuran como protagonistas dos generaciones impresionantes: la 'Minoría rectora de la Revolución Mexicana' (a la cual pertenece el novelista Heriberto Frías), y la 'Minoría rectora de la etapa 1920-1934' o 'Generación de los Revolucionarios de antes' (de la que es partícipe Mariano Azuela). De esta etapa que a continuación resumiremos, tenemos a las novelas *Tomochic* y *Los de Abajo* como obras indispensables a fin de conocer qué es lo que estaba pasando en la sociedad mexicana. La primera nos permite entender por qué se inicia la Revolución Mexicana, mientras que la segunda narra el proceso revolucionario.

La Revolución Mexicana, según Eduardo Blanquel, nace como una protesta de tono eminentemente político frente al régimen porfiriano. A los ochenta años Porfirio Díaz se reeligió, a casi treinta años de poder "siempre en aumento", sin renovar ni hombres ni métodos. Ello condujo a la gran paradoja de una fuerza incontestable y una debilidad inminente¹⁷.

El 1908 ante el periodista norteamericano Creelman, Díaz aseguró que el pueblo mexicano estaba apto para la democracia, lo cual acarreó expectativas políticas entre las distintas fracciones. Mientras la oligarquía 'científica' se postulaba como heredera del poder, un grupo liberal ortodoxo mantenía la creencia de que el pueblo mexicano tenía una capacidad innata para la vida democrática, por lo que el mexicano al ejercer su libertad electoral, "llevaría el poder a quien debiera y mereciera gobernarlo". El máximo representante de esta línea de pensamiento era Francisco I. Madero, quien con *La Sucesión Presidencial* se hizo de muchos adeptos. Decía que si los hombres eran perecederos, las instituciones eran inmortales. Sin embargo,

¹⁶ *Idem*, 71.

¹⁷ Blanquel, 1983: 135.

Madero sólo sugirió que se eligiera al vicepresidente. Como Díaz no respondiera a su invitación, Madero organizó el partido Antirreeleccionista y después inició su campaña electoral. Díaz lo mandó encarcelar y Madero lanzó el *Plan de San Luis*, donde hizo un llamado a las armas para el 20 de noviembre bajo el lema "Sufragio Efectivo. No Reelección". Se le adherieron Pascual Orozco y Francisco Villa; Emiliano Zapata se levantó en el sur y aún en la misma capital se suscitaron motines contra Díaz. Éste renuncia y abandona el país¹⁸.

Tras los Tratados de Ciudad Juárez, firmados en mayo de 1911, Madero asume el poder "con un partido seriamente desavenido". Si de por sí la lucha armada no había transformado la organización social y económica porfirista, Madero por su parte retrasó la satisfacción de las demandas populares, pues estaba convencido de que los problemas nacionales debían encontrar solución en la ley. Pero incluso su preocupación democrática le impidió constituir un gobierno unilateral y monolítico. Ante tal zozobro, la élite económica se alió a los revolucionarios vencidos, quienes con el apoyo norteamericano asesinaron a Madero. Con este acto Victoriano Huerta se ganó la antipatía popular, y habría de padecer la norteamericana al intentar dar respuesta a los problemas nacionales¹⁹.

Los revolucionarios instintivamente se reagruparon en torno a la figura de Venustiano Carranza y agotaron la resistencia de Huerta. Por su parte, Carranza utilizó su "agudo instinto político" disolviendo la estructura militar porfirista e intentando resolver de manera inmediata los problemas sociales y económicos. Políticamente propugnó por la unidad revolucionaria para resistir a las presiones extranjeras y para conseguir la soberanía nacional, pero en realidad le preocupaba controlar a los nuevos caudillos "conscientes de su fuerza popular y armada"²⁰.

¹⁸ *Idem*, 135-139.

¹⁹ *Idem*, 140-141.

²⁰ *Idem*, 141-142.

México mostró necesidades distintas e incluso encontradas en las convenciones de la ciudad de México y de Aguascalientes. Ante los enfrentamientos ideológicos y militares, Carranza optó por un gobierno más enérgico y una cruda política que resolviera a corto plazo los problemas sociales más agudos. Sólo así venció a sus enemigos. Pero las pugnas persistían: Villa era enemigo de Obregón, y Zapata lo era de Carranza. De cualquier manera, el constitucionalismo triunfó, convirtiéndose el Estado en el promotor fundamental del mejoramiento social. Como primer presidente bajo el régimen constitucional, Carranza se inclinó por un candidato civil, lo cual no agradó a los revolucionarios, y el carrancismo fue eliminado. Así se inició la segunda etapa de la Revolución Mexicana²¹.

Tras un breve interinato civil, Álvaro Obregón ocupa la presidencia de la República. Eduardo Blanquel indica que "su éxito personal era de alguna manera el de su propia facción revolucionaria", el de la clase media que formalmente se autonabraba como representante de todos los sectores de la nación. Para concederse otras fuentes de poder, esta élite se preocupó por una reconstrucción nacional: atacó el latifundismo para crear la pequeña propiedad —el criterio oficial consideraba que esta era la forma óptima de explotación de la tierra—, y promovió en menor grado la restitución y la dotación ejidales²². Por otra parte, el movimiento obrero ante su debilidad histórica buscó la protección de sus intereses en el Estado mexicano²³.

En 1924, bajo una nueva estructura política, Calles asume el poder. Con amplios poderes, Calles se encarga de solidificar tal estructura y otorgar una paz interna capaz de no sucumbir ni ante la guerra cristera. A partir de entonces, nos dice Blanquel, el rostro moderno de México empieza a perfilarse.

²¹ *Ídem*, 142-144.

²² Si el reparto agrario no satisfizo las necesidades apremiantes de los campesinos, en cambio "si logró despertar en ellos una actitud esperanzada" que al utilizarse políticamente permitió una alianza entre el Estado naciente y los grupos campesinos. (Blanquel, 1983: 146)

²³ De esta forma, "las organizaciones populares nacientes habrían de sufrir, al sumarse [al Estado], todas las fluctuaciones ideológicas de los gobiernos nacidos de la revolución". (*Ídem*, 147).

La élite en el poder mantiene una continuidad que a su vez le permite crear nuevas formas de dominio social. Con la transformación de la economía agraria, mayores servicios públicos y una atención a la salud y educación, no sólo gana adeptos sino se genera una clase burócrata.

Después de 1929 la economía entró en crisis y a pesar de los actos de gobierno para el mejoramiento popular se vivieron tensiones sociales. Por ello Abelardo Rodríguez creó el "Plan Sexenal", que bajo la promoción paternalista del Estado buscaba solucionar los problemas inmediatos con un radicalismo inusitado. Con esta plataforma ideológica y con el apoyo del partido, Lázaro Cárdenas encuentra el apoyo de las masas y gana las elecciones. Al principio de su periodo la agitación social le exigió la aplicación de medidas extremas. Tras llevarlas a cabo, pudo reorganizar y dirigir a las fuerzas populares bajo nuevas instancias y parámetros políticos. Cárdenas primero enfrentó una crisis de gabinete, luego pudo superarla y desterró a Calles; posteriormente neutralizó a las antiguas agrupaciones obreras y campesinas creando otras paralelas para después reorganizar el partido oficial. Finalmente, con un ímpetu nacionalista defensivo, Cárdenas expropia tierras, otorga mejoras a obreros, rescata los ferrocarriles y el petróleo, y confirma la soberanía nacional. Pero su intención de desarrollar una economía capitalista a la par de una liberación de las injusticias sociales le acarrea un revanchismo por quienes fueron afectados, obligándole a atemperar su política social, de tal forma que el candidato a la presidencia será un moderado: Ávila Camacho²⁴.

En el aspecto económico, Cosío Villegas indica que de 1910 a 1935 se le conoce como el periodo "sin crecimiento económico sostenido", que a su vez se subdivide así: de 1910 a 1915 se registra una caída vertiginosa de la economía nacional, y de 1916 a 1935 empieza la recuperación difícil. Por ejemplo, el valor de la producción minera recuperó su nivel de 1910 hasta 1923. El de la agricultura y el de la ganadería bajaron un 50%, y sólo la

²⁴ *Ídem*, 150-152.

producción petrolera creció. Para colmo, en el periodo 1929-1933 la depresión norteamericana ocasionó que la venta de nuestros productos se redujera dos terceras partes, y de manera similar disminuyeron las importaciones. Los ingresos del gobierno federal bajaron una cuarta parte, reduciéndose el gasto público²⁵.

Respecto a la ideología, la generación de 1910 refutó públicamente la dictadura, el darwinismo social —opuesto al libre albedrío, la fuerza del sentimiento, la responsabilidad humana—, el fetichismo de la ciencia —proponiendo la investigación de los primeros principios—, la conformidad burguesa de la supervivencia de los más aptos (el reduccionismo de ricos y miserables, cultos e incultos, soberbios y rebeldes)²⁶.

De la "Catástrofe y redención", Sefchovich señala que al principio de la Revolución muchos escritores se unieron a la causa "pero les asustaron las masas levantadas, la violencia, el desorden", pues si bien estaban a favor de los cambios, no les agradó 'el modo'. Sus novelas "muestran esa contradicción: el deseo y el temor". Pero es hasta los treinta cuando la novela experimenta la infinidad de posibilidades que abrió la Revolución: "los proyectos proletarios y los de los nuevos gobiernos, los de quienes veían hacer a una nueva burguesía y los de quienes se desilusionaban de los resultados del movimiento, los que se alegraban por la entrada del siglo XX y los que se entristecían porque el seco y pobre campo mexicano seguía igual"²⁷. A esta época la define Sefchovich de *ebullición*.

IV. El triunfo de los catrines

De la 'Generación del 15', generación con el papel principal para el periodo 'El triunfo de los catrines', hemos retomado la novela *La negra Angustias* del escritor Francisco Rojas González. Este literato y su generación enfrentan la responsabilidad de consolidar y modernizar al país. Viven la

²⁵ Cosío, 1983: 160.

²⁶ Lombardo Toledano, *cit. pos.* Sefchovich, 1987: 80-81.

²⁷ Sefchovich, 1987: 2-3.

etapa que Cosío Villegas ha llamado de 'Estabilidad Política y de Avance Económico'²⁸. Pero para Sefchovich no es más que 'el triunfo de los catrines', un período 'de transición' y 'de mano dura' (diría José Agustín Ramírez) que consigue la industrialización a costa del trabajo de los más desposeídos y la represión.

La sucesión presidencial constituye el ejemplo más característico de lo que a continuación se vivirá. Cárdenas, habiéndose ganado la animadversión de los sectores conservadores (los más poderosos y ricos), se inclina por la candidatura de Ávila Camacho. Por su lado, Juan Andrew Almazán, un 'moderado' ex-huertista, aprovecha los ánimos conservadores y se postula a la presidencia. Disidente del partido oficial, conforma el Partido Revolucionario de Unificación Nacional (PRUN) y gana tantos adeptos que el gobierno y el PRM deciden iniciar una guerra sucia: en varias ciudades las autoridades locales reprimen a la oposición llegando incluso al homicidio. Almazán sabe que se llevaría a cabo un fraude electoral, por lo que invita a sus electores a apoyar la defensa del voto, una huelga general y su presidencia de la república²⁹.

El ambiente político se enciende y para el 7 de julio la expectativa es enorme, pues Lázaro Cárdenas había prometido "que las elecciones serían limpiísimas y que habría un respeto absoluto por el voto popular"³⁰. Pero esto no sucede. Tanto el PRM como el PRUN formaron brigadas de choque. En las casillas se cometen fraudes, y en las calles se atemoriza y reprime a los manifestantes. Ante los disturbios, sin embargo, "Cárdenas se hizo el sordo"³¹.

Al final de la elección se reportaron 30 muertos y 157 heridos. Ante los disturbios, choques e ilegalidades Almazán alegó abierta ilegalidad y voló a Cuba en busca de apoyo del secretario de Estado norteamericano. Sin embargo, éste le niega la ayuda y el congreso electoral califica las elecciones

²⁸ Cosío, 1983: 157.

²⁹ J. A. Ramírez, 1983: 9-11.

³⁰ *Ídem*, 11.

³¹ *Ídem*, 12.

y otorga la presidencia a Ávila Camacho. Mientras a éste le asignaron dos millones y medio de votos, a Almazán le reconocen quince mil. En septiembre se constituyeron dos congresos, el oficial y el almazanista. El segundo declara presidente a Andrew Almazán, pero éste renuncia "como único medio de conseguir la tranquilidad a que tienen derecho mis partidarios". Así, Ávila Camacho elimina cualquier impedimento y asume el poder³².

En el gobierno de Ávila Camacho, teniendo como telón de fondo a la S.G.M., se fortalece el desarrollo económico nacional. La nueva política —de 'unidad nacional'— resultó un quietismo social favorable "al renacimiento de los factores de poder deteriorados". La reforma agraria y los movimientos obreros languidecieron. El capital extranjero se alió al nacional y renovó su poder³³. Ya con Miguel Alemán, a partir de 1946, se patentizó una nueva ideología: para repartir riqueza ésta primero se debería generar. "Un viejo y legítimo anhelo de ser plenamente moderno pareció empezar a cumplirse", pues a México se le consideró dentro de los países en franco desarrollo. Sin embargo, sostener o aumentar tal ritmo de crecimiento en un país dependiente exigía que alguien pagara el costo del progreso. El problema consistió en que fueran los campesinos y los obreros quienes llevaron las de perder —por ello se frenó la reforma agraria y se reprimieron los movimientos obreros—. Blanquel considera que el Estado mexicano perdió su capacidad de dirección al quedar prisionero de los grandes intereses económicos³⁴.

En el ámbito intelectual, el pensamiento de Samuel Ramos inició una vigorosa conciencia nacional y moral que tuvo 'un sentido en lo espiritual semejante al que en lo económico inspiró la expropiación realizada por Lázaro Cárdenas'³⁵. De ahí que Villegas le haya llamado «nacionalismo filosófico», abarcando desde Ramos en los años treinta hasta Uranga en los cincuenta³⁶.

³² *Idem*, 12-16.

³³ Blanquel, 1983: 153.

³⁴ *Idem*, 153-154.

³⁵ Emilio Uranga, *cit. por* Sefshovich, 1987: 110.

³⁶ En su obra *Análisis del ser del mexicano*, Uranga "sostenía que la nota ontológica necesaria del mexicano era la accidentalidad", y que el horizonte de posibilidades de la vida mexicana se definía por esta nota: 'todo en lo mexicano es contingente, es circunstancial, arbitrario y al revés, nada es sustancial y permanente. Todo

nacionalismo que también se expresó en la novela de la Revolución, el muralismo y la música. Las preguntas consistían en: "qué fue la Revolución, cuál es el sistema a seguir, cuál el papel de los intelectuales, y todavía más atrás, por qué esas preguntas son y pueden ser las del momento"³⁷. Si en la filosofía se atribuyó 'el ser mexicano' a características psicológicas resultado de una opresión y explotación histórica, la literatura también se refirió a ello, importando no sólo retratar sino interpretar a México, como entidad, como colectividad.

Para Sefchovich, los años cuarenta en la literatura empiezan en 1941 con *Nueva Burguesía* y terminan en 1947 con *Al filo del agua*, que inicia la modernización de las letras en México y clausura la novela de la Revolución³⁸. Concluyendo, en 'el triunfo de los catrines', las novelas se tornaron críticas, intentando marcar "una herida en la profunda cara del Estado del milagro", oponiéndose en voz al discurso oficial. Revueltas se coloca al frente de esta discusión literatura/poder³⁹.

V. La invención del optimismo

No hay mejor caracterización de este periodo que la frase de Luis Spota: "la Revolución se bajó del caballo y se subió al cádillac"⁴⁰. Durante esta etapa, participan como minorías dominantes la 'Generación del 29' y la 'Generación de Medio Siglo'. Por ello, las novelas seleccionadas para la reconstrucción del imaginario colectivo son: *Cabello de clote*, de Mauricio Magdaleno, perteneciente a la primera generación, y *Las buenas conciencias*, de Carlos Fuentes, principal novelista de la segunda generación.

El gobierno ruizcortinista —indican Olga Pellicer y Esteban L. Mancilla— carecía de un plan de desarrollo estratégico que formulara una política económica a largo plazo, por lo que la intervención del gobierno en la

ello se manifiesta en actitudes como la improvisación, el relajo y hasta en la exaltación y burla de la muerte."

(*Ídem*, 113).

³⁷ Sefchovich, 1987: 116.

³⁸ *Ídem*, 122.

³⁹ *Ídem*, 6.

⁴⁰ Luis Spota, *cu pos*: Sefchovich, 1987: 141.

economía fue más bien pragmática, limitándose a mantener un buen ritmo de crecimiento, alentar a la industria y evitar conflictos sociales. Sin preocuparse por elevar el nivel de vida de los campesinos o incrementar el poder del estado frente a la iniciativa privada nacional y extranjera, el estado en cambio se dedicó a promover las exportaciones y la producción agrícola⁴¹. Por otra parte, las disposiciones fiscales se encaminaron a promover la inversión privada, por lo que se ampliaron las exenciones fiscales y se rechazaron medidas que, como el impuesto complementario a las clases altas, atentaba contra el 'clima de confianza'⁴². Pero estos instrumentos fiscales no se acompañaron de una orientación a la inversión privada según criterios como "el grado de eficiencia, el equilibrio regional, la 'mexicanización', y menos aún el interés social"⁴³. Aunque sí mejoró el poder adquisitivo de los trabajadores, tales niveles de crecimiento no se pudieron mantener cuando las condiciones internacionales dejaron de ser favorables para la economía mexicana (el segundo problema fue que se recurrió al endeudamiento para solucionar los problemas de la nación)⁴⁴.

López Mateos asumió el poder en 1958 y prosiguió con las mismas directrices económicas: continuar el desarrollo económico y procurar la abundancia e inversión privada a través de la estabilidad monetaria. La política económica amplió moderadamente la capacidad crediticia bancaria, promovió el desarrollo del mercado de valores y manejó la inversión pública para que impulsara los sectores más deficientes. Paralelamente, se buscó mantener la paridad de la moneda limitando las importaciones y apoyando la exportación de bienes y servicios⁴⁵. Así, cuando Díaz Ordaz asumió el poder,

⁴¹ Esta preocupación, sin embargo, no se tradujo en consumir la tan esperada reforma agraria: "el gobierno se limitó a expropiar algunos latifundios del norte del país pertenecientes a extranjeros", dejando de lado la afectación de latifundistas nacionales. Se distribuyeron en todo caso tierras de mala calidad y sólo se canalizaron créditos a agricultores "solventes". (Pellicer, 1988: 226-227).

⁴² Pellicer, 1988: 227-228.

⁴³ *Ídem*, 228.

⁴⁴ *Ídem*, 232-234.

⁴⁵ Se redujeron aranceles para ciertos productos agropecuarios, se prorrogaron los estímulos fiscales a la minería, se impulsó el turismo y se participó en la creación de un mercado latinoamericano. (Pellicer, 1988: 260-261).

encontró condiciones favorables: los problemas económicos no parecían tan apremiantes; el control obrero era férreo ("la estabilidad del régimen era una realidad indiscutible"); las diferencias con Estados Unidos eran comparativamente mínimas; la balanza de pagos presentaba problemas pero los créditos del exterior fluían; se decía que había democracia, libertad y respeto a los derechos humanos; el entendimiento entre la iniciativa privada y el gobierno era casi total, etc.⁴⁰.

Díaz Ordaz no era precisamente tolerante con las críticas a su gobierno. En 1965 reprimió violentamente una huelga de 8 mil médicos residentes. En 1966 ordenó al ejército que invadiera a la quejosa universidad nicolaíta de Morelia y en 1967 hizo lo mismo con la Universidad de Sonora. A pesar de la represión, Genaro Vázquez Rojas, Lucio Cabañas y un grupo que después promovió a la Liga Comunista 23 de Septiembre, continuaron con acciones guerrilleras⁴¹. Por otro lado, Sergio Méndez Arceo difundió la teología de la liberación y algunos sacerdotes participaron en los movimientos populares: a pesar del optimismo, las carencias de los más pobres eran inminentes.

La riqueza seguía concentrándose en pocas manos, las transnacionales dominaban sectores estratégicos de la industria, el charrismo sindical continuó (los líderes obreros dismantelaron al Bloque de Unidad Obrera y fundaron el Congreso del Trabajo), y la contracultura jipi floreció. Con el rock como vehículo de expresión, el movimiento jipi mexicano se preocupó por crear conciencia social y por identificarse con los indios⁴². Aunque las cosas aparentaban marchar sobre ruedas, en 1968 detonaron las presiones de las clases medias, produciéndose la dolorosa matanza del 2 de octubre. Mientras cientos de jóvenes, intelectuales y familias padecían la represión, el encarcelamiento o la muerte, los políticos del PRI, medios de difusión y sectores poderosos de la economía aplaudían a su presidente, "que había

⁴⁰ J. A. Ramírez, 1983: 227-228.

⁴¹ *Ibidem*, 232-234.

⁴² José Agustín J. A. Ramírez señala que "se buscaba el cambio de la sociedad a través de la expansión de la conciencia y la ampliación de la percepción; el cambio era por dentro, individual, pero también social..." (*Ibidem*, 245).

salvado a la patria". José Agustín Ramírez señala que con el movimiento estudiantil y la contracultura se manifestó un 'parteaguas' en la vida nacional, porque implicó un proceso de toma de conciencia de la problemática nacional, de aquello que Sefchovich califica como "la invención del optimismo".

En los cincuenta o 'La invención del optimismo' existe un alborozo en la literatura, pues se llega a creer que "el México nuevo efectivamente existe, y con él, la modernización y la industrialización"⁴⁹. En los años sesenta se agudiza más esta confianza, y los jóvenes "se sentirán dueños del mundo, ajenos a nada que no fueran ellos mismos". En esta época —del 'milagro', según Sefchovich— lo social "se irá alejando y en su lugar quedará la angustia existencial". La narrativa de García Ponce ejemplifica las preguntas que la novela mexicana se hará continua y recurrentemente. Así, durante los cincuenta presenciamos el 'cambio de piel' (usando la frase de Carlos Fuentes), donde lo mexicano se identifica con lo inmóvil y lo viejo, y lo norteamericano con lo dinámico y lo moderno⁵⁰. En la literatura mexicana, Rulfo rompió el realismo estático y testimonial de la novela del siglo XIX, y valorizó la ambigüedad, mitificando personajes, lenguaje y la Revolución misma⁵¹. Por su parte, Luis Spota retratada a la burguesía posrevolucionaria que pretendía la modernidad (detrás de la cual seguían presentes el robo y la corrupción)⁵².

Surge también la literatura de la onda, que al hablar sobre el mundo "no lo explican ni lo critican, lo enseñan, lo usan para divertirse". José Agustín, su máximo novelista, "convierte al lenguaje en el personaje principal de la novela, y apela más a los sentidos que a la razón"⁵³. Allí la ciudad es "objetiva y real", sin mediar la visión mesiánica de Fuentes, experimentándose ahora una 'visión pútrida'⁵⁴.

⁴⁹ Sefchovich, 1987: 3.

⁵⁰ *Ibid.*, 149-150.

⁵¹ *Ibid.*, 161.

⁵² *Ibid.*, 165.

⁵³ *Ibid.*, 170.

⁵⁴ Gómez Montero, *cit. pos.* Sefchovich, 1987: 171.

VI. La hora de la pesadumbre

Para Lorenzo Meyer, los años setenta están marcados por el movimiento estudiantil del 68. Sin ser abiertamente revolucionarios, denuncian y rechazan el autoritarismo y corporativismo del régimen, así como ponen en entredicho el éxito del modelo económico desarrollista, incapaz de crear los empleos que el crecimiento demográfico demandaba. En los subsecuentes años la crítica al gobierno mexicano fue sistemática, aunque la inconformidad se manifestó también en movimientos guerrilleros. Ante la creciente oposición, Echeverría otorga mayores recursos a las universidades, permite la formación de pequeñas organizaciones de izquierda y pone en libertad a los presos políticos del 68. Sin embargo, el golpe a Excélsior manifiesta la clásica intolerancia del sistema. López Portillo, igualmente prefirió la cooptación antes que la represión: se otorga el registro a dos partidos de izquierda y a uno de derecha, y se aumenta la presencia de representantes de los partidos minoritarios en la Cámara de Diputados⁵⁵.

En el ámbito económico, la crisis se inicia en 1973 y 1974. Las deficiencias databan desde finales de la S.G.M., pues no se logró sentar las bases de una etapa industrial más compleja (sustitución de bienes intermedios y de bienes de capital) que inhibiera la dependencia de las exportaciones agropecuarias y mineras. Sin embargo, la planta industrial era insuficiente, ineficiente y no competitiva en el mercado mundial⁵⁶. La inflación se presentó en 1973 y para 1974 nos niveles eran insospechados. El déficit en la balanza de pagos pasó de \$91 millones de dólares en 1971 a 3,722 millones en 1975, además de que la desconfianza originó una fuerte fuga de divisas. El gobierno recurrió a empréstitos norteamericanos y europeos (la deuda pasó de 4,219 millones de dólares en 1971, a 11,612 millones en 1975), y a la devaluación del peso (de 12.50 pesos por dólar a 20 pesos y posteriormente a 22 pesos)⁵⁷.

⁵⁵ Meyer, 1983: 167-170.

⁵⁶ *Ibid.*, 170-171.

⁵⁷ *Ibid.*, 171-172.

El milagro mexicano se ponía en entredicho. La desconfianza política y económica se generalizó peligrosamente, pero el descubrimiento de nuevos pozos petroleros en 1977 alimentó la esperanza de la recuperación. Aunque se planteó la necesidad de no petrolizar a la economía mexicana⁵⁸, esto sucedió para 1980. Riding observa que "en esencia, la economía creció demasiado aprisa y el gobierno gastó demasiado"⁵⁹, recurriéndose nuevamente al endeudamiento externo y a la inflación.

López Portillo no devaluó la moneda cuando aun podía restablecerse la economía mexicana, pero no lo hizo porque no quería empañar su imagen política. La fuga de divisas se acrecentó y en 1972 tuvo que devaluar el peso: de 26 a 45 por dólar. Una vez concluidas las elecciones presidenciales, López Portillo ordenó el aumento de precios con objeto de reducir el déficit del sector público, pero la zozobra aumentó y las presiones económicas lo obligaron a cerrar los mercados de cambio. Washington tuvo que apoyar a México en vista de que le debíamos el 48% del capital de los 13 bancos norteamericanos más importantes, y López Portillo empezó a estudiar la forma de "salvar" su estrategia económica. Por ello nacionalizó la banca privada⁶⁰.

A Miguel de la Madrid se le heredó una economía en bancarota, un país claramente irritado y una clase bancaria y empresarial furibunda. De la Madrid procuró reducir el gasto público y deflacionar la economía sin provocar un descontento político general, pero mientras existía una recuperación macroeconómica ésta no se manifestaba en los bolsillos de los mexicanos. Se atraieron inversionistas extranjeros por medio de concesiones⁶¹ (se ignoraron las protestas de la izquierda), y se continuó restringiendo a las

⁵⁸ Se pretendía promover la creación de empleos, la eficiencia industrial, la autosuficiencia alimentaria, la ampliación de la red de comunicaciones y el mejoramiento de los sistemas educativo y de protección social. (Meyer, 1983: 172).

⁵⁹ Riding, 1988: 180.

⁶⁰ *Ibid.*, 181-184.

⁶¹ Se prometió "condonar la "regla de minoría" del 49% en 34 sectores prioritarios de la economía, incluyendo los de maquinaria industrial, telecomunicaciones y computadoras, productos químicos, equipo de tecnología avanzada y hotelería". (Riding, 1988: 188)

importaciones, pero la solución a corto plazo no logró beneficios a largo plazo.

Después de 1968 los intelectuales mexicanos vuelven los ojos a México, preocupados "por conocer su historia y su realidad presente, su economía y su relación con el imperialismo, las relaciones sociales y la cultura"⁶². De este periodo hemos seleccionado la obra *Se está haciendo tarde (final en laguna)* de José Agustín, quien pertenece a la generación del 68 y enfrenta al igual que todos los mexicanos 'la hora de la pesadumbre'. Si en los setenta "conforme el país se abre más al mundo, la literatura se va cerrando", adentrándose en la metaficción, caracterizada por tendencias 'formalistas', es los ochenta cuando llega la crisis y con ella "una vuelta al realismo motivada por el fin abrupto de los sueños de grandeza". Así, otra vez, "nos sabemos pobres además de colonizados"⁶³.

Si las novelas de Salvador Elizondo en los años setenta —asevera Sefchovich— buscaban decir algo desde el hermetismo, en los ochenta se buscaba el silencio y la preocupación por la nada, probablemente como una forma de oponerse a la "obsesiva información, a la obsesiva y exagerada comunicación". Pero al mismo tiempo se buscaba un acercamiento a los lectores, sin compromisos lingüísticos que marcaran una distancia lector-escritor. "Después del 68 la novela vuelve a la solemnidad y hasta la tristeza que eran características de la literatura mexicana antes del periodo del milagro y la confianza. También después de este año, la novela vuelve a buscar la totalidad, lo trascendente, la preocupación social..."⁶⁴

Ya a mediados de los ochenta, cuando la crisis era más intensa, la novela se hace entretenida, se vuelve escape, diversión y facilidad. "Un poco de sexo, otro de amor, algo de historia y algo de chisme político son la fórmula para elaborar estas obras visuales, sin profundidad textual, de una

⁶² Sefchovich, 1987: 194.

⁶³ *Idem.*, 3.

⁶⁴ Sefchovich, 1987: 220.

sola lectura, sin recursos técnicos, similar al país que las vio nacer y al que relata...⁶⁵. Esta es, para Sefchovich, la novela mexicana de fin de siglo.

B) EL IMAGINARIO COLECTIVO

Tras una larguísima justificación metodológica que resulta incluso repetitiva, ahora sí nos disponemos a reconstruir la cultura política mexicana desde la literatura mexicana.

A partir de este momento, a través de un análisis hermenéutico de las novelas, seleccionaremos aquellos momentos que ilustren la vida cotidiana — y por tanto, el imaginario— de los mexicanos. Ahora bien, esta delimitación-elección presupone la preferencia por aquellos fragmentos que muestren la manera en cómo la colectividad imagina al poder. De esta forma, el *qué piensan los mexicanos del poder político y su ejercicio* cobra un sentido, un valor 'invaluable', un carácter sociológico para reconstruir el imaginario colectivo.

Ahora bien, para lograr tales objetivos reconstructivos seguimos la siguiente metodología:

- 1.-Una vez que determinamos qué entendemos por cultura política, planteamos una serie de preguntas específicas que se aplicarían a lo largo del análisis discursivo novelístico: ¿existe una imagen colectiva en torno al poder político? Si encontráramos pistas de ello, planteamos las siguientes inquietudes: ¿cómo se imagina la colectividad al poder político?, ¿bajo qué valoraciones se reconstruye esta imagen del poder político?, ¿qué implicaciones simbólicas existen en estas valoraciones?, ¿qué traducción en la vida cotidiana tienen estas valoraciones?
- 2.-Para obtener una serie de respuestas un tanto más precisas, correlacionamos el contexto histórico-social mexicano con las inferencias

⁶⁵ *Ibidem*, 227.

obtenidas, por lo cual "la traducción en la vida cotidiana de tales imágenes" quedó constreñida a una exposición interrelacionada con los problemas histórico-sociales del momento en cuestión.

- 3.- Paralelamente realizamos una lectura general de los nueve textos sugeridos, con lo cual advertimos ciertos puntos nodales que encontramos en forma recurrente, y sobre los cuales centramos nuestra atención y las preguntas concretas. Tales temáticas fueron: el problema de la corrupción, las formas de ascenso político, la moralidad de los políticos, el ejercicio de las fuerzas armadas, el centralismo del poder político, el autoritarismo del poder político, los lazos del poder político con otros poderes, el poder de los gobiernos extranjeros, la condición de los indígenas frente al poder político, la interrelación entre poder y racismo, y la complicidad no reconocida entre poder político y sociedad.
- 4.- Ya que hubimos determinado los tópicos y las preguntas sobre tales puntos, efectuamos una segunda lectura de las novelas, la cual nos sirvió para localizar y clasificar las frases que nos permitieron reconstruir el imaginario colectivo respecto al poder político mexicano.
- 5.- El momento más difícil fue interrelacionar tales frases con los problemas histórico-sociales concretos de cada etapa histórica, para finalmente otorgar una visión reconstructiva del imaginario colectivo particular.

Dado que nos preocupó que el lector de esta investigación tuviera en lo mayormente posible una lectura fluida y amena del análisis de las novelas, la presentación de nuestros resultados fue la siguiente:

- a) Una exposición general que explicara: quién es el autor, cuándo escribió la novela y una referencia contextual mínima al texto literario.
- b) Una enumeración de los puntos temáticos que se analizarían sobre la novela.
- c) Una introducción al tema que desarrolló el novelista.
- d) Una reconstrucción del imaginario colectivo.

En general apoyamos nuestras interpretaciones del imaginario colectivo con una serie de citas textuales básicas, dejando en el pie de página aquellos fragmentos que reforzaban tales reconstrucciones. Ahora bien, la exposición de nuestros resultados procuró ser precisa y estar acotada a los intereses de esta investigación, lo cual exige del lector una lectura mínima de las novelas en cuestión.

En los siguientes nueve apartados comentaremos la reconstrucción que se logra a partir de las imágenes que la literatura mexicana nos proporciona. Una vez terminado el análisis, en el siguiente capítulo evaluaremos la reconstrucción obtenida y daremos las conclusiones generales.

I.- Los bandidos de Río Frío

La fuerte sacudida que le dio el maestro tan luego como pisó la casa, lo llenó de terror, de cólera, que su impotencia de muchacho y esa sumisión tradicional de que hemos hablado le hizo sufrir y callar.

Manuel Payno

Manuel Payno (1810-1894) escribió *Los bandidos de Río Frío* durante su segunda estancia en Europa, principalmente en España, de mediados de 1888 a julio de 1891. Escogió como tema central la historia del coronel Juan Yáñez y sus cómplices, y el sonado y largo proceso que se siguió contra ellos. Este personaje —el 'Relumbrón' de la novela—, fue condenado en 1839 a pena de muerte por sus fechorías¹.

En esta novela, "después de una larga descripción del ambiente y escenario, y de los antecedentes de los personajes, Payno combina y agrupa alrededor del asunto principal una colección de personajes que había conocido y una serie de incidentes y sucesos de que había tenido noticia o en los que había intervenido personalmente. Es tan rico y variado el cuadro que bien puede decirse que la novela es la pintura de toda una época"², época a la que se le ha denominado como "El encargo nacionalista".

Payno presenta "la vida de aquel tiempo en todos sus aspectos: los miserables y los ricos, las hechiceras y los jueces, los militares y los políticos, los periodistas y los abogados, los petimetres y los sacerdotes...". El autor considera a su novela "naturalista, humorística, de costumbres, de crímenes y de horrores"³ —subtítulo que llevaba por cierto en la primera edición—. Para Castro Leal, si bien Payno crea un ambiente novelesco, "a veces falsea la realidad hasta la caricatura y el melodrama", aunque él mismo señala que "este afán de divertir e interesar al lector tiene cierta

¹ Castro Leal, prólogo en Payno, 1888-91/1982: IX-X.

² *Idem*, X.

³ *Idem*, XI.

esencia estética, porque desvía al autor del propósito moralizador en que solían caer las novelas de costumbres"⁴.

En el prólogo elaborado por Manuel Payno, constatamos que la intención de esta novela es "dar un especie de paseo por en medio de una sociedad que ha desaparecido en parte". Más adelante encontramos que el objetivo de 'este ensayo de novela naturalista' es dar a conocer "cómo, sin apereibirse de ello, dominan años y años a una sociedad costumbres y prácticas nocivas, y con cuanto trabajo se va saliendo de esa especie de barbarie que todos toleran y a la que se acostumbran los mismos individuos a quienes daña"⁵.

Las novelas francesas, inglesas o españolas —indica Payno— "tienen un valor literario que estoy muy lejos de pretender; escribo escenas de la vida real y positiva de mi país, cuadros menos bien o mal trazados de costumbres que van desapareciendo, de retratos de personas que ya murieron, de edificios que han sido derrumbados; son una especie de bosquejos de lo que ha pasado, que se ligan más o menos con lo que pasa al presente"⁶.

*

Los puntos sobre los que analizaremos el imaginario colectivo son, a saber:

- La condición de poder dictada por una estratificación de indole colonial (aristócratas/plebeyos).
- Los medios de defensa (violencia o corrupción) según el estrato social.
- La política y la impartición desigual de la justicia.
- El agradecimiento al poderoso como una forma de patrimonialismo.
- El costo social de enfrentar los excesos de poder.
- Bedolla o los senderos del poder: el arribismo político de los mestizos.

⁴ *Idem.*

⁵ Payno, 1888-91/1982: XV.

⁶ *Idem.*, 80.

- Las virtudes políticas: autoritarismos, protagonismo, corrupción, oportunismo, lambisconería, ambición desmedida, etc.
- La envidia-respeto-temor del pueblo hacia el poder económico y político de la élite.
- La identificación para el imaginario colectivo entre "el licenciado" y "el político".
- La aparición en el escenario político de los mestizos como actores principales, que median entre el aristócrata (marcado por el fin de la Colonia) y el indio (que continúa, a pesar de la Independencia, en el último peldaño de la estructura social).
- El papel del ejército (o los ejércitos) en la estructura del poder político.
- La imagen del indio como un reflejo de la sumisión y el patrimonialismo, del problema del caciquismo, la miseria, etc.
- El pobre: conformismo y resignación ante la avalancha de problemáticas sociales.

*

En *Los bandidos de Río Frio* se manifiestan las relaciones conflictivas entre los distintos estratos y estamentos de la sociedad, que como herencia novohispana se incrustan y reproducen en un contexto histórico exigente de nuevas formas de interacción, pero no libres del ejercicio autoritario y corrupto del poder. A lo largo del texto se introducen los actores colectivos más relevantes: la aristocracia colonial⁷, los indios, los mestizos oportunistas, el ejército, la policía, los funcionarios públicos, los rancheros y los marginados urbanos.

Sintetizando podríamos decir que esta novela se rige por la confrontación de dos elementos: los bandidos y la justicia. Al final triunfa ésta última, pero su gloria no la logra por acabar con los bandidos, sino por ganarle al batalla a la estructura de la justicia misma: es por funcionarios

⁷ "Estas costumbres de la clase rica de los tiempos coloniales se conservaron muchos años, después de los tiempos de la república..." (*idem*, 291).

públicos ineptos, corruptos y adaladores que no se conoce la verdad ni se actúa con rectitud.

Paralelamente a la historia central se desarrollan otros relatos donde podemos percibir de igual forma las dificultades presentes en los intentos por reconciliar a personas de muy diferentes estratos sociales: el ranchero Juan y la aristócrata Mariana, el licenciado Lamparilla y la placera Cecilia. En la primera historia, Juan y Mariana tienen un hijo clandestinamente, pues el padre de ella les impide unirse en matrimonio, siendo posible esto hasta que su hijo tiene aproximadamente 20 años.

Suerte muy distinta siguen los amores del joven Lamparilla con la guapa Cecilia, pues éste termina por arrepentirse de tener a una esposa con modales y lenguajes poco refinados, lo cual provocó que renunciara a un futuro supuestamente promisorio.

En cierto diálogo que mantiene Juan y Mariana es interesante encontrar la siguiente frase:

"—Todo lo he perdido también por ti, Juan; honor, títulos, riqueza..."*

donde se manifiestan los valores propios de una época y de un estrato social. Sólo para los aristócratas será importante el prestigio devenido del honor, lo cual no implica que deban comportarse rectamente con los pobres, pues les importa quedar bien exclusivamente con los que consideran de su categoría. Los maltratos y humillaciones que propinan a la gente del pueblo pueden incluso resultar propios de su condición superior:

"...porque los hijos de los pobres y los huérfanos expósitos tienen el instinto del sufrimiento desde que nacen, así como los hijos de los grandes, de los ricos y de los reyes tienen el de causar molestias a todo el mundo".²

Un suceso aparentemente sin importancia puede develarnos estas relaciones desiguales, entre quienes por herencia se situaban como los

* *Ídem*, 41.

² *Ídem*, 51. Payno escribe un poco más adelante: "...la gente llamada decente en México y los dependientes o cajeros de las tiendas se creen con derecho de tutear a los pobres" (*ídem*, 62).

poderosos, y los pobres, los de un pasado negado y un futuro incierto. Payno relata que Evaristo y Casilda salen a vender una maravillosa almohadilla hecha a mano, producto de meses de empeño y que por su costo jamás repondría las horas aplicadas por su artesano, Evaristo.

En su desesperado intento por obtener un ingreso, Evaristo insiste a un hombre rico que adquiera tal artesanía, pero el caballero responde:

—Estos vagos molestan a todo el mundo con pretexto de vender cualquier baratija; el gobernador debía recogerlos y ponerlos de soldados¹⁰.

Este desprecio del rico por Evaristo le lleva hasta el punto de ofenderlo y golpearlo, mas Evaristo se defiende y responde a la provocación del hombre de levita (don Carloto Regalado)¹¹. Llega la policía, los detiene y entrevista a los testigos, de los cuales uno exclama:

—Sí, yo lo vi —decía una cocinera...—: fue el de la levita el primero que le pegó. ¡Qué injusticia! Porque es pobre darle así de palos como si fuera un burro de los indios; no hay más que verle la cara”.

Un mercillero describió igualmente la riña entre Evaristo y el catrín:

—Estos rotos... tienen la costumbre de tratarnos como perros y con éste se la sacó, porque no se dejó, e hizo bien...”¹²

Observamos con ello dos cosas: en el imaginario colectivo expuesto en *Los bandidos de Río Frio*, los ricos se presentan como abusivos y poco respetuosos de la integridad de los pobres —a quienes llegan a tratar como animales—. Consecuentemente, para el rico no existe justificación de la miseria del pobre, pues a éste se le imagina como vago e incapaz de resolver su pobreza (pues debe ser el gobernador quien se haga cargo de su empleo y protección).

¹⁰ *Idem*, 63.

¹¹ A don Carloto Regalado se le describe como “elegante, aseado, muy altanero y despota con los pobres, y jamás hizo un servicio a nadie ni dio un medio de limosna” (*Idem*, 643).

¹² *Idem*, 64-65.

Una vez detenidos Evaristo y don Carloto, la policía (los aguilitas) intenta llevarlos a la cárcel, pero el catrín se resiste y les advierte que platicará con el juez y el gobernador, por lo que:

"El aguilita, que sabía bien que a los de frac y de levita, a no ser por asuntos políticos, nunca se les lleva a la cárcel, no insistió..."¹³

En este punto es claro que la justicia no se percibe como igualitaria, pues importa en mucho la condición social del acusado para ser aplicada: Evaristo durmió en la Diputación o Cárcel de Corte mientras don Carloto se retiró a su casa dejando solamente su nombre y dirección. Mientras uno enfrenta a la justicia, sin siquiera poderse defender, el catrín en cambio se siente con plena capacidad para *hablar* con la autoridad y salvaguardar así su integridad.

Ahora bien, los métodos que imaginan Evaristo y don Carloto para vengarse, corresponden claramente con las posibilidades reales que tienen a la mano: si Evaristo le dijo que se vengaría haciéndole beber su propia sangre, el catrín respondió que por él se secaría en la cárcel. Aquí observamos que para el pobre la violencia física es el único medio que le queda para hacerse justicia, mientras que el rico y poderoso mantiene relaciones turbias con la autoridad a fin de llevar a cabo sus intenciones. Estos elementos se manifestarán a lo largo de la novela, presentándonos cómo el imaginario colectivo sobrevive estas condiciones de desigualdad.

Siguiendo este enfrentamiento entre el poderoso y el pobre, nos encontramos que un viejecito al ser obligado a declarar, refiere imparcialmente lo ocurrido, cuidándose de falsear su dirección "para que no lo encontraran si lo citaban como testigo". Esto nos hace suponer que la imagen del ejercicio de la justicia no es precisamente la transparencia, pues atemoriza el simple hecho de decir la verdad cuando se trata de acusar a un aristócrata.

¹³ *Idem*, 65.

Sin embargo, Payno reconstruye el hecho como una excepción: la justicia gana. El gobernador, responsable en la Cárcel de Corte, reprende al catrín:

“—Es que —le interrumpió el gobernador— ustedes, porque tienen levita y frac, porque se figuran nobles del tiempo de los virreyes y tienen un carruaje que acaso lo deben a los carroceros, se figuran que pueden hacerse justicia por su mano, y esto no ha de ser mientras yo sea gobernador, señor don Carloto; a todos los he de tratar iguales, como dice la ley. Alguna vez ha de ser cierta la verdadera libertad”¹⁴.

Esto es, resulta revelador eso de *alguna vez ha de ser cierta la verdadera libertad*, pues tal resolución viene a contradecir la regla general, lo que nos hace recapacitar sobre lo que usualmente ocurre: la injusticia.

Tal hecho conlleva una consecuencia aún más interesante, pues estas palabras del gobernador valieron que Casilda, esposa de Evaristo, se arrodillara y quisiera besarle las manos. El imaginario que se conforma y reproduce en este relato nos muestra a una colectividad que comparte el símbolo del poder como un fenómeno humillante, y que sólo puede hacerse cumplir la justicia por obra y gracia del mismo poder, por lo que el papel que corresponde a la gente del pueblo es la de agradecer a sus benefactores.

Ahora bien, no siempre la justicia gana, pues el gobierno mantiene, según la novela, una distancia abismal entre él y sus gobernados:

“La comisión de las alegres comadres esperó dos horas, al cabo de las cuales el gobernador salió de su despacho seguido de su ayudante y no les hizo caso, sino que despejó con las manos el camino que le cerraban las placeras quejosas, que se habían juntado con otros muchos quejosos también, que por diversos motivos esperaban en el tránsito y escaleras ser escuchados por la primera autoridad del Distrito”¹⁵.

Ante la cerrazón del gobernador, el abogado Oñaleta recomienda a las placeras desistir. Al decirles: “—Hijas mías, les aconsejo que paguen su multa y no hablen más, porque en último caso las llevarían a la cárcel y eso es peor. Dicen que la autoridad siempre tiene la razón”, el incorruptible

¹⁴ *Idem*, 67.

¹⁵ *Idem*, 105.

licenciado Oñaleta intenta advertirles que resulta peor oponerse a las decisiones de los poderosos. En este caso se reproducirá la imagen del gobierno como autoritario y absolutamente nada solidario con aquellas mujeres del pueblo.

Oñaleta al observarlas sufrir llega a la conclusión de que el pueblo *sigue* sufriendo la extorsión:

"¡Pobres gentes! —continuó diciendo...—; así están gobernados desde la conquista hasta hoy, nada han ganado, nunca tienen la razón, y como han tratado de no dejarse robar por el administrado, era lógico: las han castigado con una multa"¹⁶.

Con esto podemos apreciar que en la cultura política mexicana se socializará el hecho de que resulta más costoso enfrentarse al poder que aceptar sus arbitrariedades. La imagen que se tiene del poder pocas veces es de aprobación o elogio, percibiéndosele más bien como un estorbo, como un factor negativo que se entromete en la vida privada. Por ello, cuando se mandó amarrar codo con codo a toda la honorable corporación municipal de cierto pueblito, el júbilo fue natural y justificado:

"Ameca, como en sentido político se dice, quedó *acéfalo*, pero nunca estuvo más contento el vecindario ni más tranquilo el pueblo, sino cuando dejó de tener gobierno. Los vecinos viejos, ricachos, sosegados y honrados decían: —¡Bendito sea Dios, que se escondió el alcalde y se llevaron amarrados a los concejales! ¡Ojalá y no vuelvan!"¹⁷.

Con tales palabras advertimos que sólo los desasegados y los no honrados pueden dejar de celebrar la ausencia del gobierno. Pero ¿por qué tanto recelo guarda el pueblo al poder?, ¿quiénes son los poderosos?

La novela *Los bandidos de Río Frio* bien puede exponer aquello que el imaginario colectivo tiene muy presente: la política y sus políticos apestan. Esto es, los medios por los cuales se hacen de un escaño demerita la valoración del político. Payno presenta el caso del licenciado Bedolla, joven pueblerino que llega a la capital con el fin de escalar la estrecha jerarquía

¹⁶ *Idem*.

¹⁷ *Idem*, 209.

mexicana. Bedolla es sumamente astuto como para seguir el camino recto, por lo que buscará siempre la forma más fácil y pronta de conseguir sus objetivos, ya sea transando, adulando, engañando o tergiversando.

Su carrera la inicia al falsificar un título de abogado. Amparado en la corrupción, Crisanto Bedolla evitó presentar exámenes de la siguiente manera:

"...fue a un Departamento donde se hacían *abogados de oficio* por la buena voluntad del gobernador, logró un título pomposo que le autorizaba para pelar al prójimo, y regresó lleno de satisfacción a su pueblo."¹⁸

Una vez que ha creado graves problemas políticos en su comunidad, el gobernador lo saca del pueblo y procura que le den un buen puesto en la capital para que así no regrese más. Bedolla se convierte en un poderoso juez que a fin de crearse prestigio como funcionario eficiente en la solución de la inseguridad capitalina, mete a la cárcel a todo aquel que considera sospechoso de un sonado homicidio. Sin más averiguaciones, condena a dos vecinos a pena de muerte e inventa una historia pasional que involucra a hombres y mujeres inocentes. Públicamente crea expectativas, y la opinión colectiva espera ansiosa que se resuelva el crimen¹⁹.

Pero también el ambicioso Bedolla busca desenvolverse en las altas esferas del poder. Allí igualmente se vale de estrategias que parecen estar muy descalificadas por la colectividad:

"El sistema que había adoptado [Bedolla] cuando se le consultaba era envenenar mañosamente las cuestiones y embrollarlas, para después encontrarles una solución y aumentar así cada día su fama de prudente y de sabio"²⁰.

Igualmente, la falta de honradez y el autoritarismo de Bedolla se convierten en virtud política. Por ejemplo, Bedolla recomendó al ministro

¹⁸ *Ídem*, 127.

¹⁹ El abogado Oñaleta se encargará más tarde de restituir el orden y la justicia, pues descubre y demuestra la falta de honestidad del licenciado Bedolla.

²⁰ *Ídem*, 312.

desdecirse de aquellas declaraciones públicas que tanto le traerían problemas, valiéndose de un chivo expiatorio:

"...alguno ha de ser la víctima. Al redactor se le da un empleillo en una aduana marítima y quedará muy contento..."

Los métodos y actitudes de Bedolla no pasaban desapercibidos por el pueblo, pues era de dominio público el hecho de que todo

"...no era más que una maniobra para que Bedolla, que era un aspirante y un ambicioso, se acreditara como magistrado... Bedolla, por su petulancia y su orgullo, cuando se trataba de subalternos y de gente pobre, era generalmente odiado..."²¹

Bedolla representa al político oportunista que busca ascender jerárquicamente utilizando medios que, ridiculamente, le son propios al sistema político mexicano²². Payno relata las acciones de Bedolla con fin que el lector "conociera los medios sencillos con que, repentinamente, se elevan en México insignificantes personajes cuando la fortuna se pone de su lado derecho"²³.

Ahora bien, en la misma medida en que un político adquiere más poder, va aumentando el desprecio que se gana de la población: la imagen que guarda la colectividad de Bedolla es la de un juez ignorante, ambicioso, petulante y lambiscón que se conduce con ligereza y vanidad²⁴.

La prueba de todas sus fechorías es que cuando Bedolla va a parar a la cárcel:

"Repentinamente cesaron las comisiones, las subvenciones para periódicos, los gastos para las elecciones y hasta el pago de su sueldo, pues recibía de tarde en tarde prorrateos de diez a quince pesos"²⁵.

²¹ *Idem*, 340.

²² Más adelante encontramos la siguiente afirmación: "—Estos licenciados —dijo el presidente—, vestidos de negro, chiquitos, habladores e inquietos, traen a la nación revuelta y no dejan establecerse sólidamente a ningún gobierno" (*idem*, 596).

²³ *Idem*, 206.

²⁴ *Idem*, 340-345.

²⁵ *Idem*, 361.

A la conclusión que podemos llegar respecto a los altos funcionarios públicos y demás abogados, es que para el imaginario colectivo de esta novela existen dos tipos de licenciados: los cultos y honrados, como Oñaleta, que tienen cierto prestigio pero que quedan en el olvido; y los ambiciosos y corruptos, como Bedolla, que son famosos por sus abusos y demagogias, además de que se ganan la amistad de los poderosos a través de adulaciones²⁶. La situación de los segundos es de por sí conflictiva: la gente del pueblo padece sus abusos y les odia, pero envidia su poder y su dinero; esto es, los desprecia y les admira²⁷. Para este caso, Relumbrón (oficial del ejército) es un personaje prototípico que reconoce la bajeza de ciertas prácticas corruptas, pero piensa que "para ganar se necesita robar". Defendía el robo para subir de categoría, explicando cínicamente que:

"...el que no roba es porque no puede, o teme ser descubierto; pero desde que cualquiera está seguro, segurísimo de la impunidad, se apropia lo que le viene a la mano, y si no fuese así, no existiría en nuestro idioma, ni quizá en otros, los refranes tan conocidos: *La ocasión hace al ladrón; en arcu abierta, el justo peca*"²⁸.

y se justificaba alegando que no era el primero en robar a la nación: "...así son la mayor parte de los militares y empleados"²⁹.

Estos mestizos (Bedolla y Relumbrón) olvidan su origen social y tratan de convertirse en aquellos por los cuales padecen humillaciones. Don Relumbrón

"Pensaba en ese puñado de ricos que el público llamaba agiotistas, y le daba una rabiosa envidia la facilidad con que ganaban su dinero y el rango que ocupaban

²⁶ Otro caso interesante descrito en esta novela es el del encargado del mercado, apodado *San Justo* (de quien por cierto se quejaron infructuosamente las plateras con el gobernador). Este individuo un día pensó en la política, por lo que "no perdía ocasión de predicarle [al pueblo] las más exageradas y absurdas ideas de libertad, que hoy se llamaría comunismo, prometiéndoles que en cuanto él fuese nombrado regidor, se empedrarían las calles, se traerían al barrio las aguas potables de la Villa de Guadalupe y se harían otras mil mejoras por el estilo. A fuerza de tanto hablar y prometer a todo el mundo y hacer algunos préstamos... en las primeras elecciones de ayuntamiento ya *San Justo* era una entidad política" (*id. em.*, 564).

²⁷ Payno ilustra perfectamente esto en el siguiente diálogo: Desengáñese usted —dijo Relumbrón a Juan— "lo primero que se necesita es tener dinero, y cuando se *tiene*, el público se inquieta muy poco de su origen, y el rico es siempre considerado y agasajado por la mayor parte de los pobres que esperan que un día u otro les servirá de algo" (*id. em.*, 543)

²⁸ *Id. em.*, 509.

²⁹ *Id. em.*, 508.

en la sociedad, formando una autocracia desdeñosa y egoísta, incapaz de hacer un servicio a nadie, ni aun de dar medio real a un ciego o a un anciano"³⁰.

Él en cambio, era un "miserable pordiosero, degradado, teniendo que abrir las puertas de la Presidencia, que sonreír, que adular, que doblarse..."³¹

Otro sector que también mantiene una relación complicada con el pueblo es el ejército, debido a que se le reconoce estar conformado por miembros valerosos —o incluso por héroes—. Sin embargo, en la cultura política reflejada por esta novela se encuentra presente la imagen del ejército como una institución que destruye comunidades y abusa de su poder. En *Los bandidos de Río Frio* sorprendemos al ejército dirigido por Baninelli dando rienda suelta a sus fracasos militares de la siguiente forma:

"...más furiosos todavía por no haber encontrado con quién desquitarse, unos prendieron fuego a algunas chozas de palma o de pencas de maguey, mientras otros traían una vaca, amarrada por los cuernos, que se resistía a andar y la obligaban picándole con las espadas y dándole fuertes palos"³².

El ejército se apropiaba de aquello que consideraba necesario, sin importarle el daño que causara a la población. Es más, si alguien osaba quejarse o reclamar, se respondía con violencia. En la novela se relata cómo el ejército del capitán Franco asoló la hacienda de don Espiridión. Cuando la esposa del dueño dirigió "sin miedo ni miramiento las palabras más duras contra el capitán", éste se rió a carcajadas.

"...pero continuando doña Pascuala llamándole ladrón y asesino y saqueador y maldito, se formalizó y la amenazó con mandarla amarrar y taparle la boca con un pañuelo para que no siguiese hablando".

Como su hijo y dos muchachos intentaran defenderla, el capitán Franco los reclutó a la fuerza en el ejército, diciendo "ya dentro de cinco minutos no hablarán tan gordo"³³.

³⁰ *Idem*, 494.

³¹ *Idem*.

³² *Idem*, 451.

³³ *Idem*, 369.

Como el capitán Franco se lleva a los jóvenes, doña Pascuala se queda al tanto de la hacienda con las cosechas destruidas y los animales muertos. Su esposo, enfermo desde antes, fallece de la impresión y por los maltratos que recibió del ejército.

Las reflexiones anteriores nos conducen a preguntarnos: ¿los sectores pobres de la población experimentan por igual los usos y costumbres del poder?; es decir, ¿reconoce el imaginario colectivo entidad alguna sobre la que recaigan mayoritariamente los abusos del poder?

Todo apunta a que sí: sobre los indígenas se cometen con mayor intensidad los atropellos.

La imagen del indígena manejada en *Los Bandidos de Río Frio* es la del individuo perfectamente estúpido, reservado y enteramente sujeto a la voluntad de su amo (un ladino). Al indio se le identifica con la naturaleza³⁴, con la pobreza y con el padecimiento de los excesos y rapiñas caciquiles³⁵. Según el imaginario colectivo de esta novela, los indígenas expresan solamente resignación y agradecimiento a sus amos. En un pasaje de esta obra literaria se dice que los indígenas, al terminar el tiempo de los trabajos agrícolas

"Se despiden antes de salir la luz, besan la mano del administrador y, tomando un trote uniforme y acompasado, como una tropa al sonido del tambor, salen muy contentos de la hacienda prometiendo volver al año siguiente"³⁶.

Obtener la lealtad del indígena no es difícil, nos indica Payno. En cierta ocasión, Evaristo decide integrar una banda de asaltantes con la

³⁴ "La montaña mantiene al indio, le da sombra, abrigo y seguridad. El indio ama a la montaña, entra sin miedo en sus profundas soledades, y jamás se extravía" (*idem*, 251).

³⁵ Payno nos cuenta cómo el campo estaba plagado de querrelas entre campesinos indígenas y caciques. Puesto que los segundos han invadido sus tierras, los primeros poseen pequeñas porciones "donde apenas cabe su javal de palma y cuando más cuatro a seis cuartillos de maíz de siembra" (*idem*, 246).

³⁶ *Idem*, 250. A lo largo de la novela observamos que no sólo los indígenas besan la mano de su amo: también los mestizos de bajo y mediano rango debían tener tales atenciones. Por ejemplo, cierto mayordomo —al ser citado por don Diego Melchor y Baltasar de Todos los Santos, caballero Gran Cruz de la Orden de Calatrava, marqués de las Planas y conde de San Diego del Sauz—, "llegó en menos de media hora al Sauz, se hincó, besó la mano del conde y desempeñó su comisión" (*idem*, 288).

cuadrilla de indígenas que le ayudaban en la producción de carbón³⁷. Para conseguir tales fines recurre a comprar su agradecimiento:

"—Van a dejar —les dijo Evaristo— esos capotes de palma hasta que vuelvan las aguas, y para el frío les voy a dar estas frazadas, sin descontarles nada de su raya. Se las doy dadas, porque se han portado bien. Los *Joseses* se quedaron con la boca abierta, porque en más de diez años que llevaban de trabajar en las haciendas, cuando les daban manta, sombreros o frazadas, se las vendían en doble precio de lo que valían, y cada sábado les descontaban una parte de la raya hasta que se cubría la cuenta"³⁸.

Ante tales ofrecimientos —muy distintos a los tratos que por lo visto generalmente recibían—, los indígenas de esta novela se conforman:

"—Sí, pagesito —contestaron en coro los *Joseses* con la mayor humildad, inclinando la cabeza"³⁹.

Pero el conformismo no sólo se encuentra entre los indígenas, sino en la mayoría de las personas de estrato bajo: el joven Juan, habiendo padecido miserias y humillaciones coridianamente, tras examinar su corta vida, se dice a sí mismo:

"...Yo no he aspirado a nada, no he buscado nada, no he podido tener voluntad propia y desde que fui colocado de aprendiz en la casa de ese maldito tornero, he sido como arrebatado por una fuerza superior a mí. Bien, ni lucho ni lucharé más, porque sería inútil; así, soldado, arriero, *pronunciado*, mozo de una hacienda, ladrón, todo me es igual. Esta última aventura me ha dejado sin salida y no tengo ya que pensar sino en dejarme llevar por la corriente. El mundo ha sido bien triste y bien ingrato para mí, y no vale la pena que me fije en ciertos movimientos de mi alma que se pueden llamar piedad, honradez, trabajo, bondad, vergüenza, posición social, nada; todo esto no es para mí, ni hay que pensar en ello... A vivir como se pueda y a morir como Dios quiera"⁴⁰.

Juan ha llegado a la conclusión de que si los demás se han aprovechado de él, no le resta más que ser igual a ellos: egoísta, corrupto, sinvergüenza, etc. Pero no sólo dice eso, pues la resolución más grave de todo esto es la siguiente: no luchar más porque sería inútil.

³⁷ Evaristo los llama *Joseses* porque 'parecen no tener otro nombre'.

³⁸ *Idem*, 263.

³⁹ *Idem*.

⁴⁰ *Idem*, 572.

Este marcado providencialismo y resignación no es casual, pues como hemos observado a través de la lectura de la presente novela, el imaginario colectivo mexicano ve en el poder a un enemigo que busca a toda costa el enriquecimiento ilícito. Respecto al poder del gobierno, éste es particularmente corrupto y no cumple con los deberes que le corresponden.

En la procuración de justicia, ésta no se lleva a cabo a menos de que el afectado sea influyente. Por otra parte, los altos directivos dejan a los de rango medio al frente de sus responsabilidades en los cargos públicos:

"El escribano, realmente, despachaba el juzgado y hacia con los reos lo que le daba la gana, y se entendía perfectamente con los pillastres de los barrios y con las mujeres de mala vida, que le hacían regalitos"⁴¹.

Péero esto no era tan malo como cuando nadie, absolutamente nadie se responsabilizaba del deficiente funcionamiento de la justicia. Por ejemplo, cuando en el *Orel de los Tapatios* se asesinó a San Justo, la gente sabía por qué la policía ni se presentó ni jamás se enteró del misterioso homicidio:

"...el prefecto se hallaba muy divertido en la partida de don Moisés, y el terrible gobernador hacía horas que dormía en la Casa Municipal el sueño del justo"⁴².

Es más, era común escuchar: "...allí van los administradores ladrones..."

En fin, el poder para el imaginario colectivo de esta novela no es directamente positivo ni negativo: depende de cuál es su ejercicio para recibir un calificativo. Por ejemplo, "todo lo que el conde era temido pero detestado por su aspecto arrogante y despreciativo, su hija era amada y respetada...", debido a que ella padecía también todos los días el trato del conde y a que ayudaba continuamente a los pobres.

En *Los handidos de Río Frio* es muy patente la superioridad que se les atribuye a —o mejor dicho, que se autodesigna— la aristocracia colonial, aunque también se les critica el que no renuncien a jerarquizaciones que con

⁴¹ *Ídem*, 131.

⁴² *Ídem*, 563.

la Independencia debían desaparecer. Esta novela, como hemos visto, expone de manera muy atinada el ambiente que se vivió durante el periodo "El encargo nacionalista". Pero vayamos a la siguiente novela, donde empiezan a desaparecer los parámetros fundamentados en la nobleza, mas subsisten los raciales y de riqueza.

II. El monedero

Probablemente la tristeza visible de Rollán y su familia se había hecho contagiosa, o acaso la situación lamentable que entonces guardaba la República, se reflejaba en el silencio y abatimiento que mostraban los mexicanos.

Nicolás Pizarro

Nicolás Pizarro nació en la ciudad de México el 24 de septiembre de 1830 y falleció en la misma el 11 de junio de 1895. En sus manos la literatura —nos dice Armando Pereira— fue ante todo un instrumento de lucha en favor de las ideas liberales. La novela *El monedero*, inscrita en la corriente romántica, fue publicada en 1861, manifestando al igual que sus demás producciones la vocación moralista del escritor. La novela que en lo subsecuente analizaremos “es mucho más que la fría y rigurosa descripción de un modelo de sociedad feliz”, pues constituye “ante todo, un intento por totalizar, al nivel de la ficción, los problemas centrales de una época”⁴³. La presente novela nos ha permitido analizar los siguientes puntos:

- La interrelación entre poder y racismo.
- El trabajo y su relación con el poder; esto es, la compensación real del trabajo es injusta, pues para recibir más de lo que común y cotidianamente se observa, basta con lograr padrinzagos políticos.
- De cómo los políticos mexicanos consiguen altos mandos.
- La diferencia entre robar y hacer política.
- Las alcabalas, contribuciones y levas como una misma faceta del abuso de poder por parte del gobierno.
- El autoritarismo del ejército (y del poder político en general).
- La moral pública y el poder político.
- La relación de poder entre naciones: La Invasión Norteamericana.

*

⁴³ Armando Pereira, nota introductoria en Pizarro, 1861/1981: 7.

El tema principal de la novela *El monedero* son las vicisitudes que pasan los protagonistas en su intento por fundar la 'Nueva Filadelfia', una colonia autosuficiente basada en la solidaridad y la armonía⁴⁴. La incitación constante de Pizarro es a apoyar la creación de falansterios, donde ahí sí se dignifique al hombre y a su trabajo. En esta novela es quizá donde más se aborda la cuestión del trabajo, señalándose directamente cómo interpreta Pizarro y su colectividad la relación entre trabajo y desigualdad social.

Para iniciar la reconstrucción del imaginario colectivo, presentamos la siguiente situación que nos parece muy reveladora. La jovencita Rosa al ser acusada por su rico padre de proteger a uno de sus pretendientes — Fernando, un muchacho moreno y pobre—, contesta:

“...Yo no defiendo a nadie, papá. Los fuertes, los ricos, se defienden solos: a los pobres y débiles sería una locura querer librarlos de su suerte”⁴⁵.

Como podemos observar, en *El monedero* se manifiesta la problemática entre los ricos y los desposeídos. Ahora bien, resulta sintomático el hecho de que los pobres estén representados por Fernando, que al igual que la gente del pueblo, es moreno, mientras que los adinerados son como Rosita, de

“...pelo castaño claro que le caía en rizados hasta los hombros... y en la blancura de su cara resaltaban sus ojos negros, su nariz afilada y sus labios de un rojo subido...”⁴⁶

Esto es, los rasgos europeizados están identificados por el imaginario colectivo como pertenecientes a las clases altas, mientras que los indios y los mestizos vienen a ser los pobres. Comprobémoslo nuevamente: Fernando, al pensar en los desaires que le hace la bella Rosita, se dice a sí mismo:

⁴⁴ La novela toma su nombre *El monedero* del hecho de que Fernando Hénkel, el protagonista, fabricó moneda falsa a fin de solventar los gastos de la 'Nueva Filadelfia'.

⁴⁵ Pizarro, 1861-1981: 18.

⁴⁶ *Idem*, 12.

"—Yo no la culpo de que me desprecie, ¿es responsable acaso de que yo sea pobre y de que el color de mi piel revele mi origen?..."⁴⁷

Para Rosita la desigualdad social es un fenómeno de hecho, es decir, nada se puede hacer para evitarlo⁴⁸, pues supondría ello una locura. La cita que entamos inicialmente manifiesta a su vez tres aspectos: primero, que a 'los fuertes' se les identifica con los ricos, mientras que la debilidad es propia de los pobres; segundo, que 'el defenderse', es decir, la justicia, está con y pertenece a los ricos; y tercero, el pensar que a los pobres *no se les puede* librar de la pobreza, conlleva a una 'inevitabilidad' y a una falta de crítica social de las condiciones de explotación, pues allí no hay responsables y si acaso sólo víctimas.

Esto último habría que matizar, pues según el punto de vista de la joven, si bien no existen responsables directos, es la sociedad en su totalidad la que permite tales circunstancias —lo cual tampoco resuelve la problemática—. A Rosita se le atribuye cierta conciencia y resentimiento respecto a la pobreza y riqueza; hubiese abogado por el artesano Fernando si el respeto a su padre no le quitara "el gusto por desafiar la tiranía de aquella sociedad que los convertía en víctimas"⁴⁹.

El padre don Luis, vicario de Tepepan, muestra otra sensibilidad y una muy distinta concepción de la miseria. Se entristece de mirar la peste que invade a los pobres y exclama:

"...los poderosos recogen todos los frutos de la tierra y cuando se les pide en [nombre de Dios] el más pequeño auxilio para los pobres lo ahuyentan a uno como a un enemigo"⁵⁰.

⁴⁷ *Idem*, 38.

⁴⁸ Rosita es una joven rica, por lo cual se explica que al no padecer la pobreza tampoco se comprometa a evitarla. Muy diferente es la situación del padre don Luis, quien al enfrentar cotidianamente la miseria y el dolor de los desprotegidos se propone fundar un fansterio como una solución parcial pero inmediata a este problema.

⁴⁹ *Idem*, 20.

⁵⁰ *Idem*, 35.

Según esta novela, en el imaginario colectivo se maneja al rico simbólicamente (además de ser el beneficiario del trabajo del pobre), como avaro y no solidario con el pobre⁵¹. Fernando Hénkel (quien toma este apellido por adopción) llega también a insistir que del rico no se puede obtener nada bueno:

—...No hay que esperar que los ricos imiten a fray Evaristo, porque los ricos no son cristianos, ni democratas, ni nada, son solamente ricos⁵².

Todo lo anterior motiva a los protagonistas a plantear otra posibilidad societal: la Nueva Filadelfia. Don Luis planea una colonia alejada de los vicios de la sociedad, imaginándola sin capataces que espíen, regañen y mucho menos que castiguen⁵³. En este punto descubrimos que al capataz —el que está de lado del poder— se le identifica como soplón, regañón y dictador de sanciones.

Don Luis piensa también que el trabajo mecánico embrutece la inteligencia de los hombres⁵⁴, llevándolos al desaliento moral y el aniquilamiento físico⁵⁵. Si bien esta concepción pertenece al imaginario particular de don Luis, la opinión de cierto bandido representa claramente la percepción que tiene el mexicano de su trabajo. Al enterarse Pedro el Otomí del proyecto de colonia de don Luis y Fernando Hénkel, se pregunta:

—¿Dónde? ¿Dónde está ese lugar en el que el pobre ya no es humillado, en el que el trabajo es distinguido y recompensado?⁵⁶.

Para la colectividad, el trabajo de las personas no es reconocido por los otros. De igual forma, se piensa —o mejor dicho, se sabe— que a través de él no se obtendrá lo que uno se merece. Es probable que este aspecto de

⁵¹ Fernando Hénkel (quien toma este apellido por adopción) expresa al final de la novela que es de las manos de los pobres de donde salen las riquezas del mundo (*idem*, 231).

⁵² *Idem*, 230.

⁵³ *Idem*, 46.

⁵⁴ Aquí el trabajo mecánico viene a ser la contraparte del trabajo armónico, que desarrolla integralmente todas las potencialidades o capacidades del ser humano.

⁵⁵ *Idem*, 84.

⁵⁶ *Idem*, 85.

la cultura política esté modificándose, aunque actualmente sigue persistiendo una valoración negativa hacia el esfuerzo en el trabajo y su compensación.

Respecto a cómo el imaginario identifica a las retribuciones y el empeño personal, Arturo Montemar es un caso clásico: él obtiene mucho porque ha logrado relacionarse con altos funcionarios que le amparan. Contrariamente a los pobres que siguen siendo pobres, Montemar es el personaje que con 'acarameladas reverencias' visita, felicita y finalmente solicita a Santa Anna su ingreso a la milicia en condiciones de lo más favorables. Así, queda comprobado para el imaginario colectivo de esta novela que aquel que sube en poco tiempo lo debe no a su trabajo (pues fiarse en el propio desempeño traería graves consecuencias), sino a la serie de alianzas realizadas⁵⁷.

Ahora bien, lograr esto significa adular a los poderosos — señalamiento que por cierto queda bastante bien codificado en la cultura política mexicana—, lo que por un lado no es dignificante, y por el otro, hace despreciable al que lo practica. Sin embargo, es importante hacer notar lo siguiente: a través de esta revisión a la literatura mexicana sale a la luz un fenómeno interesante: mientras es innoble el que adula, el que recibe las acarameladas reverencias no es de igual forma señalado, aún cuando se deje ganar por los halagos más que por la verdad o lo justo.

Tal vez por ello robar por robar es menos reprochable que ser político para robar. Ser asaltante de caminos resulta incluso un oficio: al desintegrarse la banda del Tigre, Juan se despide del Gachupín y le explica que seguirá siendo ladrón "porque es lo que he hecho en toda mi vida y no sé hacer otra cosa". Si en los dos casos existe una pérdida de valores, mientras el que roba sabe cuál es su situación, el adulador o político sabe

⁵⁷ Pizarro muestra a este joven no sólo ambicioso, sino carente de escrúpulos: cuando Montemar averigua que la joven Rosita ha quedado huérfana y sin fortuna, abandona el propósito de desposarla y se aleja "sin remordimiento alguno".

que su actitud es negativa pero se empeña en hacer creer lo contrario. Por eso al político se le desprecia aún más.

La comunidad diseñada por don Luis pretende solucionar varias situaciones. Diez años después de la consolidación de dos falansterios, María lee la memoria anual de la Nueva Filadelfia, donde expone que:

"—...Las grandes ciudades presentan muy frecuentemente el ejemplo desmoralizador de personas que nada hacen, más que fastidiarse, diciendo que se divierte, y para quienes parecen hechos los goces más exquisitos; no la envidiamos, pues creemos que nuestra vida de inteligencia y de acción es más feliz que esa somnolencia enervadora..."⁵⁴

En la colonia, en cambio, se recupera la dignidad humana al no esclavizar al hombre noche y día. María sigue diciendo:

"—...La limosna, que es generalmente la carta con que cubre el cristiano sus riquezas, procurando, aunque en vano, engañar a la sociedad y engañarse a sí mismo, ha dejado aquí el lugar a la verdadera caridad"⁵⁵.

Allí se critican duramente los valores del capitalismo y del cristianismo, los cuales aparecen como valores falsos no tanto por la ideología que lleva de trasfondo, sino por la praxis cotidiana que construyen y fomentan los individuos. Este hecho está fuertemente marcado en la cultura política mexicana, pues desde la época colonial se tenía claro que una cosa es la ley y otra muy distinta su ejecución: *acátese pero no se cumpla*.

En *El monedero*, por otro lado, si bien resultó posible la sobrevivencia de estas colonias, María pone en claro que:

"—...Si en los diez años que han transcurrido hubiéramos contado con la protección eficaz del gobierno, se habrían multiplicado las colonias, pero lejos de esto, parece que se nos persigue con las alcabalas, contribuciones y levás, que frecuentemente nos roban un padre de familia, o un joven que pronto la habría formado, cuando los pillan fuera de la colonia"⁵⁶.

⁵⁴ *Idem*, 224.

⁵⁵ *Idem*.

⁵⁶ *Idem*, 226.

En el imaginario colectivo de esta novela, el gobierno parece que está sólo para estafar al pueblo con impuestos y para fastidiar con el ejército. Pero no sólo eso: el poder, el ejército, es autoritario. En cierto pasaje, don Luis relata a Fernando cómo inútilmente intentó persuadir al comandante Arturo María de Montemar de no intervenir en la colonia, quien llegó a la Nueva Filadelfia con la orden de reclutar para sus filas militares a los mejores hombres de aquella comunidad. Don Luis le explicó que por convenio con el Ayuntamiento de Atoyac la colonia se comprometía a contribuir con dinero para el ejército, pero no con hombres. A pesar de las razones expuestas, el oficial rodeó a la Nueva Filadelfia, y sin escuchar las voces de la comunidad, mandó saquear, quemar y disparar. En el colmo del cinismo, el comandante se justificó ante la opinión pública alegando que había emprendido el asalto de una hacienda posesionada por "el enemigo", que siendo diez veces mayor que su ejército se había atrevido a desafiar "la nunca desmentida bravura de los leales que tengo la honra de mandar"⁶¹.

Ahora bien, Pizarro no logra aclarar la cuestión de si el establecer a la Nueva Filadelfia es un acto de valentía o es un acto de debilidad (lo que sí es claro es que la vida cotidiana está llena de pesadumbres). María, la niña pueblerina que bien puede representar al imaginario colectivo, se sorprende de la realidad urbana y tomando como ejemplo a Antonia expresa:

"—Todos los días bajo a la tienda y veo la incesante lucha de Antonia con los clientes, con los proveedores, con las dependientas. Así he visto que vivir en sociedad es vivir en pugna eterna. Esta guerra incesante me pareció primero que sólo se verifica entre los malos; pero me he espantado al conocer que el que no entra en esta cadena de odios, o ya es una pobre víctima, o se halla en camino de serlo. Y cuando en el corazón no hay la dureza necesaria para entrar a esta lucha, ¿qué cosa más prudente que retirarse?"⁶².

Si comparamos con las observaciones que vertió el Relumbrón de la novela anteriormente analizada, nos damos cuenta de que el imaginario colectivo sabe que la realidad es difícil, que siempre están unos tratando de

⁶¹ *Idem*, 151.

⁶² *Idem*, 200.

chingar a los demás (como diría Octavio Paz). Por ello, no es que Relumbrón no tenga escrúpulos así por así: no los tiene porque tenerlos resulta en México estar en desventaja. Ante tanta corrupción, parece que no queda de otra más que entrarle al juego de la impunidad.

Como hemos podido apreciar, a lo largo de la novela *El monedero* se debate el problema del trabajo: su dimensión social, su apreciación colectiva y la propuesta de solución de Pizarro. Este tema —raramente abordado en la literatura y demás expresiones artísticas no sólo de la época— ocupa un papel preponderante en este texto de mediados de siglo diecinueve. Pero su notoriedad en la crítica social —que no en su aportación estética— no se limita a la particularidad anteriormente señalada, sin también sobresale por ser una de las pocas novelas que describe el ánimo nacional ante la invasión norteamericana.

Pizarro es sumamente sutil cuando muestra a Fernando sintiendo una "secreta repugnancia" hacia los invasores, adquiriendo en cambio un tono frío y cruel al pormenorizar el en capítulo XIX '*La desolación*' el allanamiento de morada de don Domingo Dávila por parte del ejército norteamericano. El "nefasto" 14 de septiembre de 1847, mientras mil voces gritaban "¡muera los yanquis!", un grupo de soldados norteamericanos saquea la citada casa precisamente cuando el padre de familia está agonizando. Es curioso observar cómo además de ambiciosos, los norteamericanos parecen ser vistos por la colectividad de *El monedero* como un pueblo traicionero del que no puede fiarse uno.

Como ejemplo tenemos un suceso que se desarrolla en el saqueo de la casa de don Domingo: un mexicano (que se había unido a los norteamericanos para pillar algunas cosas) y un militar extranjero descubren un cofre lleno de alhajas. Para no compartirlas con el resto del ejército,

"Esperaron en silencio hasta que los demás pasaron a otras habitaciones, y una vez solos, intentaron llegar a un trato. El norteamericano... le hizo una seña... de que partirían el botín. El mexicano accedió, retirando la mano del puñal que ocultaba bajo su camisa, pero apenas había hecho esto cuando el gringo lo atacó

furiosamente empujándolo contra una cómoda con la que se golpeó en la cabeza⁸³.

Este norteamericano se nos presenta con una codicia que lo lleva al engaño, la traición e incluso el homicidio:

"Cuando el americano lo vio en el suelo sin conocimiento, sacó su pistola y le pegó dos tiros; luego tomó la cajita de alhajas y se alejó..."⁸⁴

De esto podemos obtener dos moralejas: primeramente, Pizarro intenta advertir que los mexicanos deben ser leales a sus compatriotas, pues está visto que el ejército norteamericano paga con la muerte. En segundo término, nuestros vecinos del norte son mostrados en esta novela como un pueblo que se merece el odio y la desconfianza: para el norteamericano no existe el derecho a la vida por parte de un mexicano. Matarlo no es un atropello, es simplemente un ejercicio natural de su poder⁸⁵. Así, no es casualidad la animadversión que expresan los gritos mexicanos "¡mueran los yanquis!"

Pizarro en cierto pasaje de la novela asocia claramente el atropello y crimen con el ejército norteamericano, pues en casa del moribundo Dávila, por obra y gracia de los extranjeros "...un mismo lecho vio la muerte de la madre y la violación de la hija"⁸⁶.

Si bien el análisis de *El monedero* nos hace suponer que el imaginario colectivo guarda rencor hacia 'los gringos', evidentemente el estilo de vida norteamericano ha modificado la valoración de los mexicanos hacia sus vecinos del norte, pues algunos estratos sociales los admiran e imitan. Más adelante analizaremos la novela *Se está haciendo tarde* de José Agustín, donde también se hace alusión a la imagen colectiva del extranjero

⁸³ *Idem*, 89.

⁸⁴ *Idem*.

⁸⁵ La invasión norteamericana muestra y demuestra la situación en desventaja de nuestro país. Pizarro rescata y revela el sentir del pueblo mexicano que, aún con endeble organización, intenta defenderse.

⁸⁶ *Idem*, 90.

norteamericano (la visión de un joven mexicano de finales del presente siglo sobre los turistas).

Como hemos visto, esta novela (escrita durante el periodo denominado "El Encargo nacionalista") es importante porque nos muestra que en el imaginario colectivo mexicano está presente la percepción del poder no interno, sino externo al propio país: el poder norteamericano.

III. La bola

Durante 1887-1888 aparece la serie de cuatro novelas *La bola*, *La gran ciencia*, *El cuarto poder* y *Moneda falsa*. Antonio Acevedo define a Emilio Rabasa, autor de esta sucesión novelística, como "fino observador de la podredumbre moral" que muestra esa "engañosa quietud de la vida en nuestras provincias"⁶⁷. Emilio Rabasa nació en Ocozocauhtla, Chiapas, el 22 de mayo de 1856. Perteneciente a la 'Generación del cenit y ocaso del Porfiriato'. Rabasa se distingue en su carrera literaria por carecer del "apadrinamiento" de Ignacio M. Altamirano.

El presente apartado hará básicamente mención a la obra literaria *La bola* (1887), y se recurrirá a *La gran ciencia* (1888) cuando el tema analizado se complemente o explique mejor con esta segunda obra literaria. Conjuntando ideas de ambas novelas obtuvimos los siguientes puntos que el imaginario colectivo señala reiteradamente:

- El caudillismo político (las formas de ascenso político).
- El enriquecimiento de los políticos.
- El derecho a indignarse o de cómo sólo los poderosos se pueden enojar.
- Los agitadores populares.
- La moral del político (*La gran ciencia*).
- Las estrategias de cooptación política.
- Las bolas y el sentir popular efervescente.
- La creciente demanda social de paz.

*

La novela de *La bola* —editada durante el periodo "El sólido muro"— muestra el apasionamiento improvisado de los lugareños de San Martín de la Piedra por movimientos sociales fugaces y sin propósitos políticos que fuesen más allá de los resentimientos y venganzas entre dos figuras. Una de

⁶⁷ Antonio Acevedo, prólogo en Rabasa, 1887/1995: VII.

ellas, don Mateo Cabezudo, representa fielmente al caudillo que de un día para otro se hace del poder y lo utiliza sin ton ni son.

Juan Quiñones, personaje principal de esta novela, relata que cuando oyó de una revolucioncilla, Mateo Cabezudo

"...sintiéndose inspirado por el dios del éxito, armó de machetes y garrochas a una docena de *pedreños*, tomó de su propia autoridad el grado de teniente, salió de San Martín y se incorporó a la primera fuerza organizada que encontró a su paso..."⁶⁸

Después de un año volvió a su pueblo "con el nombramiento de recaudador de contribuciones que atrapó sabe Dios cómo"⁶⁹. Su influencia llegó a ser evidente cuando abofeteó públicamente al jefe político de la región; desde entonces 'las gentes *visibles* del pueblo' comenzaron a hablar muy bien del susodicho comandante y a llamarle a sus tertulias, difundiéndose así la influencia de don Mateo.

Don Mateo es el clásico personaje del siglo pasado que con una participación militar, otra poca de política y algo de administración pública se gana el respeto, la obediencia y el dinero de sus vecinos. Como ya hemos visto, Cabezudo tomó durante su juventud las armas, pero Juan nos dice que "no sé (ni él tampoco) si en favor o en contra de su Alteza Serenísima"; el chiste es que pasados algunos años volvió a su pueblo cargado de presillas de cabo. Y como ya era importante, don Mateo en cierto reparto de tierras y en algunos asuntos de desamortización logró buena y principal parte.

El poder se obtiene, según la visión de esta novela, no por una delegación que realiza el pueblo, sino por un 'progreso' personal que consiste en tomar las armas —y no precisamente por una causa justa—, tener éxito en ellas —valiéndose del apoyo popular, el cual por cierto, resulta ser también irresponsable—⁷⁰, y hacerse de algún puesto público. Para el

⁶⁸ Rabasa, 1887/1995: 12

⁶⁹ *Idem*.

⁷⁰ Juanillo Quiñones, al escuchar rumores de que vendría otra bola, concluye que "en éste país la opinión está siempre en favor del desorden, de donde diere, sin necesidad de averiguación a verdad supuesta y buena fe guardada" (*idem*, 18).

imaginario colectivo de *La bola*, trabajar en el gobierno es sinónimo de malversación de impuestos. Por ejemplo, Camilo Soria era un jefe político que durante su administración "hizo tales y tan rigurosas economías, que al salir del empleo tenía comprada una regular finca de campo"⁷¹.

Aquí es importantísimo mostrar cómo para el imaginario colectivo de *La bola* el poder no sólo es económico: tener poder significa ser alguien, ser 'visible', contar, tener voz, tener derechos. Para cuando don Mateo le falta al respeto a una primera autoridad, don Mateo ya era alguien. Antes, don Mateo era Mateo a secas, y por tanto "no tenía el deber de indignarse, ni quizá el derecho". Por eso *no* podía reclamarle a su cuñado, don Soria, el haber abandonado a su hermana y el maltrato que propinaba a su sobrina. Pero cuando Mateo se torna don Mateo, "adquiere por ende la obligación de tener vergüenza y el derecho de lucirla: ya monta buenos caballos, abofetea jefes políticos, y platica tú por tú con los más empingorotados personajes del pueblo". Entonces don Mateo, ahora sí, *debe* reclamarle a Soria e incluso *puede* arrebatárselo a la pequeña Remedios⁷².

Así, el poder se infiere por el derecho que tiene alguien de indignarse, lo cual nos hace suponer que en el imaginario colectivo aquel que no tiene poder tampoco tiene derecho a reclamar. El problema viene a ser que el ejercicio del poder no siempre se acompaña de lo justo, sino muchas veces del despotismo y/o estupidez. Juan nos cuenta que el comandante Cabezudo

"...protegia a la gente buena de San Martín y también a la mala, por natural generosidad y sin reparar en quiénes la merecían y quiénes no. Su discernimiento moral era o romo o apático, y tenía por iguales a todos sus coterráneos, favoreciéndolos o golpeándolos sin distinción de ningún género"⁷³.

Igualmente despreciable es Pérez Gavilán. Este personaje al principio de la novela no detenta poder alguno, es más, Juan —representación del sentir popular— lo admira. Del licenciado Pérez Gavilán, Juanillo opinaba

⁷¹ *Idem*, 33.

⁷² *Idem*, 34.

⁷³ *Idem*, 13.

"...como que la iba armar contra los abusos y desmanes del poder. Era sin duda un gran hombre, digno de regir los intereses del Estado"⁷⁴.

En una primera etapa, Pérez Gavilán —típico agitador popular— fue censurado y atacado por publicar en su gacetiilla *La Conciencia Pública* (órgano autorizado de los descontentos) artículos a favor de las reivindicaciones del pueblo de San Martín de la Piedra, y por sostener 'incólume en el Congreso del Estado su dignidad y los fueros de la ley'. Una vez que ha sido invadida su imprenta y ha sido conducido a *chirona* por aquellos artículos subversivos, comienza la segunda etapa de la carrera política de Pérez Gavilán: el gobierno le otorga un nombramiento para tenerlo quietecito, y Pérez Gavilán lo acepta con beneplácito. Estos hechos, el que un agitador social se deje cooptar, reafirma la falta de credibilidad hacia los políticos. Juan Quiñones, el personaje principal de la novela y de quien retomamos básicamente su opinión para reconstruir el imaginario colectivo, dejará de confiar en él a medida que va percibiendo la sagacidad de este político.

Pérez Gavilán, por ejemplo, se decía a sí mismo portavoz de los intereses de la sociedad, cuando en realidad abanderaba la causa que más le convenía. Como era seguidor de Mateo Cabezudo, incitó al pueblo a apoyar al comandante, haciendo creer que era una causa justa y popular. En uno de sus artículos se podía leer:

"El pueblo, en ejercicio de sus inalienables derechos, por tanto tiempo conculcados, ha resuelto al fin romper las cadenas de la odiosa tiranía de los magnates que han creído ser dueños del país y que han querido tratar a los ciudadanos como a un rebaño de ovejas... El pueblo reivindica sus derechos usurpados, y sigue a los pundonorosos caudillos que le enseñan el glorioso camino de la libertad"⁷⁵.

Pero este político y licenciado no se queda en esta segunda etapa, cuando su silencio es comprado. En la tercera fase, el Lic. Pérez Gavilán concibió, organizó y presidió a la *Sociedad patriótica mutualista de obreros*

⁷⁴ *Idem*, 18.

⁷⁵ *Idem*, 39.

liberales. A pesar de no ser obrero ni patriota, este licenciado —según palabras burlescas de Quiñones— “se interesaba mucho por las *clases trabajadoras*”. Este interés era tan grande que en las reuniones lo único que se hacía era elogiar calurosamente a Pérez Gavilán. Juan —o el pueblo— termina decepcionándose cuando descubre que tal sociedad mutualista servía para aclamar a su dirigente, quien “tuvo que aceptar una medalla que la sociedad le decretó, y la declaración de ser benemérito de la *clase obrera*”⁷⁶.

Las novelas de Rabasa nos muestran el sentir popular: la política es cosa sucia, y el que se mete a ella lo es también.

Por un lado, como hemos visto en algunas citas de esta novela, el imaginario colectivo considera al gobierno como el poder que ‘comete abusos y desmanes’, el que ‘usurpa los derechos del pueblo’ y el que ‘trata a los ciudadanos como ovejas’.

Mientras Max Weber elaboraba en el invierno 1919 una teoría respecto a los diametrales marcos éticos que siguen un político y un científico, en la cultura política mexicana es de dominio público el hecho de que existen dos lógicas: la del que participa en la lucha por el poder y la del que se abstiene de intervenir en la política. Mantener el mismo código en ambos espacios es o ingenuidad o locura. Pérez Gavilán se burla de Juan (quien se queja de la falta de moral de los políticos), diciéndole que con escrúpulos “cualquiera se reirá de usted”. La política es cosa seria, no se obtiene un cargo público nomás porque sí, pues el poder es “la compensación de los servicios políticos”⁷⁷. La política es más que un arte: es “la gran ciencia”.

Para todo aquel que coquetea con el poder, don Vicente Torvado es un ejemplo a seguir: “ducho en la gran ciencia de ganar siempre, que en mi tierra —según Juanillo— se llama política”⁷⁸. La novela *La gran ciencia* muestra los valores de estos políticos mexicanos: para hacer algo en la política hay que moderar las tendencias y hacer lo que conviene y nada más:

⁷⁶ Rabasa, 1888-1993: 259.

⁷⁷ *Ibid.*, 308.

⁷⁸ *Ibid.*, 286.

"aquí no venga con las leyes —recomienda Sixto Vaqueril al joven e inexperto Miguel Labarca—, porque no se puede gobernar con las leyes"⁷⁹.

En la política es necesario quitar estorbos, esto es, se debe "contentar a los enemigos y tenerlos interesados en la suerte del Gobierno". No es prudente, dice Sixto Vaqueril, "meterse a quijotear a estas horas", sino manifestar simpatías sin adquirir compromisos⁸⁰.

Tras observar a don Vaqueril, el joven Miguel se decepciona de que en México por intereses de partido, por intereses personales, se sacrifiquen la justicia y la convivencia pública. Miguel expresa la percepción colectiva cuando dice:

"...Entonces esto no es gobierno, puesto que no tienen por objeto gobernar, sino andar en los enredos que quieren llamar política, para halagar a todo el mundo y no tener descontentos a tres o cuatro pillos".

Sin embargo, las críticas al sistema que elabora Miguel tampoco duran mucho, pues a este joven también lo seduce el poder. Si Miguel opinaba, al igual que el pueblo, que en este país:

"...se nombra un juez para que su familia tenga de qué vivir, un catedrático para que Baraja no se pronuncie; un jefe político para que vaya a cambiar aires; y un recaudador para que se haga rico"⁸¹.

posteriormente 'recapacita' y resuelve que:

"...Si el Gobierno necesita, como base absolutamente indispensable, el mantenimiento de la paz; si la paz sólo se logra y sostiene contentando a tres o cuatro revoltosos... pues la verdad que esto es menos malo que andar metidos en una *bola* eterna"⁸².

Juan Quiñones, quien ha escuchado a Vaqueril instruir políticamente a Miguel, y a Miguel primero quejarse para posteriormente admitir las reglas del juego político, mira a la cara de Labarca encontrándole en su mirada "un

⁷⁹ ídem, 229.

⁸⁰ ídem, 231.

⁸¹ ídem, 232.

⁸² ídem, 233.

no se qué de vulgar". Redundante puede sonar, pero para Juan y para el pueblo, los políticos son seres despreciables. La bola y sus consecuencias lo atestiguan.

Para Emilio Rabasa la bola es expresión más de una necesidad popular de desorden y emoción —lo cual se asemeja con mucho a lo que Octavio Paz considera de la fiesta— que de una búsqueda de libertades concretas⁸³. Sin embargo, por como se va desarrollando el texto sólo unos grupos son los que luchan entre sí, y no la sociedad mexicana en su totalidad. Aquí cabe detenerse y observar.

Los que detentan el poder no está dispuestos a compartir ningún coto, y cualquier provocación es suficiente para que se arme la revuelta. Las rencillas, por ende, no son entre el poder y los dominados, sino entre los que detentan el poder. Rabasa pone en claro que durante el siglo pasado las asonadas tenían como origen los problemas entre los caciques, entre los líderes, y no la problemática intrínseca entre el pueblo y el cacique, como sí lo será en cambio en la novela de la Revolución (recuérdese que esta novela pertenece al periodo "El sólido muro").

Como decíamos, son grupos reducidos quienes secundan a los caciques y caudillos, pues la mayor parte de la sociedad, ricos o pobres, critican duramente las acciones belicosas de tanto uno como otro bando. Los Llamas, familia poderosa y riquilla de San Martín de la Piedra, se sobresaltan ante el levantamiento de Cabezudo. En boca de Don Justo Llamas se reconoce el sentir popular del siglo pasado de que las luchas intestinas: a) son por intereses entre particulares con suficiente poder; b) atentan contra el crecimiento del país, apoderándose 'en nombre de la patria' de lo poco que se ha construido:

⁸³ Este autor pone en voz de Juan su punto de vista: "La revolución se desenvuelve sobre la idea, conmueve a las naciones, modifica una institución y necesita ciudadanos; la bola no exige principios ni los tiene jamás, nace y muere en corto espacio material y moral, y necesita ignorantes. En una palabra: la revolución es hija del progreso del mundo, y ley ineludible de la humanidad; la bola es hija de la ignorancia y castigo inevitable de los pueblos atrasados..., sin más ley que la voluntad de un cacique brutal" (Rabasa, 1887/1995: 167-1689).

"—¡...los hombres trabajadores y honrados vamos a comenzar a sufrir de nuevo los estragos de la gente desordenada y sin oficio! [...] ¡...Es una verdadera picardía que porque al señor Gavilán se le antoja trastornar el país, yo no pueda pagar mis deudas y realizar un beneficio para mi finca, porque unos y otros necesitan de mi dinero, de mis caballos, de mis toros y hasta de mi casa, para matarse y perjudicarse recíprocamente!"⁶⁴.

La solución, según esta familia, consiste en acabar con los líderes que se sirven de y no para la política:

"—...Pues no señor, que fusilen, que ahorquen a ese señor Gavilán, y todo quedará en paz. De seguro que el tal Gavilán no tiene ni en qué caerse muerto, ni tampoco ganas de trabajar, y por eso arma estas bolas que en nada pueden perjudicarlo..."⁶⁵

Ahora bien, más allá de las críticas a estas luchas entre políticos, se advierte también una necesidad social de acabar con tanta bola. Vayamos pues a la siguiente novela, donde la rigidez que busca el orden promueve a su vez el desorden.

⁶⁴ *Idem*, 65-66.

⁶⁵ *Idem*, 66.

IV. Tomochic

Miguel reconocía otra vez que la Suprema Autoridad Nacional había cumplido con su deber sofocando de golpe, a sangre y fuego, aquella rebelión, por la férrea mano del general Díaz.

Heriberto Frías

Heriberto Frías Alcocer nació el 13 de mayo de 1870 en Querétaro. Manifestó siempre compasión por "los de abajo" y antipatía por las clases adineradas —dos temas inconfundibles en sus futuras obras—⁸⁶.

El presente análisis sociológico utiliza la cuarta edición de *Tomochic*, versión "muy aumentada y más pulida", publicada en 1906 por la casa Valadés en Mazatlán (la primera se editó por entregas del 14 de marzo al 14 de abril de 1893)⁸⁷. Bajo esta última edición conjuntamos los siguientes temas centrales que sirven para reconstruir el imaginario colectivo:

- La crítica a los excesos del porfirismo. Así, se pone en duda la paz porfiriana en vista de los altos costos sociales de la misma.
- El rencor popular hacia el ejército federal.
- Las relaciones de poder al interior de las fuerzas armadas.
- Los impuestos públicos como un abuso del poder político.
- La rebeldía popular.
- El poder dictatorial de Porfirio Díaz.
- El centralismo de poder político.
- La crítica social a la violencia del porfirismo.
- La decadencia e inviabilidad del autoritarismo porfirista.

La novela *Tomochic* —escrita durante el periodo "El sólido muro"— exhibe el extremo autoritarismo del gobierno porfirista cuando ante movimientos reivindicativos decide solucionar un levantamiento en

⁸⁶ James W. Brown, prólogo en Frías, 1893-1906/1993: X.
⁸⁷ *Idem*, XVIII-XIX.

Tomochic eliminando al pueblo entero. Miguel Mercado, el protagonista, se sorprende ante tales acciones militares y no puede más que avergonzarse de que el bienestar de la patria tenga como precio sangre inocente. El joven Mercado representa al sector de la sociedad que empieza a dejar de creer en las instituciones y a poner en duda la validez de la paz social instaurada tan dictatorialmente.

Miguel Mercado es en *Tomochic* la voz de la colectividad que creía en Porfirio Díaz pero que resentida directa o indirectamente los excesos del gobierno. A medida que evoluciona la obra, la crueldad del ejército aumenta, y si bien al principio sonaban lógicas las explicaciones de por qué se atacaba al pueblo de Tomochic, posteriormente resulta grotesco aquello de la paz porfiriana.

La novela inicia describiendo la 'hostilidad elocuente' de los rancheros norteños hacia las fuerzas armadas que recorren Chihuahua para cercar al pueblo de Tomochic. Ahora bien, si para Miguel Mercado en las caras hurañas se refleja la altivez de los pueblerinos y el desprecio que le tienen a la tropa, el coronel que lo acompaña llama a aquella expresión 'ignorancia y altanería'. Así son de distintas las percepciones: mientras Miguel reconoce la dignidad herida de los rancheros, el militar —fiel representante del poder dictatorial— menosprecia e ignora lo que el imaginario colectivo piensa del poder.

En esta obra literaria reconocemos al menos cuatro aspectos relevantes: en primer lugar, existe un *manifiesto rencor popular hacia el ejército*. La imagen que tiene el pueblo tomochiteco del poder militar —y del gobierno en general— es la de un poder dictatorial despreciable: de ahí que se le demuestre altivez y menosprecio. Si en *Los bandidos de Río Frio* el pueblo se mostraba indiferente ante el ejército —a menos de que éste se metiera a la casa de uno—, ya en *Tomochic* la simple presencia de éste ocasiona un sentir popular de resentimiento. Pero no sólo eso: además de que la imagen del ejército está deteriorada, la conducta política de los

tomochitecos es de enfrentamiento, que se traduce en un intento por dignificar y liberar al pueblo tomochiteco.

En segundo lugar, si en los textos anteriores encontrábamos referencias hacia la tropa de Baninelli o hacia la bola de Cabezudo, ya en esta novela el ejército adquiere un carácter federal (porque no pertenece a ninguna facción especial o personaje en particular) y centralista (porque está dirigido por un poder centralizado, por Porfirio Díaz). La consecuencia de este punto nos conduce al tercero, que consiste en que la percepción colectiva reconoce al ejército como una institución. Esto significa a su vez que existe en el imaginario colectivo una identificación íntima entre el gobierno, la Iglesia y el ejército; es decir, que estos poderes configuran un solo poder. Atacar al ejército es atacar al gobierno y viceversa. Podemos decir, por tanto, que en el imaginario colectivo se encuentra la imagen del Estado mexicano, constituido sin embargo a partir de la figura presidencial: Díaz.

En cuarto lugar, se reconoce claramente a un poder dictatorial en decadencia, un poder que cree tanto en sí mismo, en su capacidad de pacificación y de represión justificada, que es simplemente incapaz de aceptar cuestionamiento alguno. Al coronel no le interesa la imagen que el pueblo de Tomochic tenga del ejército, él sólo quiere cumplir con su misión. Para los militares sí Tomochic demuestra altivez, es porque el pueblo de Tomochic es ignorante.

A Miguel Mercado le interesa en cambio indagar la 'verdadera causa de aquella rebeldía inaudita', pues le sorprende que alguien tenga la 'obstinadamente imbécil como heroica' pretensión de desafiar al poder institucional⁸⁸. Piensa que si los chihuahuenses se comportaban inhospitalarios y adustos es porque anteriormente habían experimentado "los abusos que siempre, casi inevitablemente, comete la soldadesca hambrienta

⁸⁸ Miguel concebía al pueblo tomochiteco como "semisalvaje", que no tenía "sino el supremo heroísmo y el raro valor de saber soportar dignamente la adversidad, el triste heroísmo de saber morir..." (*idem*, 67).

y cansada⁸⁹. Miguel sabe que este ejercicio de poder se comete en todas partes: mientras hay rapiñas en la sierra, 'otros' hacían por perversas ambiciones lo mismo en las ciudades, guardando las apariencias⁹⁰.

Los tomochitecos esperaban bien armados el ataque del ejército, aumentando día a día su número con los descontentos de los pueblos de la sierra, con los perseguidos por las autoridades y con los bandidos: tales eran los enemigos del gobierno (campesinos, opositores y bandidos).

El ejército se conformaba en cambio por dos sectores: los soldados rasos "con sus ingenuos ojos negros de resignados indígenas"⁹¹, y los oficiales y jefes, de rostros blancos y actitudes de iniciativa y mando⁹². Podemos apreciar que en el imaginario colectivo de *Tomochic* el poder se identifica por los rasgos físicos: los indios son los de abajo, los que obedecen a los que *no* son de color. El blanco manda, el indio acata. Por otra parte, con algunas citas textuales podemos percibir que en la tropa no existe una obediencia fundamentada en la convicción, sino en la conformidad. En cierto pasaje, los soldados cantaban. A Miguel Mercado le parecía "que en aquellas canciones vibraba la resignación sombría de una raza vencida y moribunda", lo cual nos hace pensar que además de los indios, también los mestizos eran " las víctimas expiatorias de los extravíos sociales", los chivos expiatorios de ese intento dictatorial de tener todo en paz.

Miguel llega más adelante a explicar que Tomochic se había levantado en armas porque permanecía ignorado y abandonado —por su aparente insignificancia— por el Gobierno estatal y por la Iglesia. Pero no pasaba tiempo "sin que ni uno ni otro, sin ilustrarlo, dejase —eso sí— de cobrar los impuestos, agravados día a día"⁹³. En el imaginario colectivo reflejado en esta novela, el poder se desdice de sus responsabilidades para con el pueblo, pero no deja por ello de exigir a las comunidades el 'apoyo' económico que

⁸⁹ *Idem*, 10.

⁹⁰ *Idem*.

⁹¹ *Idem*, 11.

⁹² *Idem*, 70.

⁹³ *Idem*, 23.

le correspondía. Haciendo un recuento, igual imagen del poder tiene la coherencia de la novela *El monedero*.

Los abusos del poder en Tomochic eran suficientes como para motivar a sus habitantes a cambiar de líderes políticos, sociales y espirituales. En cierta ocasión, el gobernador Lauro Carrillo visitó al pueblo, llevándose consigo hermosos cuadros de la Iglesia que simplemente le habían gustado.

"Desde entonces el gobierno y sus empleados fueron considerados como enemigos, 'por impíos e hijos de Lucifer'"⁹².

Para colmo de males, una autoridad de Guerrero "abusó del candor de una serrana, dejándola encinta".

La familia más notable de Tomochic, la de los Chávez, que "en realidad de antaño dominaban el pueblo", promovió el repudio al gobierno y popularizó a "San José", tomochiteco que desde entonces sustituyó a los santos católicos. Cuando el cura quiso "advertirles del chantaje", se escucharon los gritos "¡que muera!, sí, sí... ¡fuera!" y tuvo que huir de Tomochic. Notamos aquí la necesidad del pueblo de determinar a quién sigue, en quién va a creer y a quién va obedecer.

Frías interpreta que

"Surgían salvajes atavismos... sobre el cúmulo negro de cólera, miserias y antiguas servidumbres, agravado por la insolencia de los caciques políticos"⁹³.

Obviamente que el descontento y el rechazo al poder instituido por parte del pueblo de Tomochic, se convierte, según el gobierno dictatorial, en suficiente amenaza para la paz de la patria entera. Se les quería combatir puesto que:

"En efecto, el hieratismo de los tomochitecos podía ser un foco de contagio para los demás pueblos de la sierra que sufrían un malestar sombrío pronto a resolverse en rebelión"⁹⁴.

⁹² *Ídem*, 24.

⁹³ *Ídem*, 26.

⁹⁴ *Ídem*, 26. Con ello nos damos cuenta que el poder reconoce el malestar, pero no las causas (él mismo).

Es entonces cuando se pone de manifiesto *La mano del general Díaz*.

Si en el imaginario colectivo tomochiteco el ejército —encarnación del poder— simboliza a “los impíos hijos de Lucifer que quieren gobernarnos con sus leyes y quitarnos nuestra libertad”⁹⁷; el ejército en cambio se considera a sí mismo fiel y valiente defensor del Gobierno. Para las fuerzas armadas⁹⁸, el Gobierno a su vez representa “la causa del orden la paz, la civilización”⁹⁹.

Ahora bien, cuando se menciona la palabra “gobierno”, en el imaginario colectivo de esta novela es recurrente la imagen de Porfirio Díaz: “el victorioso regenerador de la Patria”. Miguel Mercado descubre que detrás de toda aquella represión se encontraba la férrea mano del presidente, mano “diestra y rápida en la acción, dura y eficaz en el castigo”¹⁰⁰.

Miguel es partícipe de la percepción popular cuando dice:

“Y en verdad que era inútil la presencia de aquel jefe frente a Tomochic. El telégrafo funcionando hasta la capital de la República permitía al mismo general Díaz ordenar desde su gabinete las operaciones de la pequeña campaña”¹⁰¹.

El centralismo de poder que recrea el imaginario de Mercado resulta interesante por el simple hecho de que al menos alguien se atreve a expresar opiniones críticas —la cual parece ser de dominio público, pues incluso los tomochitecos han armado una revuelta—. Si en las novelas de Rabasa el sentir popular criticaba a la política en general, en *Tomochic* el reclamo es ya más concreto y dirigido a un personaje en particular. Esto es importante porque implica una nueva orientación en la cultura política mexicana, lo cual es consecuente con el movimiento social resultado de este exacerbamiento de los ánimos populares: la Revolución Mexicana.

⁹⁷ *Idem*, 69.

⁹⁸ Cabe hacer mención que todas las opiniones positivas vertidas sobre el gobierno las elaboran aquellos que tienen altos cargos en la milicia, mientras que los soldados rasos, como ya habíamos referido, se consideran víctimas expiatorias de los extravíos sociales.

⁹⁹ *Idem*, 5.

¹⁰⁰ *Idem*, 15.

¹⁰¹ *Idem*, 14.

Díaz empieza a no ser tan respetado, y las críticas sobre él no se hacen esperar¹⁰². En el imaginario colectivo Díaz representa al *deber ser* totalmente inflexible y que no se pregunta jamás cuáles pueden ser las consecuencias negativas de su proceder. Las decisiones de Díaz simplemente no podían ser puestas en entredicho: "al pronunciarse el nombre de Porfirio Díaz, todos los ánimos dominados, serenábanse, resignándose a su suerte de víctimas del Deber..."¹⁰³. Es decir, tanto el pueblo de Tomochic como el mismo ejército resultaron ser víctimas de la dictadura —aunque queda bastante claro en la percepción colectiva quién padece más este ejercicio del poder—.

En Tomochic el poder arrasó —sin el menor sentimiento de culpabilidad— con un pueblo entero: "había más cadáveres que vivos"¹⁰⁴. Miguel relata cómo invadió el ejército a la ranchería:

"Así lo efectuaron, sin encontrar resistencia alguna, ni gente que la hiciera. Entraron a las abandonadas casuchas, robando cuanto había, arrojando, luego, petróleo... poniéndoles fuego en seguida. Después del saqueo, el incendio"¹⁰⁵.

Aquí no importa si ocurrió tal cual: lo que trasciende es la imagen que queda en el colectivo de las acciones porfiristas, porque de ello deviene la actitud que tendrá posteriormente el pueblo. La cultura política se irá construyendo en torno a una imagen del poder represor, un poder que usa las armas para solucionar las querellas, un poder ante el cual no queda otra opción que ejercer la violencia.

Miguel, al igual que la opinión popular, se debate tratando de entender estos excesos del poder:

"...la Suprema Autoridad Nacional había cumplido con su deber sofocando de golpe, a sangre y fuego, aquella rebelión, por la férrea mano del general Díaz"¹⁰⁶.

¹⁰² En cierto diálogo se escucha: "—Estas cosas las sabe hacer bien el mismo Presidente de la República, mientras toma su chocolate en Chapultepec" (*idem*, 14).

¹⁰³ *Idem*, 15.

¹⁰⁴ *Idem*, 103.

¹⁰⁵ *Idem*, 90.

¹⁰⁶ *Idem*, 143-144.

Aunque Miguel Mercado ante el remordimiento se repitiera a cada instante —cual si quisiera justificarse— “¡era preciso acabar con ellos...! ¡No podía ser de otro modo, no podría ser!”, observa que tales errores tácticos

“...eran síntomas de un mal que radicaba muy dentro entonces en lo íntimo del Ejército, manifestaciones de una dolencia inveterada, que ya cedería...”¹⁰⁷

Seguramente no era el único que presentía la decadencia del ejército, la decadencia del poder dictatorial porfirista... poder que *ya cedería*, o mejor dicho, *harían ceder*. Y es que este “sólido muro”, de tan sólido, se tornó débil.

¹⁰⁷ *Idem*, 144.

V. Los de abajo

Hasta este punto hemos revisado el imaginario colectivo reflejado en la literatura mexicana del siglo pasado. En *Los bandidos de Río Frio* la vida cotidiana padece los sinsabores de la sobrevivencia, de la vida misma. Observamos allí a los indios mexicanos, a los mestizos que buscan escalar socialmente y a los aristócratas que se aferraban a un estilo de vida colonial. Ya en *El monedero* presenciamos una crítica social más intensa que señala ahora a los ricos, al capitalismo deshumanizado y a los invasores norteamericanos. Pero es hasta la novela *La bola* donde el poder político mexicano en particular se advierte como responsable de la falta de progreso económico y social, pues tantas rencillas no dejan vivir en paz. Por encima de este reclamo de tranquilidad —donde también se manifiestan los abusos del poder estatal—¹⁰⁸, no falta quien se pregunte ¿no merecemos acaso una mejor vida?

Los puntos que guiarán el presente análisis son:

- La (des)ideología revolucionaria.
- El enfrentamiento popular al enemigo común: el poder político, el poder militar y el poder económico.
- La violencia como respuesta popular ante el reiterado abuso de poder.
- La solidaridad popular.
- El papel de los seudo-intelectuales revolucionarios: de la ideología confuncional (la lucha contra la tiranía) al oportunismo justificado.
- La pérdida de orientación político-ideológica de la revolución.
- La traición de los catrines.
- El resquebrajamiento de la relación solidaria entre el pueblo y los revolucionarios.

¹⁰⁸ Juan, el protagonista de la novela *La bola*, no explica a ciencia cierta cuáles son los abusos del poder, "pero de que el Gobierno abusaba, era cosa fuera de toda duda y discusión" (Rabasa, 1887/1995: 27). Esto es, no le cabía la menor sospecha de que era de sentido común, de que colectivamente se compartía la imagen del Gobierno como un poder que abusaba.

En la novela *Tomochic* se experimentan los excesos de un gobierno que ahora sí tiene cara: Porfirio Díaz. Al principio éste era el salvador de la patria que otorgó paz, pero... ¿valía la pena pagar con sudor y sangre?; es mas, si poco o nada se podía perder ¿por qué no enfrentarse al poder?

Todas estas inquietudes de la sociedad mexicana son el preámbulo de lo que finalmente sucede, la Revolución Mexicana. En la novela *Los de abajo*, de Mariano Azuela, se describe y critica al movimiento social resultado de tantas querellas y de una cultura política que se enfrenta sin más al poder concreto: a los caciques y al gobierno.

Mariano Azuela nació el 1° de enero de 1873 en Lagos de Moreno, Jalisco. E. Anderson Imbert en su *Historia de la Literatura Hispanoamericana*, señala: "Azuela dijo que sólo escribiría para desahogarse y que todos sus temas eran reales. Su fuerza parece, es cierto, venir de los hechos, no del arte. Sin embargo, lo artístico de Azuela está en dejarse atravesar por los hechos, en darnos la ilusión de estar viendo lo que el autor vio"¹⁰⁹. Azuela posee "sobriedad, desnudez, capacidad de síntesis, imaginación para cifrar en una metáfora de poderosa violencia iluminadora toda una situación social o todo un conflicto psicológico"¹¹⁰.

La novela *Los de abajo* se publicó por primera vez en 1916, durante el periodo que conjuntamente con Sefchovich hemos denominado "La Catástrofe y Redención". Hernán Poblete Varas nos cuenta que "el público, docto o popular, entendió la grandeza intrínseca de esta novela que era no sólo un cuadro pictóricamente logrado, sino una vivisección social, una forma de manifestar, de develar, la existencia de los humildes durante una época sangrienta, llena de dolores y de honores más bien caseros"¹¹¹.

Poblete Varas cita a Fernando Alegria: *Los de abajo* "es más bien la estilizada imagen de un pueblo en el doloroso trance hacia su madurez

¹⁰⁹ *Cit. pos.* en el prólogo de Azuela, 1916/1990: 6.

¹¹⁰ *Idem.*

¹¹¹ Hernán Poblete, comentario en Azuela, 1916/1990: 130.

social... Es, como Don Segundo Sombra, la consumación de un largo y profundo pensar sobre el destino de una raza, sobre las fuerzas de un pueblo, sus posibilidades de supervivencia, su estoicismo ante la derrota, y ante el asalto de fuerzas que no comprende del todo ni logra identificar"¹¹². En fin, nos dice Poblete, Azuela "escribe sin contemplaciones, más interesado en la verdad que retrata que en consideraciones del buen decir"¹¹³.

La novela *Los de abajo* describe con crudeza los actos y los actores de la Revolución Mexicana. El personaje principal, Demetrio Macías, representa al caudillo que se convierte en líder revolucionario sin tener ideología concreta: su único objetivo es atacar al enemigo común —los *pelones* y los caciques—. El grupo de campesinos que se levantan en armas bajo el mando de Demetrio, simboliza al pueblo mexicano, que harto de padecer y de callar traspasa los límites establecidos e inaugura el proceso que Martín Luis Guzmán ha denominado "la fiesta de las balas". En esta novela aparece también un tercer actor: el pseudo-intelectual revolucionario, Luis Cervantes, que bajo el ideal de redimir a los pobres se enreda con la tropa de Macías para finalmente sacar el mejor partido de tales revueltas.

Demetrio Macías tiene que dejar su casa y su "tierra volteada para sembrar" porque el cacique de Moluya, don Mónico, quiere verlo colgado de un poste de telégrafo. Demetrio y los demás hombres que lo siguen han tenido problemas con el poder, pero lo que los caracteriza a todos ellos es que en la huida colectiva decidieron ya no dejarse más. Esto es, los identifica ese afán de enfrentarse de una vez por todas con el gobierno. Es interesante notar cómo en el imaginario colectivo reflejado en esta novela, el poder —contraposición natural a los desvalidos— no se divide entre gobierno y caciques, sino se identifica como un enemigo único: la acción de matar pelones es equivalente a saquear haciendas.

¹¹² *Idem*.

¹¹³ *Ídem*, 131.

El gusto por eliminar a las fuerzas públicas es inusitado: en ninguna otra novela habíamos encontrado esa satisfacción por enfrentarse al enemigo —histórico, podríamos decir— del pueblo. En *Los de abajo*, Pancracio, el Meco, Anastasio, la Codorniz, el Manteca, Serapio, Antonio y Demetrio disparan libremente a los soldados del ejército federal que los vienen persiguiendo. Este grupo goza como nunca su excelente puntería. El Manteca, la Codorniz y los demás que no tenían armas las solicitaban, "pedían como la gracia suprema que les dejaran hacer un tiro siguiera"¹¹⁴. Rogaban con la vehemencia de un niño:

"—¡Hombre, Anastasio; no seas malo...! Empréstame tu carabina... ¡Ándale, un tiro no más...!"¹¹⁵

Los compañeros de Demetrio Macías se animaron a seguirlo una vez que éste les contó cómo le habían quemado su casa. Al grito de "que viva Demetrio Macías, que es nuestro jefe, y que vivan Dios y el cielo y María Santísima", el grupo de hombres se esconde en la sierra, amparándose en los camposinos humildes que les brindan comida y descanso. Los serranos les decían:

"—...Ahora van ustedes; mañana correremos también nosotros, huyendo de la leva, perseguidos por estos condenados del gobierno, que nos han declarado guerra a muerte a todos los pobres; que nos roban nuestros puercos, nuestras gallinitas y hasta el maicito que tenemos para comer; que queman nuestras casas y se llevan nuestras mujeres, y que, por fin, donde dan con uno, allí lo acaban como si fuera perro del mal"¹¹⁶.

Era claro que "la gente tal odio tenía a los federales que de buen grado proporcionaba auxilio a los rebeldes"¹¹⁷. En cuanto al imaginario colectivo, en *Los de abajo* y en *Tomochic* encontramos presente enuncianciones de que el pueblo odia a los federales, mientras en las novelas anteriormente analizadas tales observaciones no eran tan elocuentes. Esto

¹¹⁴ Azuela, 1916/1990: 15.

¹¹⁵ *Ibid.*, 14.

¹¹⁶ *Ibid.*, 18.

¹¹⁷ *Ibid.*, 34, subrayado nuestro.

significa una expresión libre de la imagen colectiva que se tiene del poder militar, dejándose de lado el respeto o admiración.

Pero no sólo eso. En esta novela se manifiesta una nueva actitud ante el poder, donde el pueblo de tan sólo criticar los excesos se decide por eliminar a aquella manifestación institucional del poder represivo.

Esto ayuda a entender el sentido de la presente investigación: una nueva actitud va acompañada o precedida de una nueva manifestación en el imaginario colectivo. Es decir, para que se llegue a cambiar una conducta política, es necesario que aquello que permanece en el imaginario colectivo como imagen al menos se verbalice —y que en algunos casos se modifique la simbolización del poder—. Los chistes políticos se han convertido en la forma más popular y accesible para difundir la opinión del pueblo para con su gobierno, pero es sintomático que es precisamente en períodos de crisis social y económica cuando se agudiza la crítica hacia el poder.

Por otra parte, en *Los de abajo* aparece una figura singularísima que seguirá presente en las subsecuentes novelas mexicanas: el intelectual (o pseudo-intelectual). Este personaje intenta redimir a las capas oprimidas, situándose por encima de ellas y manifestando siempre una autovaloración de superioridad que viene a resultar, por ello mismo, de distancia. Por ejemplo, en *El monedero*, el padre don Luis se preocupa por el bienestar social y conjuntamente con Fernando Hénkel —quien también pertenece al pueblo— crean la 'Nueva Filadelfia'. En este caso, muy contrariamente a *Los de abajo*, don Luis participa con el pueblo sin sentirse su ideólogo, sino sólo el vehículo de un bien supremo. El padre don Luis es distinto a los demás no por su *saber*, sino por su *hacer*. En cambio, Luis Cervantes busca hacer lo mismo que los revolucionarios, pero evidencia cada que le es posible que él sí *sabe* (y la verdad de «ellos», además).

En la sierra al grupo de Demetrio se le une un joven bien vestido, Luis Cervantes, que declara defender la misma causa de ellos, a lo cual Demetrio contestó sonriendo: "¿Pos cuál causa defendemos nosotros?". El

joven ciudadano se desconcertó, pues los dolores y la miserias de los desheredados le conmovían:

"...su causa —pensaba— es la causa sublime del pueblo subyugado que clama justicia, sólo justicia"¹¹⁸.

Cervantes quiso explicarles a aquel grupo armado los ideales que, sin saber ellos mismos, perseguían. Les dijo:

"—La revolución beneficia al pobre, al ignorante, al que toda su vida ha sido esclavo, a los infelices que ni siquiera saben que si lo son es porque el rico convierte en oro las lágrimas, el sudor y la sangre de los pobres..."¹¹⁹

Pero a los levantados les sonó aquello a sermón, y desconfiando de aquel curro¹²⁰, lo amordazaron para que declarara cuáles eran verdaderamente sus intenciones. Como demostró sinceridad, lo dejaron ir con ellos. Sólo Venancio les advirtió que se cuidaran de él:

"—Está bueno —les dijo Venancio—. Pero hay que saber que los curros son como la humedad, por dondequiera se filtran. Por los curros se ha perdido el fruto de las revoluciones"¹²¹.

El papel de Luis Cervantes era, para el imaginario colectivo, de guía, de orientación ideológica. Cuando Cervantes insistía a Demetrio Macías:

"—...Mentira que usted ande por ahí por don Mónico, el cacique; usted se ha levantado contra el caciquismo que asuela toda la nación. Somos elementos de un gran movimiento social que tiene que concluir por el engrandecimiento de nuestra patria. Somos instrumentos del destino para la reivindicación de los sagrados derechos del pueblo. No pelecamos por derrocar a un asesino miserable, sino contra la tiranía misma"¹²².

se manifiesta una nueva orientación de la revolución, o mejor dicho, se revelaba la revolución. Tales consideraciones abstractas, tal sentido

¹¹⁸ *Idem*, 23.

¹¹⁹ *Idem*, 27.

¹²⁰ Curro: individuo "que afecta libertad y guapeza".

¹²¹ *Idem*, 33.

¹²² *Idem*, 42.

generalizador de prácticas individuales y concretas, impactaron a los hombres de Demetrio Macías. Por primera vez se luchaba por la patria, ya no por situaciones coyunturales (como en *La bola*), ni se perseguía el bien de sólo una comunidad o una ranchería en particular (como en *El monedero* o en *Tomochic*). Una situación quizá más interesante: Cervantes propone engrandecer a la patria, esto es, acabar con el enemigo del bienestar social que, por lo visto, no es exterior a nosotros (como el ejército norteamericano en *El monedero*), sino que está aquí y nos es propio pero al mismo tiempo hostil: el caciquismo y la tiranía gubernamental.

Ahora bien, hasta este momento, Luis Cervantes *sabe* lo que está sucediendo, y por eso tiene autoridad para recomendar a Demetrio lo que es conveniente hacer (integrarse a las fuerzas revolucionarias de Natera). El imaginario colectivo le reconoce este papel, y se sorprende de que él, un catrín, les esclarezca qué es lo que está pasando. Demetrio le comentó a Anastasio

—...hemos tonteado mucho. Parece a manera de mentira que este curro haya venido a enseñarnos la cartilla.
—¡Lo que es eso de sabe leer y escribir!...
Los dos suspiraron con tristeza¹²³.

Por tanto, la ideología que se va a reproducir en lo subsecuente está fuertemente dirigida por Cervantes. Por otra parte, resulta interesante observar cómo su posición política —atacar al presidente Madero— se justifica en los abusos que históricamente ha demostrado ejercer el poder en México. Luis expone a Demetrio cómo imagina que Madero se deshizo de los revolucionarios, diciéndoles:

—“Ustedes, que me levantaron hasta la Presidencia de la República, arriesgando su vida, con peligro inminente de dejar viudas y huérfanos en la miseria, ahora que he conseguido mi objetivo, váyanse a coger el azadón y la pala, a medio vivir, siempre con hambre y sin vestir, como estaban antes, mientras que nosotros, los de arriba, hacemos unos cuantos millones de pesos”¹²⁴.

¹²³ *Idem*, 43.

¹²⁴ *Idem*, 41.

Y entonces, dice, lástima de tanta vida segada, de viudas y huérfanos, de sangre derramada: "¿Todo para qué? —se pregunta Cervantes—. Para que unos cuantos bribones se enriquezcan y todo quede igual o pero que antes"¹²⁵. Cervantes propone a Demetrio no renunciar a las armas para que a la patria "no la dejen caer de nuevo en manos de sus eternos detentadores y verdugos, los caciques"¹²⁶.

Ahora bien, ¿en qué radica que la postura de Cervantes tenga tanta repercusión en estos revolucionarios? En que comparten el mismo imaginario respecto al poder: a pesar de que se luche, las cosas vuelven a quedar igual, en manos de los caciques —eternos detentadores y verdugos—, en manos de 'los de arriba', los que aprovechan los puestos públicos para enriquecerse. ¿Es esto algo nuevo? No. Es lo de siempre, y el problema es que puede resultar peor.

Aquí se manifiesta la imagen que se tiene del poder en México: los grupos políticos utilizan a los pobres para acabar con sus enemigos, pero una vez que logran asumir el poder, traicionan al pueblo y se enriquecen otra vez a costa de la gente. ¿Será por ello que cuando algún líder le propone a la sociedad organizarse ésta piensa de él: "*algo quiere*"?

Después de estas meditaciones, volvamos a observar qué sucede con Luis Cervantes. Éste personaje casi al final de la novela —que vendría a ser el final de la lucha armada— se aparta de los revolucionarios. Después de haber juntado muchas joyas en los innumerables saqueos a las haciendas, pone un negocio e invita a Venancio a asociarse a fin de "favorecer nuestros mutuos intereses y las ambiciones justas... por cambiar de posición social"¹²⁷. Cínicamente, para Cervantes, de esta forma se han transformado las "ambiciones justas": de acabar con la tiranía a ascender en la jerarquía social.

¹²⁵ Ídem, 42.

¹²⁶ Ídem.

¹²⁷ Ídem, 113.

Pero no sólo Luis Cervantes es el joven ciudadano que se enamora de la revolución (porque eso sí, Cervantes creía, en un primer momento, en la reivindicación de las masas). Alberto Solís también se integra a los revolucionarios. Sin embargo, Solís es otro caso, pues él se decepciona de la revuelta y los revoltosos, pero a pesar de todo sigue a la bola hasta el final: de la "catástrofe" a la "redención". Solís percibía cómo la sed de venganza corrompía a los revolucionarios:

"...hay hechos y hay hombres que no son sino pura hiel... Y esa hiel va cayendo gota a gota en el alma, y todo lo amarga, todo lo envenena. Entusiasmo, esperanza, ideales, alegrías... ¡Nada! Luego no le queda más: o se convierte usted en un bandido igual a ellos, o desaparece de la escena, escondiéndose tras las murallas de un egoísmo impenetrable y feroz"¹²⁸.

En este punto es donde encontramos la opinión personal de Mariano Azuela, quien se percata que no toda destrucción implica una construcción social preferible:

"...¡Qué chasco, amigo mío, si los que venimos a ofrecer todo nuestro entusiasmo, nuestra misma vida por derribar a un miserable asesino, resultásemos los obreros de un enorme pedestal donde pudieran levantarse cien o doscientos mil monstruos de la misma especie...! ¡Pueblo sin ideales, pueblo de tiranos...! ¡Lástima de sangre!"¹²⁹.

Y conjuntamente con ese *pueblo sin ideales*, Solís exclama: "¡Qué hermosa es la Revolución, aun en su misma barbarie!". Esta ferocidad es lo que Azuela nos describe, permitiéndonos reconstruir con su novela un imaginario colectivo que se autoconsidera justo en sus actos destructivos. La representación que se tiene del poder suponemos debe ser, por tanto, lo suficientemente negativa.

Para los hombres de Macías, estar en la revolución es todo un honor¹³⁰. Pero la observación de la Pintada "¿Pa quién jue la revolución? ¿Pa los catrines? Si ahora nosotros vamos a ser los meros catrines", nos hace

¹²⁸ *Ídem*, 58-59.

¹²⁹ *Ídem*, 67.

¹³⁰ En cierta ocasión Anastasio expresó: "Pa peltar, lo que uno necesita es no más tantita vergüenza. ¡Yo qué soldado ni qué nada había de ser!" (*Ídem*, 64).

reflexionar sobre la opinión que tenían sobre sí mismos cierto sector popular: es un acto de justicia saquear las haciendas, pero más que nada es un acto de venganza por el cual se puede también invertir la jerarquía social.

Después de hurtar una hacienda —esto es, después de que los revolucionarios se daban el único gusto después de "ponerle la barriga a las balas"— la Pintada, muy ufana, lucía vestido de seda y grandes arracadas de oro. Azuela nos describe la forma en que se va transformando la tropa revolucionaria, que viviendo en la ignorancia —según su punto de vista—¹³¹ hace y deshace sin ton ni son, repitiendo la conducta que antes odiaba más: la ostentación de superioridad.

La tropa festejaba su último saqueo, pero lo que se podía ver es que finalmente imitaban la forma de vestir y los modales de aquellos a quienes tanto repudiaban. Era como si quisieran acabar con 'ellos' para ser 'otros ellos'. La Pintada caía en lo grotesco: "perniabierta, su falda se remangaba hasta la rodilla y se veían sus medias deslavadas y con muchos agujeros. Llevaba revólver al pecho y una cartuchera cruzada sobre la cabeza de la silla". Demetrio, por su parte, "también vestía de gala: sombrero galoneado, pantalón de gamuza con botonadura de plata, chamarra bordada de hilo de oro"¹³².

Como ya habíamos mencionado anteriormente, el saqueo adquiere durante la Revolución un carácter cuasi justo. Cuando la Codorniz y el Manteca se muestran los relojes y anillos de oro obtenidos en la casa del cura, este último se alegra y dice: "¡Ya sabe uno por qué arriesga el cuero!" Aparentemente a Luis Cervantes le molesta "tanta diablura" (la cual podría hasta *desprestigiar la causa*), pero más adelante encontramos que Cervantes también roba. Otro aspecto interesante de estas rapiñas, es que si bien es válido que la tropa robe, esto es, que se venga de los que ejercen el poder, lo cierto es que las jerarquías socio-políticas no se pierden: también en los

¹³¹ Azuela pinta la siguiente escena: "Afuera, en un ángulo del patio y entre el humo sofocante, el Manteca cocía elotes, atizando las brasas con libros y papeles que alzaban vivas llamaradas" (*idem*, 74).

¹³² *Idem*, 82-83.

saqueos se reproducen los esquemas de autoritarismo y enriquecimiento de los poderosos:

"—Yo me robé en Zavatecas unos caballos tan finos que dije acá para mí: 'Lo que es de este hecho ya te armaste, Pascual Mata; no te vuelvas a apurar por nada en los días de vida que te quedan' —dijo un capitán desmolado y ya blanco de canas—. Lo malo fue que mis caballos le cuadraron a mi general Limón y él me los robó a mí."¹³³

Ahora bien, ¿de qué forma justificaban la revolución los revolucionarios? Tenemos un buen ejemplo: Macías y sus hombres encontraron en el camino a Tepatitlán a un peón que declaró ganar miseros 16 centavos diarios. Después de que el campesino "echó pestes" de su patrón, del rancho y de su perra suerte, Demetrio le contestó: "Desquitas bien el sueldo, hijo... A reniega y reniega, pero trabaja y trabaja... Siempre hay otros más penceos que nosotros los de la sierra..."¹³⁴. En este punto, el imaginario colectivo reflejado en *Los de abajo* se nos muestra más preocupado por acabar con los poderosos, que con las estructuras de poder. Es de tontos, para esta cultura política, renegar sin actuar. Lo malo es que finalmente no importa qué posición política se tome, sino simplemente acabar con los pelones.

Cuando Natera explicó a Demetrio que la Convención desconocía a Carranza como Primer Jefe y que se iba a elegir un presidente provisional de la República, Demetrio inclinó la cabeza "en señal de asentimiento". Parecía como si Demetrio no entendiera qué era lo que sucedía. Lo único que le quedaba claro es que Demetrio no debía rajarse. "¿Qué dice de eso, compañero?", interrogó Natera. Demetrio se alzó de hombros: "Se trata, a lo que parece, de seguir peleando..." Natera le preguntó a quién apoyaría y Demetrio repuso:

¹³³ *Idem*, 110.

¹³⁴ *Idem*, 91.

"—Mire: a mí no me haga preguntas, que no soy escuelante... La aguilita que traigo en el sombrero usté me la dio... Bueno, pos ya sabe que no más me dice: Demetrio, haces esto y esto y esto... ¡y se acabó el cuento!"¹³⁵.

A tales alturas de la revolución, Anastasio se preguntaba: "¿Pos no acabamos ya con la Federación?". El sentido de tanta revolución se estaba perdiendo. Al llegar a Juchipila "se sentía ya la amargura del éxodo". La catástrofe se anunciaba: "Villa derrotado era un dios caído. Y los dioses caídos ni son dioses ni son nada"¹³⁶. De ello deducimos que en el imaginario colectivo de *Los de abajo* tiene particular fuerza la imagen, el símbolo de un caudillo, de un héroe que más que hombre, es un mito¹³⁷. Los ánimos populares giraba en torno a esta imagen, al dios que no toleraban ver derrotado. Así, muy pocos siguen creyendo en la revolución sin Villa¹³⁸.

Valderrama —personaje muy parecido a Alberto Solís— contempla al devastado pueblo y exclama: "¡Juchipila, cuna de la Revolución de 1910, tierra bendita, tierra regada con sangre de mártires, con sangre de soñadores... de los únicos buenos!...". Anastasio Montañés y Demetrio, por su parte, resienten que los pueblos ya no repicaban campanas ni salían a encontrarlos con cohetes y vivas. "—Ahora ya no nos quieren", repuso Demetrio. La huella negra de los incendios se veía en las casas destechadas, en los pretilos ardidós.

"La mueca pavorosa del hambre estaba ya en las caras terrosas de la gente, en la llama luminosa de sus ojos que, cuando se detenían sobre un soldado, quemaban con el fuego de la maldición"¹³⁹.

Por haber cometido tantos destrozos, al ejército federal se le odiaba en *Los bandidos de Río Frio*, en *El monedero*, en *Tomochic*... Pero los excesos

¹³⁵ *Idem*, 112.

¹³⁶ *Idem*, 117.

¹³⁷ Ya anteriormente citamos cómo en esta novela el héroe, Dios, el cielo y la Virgen Santísima no sólo son componentes del imaginario colectivo, sino que —y por lo tanto— guían y justifican al acción colectiva.

¹³⁸ Cuando Venancio relata a Valderrama el gran desastre (Villa fue derrotado en Celaya por Obregón, y Carranza es el triunfador por todas partes), Valderrama contesta solemnemente: "¿Villa?... ¿Obregón?... ¿Carranza?... ¡N... Y... Z...! ¿Qué más me da a mí?... ¡Amo la Revolución porque es Revolución!... Pero las piedras que quedan arriba o abajo, después del cataclismo, ¿qué me importan a mí?..."^{(idem}, 117).

¹³⁹ *Idem*, 123-124.

de las tropas revolucionarias también evidenciaban sus costos sociales, políticos e ideológicos. Demetrio sintió desolación y dijo:

"...Pero se me figura que nos está sucediendo lo que a aquel peón de Tepatlilán... No paraba de rezongar de su patrón, pero no paraba de trabajar tampoco. Y así estamos nosotros: a reniega y reniega y a mítenos y mítenos..."¹⁴⁰

Cuando su mujer le pregunta "¿por qué pelean ya?", Demetrio,

"...las cejas muy juntas, toma distraído una piedrecita y la arroja al fondo del cazón. Se mantiene pensativo viendo el desfiladero y dice:
—Mira esa piedra cómo ya no se para..."¹⁴¹

Tal es el sentir popular según Azuela. En busca de los imprevistos los soldados cantan, ríen y charlan locamente:

"En su alma rebulle el alma de las viejas tribus nómadas. Nada importa saber a dónde van y de dónde vienen: lo necesario es caminar, caminar siempre, no estacionarse jamás, ser dueños del valle, de las planicies, de la sierra y de todo lo que la vista abarca"¹⁴².

¹⁴⁰ *Ídem*, 122.

¹⁴¹ *Ídem*, 125.

¹⁴² *Ídem*, 126.

VI. La negra Angustias

Grandes caravanas de ancianos, mujeres y niños llegaban a Cuernavaca, alimentando un poquito de esperanza y un odio que transmutaba la legendaria mansedumbre, la secular sumisión india, en furia devastadora y asesina.

Francisco Rojas González

La primera edición de la novela *La negra Angustias* ocurrió en 1944. Para ese entonces ya se había publicado la obra más reveladora del filósofo Samuel Ramos, quien, al igual que Francisco Rojas González, perteneció a la 'Generación del 15'. Eso explica la posición que más de una vez mostró Rojas González en esta novela: el sentimiento de inferioridad de los mexicanos.

La negra Angustias no es sólo una novela sobre la revolución: es el epitafio del proceso revolucionario. Rojas González aparentemente describe la Revolución Mexicana, pero si leemos atentamente, todo lo anterior sirve para llegar al clímax de su obra, para lo que él quiso exponer, esto es, el final tristísimo del movimiento revolucionario. Si ya Mariano Azuela nos había anunciado el fracaso de la revolución, Rojas es mucho más contundente: el poder se ha sustituido por otro poder aún más abusivo.

Los temas que constituyen el eje de análisis son, a saber:

- Los revolucionarios: gente broncea y alebrestada.
- La violencia como solución a los problemas estructurales.
- Los héroes míticos.
- El odio como fundamento solidario entre los pobres.
- La falta de programática social y política entre los revolucionarios.
- Las letras como una forma de dominación.
- Las luchas al interior de los revolucionarios.
- El desprecio a la clase media.
- La traición de los seudo-intelectuales a la Revolución.

*

La presente novela denuncia perfectamente 'el triunfo de los catrines'. Escrita durante y después del Cardenismo, se convierte en una importante retrospectiva del movimiento armado. *La negra Angustias* refleja la manera en cómo los grupos ideológicos revolucionarios rebasaron al movimiento mismo, para finalmente encaramarse en el poder y no soltarlo desde entonces.

La mulata Angustias Farrera se convierte en esta novela en representación del sentir popular. Angustias se solidariza con sus iguales, los pobres, y se suma a las fuerzas revolucionarias. Pero Angustias es seducida por el que sabe leer: Angustias a partir de entonces se pone a su disposición y, por lo mismo, padece sus abusos.

Angustias Farrera es una mulata que hereda de su padre la valentía. Odia a los varones, pero al atreverse a rechazar propuestas de matrimonio, sufre el rechazo de sus vecinos. Aún así, la mulata sigue su vida aislada y no titubea en matar a un hombre que quiso abusar de ella. Ante tal homicidio, huye pero es capturada por una banda de asaltantes. Logra escaparse nuevamente con la ayuda de un maleante enamorado de ella y que a partir de entonces le servirá fielmente.

En el pueblo Real de Ánimas fue donde Angustias se enteró de la revolución. Las cosas habían cambiado, pues la sumisión se había transformado en rebeldía sangrienta. Unos arrieros comentaban:

"—...Ya no hay garantías 'allá abajo': los hombres se han alzado, los pueblos están solos y los caminos llenos de gente bronca y alebrestada. Gente sumisa y buena ayer, que ahora incendia, mata y roba fría y tranquilamente, como si no hubiera hecho otra cosa en su vida."¹⁴³

Encontramos que —de manera muy semejante a la novela *Los de abajo*— la percepción popular reflejada en *La negra Angustias*, encuentra legítima la modificación de las actitudes políticas colectivas; esto es, resulta

¹⁴³ Rojas, 1944 1993: 73.

válido en tanto que ahora sí se está llevando a cabo "la revolución de los *probes*". Esto confirma la hipótesis que planteamos en la lectura de *La bola*, donde allí las revueltas obedecían (tanto en su origen como en su final) a querellas entre caudillos, caciques o políticos. Muy distinta es la situación del movimiento revolucionario del presente siglo, donde los enfrentamientos son directos entre pueblo-poder, y no de poder a poder. La voz de don Melitón en la novela de Rojas expresa éste sentir popular respecto a la revolución¹⁴⁴, cuando explicó a Concho que ésta era "la más sangrienta y la más cruel... Pero también la más justa"¹⁴⁵. Con esto queremos decir que, en un primer momento, la justicia era de y para el pueblo, para la gente 'que tanto había padecido en los cañaverales, en el tiro oscuro de las minas y en los infernales ingenios azucareros'. La transformación consiste en que ahora los desvalidos:

"...han aventado a la cara de los mayordomos y de los capataces el puñado de centavos con que se les pagaban muchos cuartillos de sudor..."¹⁴⁶

Algo que se observa todos los días son fábricas ardiendo, patrones huyendo y los *probes* 'encorajinados', conduciéndose sin respeto ni a Dios ni al gobierno. Aquí aparentemente se repite la situación de *Tomochic*, donde todo poder instituido es rechazado. Sin embargo, a través de la novela de Azuela comprobamos que existe, en cambio, un fervor hacia los símbolos religiosos tradicionales, los cuales incluso animan a los campesinos a sumarse a las fuerzas revolucionarias. En *La negra Angustias* no encontramos, a su vez, evidencia alguna de que se haya atentado contra la Iglesia católica, por lo que suponemos que el imaginario colectivo se enfrenta exclusivamente al poder caciquil y al poder gubernamental.

¹⁴⁴ Este sentir popular debe ser contextualizado, pues ya veremos más adelante cómo el imaginario colectivo empieza a desmitificar a la Revolución en tanto éste resulta ser un logro no para la colectividad y que es utilizado como pretexto para que otros se aprovechen demagógicamente del pueblo. Este fenómeno sirve, así, para que se reproduzca el providencialismo, del que ha hablado Francisco Paoli Bolio.

¹⁴⁵ *Idem*, 73.

¹⁴⁶ *Idem*.

Esto último es mucho más recurrente. En una plática entre arrieros, don Concho cuenta que:

"...El hambre y el odio de las gentes de Puebla le han dado motivos al Tuerto Morales para alzarse y ganarles muchas peleas a los federales, y don Felipe Neri, el de Ahuatepec, afusiló a los empleados de la finca El Paraíso, para ajustar con ellos algunos pendientes..."¹⁴⁷

Aquí observamos a los dos adversarios de los revolucionarios: los federales y los empleados de la finca. Pero también el enemigo popular de *El monedero* vuelve a aparecer: los ricos. La negra Angustias, tras concluir que "sólo había un remedio contra las torturas de los pobres: la violencia; y de que la violencia manifiesta en su más alto grado cambiaba de nombre: la revolución"¹⁴⁸, convence a los pueblerinos de Real de Ánimas a que la sigan. Para ello les dice:

"—Todos ustedes saben cómo andan las cosas. Mucha gente pelea porque naiden está agusto con que los ricos —que son más pocos que los probes— estén gozando de la vida, mientras que nosotros andamos —mala la comparación— como los puercos... Los que tienen hijos deben pensar que cuando ellos sean grandes tienen que sufrir lo mismo que nosotros... ¿Y quien que tenga corazón va a permitir eso?... Entonces yo los invito a que me sigan... [pues] hay que quitarles a los ricos todo lo que se han robado y devolverlo al pueblo hambriento y encuerado. ¡Que viva Zapata!"¹⁴⁹

La mulata reflexionaba: los probes tienen que ser menos probes... pero para eso, los ricos tienen que ser menos ricos¹⁵⁰. El imaginario colectivo reflejado nos muestra que los campesinos revolucionarios no poseían ya no teoría política, sino instinto político, pues la pobreza no se acabaría así de fácil: lo importante era terminar con las estructuras de poder. El imaginario de esta novela suponía que saqueando al Juzgado¹⁵¹, matando

¹⁴⁷ *Ídem*, 74.

¹⁴⁸ *Ídem*, 76.

¹⁴⁹ *Ídem*, 79.

¹⁵⁰ *Ídem*, 90.

¹⁵¹ La negra Angustias ordenó saquear el Juzgado, explicando que "Así arderán papeles, mesa, casa y todos los embustes y las sinvergüenzadas que han escribido allí". La gente habíase dispersado por la plaza, para ver cómo el incendio devoraba "el odiado recinto, asiento de la injusta justicia" (*ídem*, 84).

administradores¹⁵², despojando haciendas y enfrentando a los federales se solucionarían el "oprobio más grande que puede emporcar el alma de un hombre: la esclavitud"¹⁵³.

Sin embargo, la experiencia histórica colectiva también previene del eterno estilo de ejercicio del poder. En cierta ocasión Angustias quiso fusilar a un catrín sin realizarle consejo de guerra, pero como don Concho reprobará esta acción, la mulata le dijo "—Antes los que juzgaban eran los ricos; de éstos no va a quedar uno para semilla. ¿Quién nos juzgará entonces a nosotros?". Concho la hizo recapacitar argumentando que: "—Nunca falta quien se plante a la cabeza"¹⁵⁴, esto es, en algún momento un grupo se apropiaría del poder y empezaría a aplicarle la ley a todo mundo. Con ello concluimos que en ese instante, tal vez muy pocos, pero no faltaba quien advirtiera la lucha de poder tanto exterior como intrínseca al movimiento.

Si la discusión sobre el proceso revolucionario no se efectuaba, se debía a que los hombres y mujeres estaban más ocupados en enfrentar al poder que en debatir las consecuencias. Es más, existía un acto en el imaginario colectivo más parecido a la creencia que a la convicción fundamentada. Esto lo podemos observar al analizar la figura revolucionaria que el imaginario colectivo reconstruyó: Emiliano Zapata, aquel héroe que se debía seguir. De él se opinaba:

"—...A ese hombre lo siguen los probes como a un dios porque a su sombra despierta el descontento de los de abajo y nace el miedo de los encumbrados. A un grito de él, la rebelión ha nacido en el sur de México y hoy día no hay quien la detenga: es ya un torrente que todo lo arrastra y lo destruye..."¹⁵⁵

Obviamente que los ideales que enarbolaba Zapata eran precisamente lo que el pueblo campesino reclamaba. Lo que queremos recalcar, en todo caso, es el carácter que adquiría esta figura en el imaginario colectivo de *La*

¹⁵² Angustias Ferrara se dirigió al hombre que mandó fusilar: "¿Conque usted es a lo mejor un administrador?... ¿No? De esos que tiene ahoy toda la tierra que antes era de los que andamos defendiendo en esta trifulca" (*idem*, 97).

¹⁵³ *Idem*, 6.

¹⁵⁴ *Idem*, 98.

¹⁵⁵ *Idem*, 74.

negra Angustias. Si recordamos, en la novela *La bola* se nos presenta a un Villa mítico, indiscutiblemente inaprehensible como ser humano. Por ello mismo es entendible que cuando es derrotado los ánimos se debilitan, pues como dice Azuela "los dioses caídos ni son dioses ni son nada"¹⁵⁶. En cambio, para el imaginario colectivo revolucionario del sur, Zapata sigue siendo digno de admiración porque su popularidad no se debía a sus éxitos en campaña, sino al enfrentamiento físico, moral e ideológico que ofrecía al poder instituido:

"El día en que Emiliano Zapata dio pábulo a que la prensa reaccionaria de la capital le colgara el mote de 'Atla del Sur', por el grave pecado de haber dicho a un representante del Gobierno que sus hombres no entregarían las armas hasta ver colmados los principios que les hicieron derramar su sangre, dejar sus lares y trastornar sus vidas, hubo gozo en los pueblos controlados por los surianos, fiesta en los campamentos y la ilusión tuvo relucencias de lucero"¹⁵⁷.

En *La negra Angustias* Zapata es distinto a los demás líderes históricos por la integridad mostrada en sus actos, en sus palabras. Por eso, a Zapata no se le teme, se le admira y quiere.

"Tierra y libertad" es, según la voz popular de la novela de Rojas, "ese grito que a todos promete y envalorina"¹⁵⁸. Y ese *todos* es sumamente significativo. Primero, porque implica a la colectividad. Segundo, porque esa colectividad tiene algo muy importante en común: una imagen compartida del poder en México. El poder o los enemigos de la revolución son:

"...como la guía de la yedra que se abraza de los troncos, que se embarra en las ramas para chupar todo el jugo de los árboles y llevarlo a las raíces que la mantienen. Son las manos de los ricos, las manos para agofetear y las manos para exprimir y las manos para arrempujar a las mujeres ajenas en los brazos de los amos... Estos son los maloras en todo el relajo"¹⁵⁹.

¹⁵⁶ Azuela, 1916-1990: 117.

¹⁵⁷ Rojas, 1944-1993: 139.

¹⁵⁸ *Idem*, 74.

¹⁵⁹ *idem*, 97.

Rojas nos cuenta que *todos* veían en los campesinos rebeldes "a los paladines de la causa de todos, porque todos los allí reunidos eran de la misma sustancia, arrancada de idéntico estrato y por la misma mano despiadada del explotador". El sufrimiento es lo que los hermana:

"Eran iguales entre sí... del mismo barro de aquellos que tras una cerca disparaban sobre el aborrecido capataz y huían al cerro con la conciencia libre ya del oprobio más grande que puede empujar el alma de un hombre: la esclavitud..."¹⁰⁰

Pero no sólo el dolor y la imagen del *aborrecido capataz* los igualaba, sino la búsqueda de una vida mejor: "Eran la plebe toda, unida por dos fuertes trabazones: el martirio y el anhelo"¹⁰¹. La coronela Angustías Farrera prometía "un remoto pero seguro remedio, una solución curativa para las heridas, que vendría, infaliblemente, tras de agotar un complicado procedimiento". Aunque para la tropa —y aun para ella misma— resultara esto inteligible, Angustías los convencía de que:

"Cuando triunfe la bola que ahoy rueda machacando y rasando con todo, hasta dejarlo parejo como la palma de la mano, entonces..."¹⁰².

Para Rojas González, lo que se presenciaba en cada venganza colectiva era una "idea embrionaria de la justicia pura", que para bien o para mal pretendía "destruir lo construido en muchos años con el esfuerzo de los más para el provecho de los menos". Así, todo giraba en torno a la violencia, pues

"Después se pensaría en erigir sobre el yermo ceniciento el nuevo edificio de la redención. ¿Planes? ¿Preceptos? ¿Leyes? No sabían ni querían saber nada de eso..."¹⁰³.

¹⁰⁰ *Idem*, 75.

¹⁰¹ *Idem*.

¹⁰² *Idem*, 106.

¹⁰³ *Idem*, 118.

¿Por qué la utopía? Rojas explica muy bien que "ellos descargaron el hachazo contra el tronco del árbol que les quitaba la luz del sol; su tarea estaba concluida". Y es cierto, porque en ello radica toda revolución, en destruir lo que se odia. La cultura política en su sentido imaginario lo expresa, y en su orientación conductista, también. En *La negra Angustias* se nos presenta a un imaginario colectivo despreocupado de lo otro:

"...de imponer el orden al desorden, de encauzar el torrente, de orientar fructíferamente el esfuerzo común, ya se encargaban, según habían oído decir, la maestra Lola Jiménez y Muro y el joven Gildardo Magaña"¹⁵⁴.

Si bien no es muy creíble que tuvieran figuras tan explícitamente dedicadas a ello¹⁵⁵, lo cierto es que en estas se reconocía cierta autoridad, puesto que "sabían leer". Pero las letras, por ser vehículo de los poderosos, contenía potencialmente también un carácter negativo. La voz del Güitlacoche representa muy bien el sentir popular analfabeta de esa época, que al encontrarse frente a un desplegado asegura que:

"—Bueno, ultimadamente, pa mi ni la escritura ni la lectura valen un comino. Nunca nada bueno nos ha llegado en un papel... Cada vez que en mi tierra pegaban en las paredes alguna cosa de esas, las gentes se alzaban al monte o se ponían a temblar porque sabían que el Gobierno iba a echar leva o a subir las contribuciones a los amos y éstos a bajar las rayas y las raciones... O era que el jefe político ordenaba que amartaran sus puercos los que los tuvieran y los que no, que no... O era la limosna pa la iglesia o pa la escuela en donde los chilpayates iban a aprender a ler... ¿Qué? Pos no más puras órdenes o regañadas que les echaban en los papeles... ¡Pa mi ler o escribir vale sombrilla!"¹⁵⁶

Lo importante aquí no radica en que al Güitlacoche no le interesa leer —lo cual podría ser falso—, sino su desconfianza hacia las letras. Es más, para el pueblo revolucionario aprender a leer es un lujo inalcanzable. Podían meterse a una hacienda a festejar y bailar en los largos salones, pero no

¹⁵⁴ *Idem*.

¹⁵⁵ Incluso notamos cierta incertidumbre, pues ese "según habían oído decir" le confiere un carácter despreocupado y justificatorio.

¹⁵⁶ *Idem*, 152.

podían ignorar su origen, su condición humilde¹⁶⁷. El gusto de saquear una hacienda es efímero, y suponer que con ello se dejaba de ser pobre, engañoso¹⁶⁸. En la revuelta los pobres charlaban con el 'desenfado de todopoderosos', sin percatarse de que el sentimiento de igualdad y fraternidad que los había unido se estaba perdiendo: las luchas internas entre los mismos revolucionarios era un hecho. Rojas expone que muchos de los jefes "se hallaban enemistados entre sí por celos y mezquindades ajenos a la gigantesca responsabilidad que cargaban sobre sus hombros"¹⁶⁹, haciendo de naderías "hondas querellas, y de las dificultades para coordinar un plan que les llevara al triunfo de la causa popular pasaron a la mutua intransigencia"¹⁷⁰.

El desánimo no se hizo esperar. Cuando el gobierno ordenó entregar las armas porque había hecho "la paz con los ricos", algunos hombres se animaron para seguir peleando¹⁷¹, alegando que si se habían alzado en armas por la "Tierra y Libertad", "y si ahoy no alcanzamos las dos cosas, nos conformamos con la tierra"¹⁷². El Concho pensaba:

"—La tierra se gana a tiros; pero con muchos tiros. ¡Vamos al monte! Lo mismo es pelear contra este que contra aquél o contra los dos juntos... que con l'hambre, el frío y la ignorancia"¹⁷³.

¹⁶⁷ "Sobre el piso de ladrillo rojo del salón arrastrábanse y saltaban en loca competencia los pies torpes, anchos y enguarachados de los campesinos, o aquellos sometidos a la desusada tortura de los zapatos o de las botas fuertes, o los descalzados que taloneaban con vigor sobre su propio complejo de inferioridad" (*idem*, 1169).

¹⁶⁸ El capitán Guítaoche reprendió a uno de sus hombres al descubrirlo llevándose un marquito de plata: "Mira, Pifanio, una cosa es tomar lo ajeno cuando se necesita y otra es robar". Le ordenó devolverlo, para que "escarmienten todos los que han creído que esta bola se hizo no más para ponerse las botas...". Pero Pifanio lo desobedeció y se excusó diciendo: "¿Qué es lo que más necesita un probe? ¿Pus dejar de serlo?" (*idem*, 102.)

¹⁶⁹ *Idem*, 119.

¹⁷⁰ *Idem*, 137.

¹⁷¹ "Un día corrió de boca en boca la nueva:

"Tenemos que entregar las armas, porque el Gobierno va hizo la paz con los ricos."

"¿X' quien demonios es ese Gobierno que no más nos arrempuja pa que dejáramos la familia, las gallinas y una cola ansina de larga de malquerencias?"

"Pos ve tú a saber. Yo al único Gobierno que conozco es a ese levitón de santiojos que vino l'otro día a engaratusarse a Emiliano. ¡Apesta a millonario! Así es que vete aparejando para entregar a los pelones las cananas y el acocote."

"Esto nuncamente, mi valedor, ¡Prefiero entregarme colgado de un mexquite como mi compadre don Panfilito Higuareda, que de Dios haga!" (*idem*, 138).

¹⁷² *Idem*, 139.

¹⁷³ *Idem*.

Si bien aquí podría insinuarse un parecido con la posición de Macías y sus hombres en *Los de abajo*, en el sentido del sin sentido de la lucha revolucionaria¹⁷⁴, el imaginario colectivo de *La negra Angustias* sí reconoce claramente al menos un responsable de que se falseen los ideales revolucionarios: la clase media, clase social que ni es como los de abajo ni es el heredero 'natural' del poder:

"La clase media, tan dúctil en la mano de los poderosos y tan útil para alzarlo como valladar entre los elegidos y la masa palpitante, gusanera que bulle igual en las hondonadas de los campos que en los nauseabundos suburbios de las ciudades"¹⁷⁵.

Pero ocurre algo anterior a este resentimiento hacia la clase media. El imaginario colectivo desprecia y al mismo tiempo se impresiona por los pseudo-intelectuales que pretenden imprimir al movimiento revolucionario "un cauce científico". Enrique Pérez Gómez es "un tipo largo, sanguíneo y blanco, de fino perfil un poco achatado por el peso de los gruesos vidrios de sus lentes". Al saludar a los revolucionarios, nadie le contestó: "su fachada citadina hizo que los hombres de campo lo vieran primero con recelo, luego con curiosidad y finalmente con burla"¹⁷⁶. Este personaje les habló con términos extraños, queriéndolos impresionar citando a medio mundo (Rousseau, Voltaire, Maquiavelo, Comte, Weber, Marx, Agüeros, etc.). Como si estuviera en un concurso de oratoria, dijo entre muchísimas otras cosas:

"...no debemos obrar con precipitaciones, ni menos desmayar precisamente a las puertas de la victoria, cuando hemos logrado hacer huir al apollidado dictador..."¹⁷⁷

¹⁷⁴ "—Naiden —dijo Concho— va a ser capaz de contener la peña que viene rodando; ninguno se atreverá a cortarle el camino porque lo arrastrará; todas las cosas se acaban donde deben acabarse, y la peña rueda y rueda hasta onde tiene que rodar. ¡Machuque a quien machuque!
Los camaradas apenas si le oían, agarrados cada uno a sus propias preocupaciones" (*idem*, 140).

¹⁷⁵ *Ídem*, 128.

¹⁷⁶ *Ídem*, 141.

¹⁷⁷ *Ídem*, 142.

Su intención era plantarse como el ideólogo de aquel movimiento armado. Pérez Gómez se justificaba argumentando que él también era un revolucionario:

"—...Descontento desde niño con el régimen dictatorial, escandalicé con mis ideas a mis maestros y condiscípulos..."¹⁷⁸

por lo que fue castigado por su padre: vivir 15 días en una hacienda. Allí inició su "carrera de rebelde", explicando que "si corta es mi experiencia en el terreno de los hechos, en cambio puedo considerarme perfectamente preparado como *revolucionario de gabinete*"¹⁷⁹.

Sólo Concho se atrevió a demostrarle la importancia de la sabiduría popular. Cuando el Lic. Enrique Pérez puso como ejemplo que él podría acabar con las pulgas primero estudiando cómo matarlas y luego encargándose del proceso curativo, Concho refutó sus ejemplos alegando que:

"—...También se nos alcanza que hay que acabar con todas las pulguitas del mundo y no necesitamos quebrarnos la cabeza para saber dónde viven; tenemos tantos años de sufrirlas, que ya sabemos de ellas vida y milagros... Antes de pedir consejo a un señor de esos que dice su merced, le arrimamos un tizón a la zacatera; el pasto se acaba y con él las pulgas..."¹⁸⁰

Concho tenía razón. Sólo que los tiempos habían cambiado...

No todos se dan cuenta de que muchos de los que saben leer sólo buscaban beneficiarse de la revolución. Y la negra Angustias, que en esta novela representa al sentir popular, no se percata del peligro. La mulata se enamora de un letrado, el joven Manuel de la Reguera y Pérez Cacho, quien con un título de profesor, sin gracia ni empleo y habiendo quedado huérfano, empezó a enseñar a leer y escribir a la negra Angustias.

A la mulata le impresionó el refinamiento del joven, pues éste representaba al mestizo que ocultaba muy bien el sentimiento de inferioridad

¹⁷⁸ *Ídem.*

¹⁷⁹ *Ídem.*, 143 (subrayado nuestro).

¹⁸⁰ *Ídem.*, 147-148.

que al pueblo revolucionario en cambio le era imposible hacer un lado. Este letrado es encarnación de la modernidad, del ideal de progreso que promete justicia, menor desigualdad económica y cultura para todos.

Manuel de la Reguera, al igual que el personaje Pérez Gavilán de *La bola*, presenta dos caras: primeramente, parece estar de lado de los pobres, o al menos no manifiesta interés en detentar el poder y ejercerlo sobre los desvalidos. Ya en una etapa posterior, Manuel se aprovecha de la confianza que le tiene Angustias y la convence de dejar las armas y aceptar el puesto público que le ofrece el gobierno como recompensa por retirarse de la revolución. La negra Angustias *erree* realmente en el seudo-intelectual, y muy feliz se casa con él, sin darse cuenta de que Manuel lo hace para acreditarse como su apoderado y suplirla como funcionario público.

Metafóricamente Francisco Rojas nos presenta cómo la sociedad pacta con el gobierno un acuerdo desigual: a cambio de seguridad y cierto bienestar, el poder político se convierte en el 'apoderado' de la sociedad. El compromiso parece mutuo: Angustias (el pueblo) seguiría y apoyará las decisiones de Manuel (el gobierno) porque supónense éstas fincadas en el saber: no pueden examinarse o ponerse en evidencia porque en el criterio de autoridad va implícito el autoritarismo.

Manuel no es el único que 'enreda' al pueblo (Angustias). Al final de la novela resurge aquel individuo que una vez se ofreció como *revolucionario de gabinete*, Enrique Pérez Gómez. Este sujeto muestra con los hechos su posición política: estar siempre dentro de la política. El imaginario colectivo de *La negra Angustias* reconstruye la figura de Pérez Gómez como el símbolo del político cínico que se pone de lado del gobierno cuando estar de lado del pueblo ya no le conviene. Enrique Pérez es ahora el representante del poder instituido que intenta cooptar a los revolucionarios, acallando las demandas populares a través del soborno de sus líderes. Angustias no se da cuenta de todo ello porque sigue confiando en Manuel de

la Reguera, esperando que sea él quien soluciones los problemas, pues ella (el pueblo) está cansada de luchar con las armas.

Enrique Pérez —o el gobierno posrevolucionario— se alegra de que Angustias haya recapacitado, pues

“...*No ser rebelde es lo indicado para gozar de los beneficios que ofrece una chambita como con la que el Supremo Gobierno ha hecho gracias a los méritos y merecimientos que adornan a usted, mi admirada coronela...*”¹⁸¹

El pueblo observa. En la cultura política queda la imagen: “A’istá, en cuanto la Angustias aprendió a ler se olvidó del hambre y del frío de sus gentes”¹⁸². El imaginario colectivo de esta novela percibe, además de los caciques, del ejército y del gobierno, un nuevo enemigo, los letrados, que buscando afanosamente el poder, son capaces de traicionar a la misma Revolución Mexicana. Recuérdese, estamos en “El triunfo de los catrines”, cuando los revolucionarios y/o políticos triunfales pasan de la revolución en caballo a la revolución en cadillac.

¹⁸¹ *Idem*, 213-214.

¹⁸² *Idem*, 216.

VII. Cabello de Elote

*Yo soy de México, la tierra de
Cárdenas y de tantas sinvergüenzas...*
Mauricio Magdaleno

Mauricio Magdaleno nació el 13 de mayo de 1906 en Tabasco, Zacatecas. Perteneciente a la Generación del 29, llega a estudiar a la ciudad de México en 1920. Durante sus estudios en la Escuela Nacional Preparatoria, es condiscípulo de Miguel Alemán, Héctor Pérez Martínez, Salvador Azuela, Alejandro Gómez Arias y Gabriel Ramos Millán¹⁸³.

Tras su viaje a España, escribe *Campo Celis* (1935), iniciando así una prominente carrera novelística. Por otra parte, su producción guionística le valen popularidad internacional, pues elaboró los argumentos de las películas *Flor Silvestre*, *Maria Candelaria*, *Bugambilia*, *Río Escondido*, *Maclovia* y *Pueblerina*. En general, su obra literaria se caracteriza por una gran preocupación social, interés que se plasmará con peculiar ímpetu en la novela *Cabello de Elote*. De esta obra literaria analizaremos los siguientes puntos:

- La nueva esperanza popular: la exquisitez de la vida citadina.
- La pérdida de solidaridad popular: el odio y menosprecio al campesino y al indio.
- El sometimiento de los indígenas y la interrelación entre poder y racismo.
- El uso de poder y la impartición de justicia.
- La mitificación de Cárdenas.
- El desprecio hacia los políticos.
- Los discursos políticos: nueva estrategia de dominación.
- Los senderos del poder.
- Corrupción y abuso de poder.
- La Revolución: pasado turbulento e inútil.

¹⁸³ Antonio Castro Leal, noticia biográfica en Magdaleno, 1949/1986: XI.

El título de la novela *Cabello de Elote* —publicada por primera vez en 1949— deviene del sobrenombre de Florentina, muchacha que resulta del mestizaje de una india con un italiano. "Cabello de Elote" o Florentina crece "con una reconcentrada vergüenza de su origen, no por lo ilegítimo sino por lo indio"¹⁸⁴. Esta obra literaria, escrita durante el periodo que Sefchovich ha llamado "El triunfo de los catrines", es la versión novelística de la filosofía de Samuel Ramos. En ella Mauricio Magdaleno —en forma muy similar a Rojas González— "ha hecho la historia de un complejo muy mexicano: de la inferioridad"¹⁸⁵. Sin "pedantes tiradas de psicoanálisis", hace de esta problemática el material de su novela. Al igual que en sus demás producciones novelísticas, describe "el medio ambiente mexicano" valiéndose de una vividez que no cae —como en otras novelas folklóricas, según Gringoire— en el abuso de los colores.

Aunque Pedro Gringoire les llama "cuadros de costumbres", la novelística de Mauricio Magdaleno es un importante registro crítico de la sociedad mexicana posrevolucionaria. En *Cabello de Elote*, por ejemplo, descubrimos la lucha cultural entre dos grandes sectores mexicanos: los urbanos y los rurales. Mientras Florentina representa a aquellos que aspiran a una vida citadina, don Casimiro es de los que piensan "sólo el viento anda de aquí pa allá sin saber a dónde va a parar. Uno es de una parte, y ya"¹⁸⁶. Tenemos así la tensión entre el *arraigo* y la *modernización*¹⁸⁷. Es simbólico el hecho de que al final de la novela Florentina triunfa: consigue que la lleven a vivir fuera de las tierras michoacanas.

Esta fascinación por la vida urbana no la encontramos tan intensa como en esta novela, y prácticamente a partir de este momento los

¹⁸⁴ Pedro Gringoire, prólogo en Magdaleno, 1949 1986: VII.

¹⁸⁵ *Ibidem*, VIII.

¹⁸⁶ Magdaleno, 1949 1986: 4.

¹⁸⁷ Don Casimiro representa muy bien al *arraigo*. Cuando el gobierno acabó con Lombardía y Nueva Italia, se acabó también don Casimiro. Estos eran otros tiempos: "la vida había corrido más aprisa que su capacidad de adaptación a nuevos medios y lo aturda, cada día más, a fuerza de no entenderla" (*idem*, 95). Aquí tal parece que la culpa la tienen los que no se ajustan a la nueva vida, sin embargo, cabría preguntar por qué tenía que adaptarse el pueblo campesino a un proyecto industrial y no lo contrario. Pero estos cuestionamientos —a pesar de todo— resultan ahora inútiles.

subsecuentes textos literarios tendrán —al igual que la mayoría de los mexicanos— como escenario cotidiano a la ciudad. La ideología desarrollista cumplía con su cometido: los jóvenes encontraban pocas expectativas en la vida del campo, por lo que su interés primario era salir en busca de una vida más confortable, divertida, refinada... Ahora, ya que existe esta distancia temporal, notamos ese doloroso engaño.

Ahora bien, ¿qué era de la sociedad mexicana? En *Cabello de Elote* observamos a una colectividad desmembrada: los ideales revolucionarios están disueltos. Es más, hablar de la Revolución suena a demagogia. La gente parece más preocupada en resolver su problemática concreta que en una actitud evaluativa de la revuelta. Porque sí, hay que decirlo, para los personajes de esta novela no hubo revolución, sólo desastres. Esto es, los beneficios son o tierras repartidas (a costa de los pequeños propietarios y algunos latifundios) o grandes monumentos en la capital. De la libertad, democracia, igualdad, etc., nadie se ocupa.

En todos los pueblos de la Tierra Caliente (lugar donde se desarrolla la novela) y de la sierra se observaban los estragos de la Revolución:

"...las casas más importantes quemadas, los cientos de viudas y huérfanos, las fuentes de trabajo destruidas y apenas en vías de restablecimiento..."¹⁸⁸

Por eso, "volver los ojos a ese pasado de sangre y depredaciones, era una verdadera pesadilla para todos, ricos y pobres, letrados o analfabetos"¹⁸⁹. Florentina, y muchos otros más, despreciaba su pasado, ese pasado doloroso que tanto la avergonzaba. Ella miraba hacia su futuro, soñando en viajes, en ciudades llenas de ruido y de lujo. Se la pasaba pidiendo a su padrino que la sacara de Tierra Caliente, "de esta peste de gentes que no hablaban más que del río"¹⁹⁰.

¹⁸⁸ *Idem*, 28.

¹⁸⁹ *Idem*,

¹⁹⁰ *Idem*, 55.

En un banquete que se les preparó a ciertos señores que venían de la ciudad de México, Florentina observó a las señoras que sentadas en lugares de honor, lucían peinados altos, collares y brazaletes. Cabello de Elote suponía, imaginaba que

"Eran la gente de las lejanas, maravillosas ciudades en las que no hay noche ni día y todo es ruido y diversión"¹⁹¹.

La joven Florentina sentía una irresistible atracción por aquel mundo "...en el que los hombres no hablaban de las cosechas de arroz. Un mundo en el que los hombres dicen, con un brillo de romanticismo en los ojos, palabras tan suaves, tan hondas..."¹⁹². Ahora bien, esta fascinación implica dos cuestiones: la sobrevaloración de la vida citadina y la negación de un origen campesino y/o indígena.

En el primer punto, como ya hemos mencionado, la ciudad se convierte en un centro de atracción que brinda nuevas oportunidades de desarrollo personal. Esto significa que para el imaginario colectivo de los grupos ascendentes la vida en el campo significa poco o nada, pues las grandes obras se encuentran en la capital. Esto es, aún cuando no queda explícito en la conciencia de las personas, se percibe un desigual reparto de los beneficios de la modernización. Así, la ideología del éxito personal, la ideología de los catrines, inunda nuevamente a los mestizos. Ellos se horrorizarán con la idea de quedarse en "este ardiente agujero del mundo del que no saldrían nunca...". Si antes y durante la revolución Miguel Mercado, Demetrio Macías, Angustias Farrera, etc., se sintieron identificados con el dolor de los indios y de los pobres en general, ahora impera, al igual que con *Los handidos de Río Frio* y *La bola*, un deseo por no involucrar la vida privada con la problemática social. ¿Podemos con estas deducciones reconstruir una versión cíclica de la cultura política mexicana? Muy probablemente sí, pero aún nos faltan sustentos.

¹⁹¹ *Idem*, 85.

¹⁹² *Idem*, 87.

Este retraimiento tiene como causa posible el desencanto de la revolución misma: tanto para tan poco. Pero no sólo ello. Asimismo observamos que la traición del poder hacia con el pueblo es equivalente a la traición que le hace el pueblo mestizo a su origen, a los indios. Este deseo de ser *otro*, de ser 'civilizados', implicó en esta era del "triunfo de los catrines" un rechazo al pasado. Por eso Florentina insta a su padrino, a don Casimiro, que la lleve a vivir con él, lejos de su familia india. No conforme con ello, trata de convencerlo de que la aleje aún más: que se vayan a vivir fuera del pueblo.

Las relaciones de poder tienen, al igual que en las novelas anteriores, un referente racial. Así como al indio se le considera por naturaleza inferior, el mestizo tiene por encargo obedecer a un blanco, a quien por cierto la imagen colectiva ubica en la cúspide del poder en México. Por ello, cuando Florentina logró que don Casimiro la sacara de su hogar, a los indios, su familia, ni siquiera les pasó por la cabeza oponerse: "¿Para qué? Don Casimiro era don Casimiro..."¹⁹³. Aunque la querían mucho, sólo contestaron:

"—Pos... como su güena mercé lo determine".

Además, ¿qué sentido podía tener el enojarse, el oponerse a las decisiones de una persona con poder? "¿Dos indios tratando de hacerle sentir su derecho sobre la muchacha!"¹⁹⁴. Es más, cuando se atrevieron a revelarle a la joven "techaníos mucho de menos, Florentina", ella no respondió y se retiró presurosa:

"Fue como si de golpe les hubiera hecho comprender que nada tenían en común y que la humillaba el saberse hija de una india"¹⁹⁵.

¹⁹³ *Idem*, 52.

¹⁹⁴ *Idem*, 55.

¹⁹⁵ *Idem*, 54-55.

Era claro que Florentina repudiaba su origen indio. A Romana, su madre, le dijo:

"—...¡Nada tengo que ver contigo ni con tus hijos! ¡Nada! ¡Me acuerdo con odio de dónde vengo y no quiero que nadie me lo recuerde!"¹⁹⁰

Ahora bien, resulta complicado saber hasta qué punto esta confrontación pasado/futuro o lo indígena/progreso estaba difundido en el imaginario colectivo. Lo que sí es evidente, en cambio, es que al menos en un sector pujante existe esta imagen del indio como un origen vergonzante. Y esta imagen tiene un referente claro del ejercicio racista del poder. Esto es, el que es indígena no tiene otra posibilidad que la sujeción al poder blanco. La figura indígena más importante de la novela, Romana, la madre de Florentina, refleja en su hacer el sometimiento del indio ante el *poder* que, como hemos indicado, se identifica simbólicamente ya sea con el mestizo o con el blanco.

Cuando a la india Romana le advirtieron que a sus hijos los iban a matar por ser "criminales" (por robar), "se le veía sufrir, pero no contestó". Esta respuesta sin respuesta es la misma que tuvo cuando don Casimiro le quitó a la Florentina. Sufrir sin reclamar es la imagen del indígena que nos transmite *Cabello de Elote*.

Ahora bien, otro pasaje de esta novela nos recuerda cierta escena de *Los bandidos de Río Frio*, donde Casilda agradece a cierto juez el que haya aplicado la justicia. En la novela de Mauricio Magdaleno, una vez que se ha sentenciado a muerte a Conrado chico, Romana le suplica al capitán que liberen a su hijo. Cuando ésta autoridad militar le indica dónde puede encontrar al joven: "—Vete corriendo y lo encuentras. A mano derecha de la Cruz de Pino", la india "se iluminó toda y se arrojó sobre el capitancito. Agarró su mano derecha y la besó", pues creía que 'el poder' se había

¹⁹⁰ *Idem*, 174.

conmovido. Pero el capitancito soltó una risotada: a Conrado le habían practicado ya la ley fuga¹⁹⁷.

Podemos decir, hasta este punto, cómo subsiste la imagen del poder como ejecutante y poseedor de la justicia: la justicia no es un bien de la comunidad, es una gracia que se puede obtener por el ejercicio patrimonial del poderoso. Romana no exige: suplica. Romana no reconoce: se humilla al agradecer. ¿Por qué? Porque Romana conoce los usos y costumbres del poder: para obtener favores de éste hay que ser el protegido de alguien que sea "alguien" (que sí conteste). Por ejemplo, el día en que murió el gran cacique de Tierra Caliente, el italiano don Dante, Romana realizó el siguiente razonamiento: si don Dante era el amo de don Casimiro, y si don Casimiro era el amo de Conrado, de Romana y de sus hijos, entonces ella sólo quería que don Casimiro se convirtiera en el amo de todos para así recibir beneficios¹⁹⁸. Dentro de esta misma lógica, resulta entendible cómo es que en la muerte de don Dante una mujer de Lombardía exclamó:

"—¡Se murió nuestro padrecito y Dios Nuestro Señor nos deja solos!"¹⁹⁹.

Sobre este punto, el providencialismo, vale la pena detenernos un poco más. En *Cabello de Elote* no dejamos de conmovernos ante manifestaciones del íntimo sentir popular, ante las imágenes que nos muestran a los campesinos michoacanos mitificando la figura presidencial más relevante por su impacto en el imaginario colectivo: Lázaro Cárdenas. Mauricio Magdaleno nos describe que cuando se anunció que éste llegaría a Tierra Caliente a repartir tierras,

"Los caminos vomitaban de todos los rumbos multitudes apesuradas. Había paralíticos y buehones que venían desde Tepalcatepec, Tomalán y San Juan Parangaricutiro, con el objeto de ver al general Cárdenas para que los curara. Les habían asegurado en sus pueblos que el que compartiera las aguas del baño

¹⁹⁷ ídem, 216.

¹⁹⁸ ídem, 41.

¹⁹⁹ ídem, 36.

presidencial sanaba de las más tercas dolencias y algunos infelices llevaban consigo a sus hijos mudos o víctimas de un mal de ojo"²⁰⁰.

Pero aún cuando la figura de Cárdenas representa para el imaginario colectivo popular un símbolo objeto de cierta adoración, Cárdenas finalmente viene a ser partícipe del ejercicio del poder. Claro está que para el imaginario colectivo *si* existen diferencias: Cárdenas es respetado, mas no aquellos que lo rodean. Por ejemplo, en cierto pasaje de la novela *Cabello de Elote* encontramos la siguiente frase: "¡Ahora, sí! Ya salió de Morelia el general Cárdenas, con una hola de políticos"²⁰¹. Aquí es evidente cómo existe una demarcación entre uno y los otros, hablándose despectivamente de aquellos a los que, quiérase o no, pertenece este ilustre personaje. De esta forma, en lo subsecuente —y en forma alternativa, por no contradictoria— se criticará fuertemente a los políticos locales y se alabará la obra de Cárdenas o de la revolución²⁰².

El día en que Cárdenas llegó, se realizaron festejos. A pesar del recibimiento efusivo —y sincero— a Cárdenas, durante la ceremonia se observaron distintos aspectos. En primer lugar, estuvo presente el político demagógico.

"De cuando en cuando, los magnavoces dejaban de funcionar y las gesticulaciones y ademanes del orador, del que no se oía ni papa, asumían exageradas proporciones de caricatura. Inmediatamente, los aparatos volvían a reproducir la voz y resonaban, inflamadas por el sol de mediodía, palabras contundentes como mazazos:
— La reacción, en su vano empeño... aplastar a la burguesía... las grandes masas campesinas... la reivindicación de... el general Cárdenas, el hermano de los pobres... latifundistas... explotadores... aplastar a la burguesía... la reacción, en su vano empeño... la reivindicación de..."²⁰³

Como podemos apreciar, y que apoya nuestra hipótesis del ascenso al poder de un sector político «letrado», es el discurso político un nuevo

²⁰⁰ *Idem*, 79.

²⁰¹ *Idem*, 18 (subrayado nuestro).

²⁰² El licenciado Lastra regresó a Lombardía. Habló de la ciudad de México y de lo grande y monumental que la encontró: "Casi, casi, volvía reconciliado con la obra de la Revolución e inclusive dispuesto a reconocer que ésta tenía una obra" (*Idem*, 244).

²⁰³ *Idem*, 81.

elemento político que en lo sucesivo será un importante medio de "comunicación" entre los actores sociales.

La concurrencia, por su parte, no prestaba atención, escuchándose sólo algunos aplausos. Y es aquí donde aparece el político local que incita a la población al paternalismo. El capitán Rodríguez ordenó a la chusma:

"—¡Aplaudan! ¿O no les interesa que el señor Presidente en persona venga a reivindicar sus derechos?"²⁰⁴.

El capitán Rodríguez es todo un caso. A él, antes que a nadie, le interesa que el pueblo de Tierra Caliente otorgue apoyo y legitimidad al gobierno cardenista, pero también busca la 'unidad' entre éstos y los que sí tienen tierras. A los pequeños propietarios les insistía que:

"—Son órdenes del Supremo Gobierno[,] y el señor Presidente quiere que todos lo ayuden como amigos y como mexicanos. La Revolución se hizo para destruir los privilegios y darles tierra a los de abajo. Yo sé lo que significa la expropiación de Lombardía y Nueva Italia para ustedes, hombres de trabajo... pero les pido que se den cuenta de la realidad y que colaboren patrióticamente a los fines de un México mejor, sin privilegios para nadie y sin diferencias económicas. El señor Presidente vendrá personalmente a convertir en ejidos este latifundio y a entregarlos a los campesinos"²⁰⁵.

Hasta aquí no interesa saber si sus intenciones eran meramente personales (que para el sentir popular es *conseguir algo*), o si realmente estaba a favor de la reforma agraria —la que por cierto, no le afectaba en nada—²⁰⁶. Lo importante es advertir cuál es la reacción de los que lo escuchan. Tras decir lo anterior, era de común acuerdo pensar del capitán Isaura Rodríguez que "se expresaba fácilmente y le gustaba discursar"²⁰⁷. Al respecto, el secretario del Ayuntamiento, por ejemplo, expresó:

"—Ese lo que quiere es quedar bien con el general Cárdenas, cuando llegue... ¡Ha de decir que a ver si lambiscando lo ascienden a mayor!"²⁰⁸

²⁰⁴ *Idem.*

²⁰⁵ *Idem.*, 61.

²⁰⁶ Más adelante apreciaremos el efecto corrosivo que ejerce sobre este personaje el 'uso del poder'.

²⁰⁷ *Idem.*

²⁰⁸ *Idem.*, 62-63.

Isauro Rodríguez representa muy bien la nueva versión del político discursante. Él podía hablar una noche y un día entero, sin parar, y no se le 'consumía el combustible'. Una vez habló tanto a don Casimiro que éste no pudo dormir "y revolvió y volvió a revolverse en la cabeza un diluvio de palabras y conceptos que lo aplastaban"²⁰⁹. Resulta interesarse detenerse en esto: las palabras *lo aplastaban*. ¿Qué podemos reconstruir como imaginario colectivo ante tal efecto? Aventurándonos diríamos que el poder posrevolucionario tiene una nueva forma de sujeción, de adormecimiento de las masas: el lenguaje. Así, la colectividad mantiene la imagen del poder como un actor tan eficaz en el habla que se asemeja al charlatán.

Ahora bien, la lambisconería no es la primera vez que es condenable por la cultura política mexicana. Como podrán recordar, en las anteriores novelas consultadas hallamos referencias a este hecho (Bedolla, Montemar, Vaqueril y Miguel Labarca, etc.), y en *Cabello de Elope* se le reconoce nuevamente como un factor que en el ámbito político 'abre puertas'. El imaginario colectivo de esta novela sabe bien de estas cosas. Por ejemplo, el sentir popular opinaba que, para su desgracia, Casimiro tenía la más grave y destructora de todas las famas: "no saber adular a nadie". El general José Isabel Robles al ver que por tal *defecto* Casimiro no figuraba, le dijo:

"—Tienes que cambiar un poquito, Casimiro. ¡Para ser algo, hay que saber tratar a los demás!"²¹⁰.

Muy por en cambio (por los resultados obtenidos), Isauro Rodríguez sí sabía comportarse. Una vez que se repartieron algunas tierra en Tierra Caliente, éste coronel fue ascendido a mayor. Aquí nos sorprende no la actitud de la india Romana de ver en la autoridad que nos es familiar o cercana un medio para obtener regalías, sino la esperanza del imaginario colectivo de tener a un poder *menos peor*:

²⁰⁹ *Idem*, 68.

²¹⁰ *Idem*, 9.

"Parácuaro en masa lo recibió como a un salvador, y no porque sus virtudes o cualquier otra referencia hubiera dejado un recuerdo imborrable, sino porque el anterior jefe del destacamento —venturosamente relevado hacia unas semanas— era un bárbaro que se vivía en la cantina y no se ocupaba más que de escandalizar y abusar de quien se dejara"²¹¹.

Cuando el mayor Rodríguez retorna a Lombardía con más influencia militar y política, sucede lo que la cultura política guarda en su imaginario: el poder corrompe. Isauro Rodríguez ya no era el de antes. A su regreso, él y Blumental aprovecharon su nueva autoridad para quitarle a don Ceferino Galas el hotel que había construido. El mayor Rodríguez se metió también al mercado negro del arroz. Evidentemente lo del hotel era un atraco, pero "nadie se hace rico sin atracar a alguien". Al mayor —la igual que al Relumbrón de *Los bandidos de Río Frio* o a Vaqueril de *La bola*— no le importaba el qué dirán: simplemente estaba cansado de ser pobre y quería vivir como la gente decente. A fin de cuentas, pensaba él, nada le había dejado la Revolución²¹².

La Revolución es un aspecto recurrente en la novela. Los siguientes ejemplos refuerzan lo que anteriormente se mencionó respecto a la imagen colectiva que se tenía de tal movimiento social o de los revolucionarios:

Poco después de concluida la insurrección armada, don Casimiro se presentó al cacique don Dante a fin de que le diera trabajo, pero antes de cualquier cosa el viejo le advirtió: "—Está bien, pero esto no es la Revolución. ¡Aquí hay que trabajar duro!"²¹³. En igual sentido parece situarse la opinión de don Rodolfo Lastra, quien apreciaba a don Casimiro "no porque fuera revolucionario, sino porque era un hombre honrado"²¹⁴. Aún cuando se objetara que los juicios provenían de personas acomodadas y que por lo tanto no iban a estar de acuerdo con la revolución, lo que percibimos es que en general existe el desecho de una reconstrucción y

²¹¹ *Idem*, 97.

²¹² *Idem*, 136. Ante los hechos, don Braulio personifica muy bien el imaginario colectivo cuando afirma:

"Tanto cacarear de honrado pa salir con su batea de babas!" (*idem*, 137).

²¹³ *Idem*, 22.

²¹⁴ *Idem*, 111.

pacificación. En otro pasaje encontramos que en Tierra Caliente "la muerte de tres forajidos que amenazaban trastornar la naciente tranquilidad pública no rea, ni con mucho, motivo de sentimiento ni de compasión"²¹⁵. Este sentir evidentemente conlleva un rechazo por el pasado turbulento, sentir que, como muestra esta novela, era de ricos y pobres.

Pero volvamos ahora un poco sobre el tema de la Revolución enfatizando cuáles eran las expectativas de algunos individuos respecto a lo que podían obtener de ella cuando el movimiento armado había finalizado.

En *Cabello de Elope* notamos el señalamiento popular de una problemática: si alguien quiere que la Revolución "le haga justicia", esto es, que se le reconozca y retribuya su participación en el movimiento armado, el costo que tiene que pagar es "hacer política". Ello significa que para el imaginario colectivo de esta novela cualquier elección es censurable: o eres un dejado o eres un lambiscón. Mientras don Casimiro prefiere no pelear en México su grado y su antigüedad de revolucionario, hemos visto cómo el capitán Rodríguez es justo lo que hace (atracos y demás). Don Casimiro muere siendo respetado por todos los vecinos y el capitán tiene que suicidarse porque su prestigio estaba por los suelos. Sin embargo, el primero acabó en la ruina y el segundo en la riqueza. Aunque los tiempos habían cambiado, quizá la experiencia colectiva sabía muy bien que muchas cosas en torno al poder no se habían transformado.

²¹⁵ *Idem*, 28.

VIII. Las buenas conciencias

Pero tú sólo amas a los humildes desde arriba
Carlos Fuentes

El prolífico escritor Carlos Fuentes, nacido en 1928, es una página completa en la historia de la literatura mexicana. No sólo ha marcado fuertemente la creación literaria de nuestro país por su obra y por su crítica; Fuentes es también fiel representante de una época, de un estadio socio-histórico. Perteneciente a la Generación de Medio Siglo, participa de la visión espectacular que se vive en la bien llamada "Invencción del optimismo", pues —por ejemplo— con *La región más transparente* (1938) se escribe uno de los últimos textos celebrativos, solemnes y reverenciales hacia la realidad urbana mexicana. En su novelística nos topamos precisamente con una percepción crítica ante la sociedad mexicana, pero con una acusación que no por ello renuncia a la esperanza, al festejo del nacimiento de un nuevo mexicano. Sara Sefchovich señala que Fuentes hace concierto con un nuevo modo de vivir el proceso del desarrollo: "el gobierno *podía*, las reformas eran *posibles*, la democracia se *conseguiría*..."²¹⁶.

Fuentes mantiene en su novelística una presencia doble: lo mexicano y lo universal. Esta visión la obtuvo gracias a las estancias en el extranjero que realizó durante su infancia (su padre, un socorrido diplomático del gobierno mexicano, trabajó en Estados Unidos y Chile), por lo que la preocupación respecto a nuestra problemática nacional —así, en su conceptualización general— permeará sus textos. El reconocimiento a su obra es consecuente con sus aportaciones, tanto en ensayo literario y político como a su estilo literario (*Aura*, por ejemplo). Es miembro del Colegio Nacional, ha recibido el *Premio Cervantes*, 1897, el *Premio Menéndez Pelayo*, 1992, *La Legión de Honor* del gobierno francés, y el *Premio Príncipe de Asturias*, 1994. Aunque hemos mencionado ya algunas

²¹⁶ Sefchovich, 1987: 152 (subrayado nuestro).

interesantes observaciones respecto a su literatura, no nos corresponde elaborar una crítica, pues ni contamos con la autoridad ni con el espacio para ello. Prosigamos, pues, con el análisis de la novela que elegimos, *Las buenas conciencias*, publicada por primera vez en 1960.

A diferencia de los dos últimos autores examinados, donde se debía establecer una discusión que justificara nuestra elección —Rojas González y no Yáñez; Magdalene y no Revueltas—, la simple presencia de Carlos Fuentes evita una larga defensa por su consideración en esta investigación. El problema que nos surgió fue más bien determinar la obra que resultara más propicia para nuestro análisis. Si bien ya en el capítulo anterior hicimos mención al cuadro por el cual escogimos tal o cual obra, una vez que iniciamos la presente reconstrucción nos surgió la inquietud de cambiar el estudio de *Las buenas conciencias* por el de la novela *La muerte de Artemio Cruz* (1962), en vista de que prácticamente el segundo texto se dedica al examen de un poderoso político mexicano. Empero, ello no fue necesario: si en la novela *Cabello de Elote* nos quedamos en el período cardenista (o el 'fin' de la Revolución mexicana), con *Las buenas conciencias* nos ubicamos en el ambiente del milagro mexicano y con cierta cercanía al desarrollo estabilizador.

Esto último es importante dado que permite una continuidad histórico-social que, sin proponérselo, nos proporcionaron estas novelas. Ahora bien, si tanto *Las buenas conciencias* como *La muerte de Artemio Cruz* muestran una visión crítica de la realidad mexicana, cualquiera es buen objeto de análisis. Por otra parte, el hecho de que la segunda novela abarque un amplísimo período (desde un mítico 1889 hasta un mortal 1959), precisamente esa amplitud y riqueza sobre el tema que nos interesa dificulta nuestro análisis: tal novela exige un trabajo exhaustivo que no perdona unas cuantas cuartillas. Es más, *La muerte de Artemio Cruz* merece ser otra tesis²¹⁷.

²¹⁷ Otro problema metodológico que plantea *La muerte de Artemio Cruz* es que la narración la 'elabora' el que es *el poder*. En este punto, si al reconstruir el imaginario colectivo necesitamos precisamente la visión del

Los puntos temáticos que se analizarán con la presente novela son, entre otros, los siguientes:

- La ciudad como escenario de la vida cotidiana.
- El poder económico y sus alianzas con el poder político.
- La incuestionabilidad del poder.
- Las virtudes del político mexicano.
- Los indios y el poder político mexicano.
- La visión indígena del ejercicio de poder político.
- La represión política.
- El ascenso de la clase media.

En la novela que a continuación analizaremos, descubrimos dos personajes cuya condición resulta interesante: Jaime Ceballos, el protagonista; y Juan Balcárceel, tío de éste. Jaime, nuestro actor principal, es un joven residente de una ciudad media (Guanajuato) que manifestará a lo largo del texto su natural ímpetu de conocimiento, su inclinación por cuestionar la tradición familiar y las costumbres religiosas de su entorno, así como una preocupación por la condición de los marginados. En sintomático, en primer lugar, que las escenas se desenvuelvan totalmente en un ambiente urbano, lo que nos muestra la forma de distribución poblacional originada por la industrialización creciente. Por otra parte, aquí ya no existe la inquietud por el reparto de las tierras, como sucedió en *Cabello de Elote*, ni el deseo de tener una vida urbana, la cual, de hecho, se tiene²¹⁸. Jaime vive en una ciudad y posiblemente salió de ella para irse a estudiar Leyes a la

que no es participe del poder, teóricamente tenemos en esta novela lo que, desde la literatura, "es el poder". Esta obra puede aportarnos, por tanto, más que la imagen que el pueblo recrea, lo que es el ejercicio del poder en México y a través de su historia.

²¹⁸ En la novela *Cabello de Elote* observamos innumerables escenas donde se discute la política agraria cardenista y la lucha entre lo que hemos denominado "arraigo-urbanización". Por ejemplo, cuando Cárdenas ordenó se repartieran los latifundios, los pequeños propietarios de Tierra Caliente se enojaron. Don Casimiro, uno de ellos, exclamó: "Yo nunca he reclamado mis derechos, pero soy más revolucionario que esos que quieren hacer pedazos lo que no es suyo". Mas como Florentina siguiera obsesionada en salir del pueblo, al enterarse de las expropiaciones, le dijo a Casimiro: "¡Mejor que te dejen sin nada! ¡Así, nos tendríamos que ir de aquí!" (Magdaleno, 1949 1986, to. 64).

capital, pero de cualquier forma su tránsito inter-ciudadino pertenece a la vida cotidiana. Por otra parte, Juan Ceballos hará cumplir en su persona un ideal modernizador: la constitución de "un gobierno de universitarios y hombres jóvenes". Ya veremos en lo que sigue cómo es que variaron sus intereses: de una sincera preocupación por la problemática social (que raya incluso en su identificación con las clases bajas), por un acatamiento de las reglas establecidas, pues bien pronto aprende que para figurar hay que estar del lado del poder y no del pobre.

El otro personaje que nos interesa es Juan Balcárcel, un hombre aristocrático que consigue encumbrarse en la sociedad posrevolucionaria al mantener fuertes alianzas políticas y económicas con la nueva élite gobernante. Es decir, si en *Los bandidos de Río Frio* resultaba común que los nobles pertenecieran a la clase dominante, en *Las buenas conciencias* no basta el linaje ni la riqueza: es necesario ser un letrado y tener amistades con los políticos posrevolucionarios. Balcárcel se sabía esta nueva lección, por eso "a medida que preparaba su famoso estudio económico, se relacionaba con los políticos guanajuatenses y los asombraba con la exposición de las doctrinas económicas"²¹⁹. Valiéndose de sus conocimientos, aprovechaba la ocasión de lucirse ante las personalidades estatales, que por respeto y admiración pronto le apoyaron para que se dedicara a otorgar empréstitos, aunque en realidad las alianzas llegaron mucho más lejos. Esta complicidad se manifiesta en la siguiente cita:

"El ex diputado Maximino Mateos, que desde Guanajuato conduce su pequeño cacicazgo de tres municipios y mantiene, en la misma escala regional, un complejo sistema de alcabalas cuyo producto encomienda a la guarda y administración de Balcárcel"²²⁰.

En una etapa de reciente efervescencia revolucionaria y reparto agrario resultaba contraproducente atacar al poder, por lo que la familia Balcárcel-Ceballos se plantea como necesidad las buenas relaciones

²¹⁹ Fuentes, 1960-1994, 33-34.

²²⁰ *Ídem*, 65.

políticas. Por ello apoyaron a tan divergentes figuras como Calles, Cárdenas o Ávila Camacho²²¹. Y es que tenían muy presente que "*la correcta posición política había definido siempre la bonanza económica de la familia*"²²². Las diferencias entre la familia y los gobernantes se disfrazaban, se acomodaban, se camuflaban. Es más, la familia prefería atribuir su buena fortuna original al gobernador Octaviano Muñoz Ledo.

"...dando con ello acabada muestra de su asimilación guanajuatense: la relación pública por encima de la verdad privada"²²³.

Esta vinculación entre los poderes locales y el poder federal se convirtió parece ser, para los primeros, en una cuestión de sobrevivencia. Ello resulta mucho más interesante si se le compara con la posición que guardaba, por ejemplo, Mateo Cabezudo en *La bola*: para obtener la gracia del poder central debía justificar y demostrar su poder local (formar un grupo armado). Ahora, en *Las buenas conciencias*, para mantener un poder local (básicamente económico) es necesario obtener, a priori, la anuencia central. Estas nuevas relaciones probablemente no se deduzcan de la imagen que guarda la colectividad respecto al poder, pero sí nos ayudan a comprender las formas de interrelación que se guardarán en lo consecutivo.

Siguiendo la línea de vinculación localismo-centralismo, encontramos nuevamente en esta novela el elemento que permite, al estilo mexicano, el reconocimiento por parte de los gobernantes: el agradecimiento o la alabanza al poder, que dentro de la cultura política mexicana se califica como lambisconería. "¿No debían los Ceballos su fortuna y posición a la *buena voluntad* de los gobernadores Muñoz Ledo y Antillón?", afirmaba en tono preguntón la familia guanajuatense (fórmula que resultaba por demás muy cortés). Claro que no siempre se tenían que "coordinar" —mejor dicho,

²²¹ Esta familia se decía: si habían obtenido dinero y respetabilidad a partir del apoyo a Díaz y demás presidentes. "¿por qué, ahora, habían de emajenarse la del general Calles? O la del general Cárdenas, cuando demostró que o sería un pelele. O, por fin, la del general Ávila Camacho..." (*idem*, 34).

²²² *Idem*, subrayado nuestro.

²²³ *Idem*, 18.

disfrazar— los intereses particulares con las preferencias del poder central: en la época del general Ávila Camacho resurgen en su amplitud las posiciones conservadoras. Durante esta presidencia,

“Juan Balcárcel se permitió el lujo de sincronizar sus creencias privadas con sus declaraciones públicas. «Siempre dije —explicaría entonces— que las revoluciones, como los vinos, se suavizan con el tiempo. Decididamente hemos superado la etapa de los excesos»”²²⁴.

Con Miguel Alemán, de igual forma, las clases altas se sentían como pez en el agua. En Guanajuato era común escuchar:

“—¿Se da cuenta? Éste va a ser el primer gobierno civil desde el del señor Madero, un gobierno de universitarios y hombres jóvenes. Quien quita y su sobrino llegue a diputado. El PMR se va a reestructurar, de acuerdo con la nueva circunstancia histórica de la Revolución, ya ahora los civiles vamos a repartir con la cuchara grande... Se lo digo yo: se acabaron las demagogias rojillas de mi general Cárdenas (aunque él es miembro disciplinado del Partido y sabe acatar los intereses superiores de la Patria)”²²⁵.

Pero así como los gobernadores y presidentes son el poder político, en esta novela bien puede representarse o resumirse en Juan Balcárcel ‘el poder’: se dice que “por encima de todo, nadie debía contradecirlo y todos debían acatarlo”. Si bien ello no es sino privativo de todo poder, lo que sobresale es el carácter autoritario de la imagen que el colectivo guarda de éste:

“El índice de Balcárcel era signo de autoridad definitiva. Cada noche, el buen hombre podía meterse entre las sábanas acompañado de los periódicos —su única lectura— y de un sentimiento infinito de razón, reposo y autoridad”²²⁶.

La autoconsideración del poder de ‘incuestionable’ parece ser un fenómeno propio, al menos, de la etapa desarrollista. Lo interesante es que el poder cree realmente que tiene la razón, por lo que sus ideales y políticas concretas nos son más que ‘lo que el pueblo necesita’. Este principio de autoridad rebasa al principio de legitimidad fundado en las elecciones.

²²⁴ *Idem*, 34.

²²⁵ *Idem*, 65.

²²⁶ *Idem*, 37.

Probablemente por ello el poder posrevolucionario no podía concebir que el pueblo tuviese capacidad de elección, pues éste podía *equivocarse*. De ahí podemos inferir el por qué se manipularon hasta puntos aberrantes los procesos electorales, pues el conservar el poder tiene como preocupación principal la continuidad de la paz social, la continuidad de un proyecto nacional "acertado".

En este sentido, Balcárcel ejerce su poder no por el gusto de hacerlo (o quizá sí, pero ello no importa), sino porque considera que así podrá mantenerse la tranquilidad y el progreso de la familia (o de la sociedad en su conjunto). Él piensa que Adelina López, madre de Jaime, debe separarse de Rodolfo Ceballos porque ella no es una buena influencia para la familia; que Jaime Ceballos debe ser católico y hacerse político porque con ello se asegura un prominente futuro; y que los revoltosos como Ezequiel Zuno deben ir a parar a la cárcel antes que hacer otra revolución. El mundo de Balcárcel es el mundo del poder: el universo se dividía "en seres buenos que pensaban como él y en seres malos que pensaban distinto"²²⁷. Pero no sólo eso: "en una segunda instancia local[,] Guanajuato se dividía entre los buenos que poseían algo y los malos que nada tenían"²²⁸.

En esta novela la representación que tiene el colectivo respecto al poder es muy clara. Expongamos la siguiente imagen que se guardaba entre los guanajuatenses:

"Don Juan Balcárcel ya está sentado en el sillón de cuero de la oficina afirmando su autoridad sobre los débiles y su benevolencia hacia los poderosos"²²⁹.

Si esta imagen se guardaba del poder en general, sobre el poder político la imagen es mucho más acusativa: el poder en México está corrompido y ni los que más se autonombbran "justos" se salvan. En Guanajuato "todos hablaban", resultando nada raro escuchar: "Mira nada más, cuánto gobernador comunista y tan ricos que salen. ¡Dios nos coja

²²⁷ *Ídem*.

²²⁸ *Ídem*.

²²⁹ *Ídem*, 83.

confesados!"²³⁰. Pero la corrupción no se limita al enriquecimiento ilícito, implica también el degenerar de las funciones gubernamentales (lo cual ya había manifestado el joven Miguel Labarca en la novela de Emilio Rabasa); esto es, los que están en el poder se mantienen no por su eficacia, sino porque cuentan con el amparo o respaldo de otros más poderosos. En *Las buenas conciencias* se menciona esto: "El hijo de Maximino Mateos en un botarate, pero al cabo está bien respaldado"²³¹.

Juan Manuel Lorenzo, joven indígena, lanza quizá una de las observaciones más lastimosas respecto al ejercicio del poder en México. Este muchacho, de pequeña estatura y movimientos pausados, es amigo de Jaime Ceballos. Su visión es la del pueblo campesino, sólo que él la expresa porque ha estudiado. Él recordaba los discursos "de los comisarios ejidales en su pueblo y de los líderes en Irapuato, editoriales de los periódicos, declaraciones de funcionarios"²³². Ante el nuevo medio de autoalabanza o persuasión —o, en todo caso, un «doble discurso» político—, Juan Manuel Lorenzo emite una aseveración que proviene del ámbito cotidiano: "Éste era otro idioma de México: un idioma de lacayos"²³³.

Un aspecto sumamente relevante de esta novela es que, por primera vez, se da voz a los indígenas. Seguramente existen en la literatura mucho más ejemplos de esta participación, pero al menos en los textos que hemos considerado, es aquí donde un indígena nos muestra su visión sobre el ejercicio del poder. Aunque ésta coincide con el imaginario expresado por las clases bajas, las palabras e imágenes reconstruidas a lo largo de las siete novelas anteriores pertenecen prácticamente al colectivo mestizo. En aquellas novelas deducimos por su conducir cómo conciben al poder los indios, mas es hasta este último texto donde contamos con la versión

²³⁰ *Idem*, 66.

²³¹ *Idem*. «Botarate», según el *Diccionario Enciclopédico Espasa*, es un "hombre alborotado y de poco juicio" o "persona derrochadora, manirrota".

²³² *Idem*, 97.

²³³ *Idem*.

aparentemente más directa de un indígena (finalmente, la novela la escribió otro mestizo).

Aquí Juan Lorenzo relata con voz melancólica, pausada, como si estuviera sopesando las palabras, la forma en cómo se desarrolló la reforma agraria en su familia, resultando más que insuficiente, engañosa:

"—A mi padre le... dieron un terreno... para cultivar. Esto estuvo muy bien. El propósito... era muy generoso. Sin embargo... es una tierra muy pequeña... Sólo se pueden cultivar algunas coles... y berros. El maíz allí no crece. No hay agua... Entonces mi padre... tiene que buscar otra vez trabajo fuera de su tierra... Vuelve a endeudarse con un patrón..."²²⁴

Lorenzo expresa así la imagen de un poder que no comprende las necesidades reales de los campesinos, de un poder que mientras crea que con una decisión resuelve la problemática no hará más que crear otro círculo vicioso; es más "la situación... no cambia en realidad. La situación es... idéntica". Carlos Fuentes parece convocar en voz de este indígena a la subversión:

"Pero mi padre... solo... no puede hacer nada... Es preciso... que todos se unan. Antes, hace muchos siglos... el ejido era la tierra de todo el pueblo. Cada agricultor... poseía una parcela... y además tenía lo que producía para todos el ejido... Ahora, en vez de ejido... sólo hay la pobre parcela de cada uno. Porque son tan pobres... y desgraciados... uno solo no puede lograr nada... Todos juntos... Hay que hacerlos entender... Todos juntos..."²²⁵

Si uno esperaba ver a Juan Manuel Lorenzo dirigir a los campesinos de su pueblo, Fuentes nos muestra descarnadamente el destino: Lorenzo deja Guanajuato para irse a la capital, pues le han ofrecido un 'trabajo menor' en los ferrocarriles. Lorenzo quizá pueda seguir estudiando, pero es mucho más probable que no: su único propósito real es integrarse a un sindicato. La movilización obrera le resulta, así, mucho más posible o accesible que la campesina.

Otro personaje proveniente del sector marginal que plantea con sus ideas y con su acción la insurrección popular es Ezequiel Zuno. Aquí resulta

²²⁴ *Idem*, 89.

²²⁵ *Idem*.

importante detenernos: tanto Lorenzo como Zuno se preocupan por condiciones concretas, por comunidades perfectamente identificables; a diferencia de Demetrio Macías (o Luis Cervantes, en su defecto) o la negra Angustias que perseguían la consumación de los ideales que abarcaban a la clase baja en general. Ezequiel Zuno es un dirigente minero que anda escapándose del ejercicio del poder. En su huida se refugia clandestinamente en casa de los Ceballos. En un principio sólo Jaime se da cuenta de ello y se le acerca para socorrerle. Al verlo, Zuno se dice a sí mismo:

"...no ha de saber qué es que lo apaleen a uno... no ha de saber las palabras que le dicen a uno... no ha de saber lo que es aguantarse, con el miedo de ceder por miedo... no ha de saber cómo aguantarse parece luego lo más fácil, y abrir el pico lo difícil... no ha..."²²⁶

Esto es, la faceta más dolorosa del poder en México: la represión.

En esta escenas percibimos la imagen que tiene la colectividad popular respecto a la naciente clase media: no es la que ejerce el poder directamente, ni tampoco la que lo padece 'tan directamente'. Para el imaginario colectivo, el poder se ensaña más con los pobres (algunas veces les da tierras, pero no culmina con la obra de redistribución del ingreso) y ataca ferozmente a los que estén en contra de esta situación. Ezequiel Zuno le cuenta a Jaime Ceballos las estrategias que utiliza el poder para desmantelar cualquier protesta, *su protesta*:

"—...Nomás me echaron encima al cacique. Nomás me encerraron y me dieron de palos para que les dijera a los muchachos que regresaran al trabajo. Pero yo ya sabía cómo terminan esas cosas. Aunque hubiera dado órdenes contra la huelga, esos amigos me sacan de noche a correr por el camino y ¡tengan su ley de fuga! Por eso me escape ahorita, chamaco, para poder regresar después vivito y coleando. Para buscar a otras gentes como las nuestras, para que todos juntos..."²²⁷

A Jaime Ceballos le resonarán en los oídos las palabras de Zuno (claro, mientras a él también le preocupen los pobres). El 'ser uno' con los olvidados le dura hasta cuando la propia inercia de la sociedad —de 'su

²²⁶ *Idem*, 58.

²²⁷ *Idem*, 59.

sociedad', de 'su condición'— le conduce a la determinación de "someterse al orden para no caer en la desesperación". ¿Era culpable de ello? Quizá sí porque no tuvo voluntad, pero quizá no porque mientras a Zuno no le quedaba otra opción que la de luchar, a Jaime en cambio le resultaba personalmente menos costoso elegir otra forma de vida. Esto es, Zuno es «otra realidad»²³⁸.

Ahora bien, este desmembramiento de realidades sociales es mucho más patente en esta novela. Cuando Jaime Ceballos —un clasemediero ascendente— le pide a Lorenzo —un estudiante indígena— que continúe la amistad que los unió en su adolescencia, éste le sentencia: "—No amigo... Vamos por caminos distintos. ¿Para qué engañarnos?"²³⁹. Con ello Juan Manuel Lorenzo hace hincapié en la distancia de mundos, de visiones de la vida que, evidentemente, nos complica una comprensión del imaginario colectivo mexicano. Aún en las anteriores novelas no resultaba tan difícil reconstruir una imagen colectiva del poder; y es que ahora tenemos un nuevo actor: la clase media, que ha irrumpido en los espacios privados y públicos, marcando fuertemente con su presencia ciudadina y sus ideas evidentemente conservadoras a la percepción social. Esta identificación o rechazo al pobre, al campesino y al indio es una relación dialéctica, como diría Luis Villoro en su interesantísimo libro *Los grandes momentos del indigenismo en México*. La misma conciencia le dicta a Jaime Ceballos —en voz del padre Lanzagorta— lo siguiente: "Pero tú sólo amas a los humildes desde arriba"²⁴⁰.

Esta aseveración es quizá la que más caracteriza a la Generación de Medio Siglo, minoría rectora en la fase terminal del periodo que hemos

²³⁸ Ezequiel Zuno le habló así a Jaime: "—Por qué andaba escondido? Pues de repente por tarugo. Seguro, todos te dicen: "Quién te manda". Ganas para irla pasando, tienes tu mujer y tus chamacos, que sólo Dios sabe cómo la estarán pasando ahorita... seguro. Pero no eres tú solo. Ése es el problema. Que no está uno solo. Y luego, cuando te enfrentas al cacique y le exiges que los demás hombres que trabajan contigo en la mina puedan asociarse, y hasta lograr unir a los hombres y sacarlos de las ratoneras en una manifestación, pues ya como que no eres tú, sino los demás. Te importa madre la familia y tu pequeño puesto al aire libre, fuera de la mina, y decides jugarla toda. Eso es lo que pasó" (*idem*, 58).

²³⁹ *Idem*, 142.

²⁴⁰ *Idem*, 136.

denominado "La invención del optimismo", pero que también experimentó la etapa "La hora de la pesadumbre". Carlos Fuentes pertenece a ella y sin embargo su actitud crítica hacia su propio contexto intelectual le permite expresar, en boca del joven Jaime Ceballos, un reproche: es falsa su identificación con el pobre, pues las mismas letras son un obstáculo, son el parteaguas entre dos mundos: los letrados y los analfabetas funcionales. Ante el dolor, la lectura le proporciona a Ceballos un escape de la realidad:

"¿Por qué bajaba los ojos el muchacho sorprendido en la succión de la muerte?
¿Por qué desviaba el pensamiento hacia las ideas y las lecturas que alivian el dolor que no deseaba sentir?"²⁴¹.

Este sentir, este solidarizarse con los miserables de cuerpo y alma provoca más confusión en el corazón de Jaime Ceballos. "—He fracasado, Lorenzo", exclama. Demasiado pronto aprendió la lección: "sufrir y hacer sufrir a los demás es la condición de un espíritu fuerte"²⁴². Ése conflicto, el que en México aquel que detenta el poder tiene como distintivo el *hacer sufrir a los demás*, es el mismo que experimentó el joven Miguel Labarca el siglo pasado. Por eso, tanto el protagonista de *Las buenas conciencias* como Miguel en *La gran ciencia*, eligen llevar una vida "heredada", una vida tal y como se la prepararon sus antepasados:

"[Ceballos] supo entonces que sería un brillante alumno de Derecho, que pronunciaría discursos oficiales, que sería el joven mimado del Partido de la Revolución en el Estado, que se recibiría con todos los honores, que las familias decentes lo pondrían de ejemplo, que se casaría con una muchacha rica, que fundaría un hogar: que viviría con la conciencia tranquila"²⁴³.

El imaginario colectivo sabe que aquel que se mete a la política no encuentra salvación a su alma. La experiencia histórica encuentra en las palabras de Lorenzo un interlocutor. Así, cuando Jaime Ceballos le dice a Lorenzo que iba a hacer "todo lo contrario de lo que quería", esto es, le

²⁴¹ *Idem*, 125.

²⁴² *Idem*.

²⁴³ *Idem*, 143.

avisa: "—...Voy a entrar al orden"; con un dejo de compasión y afecto, pero también con "una ira indignada" contesta el indígena Juan Manuel Lorenzo:

"—No vas a encontrar... a nadie allí [...] No es grave... tu dolor. Otros... son los que sufren en verdad. Ceballos: un día... ya no tendrás derecho a colocarte aparte... con el pretexto de tu propia salvación. Algo... como una gran ola... te cubrirá. Te encontrarás... analizándote... desesperado... y la ola no te respetará"²⁴⁴.

La política, esta gran ola: incontenible, abrazante, que separa a los que *sufren de verdad* de los otros: los gobernantes, Balcárcel... y ahora Ceballos.

En esta novela percibimos un desencanto generacional. Puede decirse que en el imaginario de este texto literario se guarda la imagen de un poder que agota la persistencia de quienes podrían tener el valor de enfrentarlo. Y es que la seguridad, el saber que tenemos algo que nos sostiene es demasiado fuerte para los mexicanos que se nos revelan en *Las buenas conciencias*. Aún para Zuno resultó difícil separarse de su mujer y de sus hijos, riñéndose todo cuando desafortunadamente lo único que tenía, la vida, valía bien poco. Porque 'uno' no es nada: quizá 'todos unidos' es la solución. Pero Jaime Ceballos está solo: ni su padre, ni su madre, ni Zuno, ni Lorenzo lo acompañan. Mientras Juan Manuel se atejaba, Jaime se decía:

"No he tenido el valor. No he podido ser lo que quería. No he podido ser un cristiano. No puedo quedarme solo con mi fracaso; no lo aguantaría; tengo que apoyarme en algo. No tengo más apoyo que esto: mis tios, la vida que me prepararon, la vida que heredé de todos mis antepasados. *Me someto al orden, para no caer en la desesperación*. Perdón, Ezequiel, perdón Adelina; perdón Juan Manuel"²⁴⁵.

En fin, Ceballos "tenía que hacerse hombre", porque el mundo estaba ordenado así. Y al término de la novela encontramos lo que el imaginario colectivo imaginaria como la frase de todo poder:

²⁴⁴ *Idem*, 142.

²⁴⁵ *Idem*, 143 (subrayado nuestro).

"¡Que cargara el diablo con los humildes, con los pecadores, con los abandonados, con los rebeldes, con los miserables, con todos lo que quedaban al margen del orden aceptado"²⁴⁶.

Esto es, persiste la imagen de que para el poder está primero el interés personal que la solidaridad con los de abajo.

²⁴⁶ *Idem.*

IX. Se está haciendo tarde

*Un par de agentes, dentro del auto, los veían
con sonrisas canallas*

José Agustín

José Agustín Ramírez, acapulqueño por nacimiento, llegó a este mundo en 1944. Perteneciente a la Generación del 68, José Agustín da impulso con su narrativa a un nuevo estilo literario: la "literatura de la onda". Caracterizada por una frescura de lenguaje, la literatura de la onda busca romper los rígidos esquemas novelísticos establecidos por generaciones anteriores, de tal forma que pronto se convierte en todo un fenómeno: rememora ambientes urbanos vividos por un actor social que no actúa: los jóvenes clasemedieros. Estos jóvenes que no critican su mundo, sino tan sólo lo disfrutan, utilizan al lenguaje para manifestar su loca rebeldía, su infinito deseo de divertirse aquí y ahora.

La literatura de la onda encuentra en el texto *De perfil* (1966) de José Agustín a su máximo exponente, y aunque nuestro autor rechaza tal denominación para este estilo literario, ambos, novela y escritor, son un referente obligado para aquel que quiera realizar un socioanálisis del periodo "La invención del optimismo". Ahora bien, proponemos revisar en este momento no a la novela *De perfil*, sino *Se está haciendo tarde (final en laguna)* —del mismo creador— en el sentido de que nos interesa más analizar la etapa del México moderno denominada "La hora de la pesadumbre". Una vez que hemos examinado con la novela *Las buenas conciencias* "La invención del optimismo", corresponde situarnos en el siguiente periodo, caracterizado por un desencanto hacia el desarrollo mexicano.

Las crisis económicas y sociales son particularmente intensas en esta etapa. En la literatura es posible vislumbrar esta pesadumbre, pues los autores empiezan a voltear al mundo que se está construyendo y con una mirada crítica nos exponen una novelística extrema: o la metaficción o la

denuncia. En ambos estilos percibimos una insatisfacción por el estado de cosas: en una existe evasión y en la otra una visión descarnada de la realidad cotidiana. La escritura de José Agustín, por su parte, se torna intensamente reveladora de la condición mexicana, como si en su describir nos dijera: mira, estos son los jóvenes, estos son sus intereses, su estilo de vida norteamericana; pero también nos conduce a la pregunta ¿y ahora, qué vamos hacer?

José Agustín nos advierte: se está haciendo tarde, y en ello nos proporciona una visión crítica de la cotidianidad urbana. Al leer esta novela la sorpresa invade nuestros sentidos por el sinsentido en que se ha enclaustrado el vivir del joven. Ahora bien, ¿su falta de interés por revolucionar al mundo se debe a una falta de auténtica rebeldía? No. En esta novela percibimos a los jóvenes que se saben sin futuro, sin posibilidades de desarrollo personal. Su rebeldía se expresa en el rock, en el consumo de estupefacientes, en las locas carreras automovilísticas. Ante la falta de esperanza prefieren divertirse, pasársela bien ahora que pueden. La imagen del autoritarismo aberrante del 68 ha atemorizado a los que tenían valor, ha conseguido que cada quién se preocupe por su individualidad, pues el poder les resulta indestructible, infinito, inamovible. No es que exista conformidad: el descontento es palpable. Parecería más bien que los jóvenes se esconden en sus vidas para simplemente sobrevivir.

A través de la presente novela pudimos analizar los siguientes puntos temáticos:

- El cambio en la estructura social mexicana.
- Los nuevos medios de violencia legítimos: la policía.
- El problema de la corrupción política.
- La distancia abismal pueblo-poder político.
- La modernización: desigualdad y poder político.
- El poder político como causante único de las desgracias nacionales o de cómo el imaginario le hecha la culpa al otro.

- Los vínculos del narcotráfico con el poder político.
- El ejercicio de la injusta justicia.
- La creciente individualización.
- Crítica y admiración al estilo de vida norteamericano.

*

La novela que por ahora nos ocupa —publicada por primera vez en 1973— aborda distintas problemáticas. En primer lugar, su actor principal, Rafael, pertenece al estrato medio, aunque se vislumbra que proviene de una clase baja ascendente. Este joven asiste al puerto de Acapulco a pasar unas vacaciones, fenómeno que señala los niveles de bienestar que alcanzó la sociedad mexicana, así como un nuevo estilo de vida resultado de la industrialización y la urbanización creciente. Si a Florentina le parecía un hecho extraordinario el visitar cualquier ciudad, ya para los jóvenes capitalinos es un acto cuasi costumbre el descansar en la playa (con sus consecuentes gastos, obviamente). Así, cuando leemos *Se está haciendo tarde*, nos enfrentamos de golpe a otro México, donde ya no aparecen los campesinos ni los indios. Evidentemente ello implica una intensa incorporación de sectores que o por falta de tierra o por una búsqueda de nuevas expectativas o por los problemas que nos indicó Juan Manuel Lorenzo en la novela anterior, se ven obligados a salir de su entorno rural.

Esto nos sorprende porque si la distancia que separa a una generación de otra, según Luis González y González, es de 15 años, la visión de mundo entre Carlos Fuentes y José Agustín es abismal. Ahora bien, en promedio existen 16 años entre novela y novela analizada, pero entre la publicación de *Las buenas conciencias* y *Se está haciendo tarde* tenemos tan sólo 13 años, lo cual, en un primer momento, nos hizo dudar de la metodología que estamos usando. Sin embargo, puesto que con los ejemplos analizados anteriormente se observa una cierta continuidad entre los imaginarios colectivos reconstruidos, en un segundo momento llegamos a la conclusión de que las diferencias entre estas dos últimas obras literarias son resultado

no solo de las normales disparidades entre generación y generación, sino más bien de un cambio radical en la forma de vida de los mexicanos. Esto es, con José Agustín presenciarnos el gran salto que dio la sociedad mexicana.

Pero averigüemos qué tan diferente es el imaginario colectivo de esta época. Para empezar, para la cultura política existen nuevos actores de poder. Si ya desde la novela de Fuentes desaparecía el ejército, aquí definitivamente no se hace mención a tal fuerza armada. Sin embargo, el espacio no queda vacío: surge ahora la policía como símbolo del poder facultado para el ejercicio de la violencia. Este nuevo poder se encargará, tal y como lo hizo el ejército en el siglo pasado, de poner orden a través de su desorden. El imaginario colectivo mira a la policía no con buenos ojos. De hecho, se guardará la imagen de la policía y los judiciales como un conjunto de elementos autoritarios, déspotas, abusivos y demás. Casi un tercio de la novela los personajes principales se la pasan huyendo de unos policías de tránsito que intentaban detenerlos por su exceso de velocidad y porque iban ingiriendo enervantes. En un sinfín de escenas notamos tres aspectos. Uno: la imagen que se tiene de ellos: "Un par de agentes, dentro del autor, los veían con sonrisas canallescas"²⁴⁷; dos: la corrupción la atribuye el imaginario colectivo a éstos representantes del poder; y tres: no existe mayor disfrute que burlar al poder.

El primer y segundo punto se relacionan íntimamente: la policía es *canalla* porque no busca resguardar el orden, sino sólo apropiarse del dinero de los infractores. En seguida que Rafael y los demás notaron la presencia de los agentes de tránsito, la reacción de Paulhan fue preguntar "¿Cuánto dinero traemos?", para luego afirmar: "Vamos a darles dinero ... eso quieren"²⁴⁸. Sin embargo, queda con ello claro que aunque el imaginario colectivo se considere víctima de la corrupción de la policía, el acto del soborno no es unilateral: implica que ambos, poder e imaginario colectivo,

²⁴⁷ J. A. Ramírez, 1973/1994, 161.

²⁴⁸ *Ídem*.

compartan el mismo código de valores. Es decir, el imaginario colectivo se considera en desventaja —lo cual es real— pero no advierte que es en igual sentido, cómplice.

Esto lleva, por tanto, al tercer punto: si el abuso lo comete el poder, el simple hecho de burlar su ejercicio autoritario es todo un acto de valentía. Los personajes de esta novela disfrutan con emoción y miedo la loca carrera por la costera y las terracerías de Acapulco, haciendo gala de su atrevimiento y de su capacidad para 'escaparse' de los agentes.

En esta travesía, Virgilio advierte la enorme desigualdad originada por la modernización: mientras la zona turística parece de primer mundo, las colonias populares del puerto padecen la miseria tercermundista. Ahora bien, lo interesante es no sólo esta imagen dual que guarda el imaginario colectivo respecto a su realidad, sino la explicación que otorga sobre ello la cultura política mexicana. Otro aspecto importante del imaginario que se nos revela en las palabras de Virgilio es lo siguiente: el responsable de esta situación desigual es el gobierno. Así, el poder no sólo es corrupto, es también causante de los males nacionales. Al atravesar distintas secciones de Acapulco, apenas separadas por unas cuantas calles, Virgilio se dice a sí mismo:

"Pinches culeros del Municipio: muy monina la Costera y monte adentro puros agujeros y gente cayéndose de hambre y niños de cuatro años con unas panzotototas de tantos animales, y yo prrrmmmm con este charger de pocabuela, valiéndome madre que se mueran de hambre de la Costera para adentro, pensando en que ojalá me vieran mis cuates los pasados"²⁴⁸.

En esta frase encontramos que el responsabilizar al Estado va acompañado de una actitud deslindadora. Es decir, si por un lado se le acusa al gobierno de la pobreza imperante, es claro para los personajes de esta novela que ellos, en cambio, no pueden hacer nada ni quieren hacerlo, pues su preocupación no es solucionar tales condiciones sino más bien pasársela *supér*. Imposible escuchar ahora las palabras solidarias e incluso cotidianas

²⁴⁸ *Idem*, 119.

de la negra Angustias. Eso se ha acabado conjuntamente con la Revolución Mexicana. Estos son otros tiempos, donde el retraimiento de la vida privada respecto a lo público se intensifica. Lo que interesa es que los demás vean que nosotros somos bien chingones, diría Octavio Paz. Sin embargo, como ya habíamos mencionado, este retraimiento no es casual, pues existen antecedentes represores a cualquier intento por modificar la relación poder-pueblo. Con ello queremos indicar que sí existe una cierta conciencia de la problemática nacional, mas la inercia de la vida cotidiana impone cánones de crítica que no llegan más allá que a la denuncia informal. Virgilio pensaría en lo positivo y necesario de 'hacer algo', pero como siempre, termina conformándose con su forma de vida individualista:

"Esas son puras jaladeces, deberíamos hacer la revolución. Rataatat, jabajo, perros azotadores, envenenadores de la mente del pueblo! ¡Chinguen a su madre burfresas! Aguantaria la revolución, pero todos somos unos culeros y muy habladores. Yo al menos, en cambio Genaro Vázquez partiéndose la madre muy calladito, aquí cerca, Carajo, yo sí soy un culero: cobro un toleco por cartón de moranga o hasta un ciego por sunshine si el aceite está escaso. La neta es que valgo madre, soy un pinche huevón, debería trabajar"²⁷⁹.

Con ello notamos que el imaginario colectivo de esta novela se considera a sí mismo como un 'hablador'. Pero también observamos la aparición en el escenario político de otro nuevo actor: la guerrilla. Así, ante la radicalización conservadora del poder se conforma otro contrapoder igualmente radical, que haciendo uso de la fuerza intenta oponerse al ejercicio 'legítimo' de la fuerza. Es difícil averiguar cuál era la posición colectiva frente a este contrapoder, pero al menos Virgilio advierte la manipulación ideológica de que es objeto la población en general.

Hasta este punto el imaginario colectivo nos ha proporcionado la semblanza del poder: el gobierno está tan preocupado, por ejemplo, en crear una imagen ante los turistas extranjeros —o al exterior, en general—, que se ha olvidado de la distribución del ingreso a nivel nacional. Los regionalismos ya no radican en diferencias de tradición: más bien, en

²⁷⁹ *Idem*, 147.

diferencias de infraestructura. ¿Y por qué es responsable de esto el poder? Porque el poder es quien se apropia de los impuestos federales, y sólo a él corresponde la función de satisfacción de necesidades sociales. Jugando con las palabras, Virgilio expresa aquí un sentir popular:

"¿Y disco es esa oficina del gobierno donde se roban el dinero de los ciudadanos con los llamados impuestos disciales? ¡Ese es fisco!, dijo Pauthan, riendo"²⁵¹.

El tema de la corrupción es recurrente en *Se está haciendo tarde*, y muy probablemente también en la sociedad mexicana en general. La misma corrupción se percibe distinta a la corrupción de décadas anteriores, pues el narcotráfico se convierte en un tema cotidiano que se vincula con las altas esferas del poder en México. Ya en palabras de Virgilio encontramos que él se dedica a tal negocio, un negocio que considera opuesto al trabajo: "debería trabajar", se dice a sí mismo. Lo notorio es que el imaginario colectivo sabe que hay dos tipos de comercio negro: el 'en corto' y el de los políticos o militares. Virgilio explica que:

"Yo no vendo moto porque quisiera ganar las *concladas* de dinero, ésas las ganan otros, los big operators, los generales o politicazos que tienen sus sembradíos muy chingones"²⁵².

Mientras para él es cosa de sobrevivencia, para los altos funcionarios el narcotráfico es el negocio de su vida. Así, los políticos o se hacen de dinero al quedarse con el presupuesto federal, estatal y municipal, o se hacen ricos con trabajos mal habidos, donde, evidentemente, aprovechan su posición en el poder. Por ejemplo, Virgilio se queja del desigual trato que existe en nuestro país respecto al ejercicio de la justicia:

"A los dueños de esos sembradíos protegidos no los llevan a Lecumberri y tampoco les dejan irineo la formal prisión, como a mi cuate que resultó que ni se llama Ricardo, sino Filiberto"²⁵³.

²⁵¹ *Ídem*, 110.

²⁵² *Ídem*, 150.

²⁵³ *Ídem*, 147.

Bien señalado lo tenía la literatura de la onda: el estilo de vida que se practica en nuestro país tiene como ejemplo al 'american life'. Este cambio en los modelos de vida se manifiesta en la obra literaria de José Agustín, donde observamos, por ejemplo, cómo han dejado de existir los asaltantes de caminos, para toparnos ahora con la venta de estupefacientes. Los negocios ilícitos cambiaron tan radicalmente como las formas de vida cotidiana, creando a su vez nuevas problemáticas que, tanto en *Los bandidos de Río Frio* como en *Se está haciendo tarde*, son solapadas por altos funcionarios públicos. En vez de combatirlos, el Relumbrón de la novela de Payno y el gobierno guerrerense de la presente novela, protegen a través de su influencia actos fuera de la ley a fin de beneficiarse económicamente.

Por otro lado, notamos que ya no existe la misma orientación cínica que en *Los bandidos de Río Frio*, pues los argumentos del Relumbrón que justificaban el abuso como la única forma para subir de estrato socioeconómico se han dejado de escuchar. No con ello se entienda que ha desaparecido tal conducta: lo que sucede más bien es que el agandalle se ha convertido en una estrategia de sobrevivencia. Bajo este esquema, el imaginario colectivo se excusa no sin un dejo de culpabilidad, fácilmente advertible en las palabras de Virgilio. Así, el imaginario colectivo parece que imagina una sociedad en decadencia, puesto que la corrupción abarca — ahora sí — resquicios insospechados: la vida cotidiana. Existen por tanto, dos parámetros morales: el que se sigue con la familia y los amigos (en lo privado), y el que se reproduce en la calle (lo público). Sin embargo, también es cierto que el imaginario colectivo tiende a idealizar tiempos pasados. Por ello, en cada novela notamos la sensación colectiva de que el presente es mucho más amenazante y difícil que el ayer, dándonos la impresión — falsa o no — de que el poder aumenta su autoritarismo y corrupción. Pero recordemos que en esta investigación nos interesa más lo que la gente cree que es que lo que es (ya existen suficientes análisis sobre el deber ser y el ser del sistema político mexicano).

Probablemente sea un resultado de la transculturación o quizá no, pero lo que sí es cierto es que advertimos en esta novela un imaginario colectivo tan individualista que resulta realmente indiferente ante las condiciones del otro. Ya hemos hablado del conflicto que mantiene el joven Virgilio, quien reconoce las condiciones miserables de sus compatriotas pero también confiesa su falta de valentía. En igual sentido, en esta novela percibimos la soledad que enfrentan los personajes, pues aunque deciden divertirse juntos, cada quien está en su onda, en su rollo, sin importarles qué le está sucediendo al de junto. Ahora bien, a pesar de ello, los jóvenes mexicanos clasemedios no por ello dejan de sentir repugnancia ante el lacerante individualismo que emanan los turistas norteamericanos que los acompañan. Esto es, a pesar de copiar los estilos de vida norteamericana — considerándolos por ende como superiores—, el choque cultural persiste, pues no hay una adaptación cabal: antes bien, subsiste la crítica al extranjero. Así, comparativamente el mexicano es más solidario y más comunitario que estos visitantes norteamericanos. Pero no es suficiente, señalarían Virgilio y Rafael.

Finalmente, queda una pregunta por responder: ¿qué tan distinto es el imaginario colectivo de los años setenta a los noventa? Esperemos que ud., amable lector, haya elaborado su hipótesis. Por lo pronto, dejamos hasta aquí el análisis sociológico de las nueve novelas elegidas.

**EL IMAGINARIO Y LA LITERATURA.
UNA REFLEXIÓN FINAL**

El imaginario y la literatura. Una reflexión final.

Queda por ahora elaborar las conclusiones. Hemos recorrido algunos tramos tortuosos, otros complicados, sea por su carácter, sea porque así los hemos desarrollado o embrollado, y también algunos divertidos. Empero, lanzar una mirada hacia atrás no deja de complicarnos la existencia, pues al evaluar lo propuesto y lo hecho se evidencia la tangible diferencia. No todo está mal, evidentemente, ya que hemos encontrado quizá más de lo que esperábamos, pero tampoco es suficiente. Ahora todo lo escrito puede resultar banal o si acaso interesante, mas le aseguramos, amable lector, que lo realizamos con tanto entusiasmo cual si fuera trascendente. Esto último porque nuestros tres objetivos más íntimos resultaron muy ambiciosos, a saber: a) motivar una nueva metodología en la sociología; b) otorgar a la noción de cultura política tres especificaciones: un carácter de proceso histórico, un carácter de reformulación cotidiana, y una versión simbólica; y c) realizar una lectura de las aportaciones puramente mexicanas.

El primer punto se puede resumir así: esta investigación se planteó llevar a cabo lo que en muchos es sólo una intención: indagar en el arte como si éste fuese un vehículo de conocimiento. Ello significa no hacer sociología del arte, sino a través de la literatura, realizar una sociología. Para ello adquirimos una actitud contraria a la de Sara Sefchovich, quien elaboró una reconstrucción sociológica de la literatura. A partir de una contextualización social, económica e ideológica, Sefchovich reagrupó en seis periodos la creación novelística mexicana. Nosotros, en cambio, a partir de la obra literaria buscamos en qué consistía ese contexto cultural.

El segundo objetivo significa que iniciamos la problematización con la siguiente crítica: el concepto «cultura», volvemos a repetir, es un término

mucho más rico en acepciones que no puede reducirse a la particularidad de «conducta». De ahí que la revisión intentara una consideración histórica de la noción cultura política, una revisión a la percepción colectiva cotidiana y una inclinación por las imágenes colectivas antes que por las actitudes colectivas. Ahora bien, a la hora de evaluar los resultados observamos que nuestra investigación no es lo suficientemente histórica, ni colectiva ni versa con exclusividad sobre el imaginario. Sin embargo, la intencionalidad teórico-metodológica persiste y eso es importante.

El tercer propósito consiste en un interés por rescatar lo que los mexicanos han escrito sobre el tema. Pudimos haber dedicado la tesis a indagar la posición teórica respecto a la cultura política o a una noción parecida desde la ciencia política y sociología, leyendo, por ejemplo, a Montesquieu, a Marx, a Tocqueville, a Weber, a Durkheim, a Pareto, a Parsons, etc. Sin embargo, caeríamos en algo que es interesante pero que no nos preocupa. Personalmente, hice caso de cierta afirmación de González Casanova: los alemanes citan a los alemanes, los franceses a los franceses, los ingleses a los ingleses, etc.; mientras que nosotros los latinoamericanos, por creernos cosmopolitas, citamos a la intelectualidad europea y norteamericana, sin acordarnos de la propia creación. Por eso, precisamente por ello, nos planteamos la primer delimitación: consultar en lo mayormente posible escritos mexicanos. Teníamos, pues, al tema de la cultura política por un lado, y a la intelectualidad mexicana, por el otro. Pero en esta atractiva conjunción descubrimos lo que es evidente: en el plano teórico, es realmente poco lo que se ha escrito sobre el tema. Y no sólo eso, prácticamente todas las investigaciones empíricas sobre cultura política son una extensión de lo que Almond y Verba afirmaron sobre tal hecho social, agregando poco o nada a la discusión. Para colmo de males, en aquellos donde sí existen avances sobre la investigación (digamos Rafael Segovia o Francisco José Paoli Bolio), se ignora o se hace a un lado las pertinentes observaciones de Aurora Loyo y Roberto Gutiérrez: la cultura política tiene

una dimensión cultural y una dimensión histórica. Esto es, a la luz de la interpretación mexicana de la realidad mexicana no se puede hacer a un lado el carácter simbólico e histórico de la noción «cultural» «política». Ahora bien, aunque tanto en términos teóricos como en el ámbito empírico Almond y Verba hicieron mención a la importancia de las percepciones colectivas respecto al poder, ninguno de nuestros eminentes investigadores (desde la sociología política) otorga suficiente atención a tales consideraciones. Esto es, los textos sociológicos mexicanos sobre cultura política se han inclinado hacia sólo una versión de la cultura política, la cual, a mi parecer, no es la más afortunada¹.

Ahora bien, precisamente este punto es el que nos permitió preguntarnos por otras fuentes de conocimiento. Al recurrir a la novela mexicana salvamos en términos de inquietud personal las tres intenciones que posteriormente manifestamos como objetivos íntimos. Y también allí es donde empezó nuestro tortuoso camino. ¿Por qué?, porque no siempre se puede 'justificar' algo que pertenece a la intuición. Si bien a través del segundo capítulo elaboramos una sustentación metodológica de tan descabellados propósitos, parece ser que la crítica ha empezado aún antes de que culmine mi investigación: a los sociólogos les parece interesante, pero difícil de sustentar. Y no se diga de los artistas y filósofos: ven en un socioanálisis de la literatura un reduccionismo que califican de imperdonable. Que quede claro, jamás he querido desmitificar al arte: la obra en su acto estético es, ante todo, una obra artística. Sin embargo, ello no le inmuniza de ser además de un objeto de placer estético, un objeto de

¹ Esta afirmación la explico de la siguiente manera. Reducir el análisis de la cultura política a las conductas, significa ignorar importantes problemáticas. Pongamos una: resulta más fácil que cambiemos de actitud ante un fenómeno, que cambiemos nuestra opinión sobre él. Es decir, nuestras conductas pueden ser consecuentes o no con nuestro sentir, dependiendo muchas veces de lo que nos convenga; aunque ello contradiga la valoración que tengamos sobre un hecho. Si sólo ponemos atención a lo que hace la gente, no podremos comprender a cabalidad lo que piensa, y de igual forma si atendemos a lo contrario. A falta de investigaciones sobre lo segundo, elaboramos una reconstrucción del imaginario colectivo con la finalidad de proporcionarle al especialista una segunda parte de trabajo interpretativo de la cultura política mexicana.

conocimiento. Esto significa que reconozco en la obra al menos dos niveles: el nivel estético y el nivel de construcción social de la realidad.

Al ubicar la investigación en el segundo nivel se corre el riesgo, evidentemente, de encasillar a la obra literaria como un producto determinado por su contexto social. La pregunta es ¿cómo evitarlo? Por el momento no lo sé. Tal vez si no hubiese leído o escuchado la opinión de especialistas sobre crítica literaria o a hermenéutas de la literatura, jamás me hubiese enterado de las fuertes limitantes teórico-metodológicas de mi propuesta y por lo tanto mi trayecto fuera más seguro de sí mismo. Sin embargo, ofrezco una disculpa por mi osadía y también pido al menos una consideración: por un lado, el tema es de por sí complicado; por el otro, en mi intento por rebasar mi propia sombra, he invadido terrenos nuevos que me resultan perturbadores. Tómese en cuenta que esta es una primera intención por decir algo diferente —o tal vez no tanto—, y que mi formación universitaria se ha visto divorciada del intercambio disciplinario que en este caso resulta imprescindible. Para elaborar una propuesta suficientemente sustentada necesitaría realizar estudios que volverían infinita esta investigación de licenciatura. Por ello renuncié demasiado pronto o demasiado tarde a continuar la búsqueda de un marco teórico-metodológico, para pasar, finalmente, a la ejemplificación de aquella intuición: la literatura como una posibilidad de reconstruir en el plano teórico la noción de cultura política².

Sin embargo, una vez realizado el recorrido interpretativo de los textos novelísticos, hemos caído en cuenta de tres problemáticas determinantes. En primer lugar, cabe recordar que el interés metodológico más relevante de la presente investigación consistió en reconstruir la cultura

² Cabe mencionar que esta versión sociológica del imaginario colectivo le debe en mucho a las aportaciones del pensamiento mexicano, haciendo un reconocimiento tan sólo de Samuel Ramos, Octavio Paz, Carlos Fuentes, Carlos Monsiváis, Guillermo Bonfil Batalla, Luis Villoro, Alan Riding, Ismael Saucedo, Adrián Gurza y muchos otros más que con sus textos o comentarios directa o indirectamente me han sugerido multitud de cosas que incluso he olvidado escribir aquí. Obviamente mis agradecimientos más intensos son hacia la noble tarea del novelista, quien con su perspicacia y crítica muchas veces sublimada nos ha proporcionado una visión de la realidad mexicana muy próxima a la tarea del sociólogo.

política mexicana a través de la literatura mexicana. Esta inquietud tuvo como principio rector la preocupación por indagar en nuevos recursos experimentales que nos permitieran un acercamiento a la vida cotidiana de los mexicanos. Para ello sugerimos la utilización de novelas que por medio de la visión del autor y del personaje nos mostrasen cuál era la percepción colectiva respecto a los usos y costumbres del ejercicio del poder. Pero ahora concluida la exégesis literaria resulta penoso pero imprescindible realizar la siguiente confesión: no hemos reconstruido la cultura política mexicana: lo que se obtuvo no fue más que una reconstrucción de la cultura política reflejada en la literatura. Significa ello que a lo mucho desciframos el imaginario colectivo que la novelística nos transmite. ¿Hemos fracasado? Considero que no. A pesar de que iniciamos esta investigación planteándonos metas enormes, fueron precisamente ellas las que nos motivaron a la consumación de esta pequeñísima investigación, la cual al especialista aportará en mucho por sus puntos fallidos.

Aunque no diga mucho sobre lo que *se es* en el imaginario colectivo mexicano, la presente reconstrucción de la cultura política en la literatura resultó francamente divertida. Y es aquí donde cabe la segunda confesión: no pudimos evitar dejar salir nuestros particulares juicios de valor respecto a la cultura política mexicana. Imbuída en una concreta problemática social y académica, mis puntos de vista sobre mi entorno se asoman por todas partes: desde el tema hasta las afirmaciones vertidas. Por ejemplo, en mi cabeza ha rondado el problema de la transición política en nuestro país, preocupación que se vincula intensamente con la actual discusión de la cultura política mexicana. Si bien al final de este apartado pormenorizo lo siguiente, por el momento manifiesto que el análisis de la cultura política en su multidimensionalidad (símbolos, creencias, actitudes, imaginario, etc.) soluciona algunos problemas teóricos que frecuentemente encontramos en recientes publicaciones, planteados últimamente por Rafael Segovia y muchos otros más que se han preocupado por la susodicha transición de la

cultura política mexicana. En este nivel subsiste la pregunta de cómo interpretar las variaciones en las tendencias electorales a la luz de que éstas no han presentado una clara orientación ni un régimen estable o predecible. La cuestión aquí es problemática desde el principio: reducen la cultura política a un elemento que no es reflejo exacto de lo cultural³. Por otro lado, cuando los estudiosos sobre tema se preocupan por el ámbito *no conductual* de la cultura política, caen en una serie de afirmaciones tendenciosas que desfiguraron la interpretación que podríamos tener de nosotros mismos. Es decir, al hacer uso de la política comparada, es obvio que la nuestra es extremadamente diferente a la cultura política de los países democráticos⁴. En este caso lo que les queda a nuestros expertos es lamentarse, pues difícilmente podrán identificar una teoría planteada desde un contexto "desarrollado" o "posmoderno" con nuestra realidad "subdesarrollada" y si acaso "moderna", o lo que es peor, corren el riesgo de caer en una crisis intelectual similar a la que padecieron nuestros pensadores del siglo pasado, cuando desilusionados del conducirse de los mexicanos concluyeron que en México no había mas que ciudadanos imaginarios⁵. Pero no nos apresuremos, una vez aclaradas las tres confesiones necesarias y las conclusiones

³ Toda la investigación lleva detrás una intencionalidad que a continuación exponemos. En primera, considero que el problema de la transición cultural se ha convertido en una condición de facto para aquellos que indagan la transición política de nuestro país. Este tema me es de por sí molesto; ¿quieren decir con ello que la imagen colectiva que se tiene del poder es distinta a la que se ha tenido? ¿Cómo saberlo, medirlo, afirmarlo, negarlo? La conclusión que me viene a la mente es que estos investigadores prácticamente necesitan partir de un supuesto de fe —la cultura política mexicana es diametralmente distinta a la de hace un par de décadas— antes que de un conocimiento del hecho social. De lo contrario, teórica y metodológicamente no podrían justificar ni entender la tan anunciada transición democrática. Yo no sé si esté ocurriendo ni me corresponde averiguarlo. Lo que me preocupa siempre es la confusión que se hace de los términos teóricos para la comprensión de la realidad. Esto es, definitivamente el concepto de cultura política no sirve para hablar de los 'cambios' a partir del terremoto de 1985 o para clasificar a todo lo ocurrido 'durante' y 'después' de las elecciones del 88. Podrá utilizarse la noción de tendencias electorales o cualquier otra que se invente, pero suponer que la cultura política se ha modificado porque existió un voto de castigo, es una contrariedad al término mismo. Por ello nuestra inquietud en otorgarle tres especificaciones: su carácter histórico, su carácter de reformulación cotidiana, y su versión simbólica.

⁴ Sobre este tema tenemos a Jacqueline Peschard, quien en *La cultura política democrática* nos menciona los presupuestos básicos (por no idealizados) de lo que debe ser una cultura política en un sistema político democrático.

⁵ Escalante: 1993.

particulares, abordaremos nuestra posición respecto a la transición de la cultura política mexicana.

Asimismo, son evidentes (en términos gadamerianos) ciertos prejuicios de esta investigación: la definición de cultura política que se manejó en un principio mantenía una concepción del poder en términos generales, pero fue hasta el último momento en que por medio de la crítica de un atento lector que caí en cuenta de que en realidad estuve analizando el imaginario colectivo respecto al *poder político*, y no al poder en su totalidad. Tal situación se debe a un interés personal ni siquiera consiente y a que usualmente en los ámbitos académicos se tiende al análisis del poder político cuando se habla del poder.

La última problemática consiste en que, finalmente, hemos reconstruido, a lo más, el imaginario colectivo mestizo. Bien indicamos que al referirnos a la cultura política mexicana hacíamos mención a aquel imaginario compartido por una sociedad con una lengua, un espacio geopolítico y una historia particular en común, por lo que en cierto caso justificamos el omitir los regionalismos —condición que incluso contradice al término de cultura política—. Ya en el primer capítulo señalamos que a la cultura política la reconocemos como la cultura que más que ser la general, es el elemento confuncional al sistema político. Por otro lado, los estudios de política comparada siempre han utilizado la noción de culturas políticas nacionales sin que se cuestione este problema en razón de los resultados que obtienen, muy a pesar de un concepto que para muchos es falso. Sin embargo, dadas las condiciones multiculturales de nuestro país no se puede ignorar la dificultad teórico-práctica de reconstruir una cultura política mexicana. Ciertamente ello es una barrera epistemológica, pero hasta el momento no sabríamos cómo construir una noción que permitiera incluir tantos imaginarios colectivos. Por los avances de esta investigación, nos limitamos a hablar de lo que la literatura mestiza proporciona, sin afirmar o negar si el imaginario indígena es igual o distinto al imaginario mestizo.

Ahora bien, expliquemos la forma en cómo nos guiamos para reconstruir a través de la literatura el imaginario colectivo. Si se pone atención, en general las opiniones sobre el poder eran vertidas por particulares. La pregunta es ¿cómo justificar que de un imaginario deducimos el imaginario? En primer lugar, porque consideramos atinada la observación durkheimiana de que el individuo es un producto social. En segundo, porque observamos que no existía una confrontación de imaginarios entre los distintos personajes de las novelas. Esto es, existía siempre un factor en común en las percepciones: el poder político como algo amenazante, como regido por un código moral distinto al familiar, como una práctica de sujetos socialmente poco apreciados, como un verdadero «hecho social», etc. De ello que afirmemos al imaginario —antes que nada— como una experiencia colectiva, para después concebirlo como resultado de la cotidianeidad y la historia colectiva.

En este punto cabe mencionar la siguiente conclusión: en la vida práctica del mexicano existen dos códigos de valores: el de la vida privada y el de la vida pública. Es decir, el comportamiento de un sujeto obedece al ámbito en el cual se desenvuelve, y ello está bastante vinculado al imaginario colectivo del que es partícipe. Esto significa que mientras en la familia colabora y es solidario, en lo público procurará obtener el máximo beneficio, aunque ello sea muy a pesar de otros individuos. En lo público se encuentra el ejercicio de poder político, por lo que en lo público no funcionará comportarse como se haría en lo privado, esto es, sin corrupción. Digamos que el imaginario colectivo —en tanto experiencia cotidiana y colectiva— juega el papel de determinarle al sujeto cuál debe ser la mejor manera de conducirse: en lo público hay que conseguir alianzas y ser al mismo tiempo individualista; si se está vinculado a la burocracia, hay que trabajar pero no esperar nada de ello sino de los compadrazgos, lo cual trae mejores resultados que acabarse la vida laborando de sol a sol. En fin, cada

novela nos aporta reveladoras conclusiones que en lo que sigue analizaremos.

Antes de iniciar las conclusiones particulares de cada obra literaria, es importante señalar que «el poder» en las novelas tiene una conexión con «lo político». Así, generalmente se alude al poder no familiar, no religioso, no educativo, etc., sino *político*, el cual influye en la familia, en la religión, en la educación, etc. Para el imaginario colectivo que hemos reconstruido existe una clara identificación entre el poder, lo político y el gobierno, de tal forma que referirse a lo uno o a lo otro es prácticamente lo mismo. En el plano teórico ello es inconcebible o discutible, pero para la cultura política mexicana parecen no existir diferencias. Ya más adelante matizaremos esta cuestión, resaltando los cambios entre distintos momentos de la historia del México moderno. Por lo pronto es necesario aclarar que con fines puramente comprensivos, personalmente he conjuntado lo público con el ámbito del ejercicio del poder político, mientras que con lo privado me refiero al espacio donde se llevan a cabo las relaciones íntimas y familiares y por tanto al margen de lo político.

Como ya mencionamos en el capítulo tercero, los temas centrales bajo los cuales elaboramos la discusión de la cultura política son, a saber: los senderos del poder, las virtudes políticas, la herramienta política por excelencia (la lambisconería), el compadrazgo político, el presidencialismo, la corrupción, los negocios del poder político, las relaciones entre poder político y poder económico, lo militar y lo civil, la violencia legítima; los agitadores sociales, los ideólogos, la cooptación, la demagogia, los funcionarios públicos, la injusta justicia, la modernización, las elecciones; la servidumbre mexicana, el patrimonialismo, el paternalismo, la desigualdad, el racismo y el poder político, lo público frente a lo privado, las retribuciones al trabajo, los indios, la rebelión, los líderes carismáticos, etc. Ahora bien, se preguntará el lector qué relación tienen estas temáticas con el imaginario colectivo y con la cultura política. La relación que existe

con el primero es que es por el imaginario colectivo como accedimos a tales puntos; esto es, a través de una indagación de qué es lo que la percepción colectiva imagina del poder político es como seleccionamos los temas. Por otra parte, era claro que el imaginario colectivo no tiene imágenes en sentido puro, sino que tales percepciones⁶ están provistas de una crítica hacia la realidad, por lo cual todas estas temáticas conducen a la comprensión de por qué el imaginario colectivo desprecia al poder y simultáneamente reproduce el patrimonialismo. Por otra parte, consideramos que estos puntos constituyen una parte indispensable para la discusión de la cultura política. En este sentido, cobra valor toda la serie de problematizaciones que hemos establecido entre cada etapa histórica y el imaginario colectivo en particular (además de la serie de explicaciones que hemos sugerido), puesto que de esa forma pretendimos otorgar una comprensión del problema de la cultura política. Asimismo, tales temas han sido analizados a lo largo del capítulo tres, pero suponemos pertinente realizar aquí una pequeña semblanza de tales tratamientos.

La violencia legítima

En primer lugar hemos de decir que el actor de poder no ha sido siempre el mismo. Así, a lo largo de las novelas descubrimos una similar imagen colectiva respecto al poder político, pero no un idéntico personaje. Por ejemplo, en las novelas del siglo pasado nos topamos con una imagen negativa hacia los usos y costumbres del ejército, y si bien durante la segunda mitad del presente desaparece la primacía de las fuerzas militares como un poder abusivo, presenciamos en cambio que el relativo vacío dejado por el ejercicio militar se sustituye por los usos y costumbres de la policía y los judiciales, caracterizados, según el imaginario colectivo, por sus abusos, autoritarismo y extorsiones. Por ello, mientras el poder adquiere

⁶ Aquí cabe mencionar que la noción de percepción que hemos utilizado en esta investigación corresponde a la que Merleau-Ponty ha manejado, la cual establece, entre otras cuestiones, a la percepción como percepción de totalidad. Más información sobre esta cuestión ("*percebo, luego existo*") la podemos encontrar en su texto *Fenomenología de la percepción*, resultando también muy iluminador el *Diccionario de Filosofía* de Nicola Abbagnano.

distintas máscaras, para el imaginario colectivo el poder sigue siendo el mismo. Ahora bien, es interesante notar que en la novela *Los bandidos de Río Frio* se habla del ejército de Baninelli, que en *La bola* se hace referencia al grupo armado de Mateo Cabezudo, etc., pero que ya en *Tomochic* el imaginario colectivo identifica a un ejército federal (al cual califica de impíos hijos de Lucifer)⁷. Es decir, mientras durante el siglo XIX se percibía en general al poder militar como sectario o perteneciente a "algún" coto de poder, a finales de ese siglo el ejército ya es parte constitutiva del Estado, noción que no aparecía anteriormente y que corresponde a cabalidad con lo sucedido en términos históricos. Pero no sólo eso, en *Tomochic* el imaginario reconoce, ante todo, "la mano de Díaz". Así, durante el porfiriato es claro que el imaginario colectivo sabía bien quién era quién en las cosas del poder político. Continuando con esta línea analítica, advertimos a su vez que durante la Revolución existe para el imaginario colectivo una identificación nada casual del poder militar con el poder caciquil. De esta manera rescatamos cómo para el pueblo era evidente que el poder dictatorial estaba del lado de los latifundistas: de ahí el equivalente disfrute de matar a un pelón o de saquear una hacienda. Y no se diga para los periodos posteriores, pues es interesante la forma en cómo el gobierno posrevolucionario tiene un referente directo con las fuerzas militares. Para el imaginario colectivo es normal que el presidente del país sea un general, e incluso cuando se habla en *Las buenas conciencias* de un presidente civil se reconoce que no es necesario reafirmar en la figura presidencial esta identificación entre lo político y lo militar, pues todo está en paz (lo militar subordinado a lo político).

En términos generales el poder militar está fuertemente relacionado con las condiciones políticas generales, pero también existen importantes diferencias a lo largo de la historia del México moderno: mientras en el siglo pasado y hasta mediados del presente el poder militar determinaba en

⁷ Tal apreciación no nos debe de asombrar: estos calificativos parecen corresponder muy bien con las violentas acciones que comete el ejército porfirista.

mucho las relaciones políticas, en tanto tampoco existía una diferenciación clara de estas dos esferas de poder; ya para mediados del siglo XX el poder militar está supeditado al poder civil, quedando a los ojos del imaginario colectivo prácticamente fuera del escenario político.

Los senderos del poder

Analicemos con mayor atención los últimos comentarios: ¿existen diferencias en las estrategias de un político del siglo pasado y uno del presente? Es más ¿cuáles son estos senderos del poder en México?

En términos generales, lo que caracteriza al primero del segundo es el empleo deliberado de las armas: Mateo Cabezudo precisó la lucha armada para hacerse de un escaño en el poder político, mientras Juan Balcárcel para ganarse la protección de los políticos guanajuatenses hizo gala de sus conocimientos sobre economía. Sin embargo, muchas otras cosas no han cambiado. En la novela *Los bandidos de Río Frio* Manuel Payno nos cuenta que el ambicioso Bedolla consiguió corruptamente un título de abogado de oficio (títulos que por cierto vendía el gobernador), con lo cual ya podía "pelar al prójimo" (Bedolla pudo conseguir también cosas mejores —ser juez en la capital— a través de sus mil virtudes políticas). Rabasa a su vez indica que en México sólo se pueden obtener regalías (cargos públicos, por ejemplo) como una compensación de ciertos servicios políticos. Asimismo, en *Los de abajo* se maneja que —para el imaginario colectivo— los grupos políticos utilizan a los pobres para acabar con sus enemigos, pero una vez que han llegado a la cima del poder los traicionan y se enriquecen a su costa. El mismo Jaime Ceballos de *Las buenas conciencias* advierte que para ascender en la política mexicana se deben seguir las reglas establecidas, pues para *ser alguien* hay que estar de lado del poder y no del pobre.

Pero es quizá el caso de San Justo, en *Los bandidos de Río Frio*, el más ilustrativo de los caminos que toma el que busca el poder político en México: San Justo, cuando pensó en hacer política, no perdió ocasión para predicarle a sus conciudadanos "las más exageradas y absurdas ideas de

libertad", asegurándoles que en cuanto se le nombrara regidor, mandaría empedrar las calles, traería agua potable y haría muchas más mejoras. Así, cuando se acercaron las elecciones para ayuntamiento, San Justo, de tanto hablar, prometer y hacer algunos préstamos, "era una entidad política".

Las virtudes políticas

A lo largo del tercer capítulo está visto que el imaginario colectivo percibe en los senderos del poder político situaciones "no morales", mas cabe analizar en qué constituyen precisamente estas "virtudes políticas". La primer novela revisada nos indica que Bedolla frecuentemente envenenaba mañosamente y embrollaba las cuestiones políticas, para acto seguido ofrecer una solución y así ganarse la admiración de sus superiores. Tal arte de mentir y aprovechar la oportunidad le pertenece a Bedolla y al Relumbrón, pero es hasta con la novelística de Emilio Rabasa donde se exponen con claridad las necesarias actitudes de todo político que quiera triunfar en esta gran ciencia. En boca de Vaqueril nos enteramos que simplemente no hay que tener lo que el sentido común llama escrúpulos. De lo contrario, no se puede comprender aquello de "moderar las tendencias y hacer lo que conviene y nada más", esto es, o cambiar de ideología según los vientos políticos, o no manifestar radicalismos que lo comprometan a uno. Es decir, en México no se puede gobernar con las leyes: incluso éstas estorban, pues la gobernabilidad depende de "contentar a los enemigos y tenerlos interesados en la suerte del Gobierno". Y ¿cómo tener en paz a todo mundo? Muy fácil: en boca de Miguel Labarca nos enteramos de que el imaginario colectivo sabe bien que en nuestro país "se nombra un juez para que su familia tenga de qué vivir; un catedrático para que Baraja no se pronuncie; un jefe político para que se vaya a cambiar aires; y un recaudador para que se haga rico". Así es, a grosso modo, lo que la cultura política socializa: estas son las virtudes-fechorías que todo político debe tener en cuenta al hacer política.

La adulación

Pero no basta con tales virtudes políticas. Es preciso hacer uso de la herramienta más eficiente y la más desvirtuada desde la perspectiva del imaginario colectivo: la adulación o lo que comúnmente se denomina lambisconería. Tal estrategia es reconocida en la cultura política por su alta efectividad, pues parece ser que los altos políticos mexicanos se dejan seducir fácilmente por aquel que la utiliza. Aquí cabe mencionar algo contradictorio: el imaginario colectivo acusará siempre al adulador por su actitud, pero parece ser que nunca critica al que recibe estas acarameladas reverencias.

Bedolla siempre se sirvió de la adulación para ganarse la anuencia del presidente; Arturo Montemar, en *El monedero*, la utilizó con Santa Anna para conseguir un alto puesto en la milicia. Del capitán Rodríguez en *Cabello de Elope* se decía que "—Ese lo que quiere es quedar bien con el general Cárdenas, cuando llegue... ¡Ha de decir que a ver si lambisconando lo ascienden a mayor!"; y se afirmaba que por no saber adular don Casimiro nunca obtuvo algo de la Revolución.

Los compadrazgos políticos

Es muy claro que la adulación tenía como objetivo la protección de un *alguien*, pues como se afirmó en *Las buenas conciencias*, los que se mantienen en el poder burocrático y político lo es no por su eficiencia como funcionarios, sino por que cuentan con el amparo y respaldo de personalidades políticas influyentes.

Así, se socializará en la cultura política que las relaciones políticas resultan decisivas, abarcando éstas espacios desde la asignación de un empleo público o un puesto político, hasta la resolución de casos judiciales o el solapamiento de negocios turbios. Por tanto, el imaginario colectivo criticará el compadrazgo político, pero simultáneamente hará uso de él en tanto le sea necesario para resolver una serie de situaciones que de otra forma no podrían tener un buen final.

El centralismo de poder político

Aquí cabe la pregunta de por qué un compadrazgo político puede solucionar tan disímolas cuestiones, lo cual se resuelve así: un apadrinamiento político tiene efectividad en tanto el poderoso sea realmente poderoso, y un exceso de poder sólo se logra si se ha centralizado ese poder. En el imaginario colectivo, el problema de la centralización de poder ha sido siempre un problema, pero mientras en el siglo pasado parecía constituir una necesidad histórico-social, en el presente se ha institucionalizado de tal forma el presidencialismo que resulta asfixiante. La primera aseveración encuentra sustento en la novela *Los bandidos de Río Frio*, donde el presidente en cierta ocasión afirmó que los pequeños políticos con manos libres "traen a la nación revuelta y no dejan establecerse sólidamente a ningún gobierno". En *La bola*, por ejemplo, encontramos también en boca de la familia Lastra una exigencia de solución para los continuos levantamientos armados, los cuales sólo traían pobreza y frenaban el desarrollo económico. Así, en un primer momento resultó entendible e incluso justificable para el imaginario colectivo la centralización de poder en la figura de Porfirio Díaz, pero ya con la novela *Tomochic* advertimos las fisuras de esta estructura de poder.

En la novela de la revolución advertimos a la cultura política enfrentándose violentamente al poder centralizado y al poder caciquil (poderes que para el imaginario colectivo son equivalentes), mas, nuevamente y en sentido cíclico, en la novela *Cabello de Elote* se aborrecerá a la revolución por su carácter destructivo y se elogiará a las acciones cardenistas que necesariamente implicaron un centralismo del poder en la figura presidencial (ninguno de los caciques pudo contrarrestar la serie de decisiones y acciones cardenistas).

Por tanto, la caracterización de Octavio Paz del Estado mexicano como un "ogro filantrópico" parece convenir a cabalidad con la propia imagen que la cultura política guarda respecto al poder político.

Falta aquí una consideración sobre el creciente centralismo de poder político. A través de las novelas analizadas hallamos que no siempre ha sido igual la forma en que se han vinculado los poderes locales y el poder federal. Durante el siglo pasado, el poder local lo era en base a su poder regional real: tal es el caso de Mateo Cabezudo, quien para obtener la gracia del poder central debía demostrar su correspondiente poder local (capacidad para conformar y dirigir un grupo armado). En cambio, hacia mediados del presente siglo, para constituir y mantener un poder local, es imprescindible contar *a priori* con la anuencia central: esa es la situación de la familia Ceballos-Balcárcel.

La corrupción

Si bien lo anterior es cierto, a diferencia de Octavio Paz el imaginario colectivo nunca olvida el carácter arbitrario del ejercicio del poder. Así, la corrupción —efecto y reflejo del autoritarismo mexicano— es para el imaginario colectivo un elemento más de la crítica vertida hacia el poder político.

En prácticamente todas las novelas encontramos una serie de referencias a este fenómeno, situación que por demás explica por qué el imaginario colectivo aborrece al político mexicano. A continuación exponemos los casos más representativos.

Sobra mostrar al Lic. Bedolla como un caso clásico de corrupción, restándonos hablar de Relumbrón, que siendo un influyente militar se servía de su posición política para encubrir sus robos sistemáticos. Relumbrón se justificaba diciendo que no era el primero en robar a la nación, pues así eran de corruptos la mayor parte de los militares y empleados. En esta novela también se habla de cierto escribano, subalterno que prácticamente despachaba un juzgado. Este personaje "hacía con los reos lo que le daba la gana, y se entendía perfectamente con los pillastres de los barrios y con las mujeres de mala vida, que le hacían regalitos".

Ahora, la corrupción es practicada tanto por el pueblo como por el poder político. En la novela de José Agustín cachamos a los jóvenes queriendo sobornar a los policías que pretenden detenerlos por conducir en estado de ebriedad. Allí la corrupción es correspondida: sólo es posible por su reciprocidad. Para el imaginario colectivo cuando él la practica es justificable: Fernando Hénkel falsificó monedas para sostener la fundación de la Nueva Filadelfia; Rafael, Virgilio y sus amigos ven en el soborno una manera de evitarse enfrentamientos desgastantes (y en desventaja) con el poder; pero en ningún caso se advertirá la responsabilidad del pueblo en la reproducción de estas conductas que este mismo imaginario repudia.

Los negocios del poder político

El imaginario colectivo tiene una serie de imágenes respecto a la corrupción de los políticos (ya se ha indicado en qué términos y hasta qué punto se critica a la corrupción, o sea, la corrupción como unívoca). Para el imaginario colectivo es claro que todo aquel que se involucra con el poder político, tarde o temprano caerá en la seducción del poder en tanto éste permite, en México, el enriquecimiento ilícito. Don Mateo Cabezado, por ejemplo, una vez que regresó de las revueltas con presillas y el puesto de recaudador de impuestos, en un proceso de desamortización se hizo de una buena cantidad de tierras.

Asimismo, para el imaginario colectivo no fue una sorpresa que el mayor Rodríguez al ser ascendido a capitán le robara a don Ceferino su hotel y que también aprovechara su nueva condición para despachar el mercado negro de arroz. El poder corrompe, nos dice la cultura política mexicana. El mayor Rodríguez expuso una y mil excusas ("nadie se hace rico sin atracar a nadie", ya estaba cansado de ser pobre y quería vivir decentemente, o, finalmente, lo hacía como un cobro por el apoyo que le había dado a la Revolución), mas el imaginario colectivo parece nunca haberle perdonado su envilecimiento: Isauro Rodríguez tiene ante la colectividad una imagen tan devaluada que decide suicidarse.

Ahora bien, descubrimos ya en la última novela que los negocios del poder político ya no es en confabulación con asaltantes de caminos o de transeúntes de la capital, como lo fue en *Los bandidos de Río Frio*, sino que las dimensiones son nacionales o incluso internacionales: en *Se está haciendo tarde* aparece descaradamente el narcopolítico, personaje a quien nunca se le ha de juzgar o llevar a la cárcel (cuenta con la anuencia de otros altos funcionarios públicos). Así, el imaginario colectivo vincula al narcopolítico con las altas esferas del poder político en México.

La injusta justicia

Así como a los narcopolíticos no se les lleva a Lecumberri, tampoco al catrín del siglo pasado se le castigaba cuando golpeaba a un vendedor ambulante. Payno nos cuenta que tras una rencilla callejera, don Carlotto va a dormir a su casa (dejando sólo su nombre y dirección) y Evaristo se queda toda la noche en la Diputación o Cárcel de Corte.

Este rencor al ejercicio de la justicia en México tiene un buen ejemplo en la novela de Francisco Rojas González: cuando la negra Angustias ordenó saquear el Juzgado, pues así arderían los papeles, mesa, casa "y todos los embustes y las sinvergüenzadas que han escribedo allí", la gente miró con beneplácito cómo el incendio devoraba "el odiado recinto, asiento de la injusta justicia"

Pero incluso existe una imagen más autoritaria del ejercicio del poder en México: para el imaginario colectivo, la justicia será sinónimo de dádiva. Esto es, para que la justicia se lleve a cabo, el pueblo debe implorar al poderoso: de ahí el agradecimiento cercano a la humillación cuando el poder cumple, simplemente, con su deber. Por eso Casilda besa la mano del juez; por eso Romana besa la mano del militar; por eso los indígenas miran con amor y respeto a Cárdenas.

El providencialismo mexicano

En este punto (y en general a lo largo de la presente investigación) queremos mostrar cómo en la cultura política mexicana se ha socializado la

idea de que vale más la servidumbre que la rebeldía. Esto es, cómo para el imaginario colectivo, dada la experiencia histórica y cotidiana, resulta menos costoso el renunciar al activismo político y organizado. Por eso, al tener una actitud pasiva se confiará en la solución de los problemas por la providencia, pues, en todo caso, no *hay mal que dure cien años*.

Pero vayamos por partes: en cierta recomendación que les hizo el incorruptible abogado Oñaleta a ciertas placeras notamos esta experiencia cotidiana: "—Hijas mías, les aconsejo que paguen su multa y no hable más, porque en último caso las llevarían a la cárcel y eso es peor. Dicen que la autoridad siempre tiene la razón". Igualmente el joven Juan afirma: "ni lucho ni lucharé más, porque sería inútil". Juan decide, al igual que las placeras, conformarse, dejarse llevar por la corriente: "A vivir como se pueda y a morir como Dios quiera".

Tal imagen del poder se reproducirá a lo largo de las novelas del siglo pasado, imagen que parece encontrarse nuevamente en el presente siglo, teniendo a la Revolución Mexicana como un periodo contrapuesto a ello, pues en ese momento la cultura política mexicana sí se enfrenta al poder instituido. Por ejemplo, en la novela de la onda que hemos analizado advertimos en las frases de Virgilio el descontento popular y, simultáneamente, este conformismo. Virgilio acepta que "aguantaría la revolución, pero todos somos unos culeros y muy habladores", esto es, que el imaginario colectivo considera necesario un cambio, pero éste mismo imaginario reconoce su providencialismo. Así, la crítica al poder político y a la estructura de poder en general es en términos puramente verbales y no accionales.

Los agitadores sociales

Pero ¿por qué culturalmente se ha renunciado al activismo? Según el imaginario colectivo que hemos reconstruido, es porque también a los agitadores sociales se les desprecia. De estos personajes se guardará una imagen de indiferencia cuando no de aborrecimiento, pues cotidianamente

han mostrado al pueblo una serie de actitudes calificadas por éste como condenables.

En la novela de Emilio Rabasa tenemos un excelente ejemplo. Pérez Gavilán era un personaje del cual el pueblo (en voz de Juan Quiñones) en un principio confiaba e incluso esperaba que "la armara contra los abusos y desmanes del poder". Pero Pérez Gavilán olvida muy pronto sus preceptos libertarios: una vez que ha sido señalado por el gobierno como un peligroso alborotador, se le ofrece un puestecillo que Pérez Gavilán acepta. El imaginario colectivo de esta novela dejará de confiar en él a medida que percibe su sagacidad y de que advierte que Pérez Gavilán los incitó a la revuelta a nombre de "intereses de la sociedad", cuando en realidad los animaba a abanderar la causa que más le convenía a este agitador social.

Pérez Gavilán no se conforma: por eso conformó la *Sociedad patriótica mutualista de obrero liberales*, sociedad patriótica que en realidad se dedicaba al engrandecimiento de su figura: Pérez Gavilán se veía "obligado" a aceptar alabanzas, medallas y nombramientos como "benemérito de la clase obrera". Quiñones y el imaginario colectivo se decepcionan totalmente de él.

En el mismo sentido, Luis Cervantes se sirve de la Revolución Mexicana para dar satisfacción a sus intereses particulares. En *Los de abajo* lo vemos transformarse: de un ideólogo de la revolución que intenta redimir a las clases bajas, pasa a ser un rico comerciante. Luis Cervantes aprovecha los saqueos a las haciendas para juntar un cierto capital que le permitiera retirarse cómodamente de la revuelta. Pone un negocio e intenta así ascender en la jerarquía mexicana.

Quizá Enrique Pérez Gómez, en la novela *La negra Angustias*, es quien mejor ejemplifica a este agitador social, que a través de la palabra, intenta controlar a las clases bajas y manifestar su condición de superioridad. El licenciado Pérez Gómez intentó en cierta ocasión convencer a un grupo revolucionario de que él, en tanto había leído a Rousseau,

Voltaire, Maquiavelo, Comte, Weber, Agüeros, etc., podía convertirse en un *revolucionario de gabinete* y desde ahí indicarles qué debían hacer y qué no. Como los revolucionarios no le hicieran caso e incluso se burlase de él, Pérez Gómez se adhirió al mejor postor: el gobierno posrevolucionario. Desde allí, Pérez Gómez se dedicó a convencer a los jefes revolucionarios de que dejaran la revolución. Su estrategia fue la cooptación: otorgarles puestos públicos a cambio de sus armas.

La demagogia

Si uno pone atención a las estrategias posrevolucionarias de sujeción social, advertimos que es la palabra el nuevo mecanismo de control. Así, al oratoria pasó de ser un arte en el siglo pasado, arte practicado en el parlamento pero finalmente elitista, a ser un elemento político. Parecería ser un medio de comunicación, pero comprobamos con la novela *Cabello de Elote* que es más bien una forma de incomunicación, de marcar una distancia abismal⁸. Allí vemos que las palabras aplastan al imaginario colectivo.

En estricto sentido, si hacemos caso de la observación de Enrique González Casanova, veríamos que lo que el gobierno posrevolucionario aplica no es la *demagogia* —que sería la educación del pueblo—, sino la *mistagogia* —el engaño al pueblo—.

El patrimonialismo

En México, esta extraña relación entre el poder político y el pueblo encuentra, quizá, una caracterización en lo que se ha denominado el patrimonialismo. Esta manifestación del imaginario colectivo de que sea el poderoso quien resuelva la problemática conlleva a dos situaciones: responsabiliza con exclusividad al gobierno de los males existentes; mientras que por el otro otorga legitimidad al ejercicio autoritario del poder político. El Relumbrón indica que cuando alguien se hace rico y poderoso, la gente no se preocupará de dónde viene ese dinero (lo cual no compartimos).

⁸ Jaime Ceballos (al igual que Luis Cervantes) mantenía una falsa identificación con las clases bajas, y todo porque él sabe leer: las letras mismas son un obstáculo para la comunicación, son el partecagus de dos mundos.

resultando que el rico será siempre agasajado en cuanto el pueblo esperará recibir prebendas de su cercanía con éste. La india Romana, por ejemplo, nunca le recriminará nada a don Casimiro, su amo, pues espera que éste le de algo a cambio de su sumisión. A esto podemos llamar también las relaciones clientelares de poder, que son una serie de reciprocidades que a simple vista podrían no comprenderse.

Pero no sólo del tirano se esperará algún beneficio: de los jefes revolucionarios también se querrá que solucionen los problemas. Así, se mistificará a Villa, a Zapata, a Cárdenas... Por ello Isauro Rodríguez incita al pueblo de tierra caliente a ovacionar a los políticos cardenistas: "— ¡Aplaudan! ¿O no les interesa que el señor Presidente en persona venga a reivindicar sus derechos?" Así, este patrimonialismo mantiene mucha cercanía con el paternalismo.

El desprecio a los políticos

A final de cuentas es como así se caracteriza a la imagen colectiva respecto al poder: desprecio al político. De Bedolla se decía que era un juez ignorante, ambicioso, petulante y lambiscón que se conducía con ligereza y vanidad. En la novela *El monedero* el político es aún más repudiado que el ladrón: del asaltante de caminos se opina que éste sabe bien cuál es su actuar (robar), pero el político sabe que su actitud es negativa pero se empeña en hacer creer lo contrario: de ahí la demagogia.

En las distintas novelas se maneja que los impuestos y demás son una forma de extorsión del poder político hacia la población (*Los bandidos de Río Frio*: San Justo; *El monedero*: Arturo Montemar y el gobierno de Santa Anna; *La bola*: Camilo Soria; *Tomochic*: los gobiernos locales y el porfirismo; *Se está haciendo tarde*: la policía; etc.).

Por otra parte, en la novela *La bola*, se escucha la opinión: "— Entonces esto no es gobierno, puesto que no tiene por objeto gobernar, sin andar en los enredos que quieren llamar política...". La familia Labarca, por su parte, considera que la solución a tanto desgaste social y económico por

tanta lucha por el poder, es acabar con los políticos que se sirven de y no para la política.

El mismo Jaime Ceballos emite una frase que bien resume la ideología del poderoso: "Que cargara el diablo con los humildes, con los pecadores, con los abandonados, con los rebeldes, con los miserables, con todos los que quedaban al margen del orden aceptado".

Lo público y lo privado

Tenemos, pues, por un lado la imagen del poder político como autoritario y por tanto despreciable, y por el otro una cultura política patrimonialista. La pregunta es: ¿cómo conjuntar ambas condiciones? Tal situación ya la hemos manifestado: a fin de no caer en el juego sucio de la política (tanto como político instituido como agitador social), el imaginario colectivo prefiere retraerse de la esfera pública a la esfera privada. En *El monedero* se advierte que vivir en sociedad implica "vivir en pugna eterna". Así, si la vida cotidiana por sí sola envilece al ser social ¿qué necesidad de entrarle al juego político desde el poder? Ahora bien, vale recordar que en el periodo revolucionario sí existió un acercamiento de lo público con lo privado en el sentido de que el ámbito de solución de la problemática personal se consideró en la esfera pública. Sin embargo, una vez que se extremaron los procesos destructivos, el retraimiento volvió a ser la caracterización de esta cultura política mexicana, y la desconfianza al político y al vecino se intensificó. Si durante la Revolución Demetrio Macías, Angustias Farrera y los revolucionarios se sintieron identificados con el dolor de los indios y de los pobres en general, ahora impera, al igual que con Los bandidos de Río Frio y La bola, un deseo de paz, un deseo de no involucrar la vida privada con la problemática social. Incluso existirá en las clases medias una actitud pro *american life*, esto es, deslindadora de su antecedente indio y lo más parecida a la modernización en tanto contraria a lo "incivilizado". Con la novela *Cabello de Elote*, con *Las buenas conciencias* y con *Se está haciendo tarde* triunfa el retraimiento, y más aún

con esta última novela queda claro que lo que interesa es que los demás vean que nosotros somos bien chingones, como diría Octavio Paz en *El laberinto de la soledad*.

Respecto a que si conseguí debatir el supuesto de una transformación repentina en la cultura política —en tanto actitud e imaginario colectivo—, concluyo que el único momento en la historia del México moderno donde se presentó tal condición corresponde a la Revolución Mexicana. No hay otro. Cualquier intento comparativo resultará infructuoso: hállese del surgimiento de una sociedad civil o del fortalecimiento de los partidos: de cualquier forma la estructura de participación ciudadana no se ha afectado mas que en el periodo nombrado. Esto es, siempre ha existido en la sociedad mexicana una élite altamente participativa en lo político, y ello no significa que seamos distintos a nuestros abuelos. ¿Por qué? Porque nuestra investigación nos sugiere que en el plano de la percepción colectiva siempre ha existido la inconformidad popular respecto a los actos del poder. La crítica popular que presenciámos en esta década no se ha incrementado: nos encontramos más bien ante una apertura de los medios y no frente a un cambio de percepción colectiva. El rechazo a la política ha sido permanente, tan permanente como resultan los actos de poder despóticos y autoritarios. Al menos la experiencia colectiva que hemos reconstruido nos los sugiere⁹.

⁹ Ahora bien, ¿esta transformación de los medios de comunicación no es acaso resultado de un cambio de cultura política? Posiblemente, pero no de manera necesaria. En todo caso se podría argumentar que es al revés: tal disminución en la censura influirá en la cultura política. Pero tampoco necesariamente. ¿Por qué? Porque durante la revisión a los textos descubrimos que el imaginario colectivo se reproduce no por lo que los medios de comunicación nos digan, sino por lo que la colectividad vivencia diariamente. Es decir, para conseguir una transformación real en la cultura política mexicana no basta la creación de conciencia educativa o a partir de la crítica al sistema mexicano; es necesario que en la cotidianeidad se experimente un nuevo ejercicio del poder. La vida cotidiana se encarga de criticar al ejercicio de poder en México, independientemente de los moneros o los editoriales, pues ¿cuántos mexicanos leen, finalmente, a la prensa mexicana? Los chistes políticos atestiguan que en nuestro país se ejerce diaria e irreverentemente la crítica al poder, y que la manifestación de los medios de comunicación no es mas que eso: la manifestación de algo que sucede en la sociedad. El que ahora escuchemos con mayor frecuencia en estos medios una crítica feroz hacia el poder, nos habla de *otras* condiciones socio-políticas y no de *otra* imaginario colectivo.

A N E X O S

ANEXO I

AUTOR	GI	TÍTULO	AÑO	G2	CORRIENTE	OBSERV.
I EL ENCARGO NACIONALISTA						
1	Fernández de Lizardi	El Periquito Sarmiento	1816	0	pietrasca, costumbrista	liberal
2	Fernández de Lizardi	Noches tristes y días alegres	1828	0		
3	Fernández de Lizardi	La Oupobila y su prima	1819	0		
4	Fernández de Lizardi	Don catrín de la Fachenda	1932	0		
5	Manuel Carpio			0		conservador
6	Andrés Quintana Roo			0		político
7	Manuel Payno	1 El fiscal del diablo	1845-6	1	romántica	liberal
8	Manuel Payno	1 Los bandidos de Rio Frio	1869	2	romanticismo-realista	
9	Ignacio Manuel Altamirano	2 Clemencia	1869	1	romántica	liberal
10	Ignacio Manuel Altamirano	2 La navidad en las montañas	1871	1	romántica	
11	Ignacio Manuel Altamirano	2 Antonia	1872	1	romántica	
12	Ignacio Manuel Altamirano	2 El Zarco	1901	2	romántica	
13	Crescencio Carrillo y Arce			0		conservador
14	José María Ros Balcena	2		1		conservador
15	Manuel Acuña			0		reformista
16	Fernando Ochoa y Berra	1 La guerra de treinta años	1891	2	política	
17	Guillermo Prieto	1 Romancero nacional		0		
18	Guillermo Prieto	1 Musa callejera		0		
19	Fernando Calderón			0		
20	Sánchez de Tagle			0		
21	Ignacio Ramírez	1		0		
22	José María la Fragua	Netzula	1832	0	romántica	
23	Ignacio Rodríguez Galván	Manolito Pisaverde	1837	0	romántica	
24	Pantaleón Tovar	2 Botas de la vida	1850	1	crítica social	
25	Justo Sierra O'Reilly	La hija del judío	1848		historia	
26	Francisco Díaz Covarrubias	2 Gil Gómez el insurgente	1858	1	romántica	
27	Eligio Ancona	2 El fibustero	1864	1		
28	Eligio Ancona	2 La cruz y la espada	1866	1	historia	conquista
29	Eligio Ancona	2 Los mártires de Anahuac - La Mestiza	1870	1	historia	conquista
30	Juan Pablo de los Ríos	Oficial mayor	1864	1	crítica social	
31	Luis Gorazga Indán	1 Astucia, jefe de los hermanos de la hoja o	1865-6	1	costumbrista	
32	José Tomás de Cuelar	2 La Interna mágica	1871	1	costumbrista	
33	Vicente Riva Palacio	2 Monja, casada, virgen y mártir	1868	1		
34	Vicente Riva Palacio	2 Martín Garibata	1868	1		
35	Vicente Riva Palacio	2 Las dos emparedadas	1869	1		
36	Vicente Riva Palacio	2 Cuentos del general	1896	3		
37	Juan A. Mateos	1 El ceño de las campanas	1868	1	historia	intervención F.
38	Juan A. Mateos	2 Sol de mayo	1868	1	historia	intervención
39	Juan A. Mateos	2 Sacendote y caudillo	1869	1	historia	independencia
40	Juan A. Mateos	2 Los insurgentes	1869	1	historia	independencia
41	Irmeo Paz	2 Amor y suplico	1873	1	historia	conquista
42	Irmeo Paz	2 Doña Marina	1883	2	historia	conquista

ANEXO I

43 Enrique de Oyarvina y Ferrán	3 Los episodios nacionales mexicanos	1800-7	2	historica	reforma
44 Nicolás Pizarro Suárez	2 El monedero	1861	1	crítica social	
45 Nicolás Pizarro Suárez	2 La coqueta	1861	1	crítica social	reforma
46 Pascual Almaraz	1 Un hereje y un musulmán	1870	1	crítica política	
47 Manuel Balboa	Memorias de un muerto	1874	1	crítica política	
48 Manuel Sánchez Marmol	2 Pochontas	1882	2	crítica política	

II EL SOLIDO MURO (1880-1907)

1 Pedro Caslera	2 Carmen, Los maduros	1882	2	sentimental	
2 José Peón Contreras	3 Taje			sentimental	
3 José Peón Contreras	3 Veledosa			sentimental	
4 Lamartine	Maria			sentimental	
5 Lamartine	Amalia			sentimental	
6 Lamartine	Cecilia Valdez			sentimental	
7 Francisco H. del Castillo	Hermana de los Angeles	1854		sentimental	
8 Manuel Martínez de Castro	Eva, memorias de dos hermanos	1885		sentimental	
9 Manuel Martínez de Castro	Elera	1889		sentimental	
10 Rafael de Zayas Enriquez	3 Oceanida	1887	2	sentimental	
11 José Rafael Guadalupe	Amalia	1891	1	sentimental	
12 José Rafael Guadalupe	Sara, páginas de un primer amor	1891	1	sentimental	
13 Apolito Luis Galindo	2 Adán o el amor de un ángel	1900	3	sentimental	
14 José López Pottillo y Rojas	3 Nieves	1887	2	moralismo	
15 José López Pottillo y Rojas	3 La parcela	1898	3	moralismo	
16 José López Pottillo y Rojas	3 Los precursores	1909	3	moralismo	
17 José López Pottillo y Rojas	3 Fuertes y débiles	1919	4	moralismo	
18 Emilio Rabasa	3 La bula	1887	2	realismo	
19 Emilio Rabasa	3 La gran ceniza	1887	2	realismo	
20 Emilio Rabasa	3 El cuarto poder	1888	2	realismo	
21 Emilio Rabasa	3 Moneda falsa	1888	2	realismo	
22 Fernando Orcoy y Berra	1 La guerra de treinta años	1891	2	pública	
23 Rafael Delgado	3 La Calandria	1890	2		liberal-conservador
24 Rafael Delgado	3 Angelina	1893	3		liberal-conservador
25 Rafael Delgado	3 Los parentes nros	1904	3		liberal-conservador
26 Federico Gamboa	4 Apurencas	1892	2	naturalismo	
27 Federico Gamboa	4 Suprema Ley	1895	3	naturalismo	
28 Federico Gamboa	4 Metamorfosis	1899	3	naturalismo	
29 Federico Gamboa	4 Reconquista	1908	3	naturalismo	
30 Federico Gamboa	4 La faja	1910	4	naturalismo	
31 Federico Gamboa	4 Santa	1903	3	naturalismo	
32 Ineco Paz	2 Madero	1914	4	crítica política	
33 Juan A. Matos	2 La majestad calida	1911	3	crítica política	
34 Porfirio Parra	3 Pazontas	1900	3	crítica social	
35 Manuel H. San Juan	El señor gobernador	1901	1	crítica política	
36 Salvador de Quevedo y Subela	La camada	1912	4	crítica política	

ANEXO I

37 Arcadio Zentella Priego	3 Perico	1885	2 realista
38 Heriberto Frías	4 Tomochic	1893-5	3 realista
39 Angel de Campo	4		
40 Márcelino Dávalos	4		

III LA CATÁSTROFE Y LA REDECCIÓN (1907-1940)

1 Jaime Torres Bodet	Marganta de Niebla	1927	contemporáneos
2 Jaime Torres Bodet	La educación sentimental	1930	contemporáneos
3 Gilberto Owen	6 La Kama íria	1925	5 contemporáneos
4 Gilberto Owen	6 Novela como nube	1928	5 contemporáneos
5 Salvador Novo	6 El joven	1928	5 contemporáneos
6 Mariano Azuela	5 María Luisa	1907	3 Revolución Mexicana
7 Mariano Azuela	5 Los fracasados	1908	3 Revolución Mexicana
8 Mariano Azuela	5 Mala yerba	1909	3 Revolución Mexicana
9 Mariano Azuela	5 Sin amor	1912	4 Revolución Mexicana
10 Mariano Azuela	5 Los de Abajo	1915	4 Revolución Mexicana
11 Mariano Azuela	5 Andrés Pérez modernista	1911	4 crítica social
12 Mariano Azuela	5 Los caciques	1914	4 Revolución Mexicana
13 Mariano Azuela	5 Las moscas	1918	4 crítica social
14 Mariano Azuela	5 Las tribulaciones de una familia decente	1918	4 crítica social
15 Mariano Azuela	5 El camarada Panlaja	1937	6 política
16 Mariano Azuela	5 San Gabriel de Valdivias	1938	6 política
17 Mariano Azuela	5 La malhora	1923	5 crítica social
18 Mariano Azuela	5 El desayute	1925	5 crítica social
19 Mariano Azuela	5 La lucemaga	1932	5 crítica social
20 Carlos González Peña	5 La fuga de la quimera	1919	4
21 Martín Luis Guzmán	5 El aguilá y la serpiente	1928	5 Revolución Mexicana
22 Martín Luis Guzmán	5 La sombra del castillo	1929	5 política
23 Martín Luis Guzmán	5 Memorias de Pancho Villa	5	Revolución Mexicana
24 José Rubén Romero	Desbandada	1934	Revolución Mexicana
25 José Rubén Romero	La vida inocente	1934	Revolución Mexicana
26 José Rubén Romero	La vida inútil de Pito Pérez	1938	Revolución Mexicana
27 Gregorio López y Fuentes	6 Campanario	1931	5 Revolución Mexicana
28 Gregorio López y Fuentes	6 Mi general	1934	5 Revolución Mexicana
29 José Manescaor	6 La asonada	1931	5 Revolución Mexicana
30 Rafael F. Muñoz	6 Vamonos con Pancho Villa	1931	5 Revolución Mexicana
31 Rafael F. Muñoz	6 Se llevaron el corazón para Bachimba	1941	6 Revolución Mexicana
32 José Rubén Romero	63 caballo, mi perro y mi rifle	1936	Revolución Mexicana
33 Rafael F. Muñoz	6 Apuntes de un lugareño	1932	5 Revolución Mexicana
34 Heile Campobello	Catuzho	1931	Revolución Mexicana
35 Francisco Urquiza	Tropa vieja	1943	Revolución Mexicana
36 José Vasconcelos	5 Ulises criofo	1935	5 Revolución Mexicana
37 Gregorio López y Fuentes	6 Tierra	1932	5 Revolución Mexicana
38 Gregorio López y Fuentes	6 El indio	1935	6 Revolución Mexicana

contra Calles y Cárdenas
contra Calles y Cárdenas

liberal
realista

pre-revolución
pre-revolución
pre-revolución
hechos armados, revolucionarios
hechos armados, revolucionarios

memorias
memorias
memorias
lucha social
lucha social

ANEXO I

39	Mariano Magdaleno	7	El resplandor	1937	6	Revolución Mexicana	lucha social
40	Gregorio López y Fuentes	6	Ameros	1937	6	Revolución Mexicana	lucha social
41	Gustavo Ortiz Heredia		Chimeneas	1937		Revolución Mexicana	tendencia proletaria
42	Jose Monosodor	6	La ciudad roja	1932	5	Revolución Mexicana	tendencia proletaria
43	Francisco Siqueiros		Mezclilla			Revolución Mexicana	tendencia proletaria
44	Gregorio López y Fuentes	6	Huasteca	1939	6	Revolución Mexicana	tendencia proletaria
45	Xavier Icaza	6	Pandolfo Chapopote	1938	6	Revolución Mexicana	tendencia proletaria
46	Jorge Gram		Héctor	1929		Revolución Mexicana	cristeros
47	Jorge Gram		Jahel	1935		Revolución Mexicana	cristeros
48	Fernando Ruelas		La Virgen de los cristeros	1934		Revolución Mexicana	cristeros
49	José Guadalupe de Anda	5	Los cristeros			Revolución Mexicana	cristeros
50	José Guadalupe de Anda	5	Los bragados			Revolución Mexicana	cristeros
51	Jorge Ferreris	6	Cuando engaña el Quijote	1937	6	política	Contra Calles y Cárdenas
 IV. EL TRIUNFO DE LOS CATHINES (1940-1950)							
1	Mariano Anzola	5	Nueva Burguesía	1941	6	crítica social	
2	Mariano Anzola	5	Regina Landú	1939	6	crítica política	
3	Agustín Yáñez	6	Al filo del agua	1947	6	crítica social	
4	Agustín Yáñez	6	Flores de fuegos antiguos	1941	6		
5	Agustín Yáñez	6	Archipielago de mujeres	1943	6		
6	Agustín Yáñez	6	La tierra pródiga	1950	7	crítica social	
7	Agustín Yáñez	6	Las tierras frías	1962	7	crítica social	
8	Francisco Rojas González	6	La negra Angustias	1944	6	crítica social	
9	Mariano Magdaleno	7	Cabello de Eolo	1949	6	crítica social	
10	Mariano Magdaleno	7	Sonata	1941	6	Revolución Mexicana	
11	Maguel H. Lira	6	La escondida	1948	6	Revolución Mexicana	
12	Jesús Guzmán Santos		Lluvia roja	1947		crítica política	
13	Gregorio Lopez y Fuentes	6	Acomodaticio	1943	6	política	
14	José Revueltas	7	Los muros de agua	1941	6	crítica social	
15	José Revueltas	7	El luto humano	1943	6	crítica social	
16	José Revueltas	7	Los días letrados	1949	6	crítica social	
17	José Revueltas	7	Los errores	1946	6	crítica social	
18	Magdalena Mandragón		Yo como pobre	1944		crítica social	
19	Magdalena Mandragón		Más allá existe la tierra	1947		crítica social	
20	Héctor Raúl Almaraz		Candelana de los palos			crítica social	
21	Benigno Corona		La barnada			crítica social	
22	Jesús R. Guerrero		Los olvidados			crítica social	
23	Felipe García Antoyo		El sol sale para todos			crítica social	
24	Barriga Hivas		Río humano			crítica social	
25	Maguel Ángel Menéndez		Nayar	1941		indigenista	
26	Gregorio López y Fuentes	6	Los peregrinos inmóviles	1944	6	indigenista	
27	Francisco Rojas González	6	Lola Casanova	1947	6	indigenista	
28	Maguel H. Lira	6	Donde crecen los tepalcates	1947	6	indigenista	
29	Hamón Rubin		El callado dolor de los tzotziles	1949		indigenista	

ANEXO I

30 Ricardo Porras	Juan Pérez Jolote	1949	indigenista
31 Rodolfo Benavides	El doble nueve	1949	proletaria
32 José Mancosidor	6 En la rosa de los vientos	1941	6 proletaria
33 José Guadalupe de Anda	5 Juan del Ríet	1941	6 proletaria
34 Antonio Magaña Esquivel	El ventolcho	1944	interioridad
35 Rodolfo Usagi	Ensayo de un crimen	1944	interioridad
36 Jaime Torres Bodet	Sombras	1937	interioridad
37 Rubén Salazar Mallén	Parame	1944	interioridad
38 Eirén Hernández	Comenzón sobre Nicomaco	1946	interioridad
39 Eirén Hernández	La paloma, el sótano y la torre	1949	interioridad
40 Leopoldo Zamora Flores	Quince años y Casanova	1945	histórica
41 Francisco Monterde	Noctezuma, el de la sala de oro	1945	histórica
42 Rodolfo Benavides	Las cuentas de mi rosario	1950	histórica
43 Rosa de Caslaro	Transición	1939	histórica
44 José Rubén Romero	Algunas casillas de Pío Pérez que se me...	1945	picaresca
45 José Muna Dávala	El médico y el santero	1947	picaresca
46 Artemio de Valle Arzpe	5 El canillitas	1941	6 histórica
47 Luis Spota	8 La estrella vacía	1950	6 crítica social
48 Bruno Traven	6 Trozas	1936	6 crítica social
49 Bruno Traven	6 La rebelión de los colgados	1936	6 crítica social
50 Bruno Traven	6 El general	1940	6 crítica social

V LA INVENCIÓN DEL OPTIMISMO (1950-1970)

1 Luis Spota	8 Casi el paraíso	1956	7 totalizante
2 Carlos Fuentes	8 La región más transparente	1958	7 urbana
3 Oscar Lewis	Los hijos de Sánchez		
4 Juan José Arreola	7 Vana invención	1949	6 intimista
5 Juan José Arreola	7 Confabulario	1952	7 intimista
6 Juan Ruilo	7 El llano en llamas	1953	7 crítica social
7 Juan Ruilo	7 Pedro Páramo	1955	7 crítica social
8 Carlos Fuentes	8 Los días enmascarados	1954	7 crítica social
9 Carlos Fuentes	8 Las buenas conjeturas	1960	7 crítica social
10 Carlos Fuentes	8 La muerte de Artemio Cruz	1962	7 crítica social
11 Rosario Castellanos	Bañín Canón	1957	provincial
12 Rosario Castellanos	Oficio de nieblas	1962	provincial
13 Travis Magaro	Dramedero	1963	provincial
14 Elena Garro	7 Los recuerdos del porvenir	1963	7 provincial
15 Elena Garro	7 La semana de colores		provincial
16 Juan José Arreola	7 La feria	1963	7 provincial
17 Fernando del Paso	José Trigo	1966	totalizante
18 Fernando del Paso	Palmero de México	1977	totalizante
19 Fernando del Paso	Noctas del impenio		histórica
20 Elena Poniatowska	Hasta no verte Jesús mío	1969	crónica del pueblo
21 Elena Poniatowska	La noche de Tlatelolco		del 68

ANEXO I

	Fuerte es el silencio	crónica del pueblo
22 Elena Poriatowska	6 Ojeresa y pintada	1960 7 isolacione
23 Agustín Yañez	8 La comparsa	1964 8
24 Sergio Galindo	8 El tiempo de la ira	1960 7
25 Luis Spota	8 Los retápagos de agosto	1965 8 histórica
26 Jorge Ibarquengola	8 Marten al león	1969 8
27 Jorge Ibarquengola	8 Estas runas que ves	1975 8
28 Jorge Ibarquengola	8 Las muertas	1977 8
29 Jorge Ibarquengola	8 Dos crímenes	1979 8
30 Jorge Ibarquengola	8 Los pasos de López	1982 9 histórica
31 Jorge Ibarquengola	Los albahiles	1964
32 Vicente Leñero	La voz adokonda	1961
33 Vicente Leñero	Estudio Q	1965
34 Vicente Leñero	Redd de ovejras	1973
35 Vicente Leñero	A fuerza de palabras	1976
36 Vicente Leñero	El evangelio según Lucas Gavilán	1979
37 Ricardo Garibay	8 Beber un cáliz	1965 8 testimonial-intimista
38 Ricardo Garibay	8 La casa que arde de noche	1971 8 testimonial-intimista
39 Ricardo Garibay	9 La lumbra	1964 8 de la onda
40 José Agustín	9 De perfil	1966 8 de la onda
41 José Agustín	9 Inventando que sueño	1968 8 de la onda
42 José Agustín	9 Se está haciendo tarde (final en laguna)	1973 8 de la onda
43 José Agustín	9 El rey se acerca a su templo	1978 8 de la onda
44 José Agustín	9 Gazapo	1965 7 de la onda
45 Gustavo Sáenz	9 La princesa del Palacio de Hierro	1974 8 de la onda
46 Gustavo Sáenz	9 Obsesivos días circulares	1969 8 de la onda
47 Gustavo Sáenz	9 Compadre loco	1978 8 de la onda
48 Gustavo Sáenz	En caso de duda	1968 de la onda
49 Orlando Ortiz	9 Pasto verde	1968 8 de la onda
50 Parnamides García Salazar	Los hijos del polvo	1968 de la onda
51 Manuel Fariá	Ensayo general	1970 de la onda
52 Gerardo de la Torre	Los mummulos	1975 de la onda
53 Jorge Portilla	9 Los juegos	1967 8 de la onda
54 Rene Aviles Fabala	Como la vieja mariposa	1967 de la onda
55 Jorge Arturo Ojeda	El corazón en la mesa	1981 de la onda
56 Roberto Páramo	El libro vacío	1968 intimista
57 Josefina Vicens	8 Pulcos de amor	1968 7 intimista-familiar
58 Sergio Galindo	8 La justicia de enero	1959 7 intimista familiar
59 Sergio Galindo	8 El bordo	1960 7 intimista-familiar
60 Sergio Galindo	8 Nudo	1970 8 intimista familiar
61 Sergio Galindo	8 El tafido de una flauta	1972 8 intimista familiar
62 Sergio Pitol	8 El desfile del amor	1984 9 intimista-familiar
63 Sergio Pitol	8 Figura de paja	1964 8 intimista
64 Juan García Porcés	8 La cabaña	1969 8 intimista
65 Juan García Porcés	8 El gallo	1974 8 intimista
66 Juan García Porcés	8 Su imagen primera	1963 8 intimista

ANEXO I

66 Juan García Ponce	8 La casa en la playa	1956	8 intimista	
69 Juan García Ponce	8 La presencia lejana	1958	8 intimista	
70 Juan García Ponce	8 De ánima	1984	9 intimista	
71 Emilio Carballido	La vela cruzada	1956	intimista	
72 Emilio Carballido	En algún valle de lignomas	1956	intimista	
73 Emilio Carballido	El norte	1958	intimista	
74 Emilio Carballido	El sal	1970	intimista	
75 Luisa Josefina Hernández	Los palacios desiertos	1953	intimista	
76 Luisa Josefina Hernández	Nostalgia de Troya	1970	intimista	
77 Carmen Rosenzweig		1958	intimista	
78 Inés Arredondo	8			cuENTOS
79 Juan Vicente Melo	8 La obediente nocturna		intimista	
80 José de la Colina	8		intimista	cuENTOS
81 Carlos Fuentes	8 Aura	1962	7 intimista	
82 Carlos Fuentes	8 Cumpleaños	1959	8 intimista	
83 Alberto Dalab	9 El poder de la urraca	1969	8 intimista	
84 Alberto Dalab	5 Islas Extrañas	1970	8 intimista	cuENTOS
85 Alberto Dalab	9 Mucambo	1977	8 intimista	cuENTOS
86 Guadalupe Dueñas				
87 Amparo Dávila	8			

VI LA HORA DE LA PESADUMBRE (1970-1986)

1 Carlos Fuentes	8 Terra Nostra	1975	8	
2 Carlos Fuentes	8 La cabeza de la hidra	1978	8	
3 Carlos Fuentes	8 Cambio de piel	1967	8	
4 Carlos Fuentes	8 Cumpleaños	1969	8	
5 Carlos Fuentes	8 Una familia lejana	1980	9	
6 Salvador Elizondo	8 Farabeuf	1965	8 formalismo	
7 Luis Spota	8 La costumbre del poder			formalismo
8 José Emilio Pacheco	México lejano	1967		formalismo
9 Vicente Leñero	El garabato	1967		formalismo
10 Salvador Elizondo	8 El hipogeo secreto	1968	8 formalismo	
11 Josefina Vicens	El libro vacío	1958		formalismo
12 Julieta Campos	8 Tiene los cabellos rojos y se llama Sabina	1974	8 formalismo	relatos
13 Julieta Campos	8 Celina y los gatos	1979	8 formalismo	relatos
14 Julieta Campos	8 El mudo de perder a Eurídice	1979	8 formalismo	relatos
15 Sergio Fernández	8 Los signos perdidos	1958	7 formalismo	
16 Sergio Fernández	8 Los peces	1968	8 formalismo	
17 Sergio Fernández	8 Segundo sueño	1976	8 formalismo	
18 Raul Navarrete	Luz que se duerme	1964		formalismo
19 Juan Tovar	La muchacha en el Balcón	1970		formalismo
20 Juan Villoro	La noche navegable			formalismo
21 René Avilés Fabila	9 Tantadad	1975	8 formalismo	
22 Manuel Echeverría	Las manos en el fuego	1970		formalismo

ANEXO I

23	Héctor Manjarez	9 Acto propiciatorio	1970	8 formalismo	
24	Héctor Manjarez	9 Lapsus	1971	8 formalismo	
25	Jorge Aguilar Mora	9 Cádizver lleno de mundo	1971	8 formalismo	
26	Jorge Aguilar Mora	9 Si muero lejos de ti	1979	8 formalismo	
27	Jesús Gardea	La canción de las muías muertas	1979	formalismo	
28	Jesús Gardea	El sol que estás mirando	1981	formalismo	
29	Jesús Gardea	Los muscos y el fuego	1985	formalismo	
30	Eugenio Aguirre	Pajar de imaginación	1975	formalismo	
31	Eugenio Aguirre	El caballero de las espadas	1978	formalismo	
32	Hugo Hirtart	Galaor	1972	formalismo	
33	Hugo Hirtart	Cuadernos de Cola	1981	formalismo	
34	Emiliano González	Los sueños de la bella durmiente	1978	formalismo	
35	Albeto Roy Sanchez	Los nombres Ordre	1987	formalismo	
36	José María Pérez Gay	La difícil costumbre de estar lejos	1986	formalismo	
37	Arnando Hänniez	Chin chin el leporocho	1972	formalismo	vida cotidiana
38	Gerardo de la Torre	Mujeres de Aurora	1981	novela del 68	
39	Maria Luisa Mendoza	8 Con el, conmigo, con nosotros tres	1971	novela del 68	vida cotidiana
40	Gustavo Sanz	9 Compadre lobo	1978	8 novela del 68	
41	Juan García Ponte	8 La invitación	1971	8 novela del 68	
42	David Martín del Campo	Las fogas son las carreteras		novela del 68	
43	Federico Arana	Delgadina	1978	novela del 68	
44	Agustín Ramos	Al cielo por asalto	1979	novela del 68	
45	Salvador Castañeda	¿Por que no dijiste todo?	1980	novela del 68	
46	Fernando del Paso	Palnuro de México	1977	novela del 68	
47	Federico Campell	Pretelia	1979	novela del 68	
48	José Renueltas	6 El apando	1969	novela del 68	
49	Marco Antonio Campos	Que la carne es hierba	1982	novela del 68	
50	Bernardo Ruiz	Olvídar tu nombre	1982	novela del 68	
51	Jovene del Palaco	9 Parejas	1981	9 novela del 68	
52	Arturo Azuela	9 Manifestación de silencios	1971	8 novela del 68	
53	José Emilio Pacheco	Las batallas en el desierto	1981	novela del 68	
54	José Agustín	9 Se esta haciendo tarde (final en laguna)	1973	8 post-68	
55	José Agustín	9 Ciudadés desiertas	1982	9 transición personal-social	
56	José Agustín	9 Cerca del fuego	1966	9 transición personal-social	
57	Gustavo Sanz	9 Obsesivos días circulares	1969	8 transición personal-social	
58	Maria Luisa Mendoza	8 De Ausencia	1974	8 vida cotidiana	
59	Maria Luisa Mendoza	8 El perro de la escribana	1982	9 vida cotidiana	
60	Arturo Azuela	9 El tamaño del infierno	1973	8 vida cotidiana	
61	Arturo Azuela	9 La casa de las mil vírgenes		vida cotidiana	
62	Arturo Azuela	9 Un tal José Salomé	1975	8 vida cotidiana	
63	Manuel Echeverría	Un redoble muy largo	1974	vida cotidiana	
64	Elena Poniatowska	Lilus Kilus	1967	vida cotidiana	
65	Elena Poniatowska	Hasta no verte Jesús mío	1969	vida cotidiana	
66	Silva Molina	La marfana debe seguir gris	1977	vida cotidiana	
67	Silva Molina	Lules de estafío	1985	vida cotidiana	
68	Silva Molina	La familia vino del norte	1987	vida cotidiana	

ANEXO I

69	Angel Bonifaz Ereta	Falso testimonio		vida cotidiana	
70	José Joaquín Blanco	La vida es larga y además no importa	1979	vida cotidiana	
71	Carmen Bulosa	Mejor desaparece	1987	vida cotidiana	
72	Barbara Jacobs	Las hojas muertas	1987	vida cotidiana	
73	Maria Luisa Puga	Las posibilidades del odio		vida cotidiana	relatos
74	Maria Luisa Puga	Cuando el aire es azul	1980	vida cotidiana	
75	Maria Luisa Puga	Pánico y peligro		vida cotidiana	
76	Josefina Vicéns	Los años falsos		vida cotidiana	
77	Ignacio Solares	9 Puerta del cielo	1976	8 vida cotidiana	
78	Ignacio Solares	9 Andarino	1979	9 vida cotidiana	
79	Ignacio Solares	9 El árbol del deseo	1980	9 vida cotidiana	
80	Ignacio Solares	9 La fórmula de la inmortalidad	1982	9 vida cotidiana	
81	Humberto Guzmán	Historia fingida de la disección de un cuerpo	1982	vida cotidiana	
82	Eguzkin Ramos	La vida no vale nada	1982	vida cotidiana	
83	Amando Ramirez	Violación en Polanco	1981	vida cotidiana	
84	Amando Ramirez	Noche de cañas	1982	vida cotidiana	
85	Amando Ramirez	Quinceañera	1987	vida cotidiana	
86	Luis Astara Ramos	Violeta Perú	1979	vida cotidiana	
87	David Martín del Campo	Esta tierra del amor		vida cotidiana	
88	Carlos Eduardo Turón	Sobre esta piedra	1981	vida cotidiana	
89	Angel Bonifaz Ereta	Los males del confesio	1977	vida cotidiana	
90	Roberto López Moreno	Yo se lo dije al presidente		vida cotidiana	relatos
91	Carlos Montemayor	Mal de piedra	1981	vida cotidiana	relatos
92	José Joaquín Blanco	Las púberes canelinas		vida cotidiana	
93	José Joaquín Blanco	Calles como incendios		vida cotidiana	
94	Luis Zapata	De pétalos perennes	1981	vida cotidiana	
95	Luis Zapata	Melodrama	1983	vida cotidiana	
96	Luis Zapata	El pronos	1985	vida cotidiana	
97	Luis Zapata	El vampiro de la colonia Roma	1979	vida cotidiana	
98	Seánlét Aluísle	Dreamfield	1983	vida cotidiana	
99	Seánlét Aluísle	Por vivir en quinto pabo	1985	vida cotidiana	
100	Joaquín Armando Charón	Las amarras leñistes	1982	vida cotidiana	
101	Francisco Pinedo	9 Si llegamos a diciembre	1985	9 vida cotidiana	
102	Anjelos Mastrela	Antancame la vida	1985	entretinamiento	
103	Hector Aguilar Cantín	Morir en el Golfo	1986	crítica política	

NOTA: En el apartado G1 se indica la generación a la cual pertenece el autor, mientras que en G2 se indica la generación en la cual se publicó la novela.

El hábito corresponde a los novelistas cubanos por Sara Selzhovich, mientras que la indicación de la generación de cada autor es según Luis González y González y Enrique Krauze.

ANEXO II

AUTORES-NOVELA MÁS REPRESENTATIVOS DE CADA GENERACIÓN

MINORÍA RECTORA EN LA REFORMA

POSICIÓN	AUTOR	NOVELA	REPRESENTATIVIDAD	PUBLICACIÓN	CORRIENTE
1ª	Manuel Payno	Los bandidos de Río Frio	1	0	1
2ª	Francisco Orozco y Betta	La guerra de treinta años	0	0	1
3ª	Luis Gonzaga Inclán	Astucia, jefe de los hermanos de la hoja o...	1	1	0

MINORÍA RECTORA EN LOS ALBORES DEL PORFIRIATO

POSICIÓN	AUTOR	NOVELA	REPRESENTATIVIDAD	PUBLICACIÓN	CORRIENTE
1ª	Nicolás Pizarro Suárez	El monedero	1	1	1
2ª	Manuel Sánchez Mármol	Pocahontas	0	1	1

MINORÍA RECTORA EN EL CENIT Y OCASO DEL PORFIRIATO

POSICIÓN	AUTOR	NOVELA	REPRESENTATIVIDAD	PUBLICACIÓN	CORRIENTE
1ª	Emilio Rabasa	La bola	1	1	1
2ª	Porfirio Parra	Pacóbillas	1	1	1
3ª	Arcadio Zentella Priego	Perico	1	0	1

MINORÍA RECTORA DE LA REVOLUCIÓN ARMADA

POSICIÓN	AUTOR	NOVELA	REPRESENTATIVIDAD	PUBLICACIÓN	CORRIENTE
1ª	Heriberto Frías	Tomoctic	1	1	1
2ª	Ángel de Campo	La rumba	1	1	1
3ª	Federico Gamboa	Santa	1	0	0

ANEXO II

MINORÍA RECTORA DE LA ETAPA 1920-1934

POSICIÓN	AUTOR	NOVELA	REPRESENTATIVIDAD	PUBLICACIÓN	CORRIENTE
1ª	Mariano Azuela	Los de abajo	1	1	1
2ª	Martín Luis Guzmán	El águila y la serpiente	1	1	1
3ª	José Vasconcelos	Ulises criollo	1	1	1

GENERACIÓN DEL 15

POSICIÓN	AUTOR	NOVELA	REPRESENTATIVIDAD	PUBLICACIÓN	CORRIENTE
1ª	Francois Rojas González	La negra Angustias	1	1	1
2ª	Agustín Yáñez	Al filo del agua	1	0	1
3ª	Agustín Yáñez	La tierra pródiga	1	0	1

GENERACIÓN DEL 29

POSICIÓN	AUTOR	NOVELA	REPRESENTATIVIDAD	PUBLICACIÓN	CORRIENTE
1ª	Mauricio Magaleno	Cabeza de ebote	1	1	1
2ª	José Revueltas	Los muros ferreños	1	0	1
3ª	Juan Rulfo	Pedro Páramo	1	1	1

GENERACIÓN DE MEDIO SIGLO

POSICIÓN	AUTOR	NOVELA	REPRESENTATIVIDAD	PUBLICACIÓN	CORRIENTE
1ª	Carlos Fuentes	Las buenas conciencias	1	1	1
2ª	Luis Spola	Casi el paraíso	1	1	0
3ª	María Luisa Mendoza	Con él, conmigo, con nosotros tres	1	0	1

GENERACIÓN DEL 68

POSICIÓN	AUTOR	NOVELA	REPRESENTATIVIDAD	PUBLICACIÓN	CORRIENTE
1ª	José Agustín	Se está haciendo tarde	1	1	1
2ª	Gustavo Sainz	Compadre Lobo	1	0	1
3ª	Arturo Azuela	Un tal José Salomé	1	0	1

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES

- Abbagnano, Nicola (1961/1982): *Diccionario de Filosofía*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Almond, Gabriel A. y Verba, Sidney (1963): *The Civic Culture*. Princeton University Press, New Jersey.
- (comp.) (1980): *The Civic Culture Revisited*. Little Brown and Company, EUA.
- Azueta, Mariano (1916/1991): *Los de abajo*. Editorial Andrés Bello, Chile.
- Baca, Laura y Cisneros, Isidro (1988): "La cultura política de la derecha social mexicana" en *Revista A*, No. 23/24, enero-agosto. División de Ciencias y Humanidades, UAM-A, México.
- Batalla, Guillermo (1989): *México profundo*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Editorial Grijalbo, México.
- Béjar, Raúl (1983): *Aspectos culturales y psicosociales*, UNAM, México.
- (1979): "Una visión de la cultura en México" en *El perfil de México en 1980*, Siglo XXI Editores, México.
- Berger, Peter y Luckmann, Thomas (1979): *La construcción social de la realidad*, Amorrortu, Argentina.
- Blanco, José (1994): "Rupturas en la cultura política en 1968 (comentario a la conferencia de Gabriel Careaga)" en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, No. 158, octubre-diciembre, FCPyS-UNAM, México.
- Blanco, José Joaquín (1989): "Qué cultura para qué nación" en Rolando Cordera y Carlos Tello (coord.): *La desigualdad en México*, Siglo XXI, México.
- Blanquel, Eduardo (1983): "La Revolución Mexicana", en *Historia Mínima de México*, El Colegio de México, México.
- Bourdieu, Pierre, Chamboredon, J. C., Passeron J. C. (1978): *El oficio de sociólogo*, Siglo Veintiuno Editores, México.
- Burgos, Fernando (1991): *Antología del cuento hispanoamericano*, Editorial Porrúa, México.
- Calderón, Enrique (1995): "México, recuperación o rescate" en *La Jornada*, No. 4008, sábado 4 de noviembre, p. 7.
- Careaga, Gabriel (1994): "La vida cultural y política en los sesentas" en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, No. 158, octubre-diciembre, FCPyS-UNAM, México.
- Córdoba, Arnaldo (1988): "'Ideología y cultura política" en *Nexos*, No. 125, mayo, México.
- Cornelius, Wayne y Craig, Ann (1980): "Political Culture in México: Continuities and Revisionist Interpretations", en Gabriel Almond y Sidney Verba (eds.): *The Civic Culture Revisited*, Little, Brown and Company, E.U.A.
- Cosío, Daniel (1983): "El tramo moderno" y "El momento actual" en *Historia Mínima de México*, El Colegio de México, México.
- Crespo, José Antonio (1989): "La cultura política después del 6 de julio", en *Nueva Antropología*, No. 35, vol. X, México.
- De la Garza, Luis Alberto (1986): "El México postindependiente" en *Evolución del Estado Mexicano*, vol. I. Ediciones El caballito, México.

- De la Mora, José G. (1984): *Psicología del aprendizaje*. Editorial Progreso, México.
- Dowse, Robert y Hughes, John (1990): *Sociología Política*. Alianza Editorial, España.
- Escalante, Fernando (1993): *Ciudadanos Imaginarios*, El Colegio de México, México.
- Farfán, Rafael (1994): "Comunicación y democracia: la utopía social de J. Habermas" en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, No. 155, enero-marzo, División de Estudios de Posgrado, FCPyS-UNAM, México.
- Frias, Heriberto (1893-1906/1993): *Tomochitl*, Editorial Porrúa, México.
- Fuentes, Carlos (1971/1980): *Tiempo mexicano*, Joaquín Mortiz, México.
- (1960/1994): *Las buenas conciencias*, Alfaguara, México.
- Gadamer, Hans Georg (1977): *Verdad y Método*, Editorial Sigüeme, España.
- Gil, Francisco (1993): "La cultura política: estado actual del debate" en *Revista Fundación Cambio XXI*, México.
- Giménez, Gilberto (1992): "En torno a la crisis de la sociología" en *Sociológica*, No. 20, septiembre-diciembre, Departamento de Sociología, UAM-A, México.
- González, Carlos (1962): *Historia de la Literatura Mexicana: desde los orígenes hasta nuestros días*, Editorial Porrúa, México.
- González, Luis (1984): *La ronda de las generaciones*, Foro 2000, SEP, México.
- González, Pablo (1975): *La democracia en México*, Serie Popular Era, México.
- (1966): "La teoría actual de la participación política y la enajenación" en *Revista Mexicana de Sociología*, No.28, julio-septiembre, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México.
- Gutiérrez, Roberto (1988): "A manera de introducción: elementos para un análisis de la cultura política contemporánea en México" y "Cultura y política en el nacionalismo revolucionario" en *Revista A*, No. 23/24, enero-agosto, División de Ciencias y Humanidades, UAM-A, México.
- Heller, Ágnes (1991): *Sociología de la vida cotidiana*, Ediciones Península, Barcelona.
- Hilares, Gustavo (1988): "Notas sobre la cultura política de la izquierda" en *Revista A*, No. 23/24, enero-agosto, División de Ciencias y Humanidades, UAM-A, México.
- Krauze, Enrique (1994): "Cuatro estaciones de la cultura mexicana", en Gurza, A. y Gutiérrez, A. (comp.) *Antología del pensamiento político y social de México*, Departamento de Ciencias Políticas y Sociales, UIA, México.
- Lamoyí, Sebastián (1994): "Introducción a la cultura política en México" en *Elector*, No. 2, marzo, México.
- Leal, Luis "Conferencia Magistral" del miércoles 11, en el V Congreso de Mexicanistas, Ciudad de México, octubre de 1995.
- Leñero, Luis (1991): "El *ethos* cultural en la perspectiva del cambio en las nuevas generaciones de México", en *El ethos en un mundo secular*, UAM-Iztapalapa, División de Ciencias Sociales y Humanidades, Departamento de Sociología, México.
- Loaeza, Soledad (1989): *El llamado de las urnas*, Cal y Arena, México.
- Loyo, Aurora (1988): "Cultura política: ¿Un concepto renovador para pensar la política en México?" en *Revista A*, No. 23/24, enero-agosto, División de Ciencias y Humanidades, UAM-A, México.
- Ludlow, Leonor (1986): "La etapa formativa del Estado mexicano" en *Evolución del Estado Mexicano*, vol. I, Ediciones El caballito, México.
- Magdaleno, Mauricio (1949/1986): *Cabello de Utopía*, Editorial Porrúa, México.
- Mannheim, Karl (1929-31/1966): *Ideología y Utopía*, Aguilar, España.

- Marino, Antonio (1984): "Realpolitik y Filosofía Política" en *Cuadernos de Investigación*, No. 3, Programa de Investigación, ENEP-Acatlán UNAM, México.
- Márquez, Paz Consuelo (1986): "Dos obstáculos para la consolidación del Estado en el siglo XIX" en *Evolución del Estado Mexicano*, vol. I, Ediciones El caballito, México.
- Martínez, José Luis (1981): "México en busca de su expresión", en *Historia General de México*, tomo 3, El Colegio de México, México.
- (1990): *Literatura Mexicana Siglo XX (1910-1949)*. Lecturas Mexicanas. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.
- Meyenberg, Yolanda (1990): "Los clásicos de la política comparada" en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, No. 139, enero-marzo, FCPyS, UNAM, México.
- Meyer, Lorenzo (1983): "El último decenio: años de crisis, años de oportunidad", en *Historia Mínima de México*, El Colegio de México, México.
- Millán, René (1993): "Orden y cultura política en México", en *Revista Mexicana de Sociología*, No. 2.93, abril-junio, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México.
- Monsiváis, Carlos (1976): "Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX" en *Historia General de México*, tomo IV, El Colegio de México, México.
- (1988): "Notas sobre cultura política en México" en Rolando Cordera C., Raúl Treto D. y Juan E. Vega (coord.), *México: el reclamo democrático*, ILET y Siglo XXI Editores, México.
- Morris, Stephen (1992): *Corrupción y política en el México contemporáneo*, Siglo Veintiuno Editores, México.
- Muñoz, Víctor (1989): "Cultura política y comportamiento electoral en México" en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, No. 136-137, abril-septiembre, FCPyS-UNAM, México.
- Palma, Esperanza (1988): "Notas sobre el neopanismo y la cultura política nortea" en *Revista A*, No. 23-24, enero-agosto, División de Ciencias y Humanidades, UAM-A, México.
- Paoli, Francisco José (1988): "Providencialismo, rasgo de la cultura política mexicana" en *Revista A*, No. 23-24, enero-agosto, División de Ciencias y Humanidades, UAM-A, México.
- Payno, Manuel (1888-91/1982): *Los bandidos de Río Frio*, Editorial Porrúa, México.
- Paz, Octavio (1950/1982): *El laberinto de la soledad*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Pellicer, Olga y Mancilla, Esteban (1988) *Historia de la Revolución Mexicana 1952-1960*, tomo 23, El Colegio de México, México.
- Peschard, Jaqueline (1978): *El sistema político mexicano visto desde el enfoque de la cultura política*, tesis de licenciatura, UNAM, México.
- (1994): *La cultura política democrática*, Cuadernos de divulgación de la cultura democrática, No. 2, Instituto Federal Electoral, México.
- Piaget, Jean (1989): "El mito del origen sensorial de los conocimientos científicos" en Ana María Rívadeo F. (comp.) *Introducción a la epistemología*, ENEP-Acatlán, UNAM, México.
- Pizarro, Nicolás (1861/1981): *El monedero*, SEP-Promexa, México.
- Pye, Lucien y Verba, Sidney (1965): *Political Culture and Political Development*, Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 574 pp.

- Rabasa, Emilio (1887/1995): *La bola*, Editorial Porrúa, México.
 ——— (1888/1995): *La gran ciencia*, Editorial Porrúa, México.
- Ramírez, José Agustín (1993): *Tragicomedia mexicana*, vol. I, Editorial Planeta, México.
 ——— (1973/1994): *Se está haciendo tarde (final en laguna)*, Editorial Joaquín Mortiz, México.
- Ramos, Samuel (1934/1982) *El perfil del hombre y la cultura en México*, Espasa Calpe Mexicana, México.
- Riding, Alan (1988): *Vecinos distantes*, Joaquín Mortiz - Planeta, México.
- Ritzer, George (1993): *Teoría Sociológica Contemporánea*, McGraw-Hill, Madrid.
- Rojas, Francisco (1944/1993): *La negra Angustias*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Rosenbam, Walter (1975): *Political Culture*, Praeger Publishers, New York.
- Sáez, Carmen (1986): "Estado y política de conciliación en el siglo XIX" en *Evolución del Estado Mexicano*, vol. I, Ediciones El caballito, México.
- Salazar, Francisco (1991): "El concepto de cultura y los cambios culturales" en *Sociológica*, No. 17, septiembre-diciembre, Departamento de Sociología, UAM-A, México.
- Salazar, Luis (1988): "Cultura política y democracia en México. Una perspectiva global" en *Revista A*, No. 23/24, enero-agosto, División de Ciencias y Humanidades, UAM-A, México.
- Sánchez, Antulio (1994): "La generación X", en *Etcétera*, semanario de política y cultura, No. 76, 23 de junio, México.
- Sartori, Giovanni (1992): *Elementos de teoría política*, Alianza Universidad Textos, Madrid.
- Sefchovich, Sara (1987): *México: país de ideas, país de novelas*, Grijalbo, México.
- Segovia, Rafael (1975): *La politización del niño mexicano*, El Colegio de México, México.
- Shneider, Luis Mario (1975): *Ruptura y continuidad. La literatura mexicana en polémica*, Fondo de Cultura Económica, Colección Popular, México.
- Velasco, Ambrosio (1995): "Filosofía de la ciencia, hermenéutica y ciencias sociales" en *Ciencia y Desarrollo*, No. 125, noviembre-diciembre, CONACYT, México.
- Villegas, Abelardo (1993): *El pensamiento mexicano en el siglo XX*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Villoro, Luis (1950/1987) *Los grandes momentos del indigenismo en México*, Lecturas Mexicanas, SEP, México.
- Wallerstein, I. "Conferencia Magistral" del martes 3, en el XX Congreso Internacional de Sociología, Ciudad de México, octubre de 1995.
- Woldenberg, José (1988): "Elecciones y cultura política" en *El Cotidiano*, No. 26, México.
- Zabludovsky, Gina (1991): "Samuel Ramos y su visión sobre lo mexicano" en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, No. 146, octubre-diciembre, FCPyS-UNAM, México.
- Zermeno, Sergio (1993): "La derrota de la sociedad. Modernización y modernidad en el México de Norteamérica" en *Revista Mexicana de Sociología*, No. 2/93, abril-junio, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México.